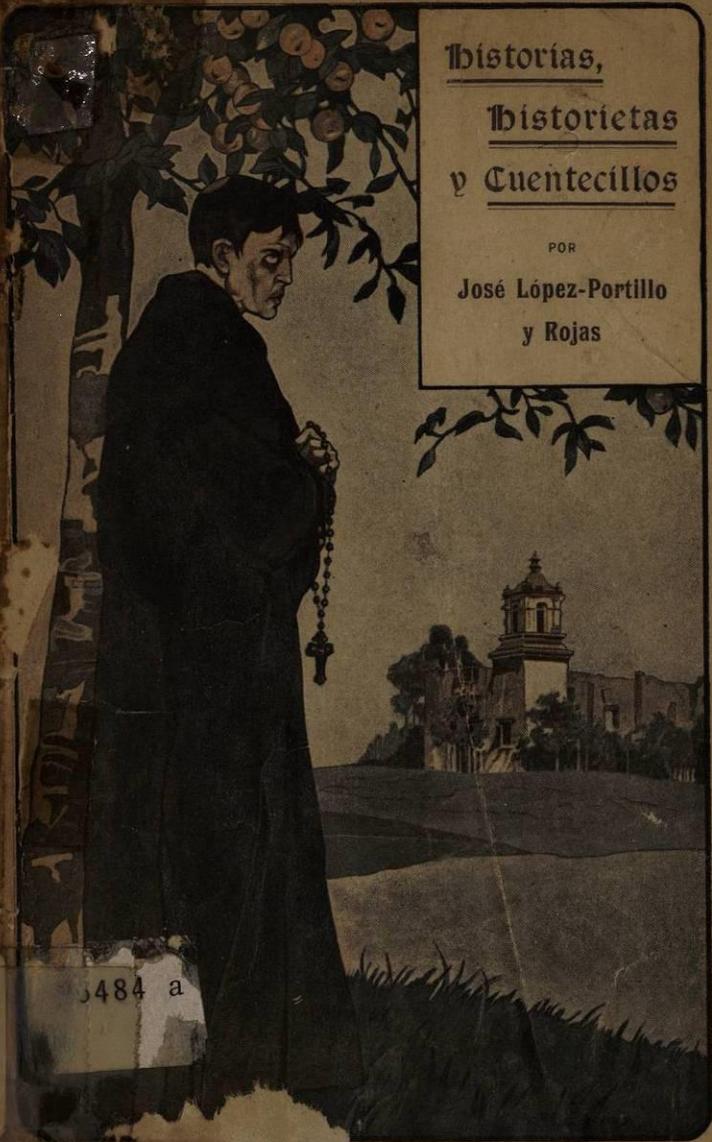


1725

Historias,
Historietas
y Cuentecillos

POR

José López-Portillo
y Rojas



5484 a

ra de la V. de en. deuret. Av. Cinco de Mayo, 45. México

4. D. Alfonso Reyes.

Arrenal, 12.

Madrid, 1912 y 1913.

Madrid.

1912

PQ7297

.L769

H5



1020099786

1763
J.
53 84.
Al Sr. Lic. D. Alfonso Reyes,
honra de Méjico y de las letras
hispanicas.

Su niép admirador
y amigo.

José López-Portillo
y Rojas

Méjico, enero 10 de 1919.

HISTORIAS, HISTORIETAS Y CUENTECILLOS

Historias,
Historietas
y Cuentecillos

POR

José López-Portillo y Rojas



BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

LIBRERÍA DE LA VDA. DE CH. BOURET
PARÍS

23, Rue Visconti, 23

MÉXICO

45, Av. Cinco de Mayo, 45

1918

16484

IMPRESA FRANCESA.—JARDÍN CARLOS PACHECO 1 Y 3

IV-3-195

Historias
y Documentos

Jose Eloy Portillo y Rojas

QUEDAN ASEGURADOS LOS DERECHOS
DE PROPIEDAD CONFORME A LA LEY



BIBLIOTECA CENTRAL
N. A. M. L.

PQ7297
.L769
H5

Dedicatoria

A los queridos parientes y amigos míos,
nacionales y extranjeros, que me prestaron
sombra protectora durante mi doloroso ostra-
cismo, de 1914 a 1915.

El Autor.

L1567

PRÓLOGO

Este libro es fruto parcial de más de un año de aislamiento y de tristeza.

Ausente de mi hogar y obligado a refugiarme en casas de parientes, de amigos y hasta de extraños, padecía, cuando a trozos fuile componiendo, la indecible nostalgia de la familia, del trato social y de todo lo que forma el encanto de una vida sosegada.

Durante ese período tan largo y melancólico, llegome a suceder hallarme alojado en una granja vieja, habitada por unos cuantos norteamericanos y por un chino. Y como los primeros no se daban a ver sino a las horas de yantar, y se metían en la cama a las siete de la noche, y como el segundo no tenía momento de reposo, por ser criado universal que para todo servía, barrer, cocinar, lavar y repasar la ropa e ir al mercado; casi no tenía interlocutores, o siquiera interlocutor, y era la soledad mi única compañera. Tanto la necesidad como mis

añejos e incorregibles hábitos, obligáronme a buscar consuelo y compañía en los libros y en la pluma; así que leí entonces inmensamente, y fuí emborronando al acaso innumerables cuartillas sobre diferentes tópicos y asuntos. No era mala, por fortuna, la biblioteca de mis generosos favorecedores, de suerte que encontré en ella varios autores de nota, antiguos conocidos míos los más, que en parte releí, o leí por la vez primera: Bacon, Locke, Hume, Goldsmith, Shakespeare, Burns, Byron, Tennyson, Dickens y Thackeray; y no dejaba los libros de la mano desde que el sol rayaba en el oriente hasta que oía el canto de los gallos, si no era para tomar la pluma, y trasmitir al papel mis divagaciones, recuerdos y fantasías. Y sucedía que algunas veces reía, y lloraba otras, según el estado de mi espíritu, dejando ir la pluma al azar de mis ideas y pensamientos, que variaban de un momento a otro, por el mismo estado de hiperestesia en que me encontraba.

La circunstancia de verme obligado a decir en inglés todo cuanto hablaba, daba creces a mi nerviosidad, porque la privación del idioma propio en el comercio humano, constituye un gran destierro intelectual para el espíritu; exilio doloroso de todo un mundo de ideas, imágenes y recuerdos, que se niegan porfiadamente a seguir en sus vuelos y giros al idioma forastero, por rico y glorioso que sea, y se obstinan en permanecer adheridos a la lengua nativa que no puede hablarse, a aquella que

ha cantado en nuestro corazón con las voces de la madre, los hermanos, los hijos, la musa, los vivos y los muertos a quienes hemos idolatrado.

Estos cuentos forman parte de ese trabajo solitario, y salen a la luz solicitando la benevolencia de los lectores.

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

Méjico, marzo 14 de 1918.



PURO CHOCOLATE

I

Por aquel tiempo andaba yo perdido de amores por la hermosa Brígida, joven perteneciente a la más alta aristocracia de la metrópoli. Era huérfana de padre e hija queridísima de la señora doña Asunción, dama principal y muy respetada y respetable. Brígida andaba cerca de los veinte años, y era un verdadero primor de criatura, tanto por su belleza, cuanto por su gracia y dulzura. No describo menudamente sus facciones para que mis lectores (si tanta es mi dicha que llegue a tenerlos) se la figuren como mejor les parezca, según sus ideales y con arreglo al tipo o arquetipo que se hayan imaginado; pues no es cosa que me preocupe el que el uno se la pinte morena, el otro de pelo castaño y el de más allá tan rubia como los rayos del sol; lo que importa es que ninguno se la represente fea. Eso sí que no lo admito, porque de ello no

tenía mi novia ni la menor partecilla, y quedaría mal trecha la verdad histórica, si cualquiera de mis favorecedores se la imaginase negra, bizca o de rostro avinagrado. Conténtome, pues, con dar esta indicación: *Brígida era muy hermosa*, para que cada fantasía borde sobre ese dato preciso, la sinfonía de líneas y colores que más le acomode, como pasa con la música, que no da más que temas melódicos, para que sobre ellos soñemos lo que sea más de nuestra inclinación, según nuestra edad, posición y fortuna, pues que ella por sí misma carece de lenguaje.

Muy a mi pesar tengo que poner otra restricción al poderoso empuje de la imaginación de mis favorecedores, y es la del peso y volumen de mi heroína. Porque bien podría suceder que alguno de ellos fuese afecto a las figuras flacas, vaporosas y escuchimizadas, y que, llevado de su tendencia natural a la esbeltez y adelgazamiento de las personas, diese en atribuir a mi beldad un talle de abeja, un cuello de cisne y una diafanidad semejante a la de los cuerpos gloriosos. No, señor, protesto contra semejante suposición, porque sería ofensiva para la salud excelente, y la lozana frondosidad de mi adorado tormento. Porque es de saber, que mi bien no había dado en los devaneos de muchas damitas de hogao que, por tal de parecer sílfides y visiones de poetas, se echan en hambre, beben vinagre, chupan limones, y no toman por la noche sino una taza de té sin azúcar, porque han oído decir que el té adelgaza y que el azúcar

engorda. No, pardiez, mi Brígida no pertenecía a esa brigada de sombras borrosas que se deslizan por los bailes, teatros y paseos, haciendo el efecto de un aquelarre de brujitas, o de una sala de hospital sublevada y ambulante; no, mi Brígida se apartaba del camino seguido por esas insensatas doncellas, que son mártires de sí mismas, y era una mujer normal, que comía y bebía a discreción cuanto le pedía el organismo, y que así daba fin a un bistec Bismarck con un cerro de patatas, como a media gallina gorda o a un plato colmado de mondongo. Y por lo que hace a dulces, ivaya que era golosillo el angelito! Ración doble de cremas, pastas y conservas en la comida y en la cena, y a más de eso, repletos cartuchos de bombones a toda hora.

Lógica consecuencia de aquel régimen alimenticio tan amplio, rico y variado, era la excelente estampa de mi novia, donde no había ojeras color de violeta, ni ojos lánguidos, ni tez pálida, ni andar desmayado; sino mirada viva, terso cutis, rubicundo color y paso fuerte y rápido, que producía trepidaciones en el pavimento del segundo piso de la casa donde vivía.

Me he valido de este enorme circunloquio para atenuar todo lo posible la gravedad de la amarga confesión que tengo que hacer respecto de aquel ser exquisito: Brígida era un tanto gruesa, digamos gruesecilla para tratarla con cariño. En efecto, vista de perfil, ostentaba debajo de la barba una papadita, que a mí me parecía muy graciosa, y un

busto que pasaba de rico y tendía a multimillonario; y, por lo que hace al talle, no hubiera podido abarcarlo yo con una sola mano, ni con dos, ni tal vez con cuatro, si Dios me hubiese hecho cuadrmano. Empero, aquel insignificante exceso de salud y desarrollo de su persona, no me parecía del todo mal, porque Brígida, por todo lo demás, no tenía defecto y era extremadamente ideal, seductora y donairoso; y también porque, entre un extremo y otro, prefiero cierto exceso de carnes a cualquier exceso de huesos. Jamás he podido concebir la belleza de las momias, ni aun siendo egipcias y del tiempo de Sesostris; y en tratándose de espectros, el único que me gusta es el espectro solar.

He conocido jóvenes que por haber tomado antifat o tiroidina, o bien por estar enfermas de cosas que no sé, o por haber recibido de la naturaleza uno o dos adarmes nada más de tejido adiposo, tienen los ojos hundidos, enjutas las mejillas, prominentes los pómulos, filosa la nariz, descoloridos los labios, hecho un manojo de cuerdas el cuello, hundido el pecho, como látigos los brazos y las manos como manojos de esparto. Sé de alguna tan descuadrilada, que se le escurre la falda hasta los pies en cuanto da algunos pasos, por más que apriete las cintas o los cordones en torno de la cintura. ¿Qué belleza plástica puede fundarse sobre tan pobres y míseros cimientos? ¿Qué amor puede nacer a la vista de tan escuálido y descorazonador espectáculo? Eso no es primavera, sino invierno, ni jar-

dín de flores, sino campo agostado; y eso no puede despertar otro sentimiento en el espectador, que el de la tristeza y el de la lástima. . . . Señorita, ¿está usted enferma? ¿qué le duele? . . . ¿Anda mal la digestión? ¿Padece Vd. del hígado o del bazo? ¿Sufre calenturita diaria, acompañada de sudores, tos y fatiga? . . . Tome Vd. elixir de Saiz de Carlos, o quinina, o Wampole, o emulsión de Scott; no ingiera cosas pesadas, ni se exponga al frío, ni al calor, ni al sereno, ni al aire . . . Quédese metidita en su casa, sujeta a un buen método alimenticio, arropadita y tomando drogas; y ya se dará de alta cuando pueda hacerlo sin menoscabo de sus preciosos intestinos, o de su finísimo hipocondrio o de sus delicados pulmones. Acongoja y contrista observar que está Vd. tan extenuada y destruída, y turba y echa a perder la alegría de cualquier fiesta, verla con trajes ligeros, o escotada, mostrando los huesecillos y los tendoncitos delgaduchos de la garganta, que parecen partes y componentes de algún instrumento músico; y a cada momento tememos que Vd. se desarme, o se desmaye, o que se la lleve un viento fuerte.

Hecha mi profesión de fe sobre asunto tan peliagudo, no habrá temor de que se me considere exigente en demasía por hallar en Brígida la imperfeccioncilla de ser un tanto inclinada a la polisarcia, porque se comprenderá que al expresarme de esta manera, hágolo sólo por amor a la verdad desnuda, por la gravedad positiva del caso, y aun después de haber tomado en cuenta la tolerancia

que en las mismas casas de moneda se concede al aleaje de los metales preciosos. Mi confesión no envuelve traición a un antiguo afecto, pues sobre todas mis impresiones, juicios y exigencias estéticas, élévase mi protesta de admiración a aquella criatura celestial, por quien hubiera sido capaz de hacer, y aun creo que hice, numerosas locuras. Convenir en que hubiera podido ser un poquito desbastada sin perjuicio de su frondosidad, no es inferirle agravio, sino hacer una reflexión teórica sobre el perfeccionamiento posible de los seres físicos. En mis profundas y solitarias meditaciones, llegué por aquel tiempo a las siguientes conclusiones, mitad científicas y mitad cariñosas: «El peso de mi amada debe ser de unas ocho arrobas como *mínimum*; ahora bien, como el de una buena moza no ha de pasar de seis como *máximum*, bien podrían sustraerse dos arrobas o un tantico más de carne blanca y sonrosada a esa preciosa doncella, sin falsear en lo más mínimo las bases y fundamentos de su belleza escultórica.» Sólo que, en el remoto caso de que hubiese sido posible el llevar a cabo ese arreglo, habría yo exigido como condiciones *sine qua non*, a la potencia misteriosa que en él hubiese intervenido, todo lo siguiente: 1º, que no peligrase la preciosa existencia de la niña; 2º, que no se menoscabase su salud floreciente; 3º, que no se la hiciese sufrir en lo más mínimo; y 4º, que las mermas y raspaduras que se practicasen en las frondosidades de su cuerpo, fuesen escrupulosamente calculadas, pesadas y medidas, para que

la porción conservada e intacta que le hubiese quedado, no hubiese perdido la armonía y bella distribución que los cánones de la belleza requieren en cualquier estatua griega.

Como se ve, mis cavilaciones amatorias nada tenían de inhumanas, pues muy lejos de tender al martirio de la joven o al aminoramiento de su singular belleza, llevaban por norte su perfecta anestesia antes de todo, y en seguida, el aumento ilimitado de sus atractivos.

Mas basta de delirar y entrar en accesos de fiebre, dando y tomando sobre todas esas cosas, que ni pasaron, ni hubieran sido posible que sucediesen, por más votos que hubiesen salido de mi pecho o exvotos hubiese colocado en el retablo de las benditas ánimas del purgatorio.

Poco diré de doña Asunción, porque aunque era dama excelente, nada notable tenía que la distinguiese de todas las otras que educan, engalanan y buscan esposo a sus hijas. Lo único que sobre el asunto me atrevo a insinuar, es que tenía singular parecido con su hija, como era muy natural, por ser ésta fruto de sus entrañas; y ya se sabe que los frutos son semejantes al árbol que los produce. Las diferencias que se notaban entre las dos, eran las de la edad y sus consecuencias, pues así como Brígida estaba rozagante, habíase marchitado la madre, y así como la primera incurría en el pecado de una gordura venial, había caído la segunda en el mortal, en el horrendo crimen del mismo género; de tal suerte que, vistas a la vez la madre y la

hija, presentábase a la imaginación, ésta, como el pasado de aquella, y aquella como el porvenir de ésta; o, lo que es lo mismo, hacían conjeturar que doña Asunción habría sido igual a su hija cuando joven, y que Brígida tendría que ser igual a su madre cuando vieja. Aquel anticipo a la historia de la familia, me causaba alguna inquietud, porque me sentía como desalentado y sin fuerzas para soportar carga tan pesada cuando llegase mi edad proveya. Por la cuenta, aquellas redondas y sonrosadas mejillas de Brígida, habrían de convertirse en los amplios, colgantes y congestionados mofletes de doña Asunción; aquella papadita tan simpática de la joven, tenía que inflarse y subdividirse con el transcurso de los años, y se tornaría en la papada, o, más bien dicho, en la doble papadota de la señora!; y la cintura algo pasadita de gruesa de mi amada, ¡habría de parar en aquella circunferencia de tronco de ahuehuete de la Noche Triste, de la autora de sus días!

Debo confesar que palidecía a mis solas y se me cubría la frente de sudor frío y viscoso, al pensar cosas tan tremendas; y que algunas veces me consolaba reflexionando que las leyes del heredismo podían resultar chasqueadas en Brígida, y otras caía en el más profundo abatimiento, recordando que Zola demostró en obras tan largas y aburridas como las del Tostado, que las faltas de los padres pasan de generación en generación, como la Magnífica. Pues si es cierto que pasan las faltas, ¿por que no han de pasar también las sobras? Mi ánimo

no tenía momento de reposo, fluctuando entre la esperanza y el temor, como frágil barquilla que navega en mar tempestuoso; y unas veces decía: *¡sí me caso!*, y otras clamaba *¡no me caso!*, según hallaba más o menos grande el parecido entre aquellas dos distinguidísimas mujeres.

Hasta que sucedió un día que, habiendo llegado demasíadamente temprano a la casa de mi novia, hallé a la señora doña Asunción en bata, a la *negligée* y desprovista de pretal, faja o cotilla. Entonces sí que pude darme cuenta de la gravedad del caso en toda su extensión, por lo que torné a mi domicilio más preocupado que nunca, pues aquello que ví era tan grande, tan grande, que me pareció inmenso, y ahora mismo lo encuentro imposible de describir, porque no cabe en este papel, ni en estas cuartillas, ni aun en una resma de papel ministro . . . Pasé la noche en vela, pensando en aquellas enormidades, y a la madrugada, molido del cuerpo y cansado del alma, formulé en mi cama la oración del Huerto: *¡Señor, si es posible, que pase de mí este cáliz!* Pero también debo decir que, para no mancillar mi conciencia, ni truncar los textos (como lo hacen los protestantes), agregué luego: *¡Pero que se haga tu voluntad y no la mía!* . . . En seguida, me quedé esperando que bajase un ángel a consolarme; y como no bajó, me bajé de la cama y me vestí con bantante desconsuelo.

No obstante, poco tiempo después, pude comprender que mi petición había sido favorablemente aco-

gida por la divinidad, en el modo y forma que podrá ver el lector, si tiene la paciencia de seguir leyendo esta romántica y ensoñadora historia. Entretanto, me limito a exclamar como un mahometano: *¡Alah Kerim!* ¡Dios sea loado!, y a hacer una profundísima zalama.

II

La noche convenida para asistir al baile del Casino Español, llegué a la casa de Brígida a las ocho, según lo acordado. Encontré a la familia sentada a la mesa, y dispuesta a tomar la colación nocturna. Madre e hija se habían ataviado con suma elegancia; y bien oprimida dentro de su talle doña Asunción, no me produjo ya el espanto que me causó cuando tuve la mala suerte de sorprenderla en bata o kimono aquella trágica mañana.

Brígida me pareció hermosísima. Habíase puesto un traje color de rosa, que a maravilla armonizaba con el rosicler de sus frescas y lozanas mejillas, y llevaba entrelazadas en el pelo algunas flores, que parecían corona real sobre su cándida frente; corona de juventud, gracia y belleza, que hacía pensar en abril, en primavera, en vida y alegría.

—Usted tan puntual como siempre, díjome la señora tendiéndome la mano.

—Sí, la contesté, igual que siempre.

—No dirá usted que no lo somos también nosotros, observó Brígida por vía de saludo, dándome a estrechar a su vez la finísima diestra.

—No diré tal cosa, repuse, porque no me agrada la mentira; pero conste que mi puntualidad es mayor que la de ustedes.

—No veo por qué, replicó la joven.

—En efecto, corroboró la mamá: nos encuentra usted listas ya para salir: vestidas, peinadas y en momentos de levantarnos de la mesa.

—Ahí está el *quid*, insistí; encuéntrolas *casi* listas, pero no *enteramente*, y ese *casi* tiene más de tres bemoles.

—Nada de eso, insistió mi novia; podemos marcharnos a la hora que usted guste.

—Por mi parte no hay prisa, contesté sonriendo; pueden ustedes tardar cuanto quieran, y no deben levantarse, sino cuando hayan dado fin a todos esos manjares.

Y eché un vistazo a la colección de platonos, fuentes y compoteras que había sobre la mesa.

Mi novia siguió el movimiento de mis ojos y agregó:

—Yo prescindo de todo eso que usted ve; carezco de apetito.

—Pero, niña, replicó la mamá, icómo has de ir al baile sin tomar nada! No, eso no puede ser.

—Mamá, no tengo apetito.

—Pues aun cuando no lo tengas, hija; es necesario.

—No, no tomo nada.

—Que sí.

—Que no.

—La señora tiene razón, intervine con instinto

diplomático para dejar contentas a ambas. (A doña Asunción por constituirme en su aliado, y a Brígida por el tierno interés que hacia ella sentía.) Tome usted algo, Brígida, cualquier cosa; se lo ruego, agregué.

—Eso es, hija, continuó la señora, adoptando aquel prudente temperamento; si no quieres cenar en forma, toma algún alimento ligero.

Brígida se rindió a nuestro deseo, tanto por obediencia filial cuanto por docilidad amorosa.

—En tal caso, repuso viéndome con ojos que parecían decirme *por usted hago el sacrificio*; en tal caso, tomaré una taza de chocolate.

—En leche, continuó la madre.

—No, mamá, en agua, suplicó Brígida; no sé qué tengo esta noche que todo me repugna.

—Bien, hija, con tal que no salgas de aquí con el estómago vacío, me conformo con eso.

Dictadas las órdenes necesarias, no tardó la taza en llegar a la mesa, ni mi bella prometida en gustar su contenido a pequeños y graciosos sorbos. Negose, con todo, a tomar pan, y hubimos de contentarnos doña Asunción y yo con aquella ventaja, aunque fuese tan corta. Entretanto, mi futura madre política embauló rápidamente todos los platos que el mesero le presentó, sin perdonar la ensalada ni la conserva de melocotones.

Llegó al fin el momento en que todo estuvo listo, y pudimos salir de la casa; sólo que, por más prisa que se habían dado las señoras, eran las ocho y media cuando tocamos el punto de nuestro final des-

tino. Por aquel tiempo no se había trasladado el Casino al elegante edificio que hoy ocupa, sino estaba instalado en otro de alquiler, amplio también, pero no tan hermoso como el actual. Los salones destinados a las reuniones sociales eran dos muy vastos, que se extendían a uno y otro lado de la construcción, en forma de ángulo recto, sin división alguna entre ellos. La *soirée* comenzaba de ordinario con una corta representación, en la que tomaban parte varios de los socios y algunas señoras y señoritas pertenecientes a la colonia ibérica. Para ello se levantaba un escenario movible en el vértice del ángulo de que se ha hablado, el cual escenario era colocado de tal modo, que tuviese vista para los dos espacios que se extendían a sus lados. Así toda la concurrencia podía disfrutar por igual del espectáculo. Una vez pasado éste, procedíase a desarmar el teatrillo, lo que era obra de unos cuantos momentos, y quedaban despejados los dos salones para que corriesen, saltasen y se arremolinasen por ellos las alegres parejas adoradoras de la diosa Terpsícore.

Cuando mis compañeras y yo llegamos al Casino, iba la representación muy adelantada ya, y la concurrencia ocupaba casi todos los asientos disponibles. Los cortesés caballeros que nos recibieron y se encargaron de llevar al guardarropa los abrigos de mis compañeras, pasaron la pena negra para hallar sillas donde instalar a mi niña y su mamá; pero al fin las encontraron. Para ello tuvieron que hacer levantar a algunos de los socios que habían

ganado con derecho de prelación buenos lugares; y, en fin de cuentas, doña Asunción y su hija quedaron colocadas en sitio inmejorable, cerca del foro y junto a la calle de tránsito, que entre las sillas se había dejado para la circulación. Solamente yo no alcancé sitio aceptable en ninguno de los salones, porque no quise meterme como cuña en el corazón de la oprimida concurrencia, por más que la comisión de recibir me instaba para que pasase a uno u otro lugar que solía verse vacante en lo más apiñado de las hileras. En vista de mi resistencia, condujéronme a la puerta lateral de un aposento, que se comunicaba con el salón donde se hallaba mi novia. Ahí permanecí en pie debajo del marco, viendo un poco y oyendo casi nada de lo que pasaba en el foro.

La representación era muy regocijada, los actores y las actrices desempeñaban sus papeles con suma gracia; y el público, atento a la escena, reía de buena gana y aplaudía a cada paso estruendosamente. Pero ¿qué novedad ocurrió de repente en el salón, cerca del foro? Observé un gran movimiento; levantáronse con precipitación varias personas; cayeron algunas sillas; y ví que un grupo numeroso de damas y caballeros se arremolinaba en lugar determinado. «¿Qué pasa?» «¿Qué ocurre?» nos preguntábamos los que mirábamos desde lejos tanta alarma. Por fin, de boca en boca transmitiose este rumor:

—¡Una señorita accidentada!

¡Una señorita accidentada! El caso era sensible

y me interesé mucho por la desconocida, pues, gracias a Dios, no tengo corazón de fiera; pero no me afectó en demasía, porque no me imaginé que dicha ignota persona pudiese tocarme en lo más mínimo. Así que seguí observando los acontecimientos con relativo sosiego, aunque con esa simpatía natural que despierta todo mal sufrido por un semejante. Ví que varios caballeros levantaban en brazos a una de las concurrentes, la cual no daba señales de vida, pues llevaba sueltos los pies y las manos, como si fuese cuerpo sin alma. Caso grave sin duda, porque para que una persona sufra un desmayo súbito, tan intenso y de tan larga duración como aquel, suele necesitarse que la causa que lo produce sea seria y de cuidado.

Fué avanzando por la callecilla central el grupo de los caballeros que llevaban a cuestras la preciosa carga, hasta llegar cerca de mí; y entonces pude ver con ojos espantados, que la señorita accidentada era... mi Brígida. Venía lívida, con los ojos cerrados y descompuesta del rostro. Tras ella caminaba doña Asunción asustada, despavorida y ocupada en bajar las faldas de su hija, que se le vantaban en demasía, dejando ver en confusión, tules, encajes y blancas medias; pero ¡nada! que con el movimiento de la marcha y el desorden que traen siempre consigo tales sucesos, las ropas de Brígida se habían rebelado, continuaban sublevándose y no había medio de reducirlas a aquel orden y compostura que demandan el pudor y el bien parecer de las doncellas. ¿Podrá creerlo el lector?

Aun en medio de aquella situación tan angustiosa y afligida, me indignaba al pensar que miradas atrevidas e indiscretas violasen aquellos secretos de lencería y musculatura que nadie tenía el derecho de penetrar; y de buena gana hubiera arrancado los ojos a los circunstantes masculinos, pues respecto de los femeninos, me parecía que no había cuidado.

—¡Un médico! ¡un médico! clamaron varias voces.

—¡Sí, un médico! repetí con angustia, echando una mirada exploradora sobre el concurso.

Por fortuna había un doctor entre los espectadores, el cual, aun antes de ser solicitado, había dejado su asiento y se había incorporado al grupo de la improvisada Cruz Roja que prestaba socorros a la enferma. Ese grupo, saliendo del cerrado recinto, dirigióse al tocador, que fué donde dejó depositada a la enferma. Los seis jóvenes que fueron necesarios para levantar y conducir el cuerpo de Brígida, llegaron congestionados y anhelantes, y tan luego como colocaron a mi amada en una *chaise longue*, echaron mano al pañuelo y se enjugaron la frente que el sudor con abundancia les cubría; la carga había sido demasiado fuerte para aquellos elegantes figurines oprimidos por una indumentaria de lujo, pues les quedaron ajadas las blanquísimas y bien almidonadas pecheras, saltados de los botones los cuellos y estropeados los puños de las finas camisas. A pesar de mi turbación, pude darme cuenta de esos detalles, y siguiendo el curso de la

idea fija que hacía tiempo me atormentaba, deduje de tales antecedentes, que la joven debía pesar bastante más de las ocho arrobas que en mi cariñoso optimismo había calculado; porque los elegantes mancebos que habían prestado sus servicios para practicar la remoción y el traslado de aquel precioso cuerpo, no eran escuálidos ni endebles, sino antes vigorosos y robustos, y no era posible que hubiesen experimentado tanta fatiga sólo por haber levantado un peso de poco más de una arroba por barba. Porque tomando como base, con respecto a mi amada, una pesadumbre de sólo ocho arrobas, hubiera resultado muy leve la carga proporcional que a cada uno de aquellos atletas hubiese correspondido. Soy muy mal calculador y la aritmética guarda para mí misterios más grandes que los de Eléusis; pero se me figura que ocho arrobas divididas entre seis cargadores, tocan a razón de una arroba, ocho libras, cinco onzas y algunos adarres por cabeza; lo que no constituye ciertamente el peso de nuestro planeta, ni siquiera el de un asteroide de los que caen por los días de San Juan. De suerte que, de la visible fatiga que dichos caballeros mostraban, podía deducirse en sana lógica, que no se habían echado a cuestras ese peso tan leve, con el cual hubiera podido caminar sin molestia hasta una señorita clorótica; sino otro mucho más grande. ¿Cuál sería, Dios mío? Me devanaba los sesos conjeturando cuál podría ser, y mi cerebro se perdía en un mar de números y arrobas. Me había agregado al cortejo, y fuí testigo pre-

sencial de los hechos. Lleno de congoja, no tanto por el trabajo de calcular sobre pesos y medidas (que eso era una ridícula extravagancia en aquellos momentos), sino por el temor de que el mal repentino de Brígida fuese de carácter serio, me colé por en medio de los circunstantes, apartándolos a un lado y otro con bastante brusquedad y falta de consideración. Pero ¿quién se anda con medias tintas en tales ocasiones? ¿Quién tiene reflexión para contenerse en los momentos fatales de una crisis? ¿Quién es capaz de gastar cumplidos cuando está en peligro la existencia del ser idolatrado de su corazón?—Por otra parte, me hallaba investido de derechos y cargado de obligaciones en aquel punto y hora: mis derechos procedían de ser amado por la joven y su marido en cierne; y dimanaban mis obligaciones del hondo afecto que a ella fuertemente me ligaba. Me sentía, como era natural, más que su amigo, y más todavía que si hubiese sido su pariente; como que éramos novios oficiales y estábamos destinados a ser una misma cosa, o sea dos en una carne. *Duo in carne una.* ¡Carne! ¡Carne! ¿Con qué cantidad de ella iría yo a enriquecerme? La mía no era mucha, pero ¡la de ella! ¿Qué contingente me traería? Yo estaba loco con aquella idea, como Hamlet con la de ser o no ser.

No obstante, reconociéndome fuerte con tantos títulos como obraban en mi favor, me negué a abandonar a la simpática paciente, y me planté con resolución junto a ella, entre el médico y mi futu-

ra madre política, sin que nadie a ello se opusiese, bien sea por el desconcierto que en casos semejantes reina en los grupos, o bien porque hubiesen sido tácitamente conocidos y reconocidos mis mencionados títulos por cuantos ahí se encontraban.

Por mi parte, hallábame dispuesto a prestar mis servicios en todo aquello que pudiesen ser utilizados, desde tener la palmatoria y traer un vaso de agua, hasta volar a la botica o ir por el sacerdote.

III

Puesta Brígida boca arriba, iba a comenzar la auscultación, cuando el médico, reflexionando con muy buen sentido, no era conveniente llevarla a cabo en presencia de tantos espectadores, dijo en voz alta:

—Suplico atentamente a las personas presentes, despejen el local. . . . Con excepción de la familia.

En pocos momentos se vió casi desierto el tocador, pues sólo quedamos en él la mamá, el médico, un servidor de ustedes, y tres amigas íntimas de Brígida. Una vez cerrada la puerta, comenzó el exámen de la enferma. El médico sacó el reloj, y tomando el puño de mi amada, contó las pulsaciones durante un minuto; aplicó en seguida el oído al corazón muy atentamente; después, levantó los cerrados párpados de la joven y examinó ambas pupilas. Un silencio angustioso reinaba en el aposento; el médico nada decía, y nadie se atrevía a interrogarle.

—¿Es usted la mamá? preguntó a fin volviéndose a doña Asunción.

—Sí, señor, repuso ésta tiritando de emoción.

—Pues sírvase usted desabrochar el talle a esta joven, repuso el facultativo.

No fué muy sencilla la operación, porque iba la tela tan bien ajustada al corsé, que no había por donde meter los dedos; pero al fin pudo ser ejecutada. Sólo que para ello fué preciso sacudir no poco el cuerpo de la enferma. En medio de aquella fatiga, vino un nuevo accidente a avivar la alarma de todos, y fué que por la entreabierta boca de Brígida, comenzaron a aparecer vómitos de color sospechoso:

—¡Sangre! clamó doña Asunción consternada, recogiendo piadosamente aquel alarmante líquido en el pañuelo de batista.

—¡Sangre! repitieron las amigas aterradas, jugando también con los suyos la boca de mi novia.

—¿Sangre? pregunté trastornado y sintiendo que la mía se me iba a los pies.

El médico, que estaba inclinado sobre la enferma, se enderezó al oír aquellas voces.

—¿Han dicho ustedes sangre? preguntó.

—Sí, señor doctor, repuso mi señora madre política sollozando, mire usted.

Y puso en las manos del galeno el manchado pañuelo. El médico se acercó a una lámpara, miró con suma atención las máculas oscuras que se dibujaban en la finísima tela, y, no contento con eso, examinolas al trasluz, extendiendo aquella entre

sus ojos y la llama.... Después, guardó profundo silencio.

—Mala, muy mala señal, pensé al observarlo. ¿Congestión pulmonar? ¿Hemotisis? ¿Ruptura de algún vaso? ¿Úlcera redonda?... ¿Qué será, Dios mío, qué será?

Y me castañeteaban los dientes en fuerza de la emoción, como si estuviese dentro de una nevera. Todos los ojos estaban fijos en el doctor; todas las miradas eran de angustia. El facultativo no perdió la cabeza a pesar de todo. Acercóse de nuevo a la enferma y quiso palparle el estómago y el vientre; pero se encontró con el estorbo del corsé, que parecía una coraza. Algo buscó en el bolsillo del chaleco, que no pudo encontrar, por lo cual, volviéndose a mí, me dijo:

—¿Trae usted un cortaplumas?

Por fortuna llevaba uno finísimo, de carey, que nunca abandonaba.

—Sí, señor, repuse.

—Hágame usted el favor de prestármelo, agregó con acento imperioso y breve.

—Aquí está, repuse poniéndole en sus manos.

Y seguí pensando.

—¿Qué irá a hacer este galeno con mi navaja?... ¿Irá a sangrar a Brígida?... No puede ser, porque ese tratamiento no está ya en uso.... Pasó el tiempo de los flebotomianos.... ¿Alguna operación? ¿Una sajada?... Pero ¿en dónde?... Y luego, que un cortaplumas no puede hacer las veces de un bisturí.... Además, no hay aquí vendas,

ni algodón absorbente, ni gasa esterilizada.... ni aun siquiera agua hervida.

Al fin me atreví a preguntar, mirándole vacilar y como en suspenso.

—¿Se le ofrece a usted algo, doctor?

—Sí, me dijo, que me ayude usted a colocar a la señorita sobre un costado.

—Con mucho gusto.

Y nos pusimos a la obra. Tan pronto como estuvo concluída, metió él la mano dentro del corpiño, por la parte de la espalda, buscó al tacto los cordones del corsé, aplicó el filo del cortaplumas con resolución, de abajo arriba, y oímos luego un ruido como de cables rotos.... En seguida, como aguas impetuosas que han roto su dique y se derraman espumantes y furiosas por la vega, ví elevarse, ensancharse, y extenderse hacia afuera, una especie de montaña, que hizo saltar el corsé, rebasó los bordes del corpiño e infló y llenó toda la blanca y fina anchura de la camisa.... ¿Qué era aquello, Dios mío? ¿Un montgolfier? ¿Un Zeppelin? ¿Era la Atlántida? ¿Era la América? Ignoro lo que sería; sólo sé decir que fué para mí un mundo nuevo y desconocido.

—¡Pero, doctor, exclamó doña Asunción con tono de reproche; me hubiera usted prevenido! Estas cosas no se hacen así como así, ni mucho menos delante de la gente.

Y no hallando otra tela de que echar mano, y atendiendo al pudor de su hija antes que al suyo, se levantó la falda y la arrojó sobre el esternón de

Brígida, con el mismo bíblico ademán con que Jafet echó su manto sobre el cuerpo desnudo de Noe, cuando se embriagó éste con el jugo de la uva.

Yo aparté los ojos de aquel espectáculo, tanto por respeto a mi amada, como por el espanto que su enorme corpulencia me produjo; porque, a decir verdad, aunque mucho de aquello había sospechado, nunca, ni en mis horas de mayor pesimismo, llegué a imaginarme tanto, tanto....

Por fortuna el grito general de contento que en aquellos momentos resonó en el tocador, trocó mis tristes impresiones en una alegría desbordada.

—¡Ya abrió los ojos! gritaron las amigas.

—¡Hija de mi vida! exclamó doña Asunción con lágrimas en los ojos. ¿Qué te duele? ¿Cómo te sientes?

—Ya no me duele nada, mamá, oí que respondía Brígida. Me sentía ahogar.... Una grande opresión; pero ya pasó todo.

Y en efecto, nada tenía; tanto que pudo sentarse desde luego.

Pronto vinieron los abrigos del guardarropa, y, habiéndose envuelto la joven en el suyo, recogió la falda la mamá y pude yo volver los ojos a la paciente.

—Aquí estoy, Brígida, la dije, cerca de usted.

—Gracias, Pablo, repuso ella procurando amontonar más y más ropa sobre la parte simidescubierta de su cuerpo.

Y después de unos instantes, agregó con tono lánguido y romántico:

—¡Qué cosas tan horribles he sentido! Así debe ser la muerte.

—Pero ya pasó todo, intervino el médico; ahora sólo se necesita un poco de reposo.

—¿Qué le hacemos, doctor? preguntó ansiosa la mamá.

—Nada, señora, repuso el galeno; no há menester medicinas.

—¿Le daremos sales o éter a aspirar?

—Lo que ustedes gusten; pero no precisa.

—¿Debe guardar cama?

—No, señora; antes por el contrario, le hará provecho andar un poco y respirar el aire de la calle, cuando haya descansado lo bastante. . . . Y como no soy ya necesario, con permiso de ustedes, me retiro.

—¿Y qué dice usted de la sangre? preguntó por lo bajo doña Asunción, deteniéndole por el brazo.

—¿De la sangre? interrogó a su vez el galeno con acento inseguro.

—Sí, de la sangre, insistió la afligida señora mostrando a hurtadillas el pañuelo.

—¡Ah, sí! repuso el doctor con tono indefinible; digo que no hay cuidado.

—¡Cómo! insistió doña Asunción. Sangre por la boca, ni mucha ni poca.

—En este caso falla la regla, afirmó el doctor sonriendo ligeramente. Créame usted, señora, no hay cuidado.

—Como quiera que sea, necesito hablar con usted, y que examine despacio a Brígida, volvió a

decir mi madre política. Aguardo a usted en casa, mañana.

Y le dió las señas, que el doctor apuntó en un carnet de baile que llevaba en el bolsillo.

—Mañana, antes del medio día, estaré en la casa de usted, repuso inclinándose.

Yo le acompañé hasta fuera del tocador, deseoso de interrogarle aparte, pues deseaba saber toda la verdad, por aterradora que fuese. Temía que, por exceso de consideración a mi madre política, algo la hubiese ocultado.

Un grupo ansioso nos aguardaba en el corredor, y vino luego a rodearnos.

—¿Cómo sigue la enferma?, preguntaron damas y caballeros.

—Pasó ya todo, repuso el médico; está bien y en reposo.

—¿Qué fue lo que tuvo?

—Un vahido, repuso el interrogado, un desvanecimiento de carácter común y sin consecuencias.

—¡Vaya, qué bueno!, murmuraron. Nos alegramos. . . .

Y poco a poco fueron tomando el camino de los salones, donde acababa de comenzar el baile.

Tan pronto como estuvimos solos, dije al doctor:

—Soy el prometido de Brígida, la señorita enferma, y me intereso mucho por ella, como usted se lo debe figurar. . . . Servidor de usted.

Y le tendí la mano que él estrechó con suma urbanidad.

—Tanto gusto de conocerle, repuso.

—He salido, continué, para hablar a solas con usted.

—Estoy a sus órdenes, caballero.

—¿Qué ha tenido Brígida?

—Un vahido, ya lo dije.

—¿Nada más?

—Nada más.

—No me oculte usted la verdad por dolorosa que sea.

—No la oculto, caballero; nada hay que ocultar.

—Soy hombre y sabré resistir el golpe. Comprendo la reserva de usted en tratándose de doña Asunción, porque es mujer, y, sobre todo, madre...; pero no respecto de mí. Tanto más cuanto que es preciso estar al tanto de todo, para hacer frente a la situación.

—Pero, caballero, si nada tengo que decirle; ha sido un accidente pasajero.....

—¿Y la sangre?, insistí con sincera preocupación.

—¿Cuál sangre?, me preguntó con el tono más raro del mundo.

—La que ha echado por la boca.

—¡Si no hay tal!, repuso con aplomo.

—Pues, ¿qué fue lo que vomitó?

—Chocolate, articuló con voz firme.

—¿Cómo así, doctor!, exclamé.

—¡Puro chocolate!, afirmó de nuevo. El olor, el color, todo es de puro chocolate.... No tenga usted cuidado.

—¡Vaya, por Dios!, dije con tono de alivio.....

En efecto, tiene usted razón, poco antes de salir para el Casino, tomé una taza de chocolate....

—¿En agua?, agregó el galeno.

—Exactamente, contesté.

—Sí, así lo comprendí, porque en el vómito no hallé grumos de leche.

—Pero, ¿cómo se explica el caso?

El médico reflexionó un momento.

—¿Quiere usted que le diga la verdad?

—¡Cómo no! Es mi mayor deseo.

—Pues se explica por el corsé.... La niña está demasiado robusta; se oprimió sin miramiento; tomó chocolate; el líquido no pudo pasar del esófago; y ese estancamiento produjo el trastorno. Todo, se entiende, junto con el efecto de las luces y la falta de ventilación.... Pero ya vió usted como, en cuanto pudo arrojar el chocolate y rompí los cordones del corsé, abrió los ojos y quedó instantáneamente curada.

—Así es, en efecto, repuse pensativo.

—Sí, caballero, tranquilícese usted; la joven goza una salud de primer orden. Funciona su corazón de un modo excelente; tiene unos pulmones envidiables; y es muy frondosa.... tal vez demasiado frondosa... Debe usted aconsejarle no se oprima tanto la cintura.

—Gracias, doctor; me deja usted completamente tranquilo. ¡Bendito sea Dios!

Con esto me despedí del médico, y volví al tocador. En el corto camino que tuve que andar para reunirme con la familia, viniéronme a la memoria

espontánea e inesperadamente, aquellos versos de Gil y Zárate en *Carlos II el Hechizado*, que hicieron reír tanto al picarón de Martínez Villergas.

—¿Chocolate?

—Sí en verdad.

—Con estas cosas me ofusco....

¡Que oculte tanta maldad

Un poco de soconusco!

IV

Cuando entré, hallé a Brígida levantada ya, cuidadosamente envuelta en el amplio abrigo, y, de tal modo arropada, que ocultaba con sumo arte su *deshabillé* interior. Doña Asunción se había puesto también el suyo, y madre e hija parecían ansiosas por salir del Casino. En el acto acudí al guardarropa para recobrar el gabán y el sombrero, y en compañía de ellas emprendí la retirada.

Mis dos compañeras iban por la calle lánguidas y melancólicas, como es de costumbre después de un grave contratiempo, y, además, porque doña Asunción no había podido ocultar a su hija el terrible secreto de los vómitos.

—¡Quién sabe qué sea esto!, decía Brígida con suma tristeza. Siempre he sospechado que algo tengo en el corazón, o en los pulmones, porque siento sofocaciones frecuentes.

—¡Con razón!, dije para mi colete, puesto que la gordura fatiga, y el corsé aprieta.

Pero no articulé palabra.

—Hijita, prorrumpió doña Asunción con grande y conmovedora ternura. Dios ha de querer que no sea nada; ya verás como no es nada.

—No lo creas mamá, repuso Brígida con dolorosa convicción, eso de arrojar sangre por la boca, es cosa muy grave; no te hagas ilusiones.

—Puede haber sido de las encías o de la garganta.

—¿En esa cantidad, mamá? No es posible. ¡Cuatro pañuelos ensangrentados!.... Tanta sangre no puede venir sino de los pulmones.... Ya verás cuán pronto voy a morirme.

Mi suegra se puso a llorar a lágrima viva, y mi novia se enterneció también, pensando en su fin prematuro. Yo no, porque estaba en el secreto, y preferí guardar silencio, hasta que al fin, condolido de tanta pena imaginada, y deseoso de aliviarla, me atreví a revelar el trivial secreto.

—No se atormenten ustedes inútilmente, dije.

—¿Cómo inútilmente?, interrogó indignada doña Asunción.

—Déjalo, mamá, intervino Brígida con ira. ¿No ves cuán sereno está? Es que yo no le importo ni poco ni mucho. Venía callado, indiferente, y la primer palabra que suelta, es para decir que no vale la pena hablar de la espantosa hemorragia que acabo de sufrir.

—Yo no he dicho tal cosa, repliqué.

—Sí, señor, saltó mi suegra con tono terrible; usted lo ha dicho.

—Eso fue lo que usted ha dado a entender, continuó mi novia excitadísima. No puede tener otro sentido su frase, sino el de que carece de importancia la hemorragia.

Atacado de esa manera, y viéndome en la necesidad de defenderme para rechazar las imputaciones de novio inhumano que me abrumaban, me apresuré a protestar:

—¡Pero si no ha habido tal hemorragia!

—¿Cómo se atreve usted a decir eso?, preguntó mi suegra en el colmo de la rabia. ¿No ha visto usted los pañuelos manchados de sangre?

—Manchados sí, contesté; pero de sangre, nó.

—¿De qué entonces?, interrogó Brígida a su vez con tono violento y respiración anhelante.

—De chocolate, repuse con firmeza.

—¡Chocolate! ¡Chocolate!, exclamó la señora sarcásticamente. ¿De dónde ha sacado usted esa especie de chocolate?

No pudiendo decir que yo no había sacado nada, y que el prosaico líquido había brotado por sí solo de las cavidades internas de mi novia, preferí guardar humilde y compungido silencio.

—Es que quiere ponerme en ridículo, mamá, terció Brígida con despecho.

—No invento nada, repuse mansamente; es el médico quien lo afirma.

—¡Buen matasanos será él! profirió doña Asunción con desencadenado despecho.

—Deben haberse puesto de acuerdo Pablo y el

doctor para propalar esa ridícula especie; así reirá toda la gente a costa nuestra, aseveró Brígida.

—Por Dios, por Dios, exclamé contristado; no se ofusquen ustedes ni se formen de mí tan mal concepto. Les aseguro por lo más sagrado, que si he aclarado el hecho, ha sido sólo para calmar su dolorosa ansiedad, pues se me figuró llevaría alguna tranquilidad a su ánimo, el saber no había habido sangre de por medio.

—Pues se equivoca usted redondamente, replicó mi suegra acaloradísima, porque esa explicación envuelve una burla.

—Por mi parte, observó Brígida, prefiero mil veces la tísis o la aneurisma a quedar en ridículo.

A tales palabras siguió entre los tres un diálogo muy desagradable, durante el cual mi suegra y su hija continuaron sosteniendo la tésis de la sangre, y yo la del chocolate. No me excedí en manera alguna, hablé con moderación, y dí testimonio del mayor respeto a mis interlocutoras en todo lo que expuse; pero ellas fueron exaltándose de momento a momento de un modo tan asombroso, que acabaron por decirme claridades que me dejaron a oscuras y pesadeces que no pude resistir. Cuando el carruaje que nos conducía llegó a la casa de la familia, iban ya tan mal dispuestos nuestros ánimos, que mi suegra y su hija se rehusaron a que las acompañase a subir la escalera, y yo, por mi parte, no quise aceptar por nada hacer uso del vehículo para tornar a mi domicilio.

Ya para despedirnos, mi novia se quedó delibe-

radamente algunos pasos atrás de doña Asunción, con el objeto de hacerme una última y formal intimación.

—¿Insiste usted, me dijo con voz destemplada, en que no fué sangre lo que arrojé?

—Sí, la contesté, consternado; tanto por ser esa la verdad, como para bien de usted misma. ¿Qué empeño tiene usted, Brígida, en verse atacada de un mal terrible, de que por fortuna no adolece?

—¿Y qué empeño tiene usted en burlarse de mí? repuso ella. Por última vez, Pablo ¿se afirma usted en que vomité chocolate?

—Así es, Brígida, contesté con triste resignación.

—¿Con que chocolate, eh? preguntó de nuevo con sarcasmo.

—Sí, Brígida, contesté con tono blando.

—Pues aténgase usted a las consecuencias de *mi chocolate*, concluyó la joven con violencia, volviéndome las espaldas.

Así dijo Brígida, y, sin oír más, se dirigió a la escalera, por donde la ví subir con toda la ligereza que su robustez le permitía. Me quedé estupefacto y sin comprender lo que pasaba. ¡Nada! Que aquellas señoras estaban empeñadas en que el accidente fuese mortal, y en que había de ser sangre el chocolate, cuando sólo en las bodas de Canaan se ha visto la transmutación de los líquidos. Por una de esas aberraciones de la humana naturaleza, preferían la catástrofe a la trivialidad. ¡Asombrosos milagros del amor propio!

Las últimas palabras de Brígida habían sido terribles: debía yo atenerme a las consecuencias de *su chocolate*. Aquello era espantoso, pero incomprendible. ¿Cómo podía realizarse el anatema? No era posible que me indigestara *su chocolate*; ni vomitarlo; ni convertirlo en tósigo. Por otra parte, yo no usaba corsé apretado, . . . ni sin apretar. ¿Cómo, pues, llegarían a alcanzarme los efectos de aquella bebida? ¡Vaya con el cacao! ¡Y yo que le había creído tan inocente!

No dormí aquella noche más que ocho horas, cavilando sobre la solución de tan arduo problema. Tenía por seguro que Brígida me castigaría muy severamente; pero ¿cómo? Mi pecado parecía ser peor que el de Santo Tomás, porque el apóstol vió y creyó, y yo ví chocolate y no creí que fuese sangre. Soñé puro chocolate: en tablillas, en agua, en leche; asentado, revuelto, espumante; caliente, frío; formando remanso, huyendo en corriente, precipitándose en cascadas; y, finalmente, convertido en mar tempestuoso, donde me ví naufrago y perdido. . . . Hasta que al fin me ahogué entre sus revueltas espumas.

Y en efecto, al siguiente día, me hallé al levantarme, con el portero de la casa de Brígida, que me aguardaba para desempeñar una delicadísima misión. Me entregó una carta de la *niña* y una cajita. En ésta venían todas *mis cosas*, y aquella decía así:

«Señor....»

«Mi sangre es muy mía y no permito que usted la convierta en chocolate. No soy hazmerreír de nadie. Todo acabó entre nosotros. No insista usted, porque sería inútil. Su servidora.»

«BRÍGIDA.»

En el acto tomé la pluma y contesté con un nudo en la garganta (que era el de la corbata):

«Brígida:

«Nunca creí que una cuestión tan frívola como la de anoche, ocasionase nuestro rompimiento; pero, supuesto que el chocolate se interpone entre usted y yo, me doy por muerto.»

«PABLO.»

¡Cuán inexcrutables son los designios de la Providencia! Así fué como resultó bien acogida mi oración del Huerto. ¡Haberme dado calabazas mi adorada Brígida, sólo por negarme a admitir que el chocolate fuese sangre! ¡Qué locura la suya! Y sobre todo ¡qué flaqueza! Fué la única que le conocí.



POR UN CABELLO

I

Era Leonor mujer encantadora, graciosa, sencilla, leal y apasionada. Hermoso cuerpo el suyo, más bien alto que bajo; tez fresca y color de rosa; ojos de dulce mirar, cariñosos y sonrientes; nariz un poco remangada y de ventanillas ligeramente abiertas; boca no muy pequeña, pero de labios frescos y dentadura limpia y sana; y el todo como velado y envuelto en una suntuosa cabellera rizada, finísima y color castaño. Franca, alegre y decidida, su conversación era un delicia, un verdadero manjar de los dioses; tanto que, cuantos la conocían, andaban afanosos en solicitud de su trato, y cuando se miraban cerca de ella, olvidaban preocupaciones y congojas al conjuro de sus bien concertadas frases y palabras. No tenía más defecto (si es que merece nombre tal la virtud llevada a la exageración), que el de querer demasiado a su marido.

Isidro, el joven que había tenido la buena fortuna de casarse con ella, poseía cualidades sobresalientes, y un físico bastante atractivo; pero no hasta el grado que su enomorada consorte lo creía. Porque, a juicio de Leonor, no había mujer que no estuviese prendada de él, por lo cual desconfiaba de sus amigas, y no las tenía todas consigo cuando le veía con sus parientas. Las solteras la alarmaban; temía las artimañas de las casadas; parecíanle peligrosas las jóvenes; y respecto a las viejas, abrigaba opiniones muy poco favorables. No le perdía de vista cuando le tenía cerca, y seguía con sus ojos la trayectoria de las miradas de su esposo, para saber a donde iban a parar; y si descubría que paraban en algún lindo palmito, perdía el buen humor, entraba luego en silencio y daba señales de querer marcharse del sitio donde se hallaba, como en efecto lo hacía, llevándose consigo y a remolque al inocente de Isidro, por cuya cabeza no había pasado tal vez ni la idea más remota de infidelidad. Muchas amistades había perdido por motivo de infundados recelos concebidos contra damas hermosas y discretísimas, que habían manifestado estimación hacia el joven, aunque sin pizca de interés ni de malicia.

Pero la fantasía de Leonor no descansaba jamás; por dondequiera creía descubrir enemigos de su tranquilidad, coquetas, traidoras, perversas; no había mujer que no maquinase contra su dicha, ni dejase de echar redes al buen pez de su marido. ¡Como que no había otro como él en toda la redon-

dez de la tierra! ¿Quién podría jactarse de tener ojos tan cautivadores, sonrisa tan graciosa, paso tan varonil, ni conjunto tan excepcional como Isidro? ¿Ni quién su talento, su saber, su finura y su posición social? N6; era el mejor, el superior, el único. ¡Con cuánto embeleso clavaba en él los extáticos ojos, secundaba sus brillantes ideas, y retrataba en su rostro las impresiones que él sentía, como si fuese fiel y claro espejo suyo!

Largas le parecían las horas de ausencia del marido, y durante ellas, no hacía más que pensar en él, y desear que cuanto antes volviese. Cuando tardaba uno o dos minutos más del tiempo acostumbrado, imaginábase que andaba en malos pasos, que había ido a visitar a alguna fulana, o bien que amigos tunantes le habían arrastrado al café a tomar copas, o a la fonda a banquetearse, o a lugares peores e indignos de ser mencionados. Y hasta puede ser que alguna vez se haya figurado que su caro esposo hubiese sido víctima de algún raptó, por haber llenado el ojo a cualquier damisela aristócrata y elegante; la cual por medio de sutiles artimañas, le hubiese conducido en rápido automóvil, manejado por un chauffeur enmascarado, a casa solitaria y misteriosa, guardada por servidumbre adiestrada y acostumbrada a secuestros de príncipes.

Sonó la una de la tarde de aquel día memorable, y Leonor, que cosía delante del reloj para seguir el curso de las tres agujas (las dos del horario y aquella con que hacía hilvanés y respuntes), arrojó con precipitación sobre la mesa la tela que en las rodillas tenía, y se asomó al balcón para esperar a Isidro. Y distinguió a lo lejos el tranvía que debía traerle, el cual caminaba con la velocidad ordinaria, pero no con la que la joven hubiese deseado. Figurábasele aquel vehículo a manera de tortuga inmóvil e inanimada, de movimientos lentísimos y desesperantes; y cuando se paraba en las bocacalles para descongestionarse un poco de la plétora de pasajeros que sufría, reprobaba ella la pachorra que gastaban los buenos vecinos que bajaban del carro, y la del conductor que permitía tan enormes y nunca vistas tardanzas. Por fin paró el eléctrico frente a la casa, que formaba esquina, e Isidro, el simpático, el buen mozo, el sin igual, echó pie tierra a la vez que un buen golpe de gente sin importancia. La humanidad, a los ojos de Leonor, no era más que una simple comparsa, criada mediocre por Dios con el doble objeto de que sirviese de séquito a su esposo, y de hacer resaltar sus pasmosas excelencias; así que no paró mientes en aquel grupo que la representaba, y bajó hasta el pie de la escalera para recibir gozosa a su bien adorado. Venía regocijada y radiante; y

aunque no hacía más que cuatro horas que había dejado de verle, le acogió con los rendidos homenajes debidos a un cruzado vuelto de Palestina y de la conquista del Santo Sepulcro.

La pequeña Lorencita, de cinco años de edad, había acudido también a recibir al papaito, y corriendo hasta la puerta, se había echado en sus brazos. La preciosa niña con el fino y claro pelo suelto, y apenas recogido por ancho listón colocado en medio de la cabeza, abrazaba y besaba al papá con fogoso cariño; e Isidro, satisfecho y glorioso, traía cargado al angelito, con tanta veneración como si hubiese sido un ángel de verdad.

—Buenas tardes, Isidro, díjole Leonor tendiéndole ambas manos, cuando le tuvo cerca.

—Buenas las tengas, Leonor, repuso el joven reuniendo en la única que le quedaba libre, las dos que salían a encontrarle.

En seguida besó la frente de su esposa, que se inclinó para ponerla al alcance de sus labios; y juntos los tres, subieron la escalera formando un grupo encantador. Una vez arriba, puso el joven a Lorencita blandamente en el suelo, dejó el sombrero en el cuarto de dormir, se lavó las manos y se dirigió al comedor. La niña le abrazó una pierna, y apenas le dejaba caminar, mientras que Leonor le asía una mano para llevarle bien asegurado. Sentábanse todos a la mesa y el esposo echaba ya mano a la servilleta, cuando la mirada de Leonor se clavó en la leontina de Isidro, y, descubriendo en ella algo muy sospechoso, fue nublándose

poco a poco, y adquiriendo por grados, expresión de disgusto, de alarma y de cólera. Isidro, que conocía bien a su mujer, comprendió que una tempestad se levantaba en el horizonte, y tembló de pies a cabeza.

—¿Qué te pasa, hija?, preguntóla con sobresalto.

—Que ¿qué me pasa?

—Sí, dímelo.

—Pues esto es lo que me pasa, repuso la joven tomando el dije que pendía de la leontina de su marido, y desenredando de él con mano febril y trémula un largo y fino cabello rubio.

—No comprendo, protestó Isidro atónito.

—¿Cómo no comprendes!, repuso la joven extendiendo la hebra acusadora ante los ojos de su marido. ¿Qué significa esto?

—¿Qué es eso? No veo nada, repuso el joven fingiendo no distinguir cosa alguna.

—¡Un cabello, señor, un cabello! . . . Y es de mujer, porque está largo . . . Y de una mujer rubia, declaró Leonor continuando el análisis.

—Me sorprende el caso, mujer, afirmó él con ansiedad.

—¿Con que te sorprende, eh?, interrogó ella con sarcasmo.

—Te aseguro que sí.

—¿Cuánto vamos a que no me dices de dónde vienes?

—¡Cómo no! ¡Vengo de mis negocios!

—¡Buenos negocios los tuyos! Visitar a tus ami-

gas, continuó Leonor excitadísima. Y ésta (*abundando* a la del cabello) debe ser una aristócrata.

—Si no hay tal, mujer.

—Pasma tu cinismo; tengo en la mano la prueba de tu infidelidad, y todavía pretendes negármela... ¡Has visitado a una mujer, Isidro, acabas de verla! . . . Y de seguro te ha abrazado o ha recostado la cabeza en tus rodillas, porque sólo así se explica haya dejado este cabello en tu leontina.

—Leonorcita, mira, te aseguro por lo más sabido, que no he visto más que hombres, y que no me he acercado a ninguna mujer, ni me he ocupado sino en trabajar, recio y firme para ganar el pan nuestro de cada día.

—Sí, eres un ángel, Isidro; ni sombra de mal pensamiento pasa por tu frente; buen ciudadano, hábil abogado, excelente padre de familia, y sobre todo, amantísimo y fidelísimo esposo.

—Lo último es verdad, aunque lo digas con ironía.

—Es cierto; pero eso no quita que llegues a tu casa con un cabello de mujer enredado en la leontina: . . . ¿O vas a pretender demostrarme que este cabello es de hombre? . . . Vamos a ver. Sé juez tú mismo. ¿Te atreverás a sostener que sea de alguno de tus amigos? Míralo, míralo bien . . . No es extraordinariamente hermoso; la desvergonzada que te lo dejó ahí, no tiene una cabellera superior a la de Absalón. Pero eso sí, es fino, como de persona decente. ¿Será de alguna de mis amigas o de

mis primas?... ¿Con que te afirmas en sostener que este cabello es de hombre?

—Si no he dicho tal cosa, mujer; eres tú quien me atribuye esa afirmación.

—¿De suerte que estás conforme en que es de mujer?

—No sé de quien sea.

—¿Ya ves? Ya confiesas tu delito.

—Nada he confesado.

—El cabello es de mujer y lo traías íntimamente unido a tu persona; luego has confesado tu falta... ¿O querrás negar que le tomé de tu leontina?

—Ni remotamente.

—En ese caso; nada queda ya por averiguar, exclamó la esposa con creciente despecho. Conviene en que el cabello es de mujer y en que le traías en la leontina; luego estás convicto y confeso. No tienes escapatoria.

—Leonorcita mía, te aseguro que no es así.

—No es así, no es así; y así es... La prueba es irrefutable.

Isidro, confuso, no sabía cómo explicar el caso ni qué razones oponer a las de su esposa, y prefirió callar, como reo delante de su juez. Su silencio exasperó a la esposa.

—¿Lo ves? No puedes defenderte; la conciencia te acusa.

—De nada me acusa.

—Será porque no la tengas; la has perdido en tus innumerables aventuras amorosas... ¡Sabe Dios lo que serás fuera de casa! Bien estoy en las

mías; tienes la música encerrada; parece que no quiebras un plato, eres una mosquita muerta; pero me engañas veinticuatro horas al día... Y yo que te quiero tanto, y me desvivo por tí. Encerrada en mi casa sin más compañía que la de mi hija, y pensando en tí siempre, siempre, porque tengo la desgracia de no poder vivir sin tí; y tú entretanto en fiestas y bureos, con amigos... y amigas... ¡Ah, qué desgraciada soy!

Enternecida con el eco de sus propias palabras, echóse a llorar sin consuelo. En seguida se apoderó nerviosamente de la niña.

—¡Pobre hijita mía!, exclamó llena de dolor, estrechando a Lorencita entre los brazos y cubriéndola de besos. ¡Pobre hija de mis entrañas; no quiero ni pensar en lo que se te espera... en este malvado mundo!... Sólo desengaños, hija mía, nada más desengaños; lo mismo que a tu madre, que es tan infeliz.

Ya sabía Isidro por experiencia, que siempre que el tono de Leonor se hacía tan patético como ahora, y que su esposa acariciaba tan lastimeramente a la niña, era porque se acercaba la acostumbrada crisis nerviosa; así que, temeroso por el giro que iban tomando las cosas, hizo un esfuerzo supremo para evitar llegasen a aquel penosísimo desenlace.

—Mujer, suplicó con acento afligido, no te atormentes, ni me atormentes sin razón ni motivo. Mira, te lo ruego por lo más sagrado...

Pero la exaltación de Leonor había tomado tal

incremento, que la joven no veía, oía, ni entendía ya nada; estaba como loca.

—Más te valiera no haber nacido, continuó estrechando a la niña con tal fuerza contra el pecho, que la pobrecilla, asustada por la actitud de la madre, y sofocada por la fuerza de la presión, comenzó a dar altos y agudísimos alaridos. Su llanto aumentó la nerviosidad de la madre.

Después de una tempestad de besos tan rápidos y fuertes, que más parecían castigo que caricia, siguió sollozando la joven y diciendo al mismo tiempo:

—Me da remordimiento haberte echado al mundo, alma mía; perdóname, perdóname que te haya dado el ser. Sólo te aguardan penas e ingratitudes en esta horrible vida.... en esta vida.... en esta.... en esta horr.... ible....

No pudo concluir la frase; desplomóse sin sentido sobre la criatura, y ambas hubiesen caído por tierra, a no ser por el sostén que Isidro oportunamente les prestó. Tenía éste la triste experiencia de que, siempre que Leonor tocaba aquellos extremos de vehemencia, la escena concluía con un patatús; así que, desde que el diálogo se había hecho más vivo, había ido acercándose a Leonor para darle pronto y eficaz socorro, y, cuando la esposa perdió el conocimiento y no pudo ya tenerse en pie, recibíola prontamente en los brazos y pudo colocarla con suavidad en una silla.

Accidentes como aquel no eran nunca sencillos; había que renunciar a toda esperanza de combatir

el mal por medios puramente caseros. Requeríanse en tales casos, la presencia del doctor, recetas, medicinas y un tratamiento en toda forma, el cual nunca duraba menos de medio día o veinticuatro horas. Persuadido de ello, no llegó Isidro a pensar en alimentarse, y se contentó con lanzar una mirada de profundo desconsuelo al blanco mantel de la mesa, sobre el cual resaltaban la limpieza de la porcelana y la transparencia del cristal, así como la diafanidad de la compotera y la elegancia del frutero cargado de rojas manzanas y de gruesas y negras uvas. Fué el único momento de debilidad de que dió muestra su gran carácter. Había trabajado mucho durante la mañana; volvía a casa con gran apetito; habíase formado la ilusión de comer bien en compañía de Leonor y Lorencita, en medio de la más plácida armonía y del más puro contento. Pero hé aquí que sus planes fracasaban, que no podía descansar, que no podía llevar a la boca un pedazo de pan, y que la tempestad se le venía encima.... ¡Oh hados adversos!

No era egoísta con todo; su preocupación principal no fué la del contratiempo que sufría, sino la del padecimiento de su esposa, a quien de veras y muy tiernamente amaba.

Leonor había caído en un estado que parecía grave, aunque no lo fuese; tenía convulsiones, habíasele extraviado la vista, respiraba con dificultad y lanzaba constantes y estridentes gritos mezclados de lágrimas y sollozos. Y a tal punto llegó la alharaca que metió, que la servidumbre femeni-

na acudió alarmada a ver lo que pasaba en la apacible estancia destinada a reparar el hambre y las fuerzas de la familia.

—Pronto, pronto, ordenó Isidro, llevémosla a su cama.

Y en la misma silla donde se había desplomado, fué conducida la enferma a su aposento.

—Ahora, dijo el esposo, hay que desvestirla y meterla entre las sábanas.

Una vez hecho así, salió al corredor y ordenó a un sirviente fuese corriendo a llamar al doctor Fausto, que por fortuna vivía en la misma calle, y le suplicase de su parte, acudiese sin pérdida de momento.

II

Halló el médico, cuando llegó, pocos momentos después, un *cuadro* alarmante, en la estancia; la enferma padecía extravío mental y asfixia, y lanzaba grandes clamores y gemidos entrecortados. Serio y grave, el facultativo tocó la frente, las mejillas y la punta de la nariz de Leonor con el envés de la mano, y en seguida tomóle el pulso. Examinóla después minuciosamente para ver si el trastorno era general o estaba localizado.

—Tiene calentura, articuló dirigiéndose a Isidro.

—¿De qué carácter doctor?, preguntó éste alarmado.

—Nerviosa, repuso el galeno.

—¿Es grave el padecimiento?

—No, repuso don Fausto con calma tranquilizadora; es un acceso de histeria. Las apariencias son alarmantes, pero no hay nada que temer.... Durará medio día, un día tal vez, pero pasará.

—¿Qué le hacemos, doctor?

—Voy a recetarle unas cucharadas calmantes; bromuro principalmente. Le da usted una cada media hora, mientras dure agudo el acceso, y cuando calme, una cada hora..... Si duerme, hay que respetarle el sueño y no darle medicina hasta que despierte. El bromuro y el sueño le devolverán la salud.

Y sacando la cartera y una pluma de fuente que consigo llevaba, se dedicó a escribir el *récipe* con toda atención. Entretanto, continuaba gimiendo angustiosamente la enferma, y agitándose con violencia.

—¡Isidro!, clamaba, ¡Lorencita!.... ¡Infiel!.... ¡Ingrato!.... ¡Te quiero!.... ¡Ay! ¡mi corazón!... ¡El cabello! ¡El cabello!

Y como tenía trabada la lengua, solía equivocarse la pronunciación de aquella terrible palabra, y exclamar con tono patético:

—¡El caballo!.... ¡El caballo!...

Sus frases entrecortadas y repetidas, acabaron por llamar la atención de don Fausto, quien, al entregar a Isidro la receta, preguntóle:

—¿Qué dice la señora? ¿El cabello o el caballo? ¿Cuál de las dos cosas?.... Es una confusión..... No comprendo,

—No puede pronunciar bien, repuso Isidro. Ca-

bello es lo que quiere decir, doctor, y no caballo. ¡Qué caballo ni qué ocho cuartos!

—¡Es extraño!, murmuró el médico. ¿Qué tiene que ver el cabello con su ataque de histeria? ¿Por qué delira con él? ¿Se le ha quemado el pelo?

—Voy a explicarlo a usted, contestó el marido, conduciendo a don Fausto a otro aposento.

Y refirió a su interlocutor punto por punto cuanto había acabado de pasar. El galeno oyó con atención, y replicó sonriendo:

—Vamos, don Isidro; la verdad es que ha andado usted de picos pardos, y que la aventura dejó rastros... Con razón oí a la señora llamar a usted infiel e ingrato... Debe usted tener más cuidado cuando haga sus travesurillas, porque la señora sufre, y, vea usted... todo puede hacerse, pero con maña y cautela.

—Protesto a usted, doctor, que soy inocente.

—¡Buen inocentón está usted!, replicó el doctor guiñando el ojo... Veamos el cuerpo del delito.

—¿El cabello?

—Sí, señor.

—¿Dónde habrá quedado?, preguntó el joven pensativo; es probable se haya perdido en medio de esta baraúnda.

—Vamos a buscarle, repuso don Fausto; no hay que darnos por vencidos.

Y ambos se levantaron para ir el uno al comedor y el otro a la alcoba. Don Fausto tomó el camino de esta última pieza, porque abrigaba la esperanza de que Leonor no se hubiese desprendido de aquel

rastro acusador, como se aferra el náufrago a la tabla de su salvación, por más que en este caso hubiese sido la de su perdición.

Isidro no halló en el comedor lo que buscaba; pero el doctor fué más feliz, porque en la diestra crispada de la enferma, encontró el terrible cabello sutilmente enredado entre los dedos, como imperceptible, pero venenosa culebra. De ahí le desprendió con gran paciencia y cuidado para que no se rompiese, y cuando le tuvo en su poder, reanudó con Isidro, en la estancia inmediata la interrumpida conferencia.

—Aquí tiene usted, señor, dijo, la manzana de discordia.

—¿Dónde la halló usted, doctor?, preguntó el joven.

—En la diestra cerrada de la enferma. Buen trabajo me dió arrancar de ahí esta hebra sin romperla, porque la señora, aunque perturbada del sentido, parecía no querer soltarla.

—Permítame usted verla.

—Aquí está, contestó el médico, entregándola al joven.

Este la examinó buen espacio, y a continuación la devolvió al médico diciendo:

—Es el mismo.

—Fino, rizado y de muy hermoso color, agregó don Fausto viéndole con atención. Si su dueña corresponde en todo lo demás a este antecedente, debe ser muy guapa... guapísima... No tiene usted mal gusto... Pero procure que otra oca-

sión no se pegue a su indumentaria ninguno de estos delicados apéndices, y antes de volver a casa, examine bien sus prendas de vestir y acepílese cuidadosamente. . . . Así evitará a la señora padecimientos innecesarios. . . . físicos y morales.

—Vaya, doctor, que es usted tan tozudo como mi mujer. Digo a usted y repito que no he andado en bullas ni jaranas, sino solamente en mi trabajo. . . . Somos hombres y estamos solos. ¿Por qué no había de confesarle el hecho si fuese cierto?

—¿De suerte que no hay tal?, preguntó el galeno mirando fijamente a su interlocutor.

—Las apariencias me condenan, pero soy tan inocente como usted mismo en el presente caso, repuso Isidro con serenidad.

Don Fausto reflexionó breves momentos, y luego dijo:

—El suceso es digno de llamar la atención. Tal vez haya ido esta hebra por el viento y la pescó usted de pasada. . . . En fin la excepcionalidad del caso me interesa. . . . ¿Tendría usted inconveniente en permitirme conservar el cabello?

—Ninguno, señor doctor, puede usted hacer de él lo que le plazca; bastantes dolores de cabeza me ha dado para que pretenda guardarle.

—Mil gracias, contestó don Fausto; voy a catalogarle con otros objetos interesantes que estoy coleccionando como resultado del ejercicio de mi profesión; y tal vez algún día escribiré algo sobre esto en la *Revista Médica*. . . . Es un caso curiosísimo de neuropatía.

Y echando mano a la cartera, arrancó una de sus hojas, envolvió en ella cuidadosamente el cabello, después de haber formado con él un pequeño y leve círculo, y escribió encima algunos datos con su propia pluma. En seguida guardó el papel en uno de los secretos de la cartera, que tornó a poner en el bolsillo.

—Volveré mañana, dijo después levantándose. Creo que hallaré a la enferma enteramente restablecida. . . . Si algo extraordinario ocurre, me manda usted recado, y en un momento estaré aquí; pero creo que no seré necesario.

—Bien, doctor, contestó Isidro; ojalá así sea. Hasta mañana.

—Para ustedes será mi primera visita; soy madrugador.

—Yo también lo soy.

III

Volvió Isidro al cuarto de su esposa en cuanto se hubo despedido del médico, y halló a Leonoren en el mismo estado de excitación nerviosa y extravío mental en que la había dejado. Por fortuna había llegado ya la medicina de la botica, y el tratamiento pudo dar principio en seguida.

No quiso el amante esposo encomendar a nadie el cuidado de la enferma; sino que él mismo se encargó de ello; así que instalóse junto a la cama con el reloj en la mano, y estuvo administrándole las

cucharadas cada media hora, según la prescripción del facultativo. Al principio, no pareció obrar el medicamento, pues los síntomas neuróticos se mantuvieron con insistencia; tanto que Isidro desesperaba ya de la eficacia del r cipe y se disponía a llamar de nuevo al doctor Fausto, cuando por fortuna comenzó a entrar en calma la enferma. Un poco más tarde, dormit  de tiempo en tiempo. Desde aquel momento, el joven, que no cerr  los ojos en toda la noche, no administró ya la medicina a la paciente, sino cada hora o cada vez que despertaba, respetando cuidadosamente su reposo.

Durante la velada, no ces  Isidro de buscar alguna explicación a aquel desdichado cuanto singular acontecimiento. No había mentido a Leonor ni al doctor Fausto; era cierto que no había visto sino hombres durante la mañana, que sólo se había ocupado en sus negocios, y que no había llegado a aproximarse a ninguna mujer ni por acaso.  Por qué, pues, había llevado a su casa aquel cabello enredado en la leontina? Algunas ocasiones suele uno tropezar por la calle con damas hermosas, de lujosa indumentaria, cuyas blondas o flecos se aferran a los botones del chaleco y del jaquet, y dejan en ellos algún hilo destrozado. Dado tal antecedente, bien puede suceder que una damisela de peinado extravagante, regale por casualidad uno de sus preciosos cabellos a cualquier transeunte, de pasada, y por un simple capricho del c firo. Mas precisamente aquel día, Isidro no había sufrido o gozado, como se quiera (que en este caso pueden ser

sinónimos tan opuestos vocablos) una colisión de esa especie, pues sólo se había rozado al ir y volver a casa con individuos del sexo feo.

No era un santo el joven, por desgracia, pero no por eso dejaba de querer a su esposa. Sus infidelidades no eran de corazón, porque en sus aventuras galantes no andaba el amor de por medio; pero tenía pocos años, mucha vida, mucha alegría, bastante dinero y algunos amigos afectos a la parranda. De suerte que, de tiempo en tiempo, solía hacer de las suyas, aunque con discreción, cautela y a la sordina; y en tal forma, en suma, que sus debilidades no hiciesen ruido ni dejaran rastro, porque en mucho tenía la paz del hogar, y no quería ni hacer desgraciada a su mujer, ni mucho menos matarla a disgustos. Así pues, y acá para inter nos, no puede negarse que los celos de Leonor fuesen justificados, sólo que se basaban en sospechas teóricas y en datos vagos, porque la joven no había podido descubrir nunca nada concreto ni determinado que los justificase, por más que hubiese hecho minuciosas indagaciones por dondequiera, examinando a los mensajeros que llevaban recados, y visto con atención los sobres de las cartas para colegir por la letra si las misivas eran de mujer. Ni aun siquiera el registro clandestino del pupitre, de los apuntes de la cartera y de las faltriqueras de los trajes de Isidro, habíale suministrado prueba fehaciente de las hazañas de su esposo. Sin embargo, Leonor tenía para sí, que Isidro, sobre ser una de las maravillas del mundo, era un pillastr n de

primer orden, amante de la zambra, del jaleo y de las buenas mozas, y con más suerte con ellas que el mismísimo lord Byron. Porque, en efecto: ¿quién hubiera podido resistirle? El trabajo era que él se pusiese en acción. En acometiendo cualquier empresa, tenía que salirse a fuerza con la suya, porque era irresistible; como es irresistible un mortero Krupp, que una vez abocado y disparado contra cualquier fortaleza, aun cuando sea belga, echa abajo muros de granito, torres blindadas y cuantos obstáculos se oponen al horror de sus proyectiles. Por eso procuraba Leonor que no entrase en ejercicio la máquina destructora de su esposo; porque, además de ser una atrocidad que la debilidad del bello sexo sufriese mengua y estrago por culpa de tan simpático joven, los triunfos de éste, tenían que convertirse en derrotas para ella, el júbilo del marido en la tristeza de la mujer, y la gloria del conquistador, en la agonía de la sierva. Así, por medio de una vigilancia incesante, había logrado la joven neutralizar hasta cierto punto los efectos exterminadores del poder del esposo; que, a no haber sido por aquel acecho incansable, isabe Dios lo que hubiera pasado con el bello sexo de la ciudad, del Estado y de la República! Un ciclón, una tromba, un terremoto hubiesen causado menos trastornos, ruina y desolación, que los amores sin freno y desencadenados del terrible Isidro. Así, pues, la paz del hogar, la tranquilidad de las familias, y el reposo del mundo, tenían mucho que agradecer, aunque no lo supiesen, a la guarda y los

afanes de la celosa joven, quien mantenía cautivos y no dejaba escapar de la casa, aquella fuerza arrasante y aquel fuego devastador. Bien podía decirse, en cierto modo, que Leonor tenía bajo su vigilancia el odre de los vientos. ¡Ah! Si ella se hubiese dormido y descuidado ¡qué tempestad hubiera soplado sobre la tierra!

Lo que pasaba era que, aun haciendo centinela noche y día junto de aquel odre magnífico, no dejaban de escaparse al exterior, ciertos alientos isidrescos, los cuales, aunque ligerísimos, conmovían las flores de los jardines, las hacían vacilar sobre su tallo, y aun a las veces solían marchitarlas y hasta deshojarlas. ¡Cáspita! ¡Y qué hubiera sucedido si Eolo todo entero hubiese logrado quebrantar su estrechísima clausura! Sólo de pensarlo, cubrebre la frente de helado sudor y erízase el lacio o rizado pelo de la coronilla.

Todo esto, o poco menos, porque era modesto de suyo, pensaba Isidro durante esa noche de desvelo y fatiga; y si bien es cierto que la conciencia le remordía por aquellas ignotas picardihuelas que solía cometer, también es verdad que en el caso presente, estaba seguro, absolutamente seguro de no haber sido cogido en ningún renuncio. Por otra parte, Onésima tenía el pelo más rubio, Tecla más negro, y en cuanto a Teodosia, le llevaba recortado hasta el cuello; por consiguiente, no era de suponer que aquella hebra larga y fina, fuese un casto vellón dejado por cualquiera de esas ovejuelas en las zarzas del camino. Hé allí un verdadero rompe-

cabezas. Debía tener enemigos entre los encantadores, como los tuvo don Quijote, y alguno de ellos sería el que había lanzado entre su esposa y él, ese hilo sutil, que se había convertido en dragón alado, que respiraba lumbre por boca y narices, y devoraba sosiegos conyugales.

Por fortuna aquel trabajo mental tan serio y prolongado, acabó por producir algún fruto. Isidro se entregó a un profundo análisis psicológico de sí mismo, con todo el egoísmo que caracteriza a los filósofos galantes, y acabó por deducir que era un excelente sujeto, un marido ideal y un calavera digno de la más grande loa. ¡Lástima que la limitadísima extensión de esta verídica historia, no nos permita transmitir al papel las metafísicas reflexiones, los menudos análisis y las alambicadas inducciones y deducciones de ese benemérito joven, cuya máquina pensante no era menos activa ni sutil, que la de los héroes de las novelas de Pablo Bourget!

Pero Isidro no vió coronada su labor desmenuzadora sólo con aquellos corolarios tan personales y abstractos, sino que, ya de madrugada, cuando el horizonte comenzó a teñirse de color escarlata (de lo que él no se dió cuenta por estar cerradas las hojas de madera de los balcones), esto es, a la misma hora en que Rolla apuró el tósigo que le llevó a la tumba, iluminó su cerebro un rayo de luz, y halló la solución del arduo problema doméstico que había postrado en cama a su consorte. ¿Cómo obtuvo la clave del enigma? De la misma manera

que Newton descubrió la ley de la pesantez; *pensando en ello siempre*. Parece que ésta regla sencilla es el *sésamo* que abre la cueva de todos los logogrifos.

Más adelante explicaremos el modo y forma con que fué aclarado el terrible misterio.

Entretanto, siguiendo la narración interrumpida, debemos decir, que, casi a la vez que la cabeza desvelada, dolorida y calenturienta de Isidro, recibió aquella iluminación de lo alto, abrió los ojos Leonor, sana y tranquila ya; y que viendo a su esposo junto a su cama, le preguntó con extrañeza:

—Isidro, ¿por qué estás levantado a estas horas?

—No he dormido en toda la noche, respondió el joven.

—Pero ¿por qué, mi vida? Te va a hacer daño el desvelo.

—Porque he estado acompañándote y administrándote las cucharadas que el doctor te prescribió.

—¿Qué doctor?

—El doctor Fausto.

—No recuerdo haberle visto.

—Mandele llamar ayer al medio día, cuando te dió el acceso nervioso.

La respuesta de Isidro puso a la joven sobre la pista de los sucesos, y poco a poco fué recordando lo que unas horas antes había acontecido. Y, tan pronto como se dió cuenta de ello, tornaron a su fantasía y a su corazón las mismas desgarradoras sospechas que tanto la habían atormentado anterior-

mente; sólo que ahora, ligada y sujeta ya por los efectos sedantes de la medicina, no cayó de nuevo en otra violenta crisis semejante a la que había acabado de sufrir. En cambio, fuele posible llorar con abundantes lágrimas, lamentando su desdicha, aunque de modo normal y apacible.

—Isidro, dijo al fin con voz desmayada; hoy no sucedió, pero cualquier día va a suceder.

—¿Qué es lo que pronosticas, mujer? preguntó el joven ansioso.

—Mi muerte, repuso ella con voz lúgubre. Si no cambias de conducta, si no me quieres y continuas dándome tantos pesares, ya verás como me matas, porque no puedo sufrir tu desamor, y preferiría a tu infidelidad, que me clavaras un puñal en el pecho.

El esposo para calmarla, tomóle la diestra y se la acarició con ternura.

—No seas tontuela, la dijo. Tus sufrimientos dependen de tu imaginación, y no de la realidad. Tranquilízate, ten confianza en mí y vamos viviendo en santa paz y compañía.

—Ese y no otro ha sido siempre mi sueño dorado, contestó Leonor haciendo pucheros; pero no he podido realizarlo hasta ahora, porque tú no lo has querido.

—¿Cómo no he de quererlo, pichoncita mía, si es también mi deseo más vivo? ¿No acabo de decírtelo? replicó el joven.

—Pero obras son amores, y no buenas razones. Tú dirás cuanto quieras; tendrás para mí protes-

tas y palabras melosas; me harás caricias; llorarás tal vez; pero vamos a los hechos, Isidro. ¡Cuán distintos son de todas esas apariencias!

—Mis hechos guardan perfecta consonancia con mis palabras y caricias. Solamente a tí te quiero, Leonor; es inútil que te martirices con infundadas sospechas.

—¡Infundadas!, exclamó la esposa con acento rencoroso, retirando su mano de entre las de su marido.... No creas que haya olvidado lo que ví y toqué.... Ahora sí no me cabe la menor duda.

—¿Aludes al cabello?

—Precisamente; es la prueba clara y evidente de tu infidelidad.

—No, esposa mía, no lo es.

—Tan cierto, que no has, no digamos logrado, pero ni siquiera intentado explicar de quién sea, ni cómo se te haya pegado a la leontina; pero yo sí me lo explico, sólo que de una manera horrible, que me parte el corazón.... Ha de haber sido en alguna conferencia *tête a tête*, con alguna mujer descocada. Me imagino la escena, y casi me arrepiento de haberme casado, y siento haber nacido; porque te quiero para mí sola, en pensamientos, palabras y obras, y me duele el alma al verme despojada de lo que es mío, que eres tú, porque me perteneces por derecho divino y humano. Todo tú eres mío, como soy toda tuya, porque Dios así lo quiere y dispone, y hacer la menor cosa en contradicción con ese mandato, es un gran pecado, un gran crimen.... Que esas pérdidas no lo com-

prendan, ni siquiera lo piensen, es la cosa más natural del mundo, porque son criaturas bajas, sin discernimiento, criadas al haz de la tierra, y que tienen más de animales que de seres humanos. Pero que lo hagas tú, que posees tanto talento, que eres tan instruído y que has sido educado en los más sólidos principios de la moral, como toda persona bien nacida, eso sí no lo comprendo; porque debiera repugnarte la maldad, debiera horrorizarte el pecado, y sería lógico que te doliera el alma de engañarme. Por menos que me quieras, ha de hacerte sufrir tu propia ingratitud, pues bien sabes ¡cuánto, cuánto te quiero! . . . O, por decirlo mejor, no lo sabes, no; no has llegado a comprenderlo nunca.

La desconsolada esposa continuó llorando a mares, y haciendo mil lamentables consideraciones sobre la grandeza de su amor, la falsía de su esposo y la crudelísima naturaleza de las pruebas a que un hado adverso la sujetaba.

—No seas tonta, Leonorcita, rogábale el joven, procurando tomarle de nuevo la mano que ella porfiadamente retiraba y escondía debajo de las sábanas; no seas tonta. Todo eso que dices y te figuras, no pasa de ser una serie de infundadas suposiciones.

—¡Nó! ¡nó! ¡nó!, negaba ella con energía. Por lo que hace el hecho en sí mismo, no me cabe la menor duda que existe. Eso no podrás quitármelo nunca de la cabeza . . . Se necesitaría que no tuviese ojos para ver . . . Ahora, si quieres que me

contente contigo, necesitas darme una satisfacción.

—¿Cuál?

—La que te pida.

—Te la daré de mil amores.

—¿De veras?

—De veras.

—Bien; tengo tu palabra y eres hombre de honor. ¡No vas a faltar a tu compromiso por ningún motivo del mundo! ¿No es cierto?

—Así será, Leonorcita; te lo aseguro.

—Pues bien, dime, confíesame quien es *ella*.

—¿Cuál *ella*?

—No finjas no haberme comprendido. ¡La dueña del cabello!

—Si no es lo que supones, hija.

—¿Lo ves? No quieres darte a partido ni satisfacerme. Eres muy terco, Isidro. Ese ha sido siempre tu defecto; tal vez el único . . . Sin contar con el de la infidelidad; porque eres un Tenorio, un conquistador, un hombre insaciable de amores y aventuras. Y además de eso, callado, tozudo, impenetrable, porque jamás me has dicho la verdad . . . ¿Qué te hubiera costado decírmela? Nada, y me hubieras dejado contenta . . . ¡Sí, muy contenta al saber mi desdicha por tu misma boca! ¡Muy contenta, muy contenta!

Y llegando a su pecho una nueva oleada de amargura, continuó sollozando con mayor vehemencia que nunca.

—¡Ah, Dios mío! ¡Qué desgraciada soy!, decía

condolida de sí misma. No hay otra mujer más infeliz que yo. Y pensar que podría ser la más dichosa de todas, porque na hay otra que tenga un marido como el mío! . . . Mío, y muy mío, porque Dios me lo ha dado a mí, y no a ellas. Yo soy la única propietaria de este tesoro, y cualquiera otra que le ponga la mano, es una ladrona, un perversa y una infame.

—Te escucho con asombro, Leonorcita, y no puedo explicarme como puedes atormentarte tanto por obra de la pura imaginación, porque todo cuanto dices es compuesto por tí misma y sacado de tu propia fantasía, sin fundamento de realidad, sin razón alguna de ser.

—No te figures que soy tan torpe como lo quisieras. Es cierto que no puedo compararme contigo, porque tu inteligencia es superior y extraordinaria; pero tengo una luz aquí dentro, que me hace ver las cosas con claridad, sobre todo, las que se relacionan con el cariño que te profeso; el presentimiento, la adivinación, la segunda vista. Ese don depende sólo del amor.

—Pues te engaña esa luz, esposa, porque te conduce por vericuetos extraviados y sombríos, donde tu razón se pierde.

—Como eres abogado, sabes argumentar admirablemente; no puedo competir contigo . . . Pero no pierdo el norte, no lo creas . . . ¿Me dices o no me dices el nombre de esa mujer? . . . En eso estábamos.

—No puedo decírtelo, porque esa mujer no exis-

te; es un fantasma que te has forjado tú misma para tormento tuyo y mío.

—Mira, que si no me lo dices, voy a hacer alguna atrocidad o varias atrocidades; todas las que me parezcan a propósito. Porque sospecharé de mis amigas, aun cuando sean casadas, y de mis parientas, aun cuando sean mis tías; y les haré malas pasadas, y las echaré de mi casa, porque aquí yo mando, y no permito que, so pretexto de venir a verme, vengán a ver a mi marido, y a darle citas y a enredarle con sus zalamerías . . . y con su pelo.

Isidro tembló ante aquella amenaza, porque conocía bien a Leonor, y sabía por una dolorosa y larga experiencia que, en tratándose de celos, era inexorable y terrible, una fiera en toda forma, aunque eso sí, muy hermosa. Numerosos desaires había hecho ya a señoras y señoritas respetables y tan inocentes como las mismas palomas, simplemente por habersele metido en la cabeza, que le querían demasiado o que coqueteaban con él; con lo cual había él pasado pésimos ratos, mortificado y afligido por tanta injusticia, y temeroso de que Leonor, por exceso de cariño, le pusiese en ridículo . . .

—¡Dios me libre de eso!, exclamó con voz suplicante. No vayas a hacer más tonterías, esposa; andas fuera de toda verdad y camino. ¿Quieres que te lo jure?

—No, Isidro, porque no quiero que te condenes jurando en falso. Tus juramentos son inútiles. ¿No me juraste amor al pie del altar? Y ¿qué has hecho después? Engañarme con todo el mundo. Sabe

Dios cuantas de las personas con quienes trato sean falsas, traidoras y fementidas... ¡Qué conciencias tan negras! ¿Por qué no me dejan tranquila gozar de mi felicidad, como yo las dejo a ellas gozar de la suya?

—No seas injusta ni te ofusques; no hay nada de todo eso.

—Sí hay.

—No, no lo hay.

—Eres muy ingrato.

—Te quiero mucho.

—Con hechos debieras demostrármelo.

—Con ellos te lo pruebo.

—¿Y el cabello?

La fuente del llanto de Leonor no se secaba por más esfuerzos que Isidro hacía; y la situación iba tornándose tan crítica, que Isidro llegó a temer se repitiese el acceso del día anterior.

IV

Por fortuna se presentó el doctor Fausto en el momento pato-psicológico indispensable, y cambió luego la escena.

—Doctor, díjole el joven al verle, llega usted a tiempo. ¿Tiene usted consigo la cartera?

—Sí, repuso el médico; nunca me separo de ella.

—¡Cuánto lo celebro!, exclamó Isidro lleno de alegría. Ruego a usted haga saber a Leonor se halla en su poder el desdichadísimo cabello que nos trastorna el seso, y le refiera todo cuanto ayer ha-

blámos y pasó. Entretanto voy a traer a Loren-cita.

—¿Para qué la despiertas tan temprano, Isidro?, objetó la joven.

—Porque se necesita aquí su presencia, repuso el joven.

Diciendo esto, se marchó. A poco volvió con la niña medio dormida en los brazos, y cuidadosamente envuelta en sábanas y cobertores... Durante su ausencia, había referido el médico a la joven la conversación que el día anterior había tenido con Isidro, y concluyó manifestándole se hallaba en posesión del cabello, por habérselo quitado él mismo a ella de la mano. Aquella aclaración había producido efecto calmante en el ánimo de la joven, quien tenía fe en la probidad del galeno, y no llegó a sospechar se hubiese puesto de acuerdo con su esposo para engañarla. Por consiguiente, había comenzado a admitir la posibilidad de que Isidro no fuese un caníbal. En el momento en que tornó a la estancia el esposo, ocupábase el médico en mostrar a Leonor el papel donde había guardado el pretendido cuerpo del delito, con anotaciones escritas de su puño.

—Voy a probar mi inocencia, dijo Isidro solemnemente al entrar. Ese cabello es de nuestra hija.

Leonor se mostró asombrada e incrédula al oír la afirmación; pero el joven hizo que el doctor Fausto extendiese el cabello sospechoso y lo cotejase con el pelo de la niña. El examen fue dilatado y minucioso: longitud, color, finura, limpieza

y hasta olor, todo fué tomado en cuenta por el perito, y dió el resultado más favorable que apetecerse pudiera para el inculpado. Y así, después de ese largo procedimiento, quedó plenamente demostrado que aquel sutil despojo pertenecía a la finísima cabellera de Lorencita. Con lo cual fue iluminándose paulatinamente el semblante de Leonor, hasta que, habiendo procedido ella misma a repetir la comparación hecha por el médico, acabó por persuadirse de la consoladora verdad, de que aquel cabello no venía de la cabeza de amiga, parienta o de otra rival cualquiera.

—Pero ¿cómo pudo suceder esto?, preguntó Leonor; no lo comprendo.

—Es muy sencillo explicarlo, repuso Isidro. ¿Recuerdas que nuestra hija salió a recibirme ayer al medio día cuando volví a casa?

—Sí, repuso la esposa principiando a abrir los ojos a la luz.

—¿Y que se me echó en brazos y en ellos la subí por la escalera?

—Perfectamente.

—¿Y que llevaba el pelo suelto?

—Es muy verdad.

—Pues entonces fué, probablente, cuando uno de sus cabellos quedó enredado en mi leontina. . . . A fuerza de pensar, de recordar y de armonizar los hechos, durante esta noche de angustia y desvelo, he acabado por descubrir su encadenamiento y explicación. ¿Estás satisfecha, Leonorcita mía?

—Sí, Isidro de mi corazón, respondió ella ra-

dante de alegría; estoy derrotada en toda la línea, y lo confieso. Bendito sea Dios.

Y sentándose con ligereza en el lecho, enlazó con los brazos el cuello del esposo, y besó repetida y frenéticamente aquella frente cándida y pensadora. El doctor se volvió discretamente de espaldas para no ser importuno, y murmuró alegremente:

—Acabaron los celos; tiene usted un marido virtuoso, fiel y enamorado, señora.

—¡Y muy simpático, simpático, simpático!, añadió Leonor emocionada. ¡No hay otro como él en toda la redondez de la tierra!

* * *

¿Y después? Ya se sabe; tras de la tempestad viene la calma. Pasados tan fieros nublados, levántose por el cielo de aquel dichoso matrimonio una nueva luna de miel; luna que no tornará a velarse, sino cuando Isidro lleve a su casa huellas de polvo de arroz en el jaquet o algún perfume sospechoso en la pechera de la camisa. Ojalá su virtud se fortifique, o, cuando menos, no se debilite su prudencia.



RAMO DE OLIVO

I

El suceso que vamos a relatar, debió haber sido tragedia, y quedó en comedia; pero no por culpa nuestra, ya que el papel que desempeñamos es el de simples historiadores. ¿Por qué razón, motivo, o tramoya resultó tan enorme incongruencia entre el principio y el fin de la acción? El *cómo*, se verá más adelante; en cuanto al *por qué*, puede atribuirse a milagro patente o a palmaria ceguedad de uno de los héroes. Pues, si bien se mira, hubiera debido la esposa.... Y a su vez, hubiera debido el esposo.... ¡Qué argumento para un drama espeluznante, o para una cinta cinematográfica de tres o cuatro kilómetros!.... Mas.... ¡ah!.... ¡oh!.... Regocijémonos por el epílogo; el buen corazón vale más que la buena lógica.

Era don Cornelio Limón hombre de edad indefinible, pues, cuando tenía recientemente pintados el pelo y la barba, se le podían calcular entre cuarenta y cincuenta años; pero cuando, por olvido o por enfermedad, dejaba de teñir aquellos sus apéndices capilares, y, por causa de ello, aparecían blancas las raíces del uno y de la otra, como nieve escondida debajo de espesos matorrales, entonces nadie le hubiese dado menos de sesenta.

La gente de su época, sostenía, empero, que su edad no pasaba de los cincuenta, y así debía de ser; sólo que había vivido el buen señor tan de prisa, que parecía haber devorado todo un siglo, o, por decirlo mejor, que un siglo entero se lo había tragado a él, porque tan canijo, desmedrado y reducido a la última expresión de su ser se miraba, que causaba maravilla no se lo llevasen los ventarrones, y pudiese cargar con la indumentaria que cubría la fatigada armazón de su leve cuerpo.

Ahora bien, ¿dónde había ido dejando Limón las frescas y lozanas frondosidades de su juventud? ¿Qué campos habían consumido y agostado sus floraciones de efebo? ¿Qué vendavales habían arrebatado los blancos lirios que habían ornado sus sienas? Nadie hubiera podido decirlo, pues don Cornelio había corrido mucho mundo, y no era cosa hacedera, por lo mismo, el afirmar si el Moulin Rouge de París, o la Alhambra de Londres, o la

Costa Azul del Mediterráneo, o el Monte Carlo de Mónaco, o si todas esas cosas juntas y aderezadas con noches de no dormir, cenas y copas, hubiesen ido comiéndole las carnes y chupándole los jugos del cuerpo, hasta dejarle convertido en epítome, compendio y resumen de su entidad primitiva. Como quiera que sea, el hecho era que Limón, por la época en que principia esta verídica historia, podía muy bien reputarse como un residuo, bagazo o desecho de sí mismo.

Aparte de aquella máxima y sorprendente reducción de su ser físico, había que admirar en él otras varias cosas. Por la parte de afuera, un cutis amarillento y reseco, semejante a pergamino; una cabellera lacia y sin brillo, quemada por el nitrato de plata; unos ojos pequeñitos, de pupilas desteñidas, color de agua sucia; una nariz con tantos poros, como los de las bujías de los filtros Pasteur; unos pómulos salientes, puntiagudos y agresivos; unas manos flacas, como manojos de esparto; unas piernas en forma de paréntesis; y, finalmente, unos pies aplastados, sin empeine, y con grandes juanetes, que le obligaban a usar calzado *ad hoc*, hecho en hormas especiales, y con más entradas y salidas que un libro de cuentas.

De sus buenos tiempos conservaba don Cornelio una afición extraordinaria a vestir con elegancia, que es tendencia casi universal de los feos; y, como no carecía de fortuna, érale dable dar rienda suelta a sus gustos. Por lo cual era el primero en entrar en todas las modas, y usaba corbatas de rica

seda, en las cuales prendía hermosos alfileres, y calzaba zapatos de polaina, y cubría la cabeza con sombreros Stetson de peso mínimo, y lucía en los dedos sortijas con solitarios más grandes y admirables que los de la Tobaida.

Visto por dentro, era Limón de escasa valía, aunque fátuo y decidor; de menos que mediana inteligencia, gran hablador . . . de lenguas vivas (otra peculiaridad de muchos necios,) egoísta, puntilloso, gruñón y amante de vivir a sus anchas.

Doña Casta de Alba era, a pesar de su apacibilísimo nombre, mujer de más de tres bemoles por la naturaleza especial de su belleza, que nada tenía que ver con la tenuidad y la transparencia de la luz matutina. Y no que fuese fea, sino por el contrario, harto bonita; sólo que sus gracias y hechizos enteramente terrestres, contrastaban con su nombre, que parecía programa de idealismo o incorporeidad. Había que verla para alabar a Dios, por su color moreno apiñonado, por el vivo carmín de las mejillas, por el brillo de aquellos sus ojos retrecheros, que semejaban un par de focos eléctricos (con pantallas de largas pestañas para evitar oftalmías y deslumbramientos,) por aquella su boca, que parecía clavel recién abierto, por aquellos sus pies pequeñísimos, que hubiesen cabido en el hueco de la mano, y por aquel andar repiqueteado y saleroso, de los que ya poco se usan, y que dejan y han dejado siempre boquiabiertos a los transeuntes. Era toda ella como un manojo de flores primave-

rales, y nadie le hubiese dado más de veinticinco, a pesar de andar frisando con los treinta años.

Ella también, por impulso propio y por exigencias de Limón, era bastante dada a los placeres del lujo, y no había novedades en punto a modas, que no acogiese presurosa; y ni una sola de ellas, por extravagante que fuese, que a maravilla no le sentase: ni el talle alto, porque ponía de relieve los esplendores de su busto; ni la falda *trabada*, porque confundaba y exhibía las artísticas proporciones de su admirable cuerpo; ni el calzado francés de largos extremos, porque parecía presunción y jactancia de sus pies brevísimos y finos; ni aun siquiera los gorros llamados de orejas de burro, porque con su nudo a la *negligée* y sus puntas volantes y sueltas, daban a su rostro gracia picaresca, como de niña apenas núbil y llena de travesura.

Por lo que hace a su espíritu, era alegre y juguetón, como cuadraba y correspondía a aquel tesoro de gracias; así que para ella era un encanto la vida, un regocijado paraíso la tierra, y el horizonte una eterna sonrisa. Andaba siempre alegre como de fiesta, reía con gorgeos de avecilla parlera, se sabía de memoria todos los temas y canciones al uso y llenaba el espacio donde se movía con los efluvios de su irresistible encanto.

Ahora bien; ¿por qué extravagancia, capricho y locura de la suerte, habíase unido aquella alondra tempranera, que anunciaba la mañana, con aquel buho de don Cornelio, siempre serio y de mal humor, de ojos como vidriados y de graznar estri-

dente y fatídico? Nosotros no lo sabemos; mas fuesen éstas o aquellas las causas que hubiesen producido maridaje tan inconexo y absurdo, resultaba, como era obvio, que no pudiesen convenir entre sí, aquellas dos contrarias y opuestas naturalezas. ¿A quién se ocurrió jamás mezclar el agua con el aceite, y la miel con el acíbar? Sólo en algún manicomio, a primera vista, hubiera podido nacer idea tan descabellada; mas en el caso de que se trata, no fué así, supuesto que hubo un cura tan serio como los Cánones y un Juez del Registro Civil tan formal como la Ley, que declarasen marido y mujer a aquellos dos seres heterogéneos, y los uniesen en perfecto e indisoluble matrimonio; que fué como si esos dos graves personajes hubiesen puesto el yugo y echado a arar por el barbecho, una extraña yunta formada por una ágil y hermosa gacela y un gato flaco y agonizante.

No es tan raro como podría suponerse, hallar por el mundo esos pares mal combinados de esposo y esposa, de los cuales el uno es muy mucho superior al otro por alguna cualidad excelente, como talento, belleza, juventud o buenos principios; ni tampoco es cosa inusitada el que la parte más valiosa de esa unión, sea víctima de la más inservible y dejada de la mano de Dios. Nos referimos al afirmar ambas cosas, a nuestra observación personal y a la de nuestros mismos lectores.

En todos esos casos, hay, sin duda, una incógnita que despejar. La pobreza, la gratitud, la perversión del gusto y hasta el despecho origina-

do por otros amores, suelen dar motivo a esas singulares amalgamas de metales preciosos con metales corrientes, como la de la plata con elestaño o la del oro con el cobre. Es lo más que acerca del tópico apuntado podemos decir en general. Por lo que respecta al caso particular del enlace de Casta con don Cornelio, no nos es dable explicar cosa alguna, pues, a la verdad, nada nos consta: de suerte que el lector y nosotros debemos contentarnos con saber que era un hecho consumado ese matrimonio, y que la alondra y el buho, la gacela y el gato, habían sido atados con vínculos legales e indisolubles ante Dios y ante los hombres, por un cura y un juez del Registro Civil.

Casta, con todo, era honrada y juiciosa, a pesar de sus aparentes arrestos amatorios, y fuera por educación, o por bien entendido orgullo, o bien por algún mal explicado y peor fundado amor a su esposo, jamás había cometido la más pequeña ligereza, ni dado motivo para que en su reputación se cebasen las malas lenguas. De los cargos feos e indecorosos que su esposo le hacía, y de los que luego se hablará, no procuraba defenderse, al menos en sociedad, porque su natural honesto se lo vedaba; de suerte que no había quien no la tuviese por mujer hermosa, es cierto, pero infecunda, hecha para recreo de los ojos, más no para la fundación de una familia. Por lo cual no faltaban desalmados que concediesen razón a don Cornelio por las harto frecuentes marimorenas que armaba a su consorte; como si alguien tuviese derecho para molestar a

otro con motivo de cualquiera deformidad física (de esas que son obra de la naturaleza, y no de la voluntad,) como el ser agigantado o ruin de estatura, y tener la nariz tan chata como la de Sócrates, o tan larga como la de Ovidio.

III

Deploraba hondamente Limón el que las paredes de su casa no se hubiesen estremecido con los chillidos de algún infante, y el no haber visto carros y bicicletas rodar por los corredores, ni pelotas volar por los aires y hacer añicos los cristales. Y el silencio y la soledad constantes de su hogar, habíanle tornado más adusto y misántropo que un enfermo de atrabilis o de gastralgia.

Es costumbre general en casos de este linaje, echar la culpa de tal infortunio a la mujer; pero ¡cuántos habrá en que sea el hombre el verdadero responsable del contratiempo! Don Cornelio, por su parte, seguía la corriente de la opinión pública; y de una manera muy especial, los impulsos de su amor propio; pues llevábale su ceguera hasta el punto de creerse un corpulento y frondoso ahuehuete, siendo así que no pasaba de ser un seco y lastimoso bagazo. Sus quejas eran conocidas de todos: hubiera podido casarse con veinte o treinta damitas ricas y de la mejor sociedad mejicana, que se habían cansado de hacerle guiños y carantoñas; pero él había preferido a Casta, favoreciéndola con

su mano y con su nombre, por varios motivos que demostraban su generosidad y su grandeza de ánimo, y, entre otros, por haberla visto sana y robusta, y creído bien apercibida para ser madre de una prole numerosa. Pero sus esperanzas habían fracasado, y la nuez le había salido vana.

Luchó, sin embargo, don Cornelio, cuanto se lo permitió su fortuna, contra el desastre y desplome de su preciada y hermosa dinastía, y apeló a todos los recursos imaginables y no imaginados para traer a la razón la rebelde idiosincracia de Casta. Así fué que llevó a la joven a todos los balnearios del mundo, y obligóla a sumergirse en cuantos ríos, piscinas, arroyos y charcos supo eran reputados por sus virtudes curativas de la esterilidad; mas aquella naturaleza, aunque bella, no quería darse a partido, y la pareja volvía de largos viajes y climas remotos, tan solitaria y escueta como se había ido.

Entretanto, andaba al trote en casa la farmacopea, y por el lindo paladar de Casta, pasaron todas las drogas de la botica, en forma de píldoras, polvos y cucharadas, de tónicos y de elixires; hasta que, no habiendo más medicamentos de que echar mano, así de patente como de doctores insignes, se pidió a la herbolaria de las viejas y de los curanderos, lo que no habían podido otorgar las preparaciones pasadas por retortas y alambiques, pulverizadas en almireces y pesadas en balanzas de sensibilidad exquisita. Así que, tanto lo ácido como lo desabrido, lo amargo como lo dulce y lo flúi-

do y untuoso como lo pegajoso y aglutinante, todo lo paladeó pacientemente la joven esposa, llevada del deseo de complacer a su flaco y anémico marido.

Pero éste no se dió por satisfecho con aquellos tormentos, sino que echó mano de otros más crueles para poner a prueba la pasividad y mansedumbre de su consorte; y se puso al habla con famosos ginecólogos, y éstos, después de graves reflexiones y estudios, sometieron a Casta a penosas exploraciones, y, habiendo formado la opinión de que halgo había que enmendar y reformar en tan bello organismo, dieron en cama con la joven, y, esgrimiendo filosos y brillantes instrumentos, cortaron por aquí, y sajaron por allá sin misericordia, causando vivísimos dolores a la víctima, y obligándola a permanecer en cama por semanas y meses de inacabable duración y fastidio.

La fortuna de Casta estribó en su inquebrantable salud y robustísima naturaleza, que sufrió todas aquellas acometidas de viajes, aguas, drogas y operaciones quirúrgicas con heróica indiferencia; que, a no ser por eso, la vida de la joven se hubiera ido y escapado por las partes más atacadas de su cuerpo, como agua sutil y corrediza, y se hubiese debilitado y marchitado su belleza como flor quemada por la escarcha y azotada por los huracanes.

A cualquiera hubiérasele ocurrido, después de tantos tanteos y prolongados martirios, que no fuese Casta la responsable de la falta de sucesión, y que Limón, el implacable Limón, debería serlo; tanto

más cuanto que su aspecto no le abonaba como tipo de patriarca, ni de sultán de Constantinopla. El lector mismo, a haberlo podido, habríale dado unos buenos chapuzones en las aguas milagrosas donde había él bañado a su compañera, y le hubiera atiborrado la boca de todo género de productos medicinales, y le hubiera hecho pinchar y sajar abundantemente las carnes por los más hábiles cirujanos, persuadido de que era él, y no ella, quien necesitaba del uno, del otro o de todos esos tratamientos combinados.

Nosotros hubiésemos hecho lo mismo, porque era lo que estaba indicado; mas, como no nos hemos hallado nunca cerca de aquel feroz verdugo, ni aun cuando lo hubiésemos tenido a nuestro alcance, habríamos estado en aptitud de hacernos obedecer por él, siguieron descarriladas y sin remedio todas aquellas cosas, y, en tanto que Limón se pavoneaba satisfecho de su pujanza, bajaba Casta la frente llena de rubor, ante el anatema de su esposo y del mal informado mundo.

Ahora bien, ¿por qué razón especial rabiaba don Cornelio por tener sucesión, a pesar de que la naturaleza se empeñaba en negársela? Averígüelo Vargas, pues nosotros nos declaramos incompetentes para ello. Hé aquí nuestro razonamiento, liso y llano como una patena. Cualquiera otro, en lugar de Limón, hubiérase llamado dichosísimo sólo por verse enlazado a moza tan bella y fresca, tan modesta y sufrida como Casta, aun haciendo punto omiso de la cuestión de los hijos. El no tenerlos

puede parecer triste, pero tiene algunas ventajas. Hé aquí unas cuantas de ellas. En las casas sin niños, no hay ruido, todo se mantiene limpio y en orden, y, cualquier cosa que se deje, por leve que sea, como un pliego o una hoja de papel, permanece en el lugar que se le asigna, sin que mano osada de ahí la remueva; en tanto que en aquellas donde hay familia, todo es gresca y estrépito, barullo y desorden, y no sólo desaparecen los objetos del sitio donde se les pone, sino que o bien se pierden de vista para siempre, o resultan hechos pedazos y rotos a la hora menos pensada. Tan cierto es esto, que en los hogares donde no hay chicos, duran más la vajilla y los muebles, nadie chafa los terciopelos, ni marcha la seda de los cojines y de las cortinas, y pueden conservarse como en un santuario, las venerables reliquias de la antigüedad, orgullo de las generaciones. Y no debemos pasar inadvertido, en este inventario de las ventajas que la infecundidad ofrece, la del menor gasto de la vida habitual; puesto que los rapaces no se sacian de comer golosinas ni de gastar zapatitos, y a cada momento se enferman, ya de males gástricos, o bien de anginas, viruelas, sarampión y escarlatina, por ser esa la tendencia de la infancia; lo que viene siempre acompañado de visitas de médicos, y drogas de la farmacia, que cuestan los dos ojos de la cara, y más que todo, de aflicciones que dejan el alma de los padres como pendientes de un ténue y debilísimo hilo.

En contraposición con todo esto, podríamos citar

algunas parejas de casados, que se muestran altamente satisfechas por verse solas, sin aláteres de retoños que trunquen sus planes y pongan embarazo a sus movimientos; por lo cual pueden aceptar a discreción invitaciones a reuniones y banquetes, ir al teatro cuando les place, y viajar a la medida de su deseo, ya sea por el país o por el exterior, sin cuidado y a poco costo; de tal suerte que, en teniendo dinero, les es dado acomodar las maletas cualquier día, y salir por ferrocarril o vapor para los Estados Unidos, Europa y la Tierra Santa.

Con ser tan incuestionable todo eso, a don Cornelio no le convencían tan poderosas razones, y no salía de sus trece, de que quería tener un hijo por lo menos, y de que habría de tenerlo, aun cuando saliese el sol por Antequera.

Y era que no admitía, por nada de este mundo, que se extinguiese la gloriosa familia de los Limones, a pesar de no pulsarse ni hallarse inconveniente alguno racional para ello. Porque ¿qué hubiera podido perderse, si la estampa de don Cornelio no se hubiese reproducido? Los limones amarillos, secos y chupados no sirven para nada. Y eso sin contar con que, lo más que podría acontecer el día en que dinastía tan excelente fuese raída del haz de la tierra, sería que la suplantasen las otras no menos linajudas de los Limas, Perales y Manzanos. Con esto, ya se ve que el huerto humano no dejaría de quedar bien poblado y abastecido de árboles frutales.

Si Limón hubiese tenido, al menos, la calidad de desinfectante, como el ácido del fruto que lleva ese nombre, ya hubiera podido encontrarse algún indicio, aunque leve, de su obstinación, porque los desinfectantes son elemento precioso de salud y de vida en la higiene moderna; pero ni aun siquiera eso podía alegar en su abono aquel sujeto, tanto porque sus humores no eran de lo más pulcro y perfumado, cuanto porque no se le advertía el más pequeño parecido con el iodoformo, ni aun siquiera con la creolina.

Mas, sea de todo ello lo que fuere, no debemos perder de vista que, después de que Juárez dijo que el respeto al derecho ajeno es la paz, no nos es lícito poner peros ni dificultades a los anhelos reproductores de don Cornelio; tanto más cuanto que esas mismas tendencias muestran hasta los mismos animales. Dejemos, pues, a Limón en paz con sus sueños, y hagamos votos porque esa misma deidad le acompañe toda su vida, hasta que, después de su plácida muerte, grabe mano piadosa un *requiescat in pace* sobre su sepulcro.

VI

Pero lo malo del cuento estaba en que don Cornelio no respetaba en Casta, ese mismo preciosísimo derecho preconizado por el benemérito de las Américas, supuesto que no dejaba de hostilizarla por aquel pretendido pecado de no haber tenido

familia durante los años que de matrimonio llevaban; y que, a cada paso, dentro o fuera de las paredes domésticas, echábale al rostro con intención de antropófago, esta horrible acusación:

—¡Estéril!

Casta se estremecía al oírla, como si recibiese un saetazo, y unas veces se ponía roja como las amapolas, y otras tan blanca como la cera; pero nunca conservaba su color natural, después de haberla escuchado. Así, de día en día, aumentaba la impertinencia de don Cornelio y subía de punto la congoja de Casta, hasta hacerse la situación insostenible, y ser inminente una crisis en aquel matrimonio.

Todas las cosas tienen su término; agótase la paciencia de los santos, y las cuerdas demasiado tensas acaban por romperse. Por todas estas razones, no debemos extrañar que la joven se hubiese formado el propósito de cortar el mal de raíz y poner un hasta aquí a aquel torrente desbordado de amarguras y disgustos que sin cesar la golpeaba. Una vez formada su resolución, aguardó la ocasión primera que se le presentase, para cortar la dificultad por lo sano; y un día que Limón le azotó el rostro de nuevo con la palabra *¡estéril!* como si fuese con un silbante látigo, irguióse ella, levantó la frente y arrojó relámpagos por los ojos.

No tema por eso el lector que tan bella joven hubiese atentado contra su vida, ni contra los preciosos días de don Cornelio, ni aun siquiera acudido a los tribunales en solicitud de divorcio; pues nada de todo eso puso ella por obra ni llegó un solo momento

a imaginarlo. Casta sentía horror igual que al veneno y al puñal, a las lenguas viperinas y al escándalo.

Otra cosa menos sangrienta, espasmódica y sonada fué la que realizó para defenderse de la continua agresión de su esposo, en uso, a su parecer, del derecho de legítima defensa que la naturaleza le otorgaba, y a guisa de oposición de fuerte escudo contra los terribles y repetidos mandobles que de su esposo recibía.

Pululaban en torno de la joven, como enjambres de moscas en derredor de un panal de miel riquísima, nubes de adoradores de todas las edades, estampas y condiciones que imaginarse pueden: banqueros, hacendados, médicos, abogados, ingenieros, viejos alegres de canas desvergonzadas o teñidas, donceles boquirrubios, militares, paisanos y hasta gente anónima y menuda, de esa que no levanta polvo ni ruido por el mundo; lo que era muy natural, supuestas la belleza de la joven y la fealdad y el apocamiento de su esposo. Casta había mirado a todos aquellos idólatras de su hermosura, con marcado desdén e indiferencia hasta entonces; pero desde aquel punto y hora, se dedicó a examinarlos despacio y uno a uno, aunque guardando el conveniente disimulo para no llamar la atención ni alborotar el cotarro.

Al fin hizo su elección.

Había en el almacén de ropa llamado «El Palacio de Hierro» (uno de los más ricos y afamados de la ciudad), un dependiente francés, joven, fuerte, roza-

gante, que respiraba salud por todos los poros de su cuerpo; el cual dependiente era casi buen mozo, no siéndolo por completo, a causa de su zurdez incorregible de hombre de media clase que era, y de su mal gusto en el peinar, afeitarse y vestir. Llamábase Fortino, nombre que cuadraba a maravilla con el esponjamiento, atletismo y rubicundez de su persona.

Pues bien, desde el siguiente día a aquel en que don Cornelio llamó *¡estéril!* a su esposa la última vez, dió Casta en visitar el almacén con inusitada frecuencia, pues no faltaba cosa que se le ofreciese que ahí no acudiese a comprar: telas, sombreros, calzado, sombrillas, encajes, listones, guantes y cuanto ahí se encontraba a los ojos y a la disposición de la clientela. Y siempre que ponía los pies en aquel bazar elegante, de tantas cosas necesarias y lujosas, dirijíase a Fortino para que la *despachara*, como en jerga mercantil, suele decirse, y, cuando aquello que buscaba no lo había en el departamento confiado al mocetón, rogábale ella la acompañase por los otros para que la presentase y recomendase con los demás dependientes. El mancebo, por su parte, cambiaba de color en cuanto la miraba, y unas veces se ruborizaba o bien se ponía como de yeso, y ya se sentía con bochornos, o invadido por frios y estremecimientos polares; pero nunca conservaba la temperatura, el color ni la serenidad habituales. Y no cabía en sí de asombro al ver la predilección que para él mostraba

aquella dama tan hermosa, elegante y olorosa a esencias y perfumes.

—¿Será posible, pensaba, que esta incomparable y codiciada mujer, haya puesto en mí los ojos, cuando valgo tan poco y no sirvo para nada?

Y no hallando respuesta racional a semejante interrogación, acababa por juzgar loca y absurda su sospecha, y por procurar quitársela de la cabeza como si fuese un mal pensamiento.

Pero las visitas de la joven continuaron, y Fortino, con esto, fué perdiendo poco a poco la fortaleza. A la menor indicación de Casta, bajaba el mocetón todas las telas que había en las armazones, y acezante, sudoroso y acelerado, echábase sobre los lomos rollos y más rollos de lencería, que dejaba caer y amontonaba sobre el mostrador, formando torres con ellos; por más que la joven procurase contener su ardoroso y loco arrebató, y le suplicase no se diese tanto a aquellos trabajos de ganapán. Pero nada, que Fortino poníase como fuera de sí de entusiasmo en cuanto la miraba, y poca le parecía la enorme fatiga a que se entregaba, en comparación con todo lo que hubiera querido hacer para complacerla. Casta sonreía benévola para recompensar su afanes, y él se sentía elevado al séptimo cielo con sola aquella pequeña amabilidad.

Y llegaba a suceder que, en medio de aquel ajeteo de bajar, subir y hacinar piezas y retazos, y desdoblar y volver a doblar géneros, se encontrasen de improviso las manos del vendedor y la

compradora; de resultas de lo cual quedaba Fortino hecho una compasión de puro conmovido, trémulo y congelado, en tanto que ella, sin evitar el contacto, proseguía con los arrobadores ojos, la obra casual o premeditada, comenzada con las manos.

Así fueron creciendo el fuego y decreciendo la timidez de Fortino, pues la pasividad y tolerancia de Casta parecían alentarle; de suerte que el mocetón anadaba como loco y fuera de sí, comiendo mal, durmiendo peor, y con el pensamiento siempre fijo en aquella hermosísima mujer, que le tenía sorbido el seso, y cuya conquista jamás había llegado a intentar, ni a soñar siquiera, como no piensa persona que no habite un manicomio, en alcanzar una estrella con la mano.

—No, señor, esto no puede ser, decía Fortino, para su colete; esto debe de ser delirio de mi imaginación y de mi fatuidad. ¡Lejos de mí estas esperanzas locas, estas ilusiones descabelladas, estos proyectos ridículos! Todo ha de ser fruto del acaso; o tal vez de la suma bondad de esa señora, o bien de su desdén y menosprecio para mí, a quien debe considerar como de palo.... ¿Qué significa que me vea?... Ojos tiene para sus muebles y para los caballos de su carruaje.... ¿Qué sentido puede esconderse en su sonrisa?... El de un condescendencia lastimera, como la que se prodiga al pobre a quien se socorre... ¿Qué puedo deducir del encuentro fortuito de nuestras manos cuando examina las mercancías?... Nada, sino que soy

muy torpe y que no retiro a tiempo estas gruesas y toscas que Dios me ha dado . . . No debo olvidar que no soy más que un pobre dependiente de comercio, mientras ella es una gran dama y una gran hermosura.

Dominado por tan modestas ideas, tornaba Fortino a mostrarse tímido y reservado, cuidando de no dar ocasión para que Casta le apodase de osado, presuntuoso y falto de respeto. Pero la joven persistía en su táctica desesperante de visitarle con frecuencia, comprarle cuanto podía, verle a más y mejor, y examinar detenidamente las mercancías, metiendo las manos por debajo de ellas y ocasionando con ello frecuentes roces y tocamientos de las finas suyas con las gigantescas del dependiente. Ahora bien, si la gota cava la piedra, como el refrán latino lo dice, ¡qué no harán las flechas, las catapultas y las arietes dirigidos contra el blando corazón masculino por manos delicadas y sutiles de mujer!

¿Y qué podía hacer Fortino sino ser débil ante aquella agresión, a pesar de su tremendo nombre? Y lo fué en efecto, porque llegó un momento en que mareado, ofuscado y enloquecido por su hermosísima enemiga, cayó a sus pies con armas y bagajes. Mas ¿qué mucho que haya salido él tan mal parado de aquella lucha, cuando los más grandes fortachones de la fábula y de la historia han resultado avasallados y rendidos por las más deliciosas beldades de la una y de la otra? Recuérdese a este propósito, que no paró Onfalia en sus guiños y *fler-*

teos, sino hasta que hubo obligado a Hércules, vencedor de la Hidra, a yudarla a hilar y a dar vueltas a la rueca; que Dalila no cesó de camelar a Sansón, sino hasta que le vió dormido en su regazo y logró cortarle la abundosa cabellera, signo y asiento de su pujanza; y que Cleopatra engatuzó a Marco Antonio y le sorbió el seso de tal modo, que lo obligó a abandonar la batalla naval de Accio y el imperio del mundo. Bien vistas las cosas, resultó Fortino mejor librado de la dificultad que todos esos campeones, pues, al ser roto y deshecho en batalla campal por la esposa de Cornelio, ni representó el papel ridículo de Hércules, ni quedó sin fuerzas como Sansón, ni perdió el imperio del mundo como Marco Antonio. Porque en realidad, no perdió nada, ni el decoro ni las fuerzas, ni aun siquiera su empleo de dependiente. Así que sólo merece admiración por haberse defendido por largo tiempo de tan terribles embestidas, pues el lector mismo, en caso análogo, hubiérase mostrado menos intratable y zahareño que Fortino, si su buena o mala fortuna le hubiese colocado en igual compromiso, aprieto o estrechura.

Ahora bien ¿cómo se desarrollaron ulteriormente los sucesos? De una manera tan fácil y sencilla, que el mocetón de «El Palacio de Hierro» fué caminando de asombro en asombro, y hasta llegó a figurársele ser víctima de una de esas alucinaciones que, según se cuenta, producen los humos del *hatshish* en los cerebros de los adoradores de Mahoma.

Exasperado por los ardides de Casta, atreviose a decirla un día con garganta seca y voz temblorosa:

—Es usted encantadora.

Y guardó silencio esperando que aquella le pasase con la sombrilla y se marchase luego del almacén, andando con paso trágico; pero, con grande asombro suyo, recibió Casta sin pestañear aquella primera andanada, sonrió suavemente y correspondió la galantería con una mirada tan *sostenida*, como la mejor nota de Gayarre.

Alentado por el favorable éxito de aquella primera escaramuza, lanzose Fortino a cosas de mayor aliento y bizarría, y en la primer oportunidad que le deparó la fortuna, espetó a Casta de improviso, como tiro a quemarropa, esta frase terrible:

—Estoy loco por usted.

Y ella, dispuesta a todo, contestole con otra mirada más sostenida todavía, y con una sonrisa arrobadora; ambas llenas de promesas.

Así fué como quedó roto el hielo entre Casta y Fortino, y así fué también como se iniciaron las amorosas relaciones de aquella sana y robusta pareja. El terreno resbaladizo, la juventud arrebatada y el diablo que es buen arreglador de este género de cuentas, hicieron el resto; hasta que aquel coqueteo inicial fué degenerando en cosas de mayor peso y consideración, y la teoría confusa y etérea, fué reemplazada por la realidad viviente y sustanciosa.

No hubo nada de flores, cartas, retratos ni me-

chones de pelo en aquella aventura, sino solamente citas, pero no de libros, sino de personales coloquios en sitios apartados y bien escogidos, y a horas bien escogidas y adecuadas para la guarda y conservación del más hondo secreto.

Dos meses, a lo sumo, duró aquel extraño enredo, sin romanticismo ni pasión, al menos por el lado de Casta; que, por lo que a Fortino se refiere, no podríamos asegurar otro tanto, porque no es racional suponer que, quien ha vivido sesenta días en el paraíso de Mahoma, llegue a olvidar a las huríes de ojos rasgados y negros, con quien ha tenido trato y comercio.

Al terminar aquella breve temporada, dijo Casta a Fortino cierto día, en inhumano exabrupto:

—Y ahora, amigo mío, adiós; no volveremos a vernos.

—¡Cómo así!, exclamó el mozo consternado y sorprendido.

—Sí, afirmó ella; esta será nuestra última entrevista.

—¡Eso no puede ser! ¡No lo permito!, protestó el dependiente. ¿Cómo y por qué romper los vínculos que nos ligan?

—Porque así lo requieren los tiempos, contestó la joven.

—Es una traición, rugió Fortino, como león herido.

Al verle piafar y resoplar de aquel modo, intimidose Casta, y comprendió que había menester amansar de algún modo aquella fiera para que no

fuese a hacer un despropósito, ni a llamar la atención pública con algún escándalo o disparate de esos que suelen cometer los animales enfurecidos.

Deseosa de que no quedase rastro de su locura, había tenido buen cuidado de no soltar prenda que la comprometiese, y habíase conducido con tal cautela y perspicacia en aquel espinosísimo asunto, que no temía se hallase rastro de sus malos pasos, al término de la intriga. Pero conveníale, además, cerrar los labios del amante despechado, para que de ellos no saliese nunca palabra ociosa ni acusadora contra ella. En tal virtud, deliberó propinarle algún calmante o narcótico, que endulzase y adormeciese sus tempestuosas pasiones; por lo cual, pasada breve pausa de recogimiento y reflexión, díjole con voz melosa y rostro complaciente:

—Nuestra separación es indispensable por ahora, por exigirlo así mi reposo; pero si callas en lo absoluto, si no me persigues, si no confías a nadie nuestro secreto, de suerte que sólo Dios, tú y yo lo conozcamos, volverán mejores tiempos, cambiarán favorablemente las cosas, y yo misma iré a buscarte al almacén. Pero entretanto, punto en boca, Fortino, si quieres que volvamos a vernos. Por tu discreción absoluta, conoceré el grado y el alcance del amor que me profesas, pues si algo haces o dices que pueda comprometerme en lo más mínimo, o dar lugar a las hablillas de la gente, te odiaré con toda mi alma, y no volveremos a vernos nunca, nunca.

Cobró con esto ánimos el joven, alentado por aquella dulcísima esperanza y aterrado por aquella amenaza espantosa; así que prometió a la joven todo cuanto quiso, y se despidió de ella, después de haberle besado y mojado de lágrimas las manos, resuelto a guardar en su pecho aquel secreto, como en el seno de calladísima tumba. Y cumplió la promesa al pie de la letra, pues a nadie refirió lo que le había pasado, ni se jactó con alma viviente de su buena fortuna, en espera de otra bonanza amorosa, que fuese a sorprenderle al «Palacio de Hierro», en medio de sus diarias fatigas de mostrador, y del olor de los lienzos que cuidaba, acomodaba y vendía.

Satisfecha Casta con los juramentos de Fortino, volvió tranquila al hogar, segura de que nada de lo acontecido se sabría; y, por su parte, formose el firme y solemne propósito de no tornar a ver nunca a Fortino; lo que cumplió al pie de la letra, pues jamás le quiso, y se valió de él únicamente con miras tranquilizadoras y pacifistas, como se llama al flebotomiano para que aplique una sangría en caso de congestión, o se pide al farmacéutico un antiflogístico cuando se sufre un accidente inflamatorio.

La suerte vino, asimismo, en ayuda de Casta, pues de ahí a poco desapareció Fortino del almacén y de la ciudad, y no volvió a saberse de él, como si se le hubiese tragado la tierra. ¿Ausentose de la metrópoli y se estableció y casó tal vez en lugar distante? ¿O enflaqueció, enfermó y fué a menos,

perdiéndose en el océano de lo desconocido? ¿O bien, lo que Dios no quiera, llegó a su fin último y postrero, y se marchó de este mundo modestamente y sin hacer ruido, en la misma forma y términos en que vino a él? Todo ello puede haber sucedido, incluso el trágico desenlace que hemos apuntado al último, pues los hombres de esta generación mueren con una facilidad que pasma y consterna; tanto, que suele bastar un colado viente-cillo, incapaz de apagar una cerilla, para atravesarlos de parte a parte, como si fuese una espada toledana.

V

El mismo día en que Casta se despidió de Fortino, o, mejor dicho, en que despidió Casta a Fortino, tuvo lugar el siguiente coloquio entre la joven y su esposo:

—Cornelio, díjole ella, tengo una excelente noticia que darte.

—¿Cuál?, preguntó Limón distraído, poniendo como siempre, cara de vinagre.

—Que ya se anuncia la venida de un niño, repuso Casta bajando los ojos con modestia.

—¿Es posible?, exclamó don Cornelio dando un brinco en la silla y hasta sonrojándose ligerísimamente por la vehemencia del contento.

—Como lo oyes, contestó Casta con absoluto aplomo.

—Pero ¿estás segura de ello?, insistió él, trémulo y ansioso como en presencia de un prodigio.

—Absolutamente segura, afirmó ella con íntima convicción.

Y entrando en pormenores, llegó hasta fijar la fecha probable en que tendría su realización el magno acontecimiento.

¡Oh gozo! ¡Oh satisfacción infinita! ¡Y el cambio que se operó en don Cornelio desde aquel punto y hora! No es eso para dicho ni para contado: solamente un poeta podría cantarlo en versos ditiámicos. Por nuestra parte, a fuer de historiodores verídicos, nos limitamos a consignar aquí los hechos que todos pudieron observar, dentro y fuera de la casa. Limón dejó de ser agrio, aunque siguió tan seco como siempre. Pareció, de ahí en adelante, como hervido en miel o cubierto con una ligera capa de azúcar. Tornóse alegre, complaciente y comunicativo; no tuvo ya palabras duras ni sarcásticas para su consorte; no la humilló más, y procuró darla gusto en cuanto pudo. Y a medida que daba Casta muestras mas evidentes de su estado interesante, desvivíase mayormente don Cornelio por ser fino y atento con ella; y la cuidaba del frío, y del calor; y entornaba las puertas para que no le diese el aire; y rogábale se alimentase bien para que no se adelgazase; y hasta refiere Cide Hamete Benengeli, que en ciertas ocasiones, cegado por la ternura, dábale de comer en la boca, como a tierna criatura, que aun no sabe ha-

cer uso de las manos. ¡Y pensar que Otelo mató a Desdémona por un pañuelo!

Y llegó por fin el día por tantos años deseado, en que viniese al mundo el gallardo infante, causa de tantos sinsabores pasados y de tantas dulzuras presentes; y vino, en efecto, enorme, robusto y sanguíneo, sin hebra de pelo en la cabeza, y con pulmones tan fuertes, íbamos a decir tan *fortinos*, que atronó el aire al nacer con un vozarrón semejante a clarín de guerra. Así fué que, desde aquella fecha memorable en adelante, nadie pudo hablar en la casa, cuando la criatura chillaba, sino arrimando la boca al oído del interlocutor, como suele hacerse a la orilla de los ríos caudalosos y de las estrepitosas cataratas.

El recién nacido fué como la paloma del Arca: trajo un ramo de olivo en la boca (ya que no podemos decir en el pico); porque, no sólo después de su advenimiento, sino desde la época misma de su anunciación, cerróse una éra, y abrióse otra en aquella honrada y dichosa casa. De suerte que bien puede decirse que el templo de Marte, cuyas puertas estuvieron de par en par abiertas por tantos años en aquel imperio, fué definitivamente cerrado por la octaviana mano de don Cornelio, quien quedó victorioso en toda la línea.

Y ¡lo que son las cosas! Desde aquel tiempo feliz, el matrimonio de Limón y Casta, que había sido piedra de escándalo, convirtióse en regocijo, encanto y ejemplo para la sociedad.

Finalmente, aquel natalicio salvó del naufragio

a la dinastía de los Limones, próxima a zozobrar; lo que fué una gran ventaja para los árboles genealógicos. Es verdad que la criatura más semejanza tenía con los melocotones que con los limones; pero ese pequeño contratiempo no fué digno de ser tomado en consideración. Lo importante era que aquel fruto llevase el nombre de limón, como de hecho le llevaba y hasta el presente le lleva.

¡Cuántos melocotones habrá por el mundo, que llevan el nombre de otras frutas!



RELOJ SIN DUEÑO

I

—¡Insoportable es ya la insolencia de estos periodistas!, exclamó el juez don Félix Zendejas, golpeando coléricamente la mesa con el diario que acababa de leer.

Era don Félix hombre de edad mediana, como entre los treinta y los cuarenta años, grueso, sanguíneo, carirredondo, barbicerrado, de centellantes ojos, nariz larga, tupidísimas cejas y carácter tan recio como sus facciones. Hablaba siempre a voz herida, y cuando discutía, no discutía, dogmatizaba. No toleraba objeciones; siempre tenía la razón o pretendía tenerla, y si alguno se la disputaba, exaltábase, degeneraba el diálogo en altercado, y el altercado remataba pronto en pendencia. Hubiérase dicho que la materia de que estaba formado su ser era melinita o roburita, pues con la menor fricción, y al menor choque, inflamábase,

tronaba y entraba en combustión espantosa; peligroso fulminante disfrazado de hombre.

Pocas palabras había cruzado con su esposa Otilia durante la comida, por haber estado absorto en la lectura del periódico, la cual le había interesado mucho, tanto más, cuanto que le había maltratado la vesícula de la bilis; porque era su temperamento a tal punto excitable, que buscaba adrede las ocasiones y las causas de que se le subiese la mostaza a las narices.

De la lectura sacó el conocimiento de que los *perros emborradores de papel*, como irreverente llamaba a los periodistas, continuaban denunciando a diario robos y más robos, cometidos en diferentes lugares de la ciudad y de diversas maneras; y todos de carácter alarmante, porque ponían al descubierto un estado tal de inseguridad en la metrópoli, que parecían haberla trocado en una encrucijada de camino real. Los asaltos en casas habitadas eran el pan de cada día; en plena vía pública y a la luz del sol, llevaban a cabo los bandidos sus hazañas; y había llegado a tal punto su osadía, que hasta los parajes más céntricos solían ser teatro de hechos escandalosos. Referíase que dos o tres señoras habían sido despojadas de sus bolsitas de mano, que a otras les habían sacado las pulseras de los brazos o los anillos de los dedos, y que a una dama principal le habían arrancado los aretes de diamantes a tirón limpio, partiéndole en dos, o, más bien dicho, en cuatro, los sonrosados lóbulos de sus preciosas orejas. La repetición de aquellos

escándalos y la forma en que se realizaban, denunciaban la existencia de una banda de malhechores o, más bien dicho, de una tribu de apaches en Méjico, la cual tribu prosperaba a sus anchas como en campo abierto y desamparado.

Zendejas, después de haberse impuesto de lo que el diario decía, se había puesto tan furioso, que se le hubieran podido tostar habas en el cuerpo, y, a poco más, hubiera pateado y bramado como toro cerril adornado con alegres banderillas.

—¡Es absolutamente preciso poner remedio a tanta barbarie!, repitió, dando fuerte palmada sobre el impreso.

Su esposa, que estaba acostumbrada a aquellos perpetuos furros, como lo está la salamandra a vivir en el fuego (en virtud, sin duda de la ley de adaptación al medio), no se acobardó en manera alguna al sentir la atmósfera saturada de truenos y bufidos, que la rodeaba, y hasta se atrevió a observar con perfecta calma:

—Pero Félix, ¿no te parece que la insolencia de los bandidos es mayor que la de los escritores?

Andaba ella cerca de los veintiocho años; era morena, agraciada, de ojos oscuros y de pelo lacio, con la particularidad de que peinábalo a la griega, a la romana o a la buena de Dios, pero siempre en ondas flojas y caídas sobre las orejas.

Lanzole con esto el marido una mirada tal, que un pintor la hubiese marcado en forma de haces flamígeros salidos de sus pupilas; pero ella no se inquietó por aquel baño cálido en que Zendejas la

envolvía, y continuó tomando tranquilamente una taza de té.

—Tú también, Otilia, vociferó el juez con voz de bajo profundo. ¡Como si no fuese bastante la rabia que me hacen pasar estas plumas vendidas! ¡Todos los días la misma canción! Robos por todas partes y continuamente. A ese paso, no habría habitante en la capital que no hubiese sido despojado... ¡Ni que se hubiesen reconcentrado cien mil ladrones en esta plaza! Para mí que todas esas son mentiras, que se escriben sólo en busca de sensación y venta de ejemplares.

—Dispensa, esposo, pero a mí no me parece mal que los periodistas traten tales asuntos; lo hallo conveniente y hasta necesario.

—Es demasiada alharaca para la realidad de los hechos.

—Eso no puede saberse a punto fijo.

—Yo lo sé bien, y tú no. Si las cosas pasaran como estos papeles lo gritan, habría muchas más consignaciones de ladrones y rateros... En mi juzgado no hay más que muy pocas.

—Y aumentará el número cuando la policía ande más activa. ¿No te parece?

—A mi no me parece.

—El tiempo lo dirá.

El temperamento tranquilo de Otilia tenía la virtud de neutralizar los huracanes y terremotos que agitaban el pecho de Zendejas; lo que no debe llamar la atención, por ser un hecho perfectamente averiguado, que la pachorra es el mejor antídoto

contra la violencia, como los colchones de lana contra las balas de cañón.

—En último caso, parlamentó el esposo, ¿encuentras justo que esos perros (los periodistas) hagan responsables a los jueces de todo cuanto pasa? ¡Que desuellen vivos a los gendarmes! ¡Que se coman crudos a los comisarios! Pero, ¡a los jueces! ¿Qué tenemos que ver nosotros con todos esos chismes? Y sin embargo, no nos dejan descansar.

—La justicia tardía o torcida, da muy malos resultados, Félix.

—Yo jamás la retardo ni la tuerzo, ¿lo dices por mí?

—Dios me libre de decirlo, ni aun siquiera de pensarlo: te conozco recto y laborioso; pero tus compañeros... ¿Cómo son tus compañeros?

—Mis colegas son... como son. Unos buenos y otros malos.

—Por ahí verás que no andan de sobra los estímulos.

—Pues que estimulen a los otros; pero a mí ¿por qué? Dime, esposa, ¿qué culpa puedo tener yo de que a la payita que aquí se menciona (señalando el periódico) le hayan arrebatado ayer en el atrio de la catedral, a la salida de misa de doce, el collarzote de perlas con que tuvo el mal gusto de medio ahorcarse?

—Ya se ve que ninguna; pero de ti no se habla en el diario.

—De mí personalmente no; pero me siento aludido, porque se habla del cuerpo a que pertenezco.

—¿Qué cuerpo es ese? No perteneces a la milicia.

—El respetable cuerpo judicial.

—Sólo en ese sentido; pero esa es otra cosa.

—No, señora, no lo es, porque cuando se dice, grita y repite: «¡Esos señores jueces tienen la culpa de lo que pasa! ¡Todos los días absuelven a un bandido! O bien ison unos holgazanes! ¡Las causas duermen el sueño del justo!» Cuando se habla con esa generalidad, todo el que sea juez debe tomar su vela. Además, basta tener un poco de sentido común para comprender que esos ataques son absurdos. Todos los días absolvemos a un bandido; supongámoslo. Entonces, ¿cómo duermen las causas? Si hay absoluciones diarias, es claro que las causas no duermen. Por otra parte, si las causas duermen, es injustamente. ¿Cómo se dice, pues, que duermen el sueño del justo? Son unos imbéciles esos periodistas, que no saben lo que se pescan.

Don Félix descendía a lo más menudo de la dialéctica para desahogar su cólera; pasaba de lo más a lo menos; involucraba los asuntos; pero nada le importaba; lo preciso para él, era cortar, hender, sajar y tronchar, como bisonte metido en la selva.

—En eso sí tienes razón, repuso la esposa: está muy mal escrito el párrafo.

—¿Confiesas que tengo razón?

—De una manera indirecta; pero no te preocupes por tan poca cosa. Cumple tu deber; no absuelvas a los culpables; trabaja sin descanso, y deja rodar el mundo.

—Hago todo lo que quieres, sin necesidad de que me lo digas, mujer. No necesito que nadie me espolee. Pero lo que sí no haré nunca, será dejar al mundo que ruede.

A Otilia se le ocurrió contestarle: «Pues entonces, deténle»; pero temiendo que Zendejas no llevase en paz la bromita, se limitó a sonreír, y a decir en voz alta:

—¿Qué piensas hacer entonces?

—Mandar a la redacción de este diario, un comunicado muy duro, diciendo a esos escritorzuelos cuántas son cinco.

—Si estuviera en tu lugar, no lo haría, Félix.

—¿Por qué no, esposa?

—Porque me parecería ser eso lo mismo que apalea un avispero.

—Pues yo sería capaz de apalea el avispero y las avispas.

—Ya lo creo, pero no lo serías de escapar a las picaduras.

—Me tienen sin cuidado las picaduras.

—En tal caso, no te preocupes por lo que dicen y exageran los diarios.

La observación no tenía respuesta; Zendejas se sintió acosado, y no halló qué replicar; por lo que, cambiando de táctica, vociferó:

—Lo que más indignación me causa de todo esto, es saber que no sólo las mujeres, sino también los hombres barbudos se llaman víctimas de los criminales. ¡Pues qué! ¿No tienen calzones? ¿Por qué no se defienden? Que tímidas hembras resulten

despojadas y quejasas, se comprende, pero los machos, los valientes! . . . Eso es simplemente grotesco.

—Pero ¡qué remedio si una mano hábil extrae del bolsillo el reloj o la cartera!

—No hay manos hábiles para las manos fuertes. A mí nadie me las ha metido en la faltriquera, y ¡pobre del que tuviese la osadía de hacerlo! Bien caro le habría de costar. Tengo la ropa tan sensible como la piel, y al menor contacto extraño, echo un manotazo y cojo, agarro y estrujo cualquier cosa que me friccione.

—¿Pero si fueras sorprendido en una calle solitaria por ladrones armados?

—A mí nadie me sorprende; ando siempre vigilante y con ojo avizor para todo y para todos. Sé bien quién va delante, al lado o detrás de mí; dónde lleva las manos, y qué movimientos ejecuta . . .

—Pero al dar vuelta a una esquina . . .

—Nunca lo hago a la buena de Dios, como casi todos lo hacen; sino que, antes de doblarla, bajo de la acera para dominar con la vista los dos costados del ángulo de la calle. . . . Por otra parte, jamás olvido el revólver y en caso de necesidad, le llevo por el mango, a descubierto o dentro del bolsillo.

—No quiera Dios que te veas obligado a ponerte a prueba.

—Todo lo contrario. Ojalá se me presente la oportunidad de dar una buena lección a esos bellacos. ¡No les quedarían deseos de repetir la hazaña!

Si todos los hombres se defendieran e hiciesen duro escarmiento en los malhechores, ya se hubiera acabado la plaga que, según dice la prensa, asuela hoy a la ciudad.

Otilia nada dijo; pero hizo votos internos porque su marido no sufriese nunca un asalto, pues deseaba que nadie le hiciese daño, ni que él a nadie lo hiciese.

Así terminó la sobremesa.

A renglón seguido, levantose Zendejas y entró en su cuarto para dormir la acostumbrada siestecita, que le era indispensable para tener la cabeza despejada; pues le pasaba la desgracia de comer bien y digerir mal, cosa algo frecuente en el género humano, donde reinan por igual el apetito y la dispepsia.

Entretanto, ocupose Otilia en guardar viandas en la refrigeradora y en dar algunas órdenes a la servidumbre.

II

Tan pronto como Zendejas se vió en la alcoba, cerró la puerta y la ventana para evitar que la luz y el ruido le molestasen; despojose del jaquet y del chaleco, puso el reloj sobre la mesa de noche para consultarle de tiempo en tiempo y no dormir demasiado; y desabrochó los botones del pantalón para dar ensanche al poderoso abdomen, cuyo volumen aumentaba exabrupto después de la inges-

tión de los alimentos. Y en seguida, tendióse a la bartola, medio mareado por un sabroso sueñecillo que se le andaba paseando por la masa encefálica.

La máquina animal del respetable funcionario estaba bien disciplinada. ¡Cómo no, si quien la gobernaba se hallaba dotado de extraordinaria *energía!* Don Félix no hacía más que lo que quería, tanto de sí mismo como de los otros, ¡canastos! Así que hasta su sueño andaba sometido a su beneplácito; y cuando decía *a dormir doce horas*, roncaba la mitad del día; pero cuando se proponía descansar cinco minutos, abría los ojos pasada una doceava parte de la hora, o cuando menos, uno o dos segundos más tarde. ¡No faltaba más! Todo está sujeto a la voluntad del hombre; sólo que los hombres carecen de *energía*. Él era uno de los pocos *enérgicos*, porque ni se entregaba a la corriente, ni se descuidaba; y, ¡ya se las podían componer todos cuantos con él trataban, porque con él no había historias, ni componendas, ni medias tintas, sino puras cosas serias, fuertes y definitivas! ¡Canastos!

En prueba de todo eso, saltó del lecho media hora después de lo que se había propuesto; cosa que nadie sospechó, y que permanecerá reservada en los archivos de la historia hasta la consumación de los siglos. No obstante, el saber para sí mismo que se le había pasado la mano en la siesta, le puso de un humor de dos mil demonios, por lo que se levantó de prisa, poniéndose de carrera todas las prendas de vestir de que se había despojado, y abrochando con celeridad, aunque con esmero, las

que había dejado sueltas, para facilitar la expansión de las vísceras abdominales. Tomó en seguida el revólver y el sombrero, y salió del aposento con la faz airada de todo hombre de carácter, que no sufre que nadie le mire feo, ni le toque el pelo de la ropa.

Otilia, que se había instalado en el aposento inmediato para cuidar que los niños no hiciesen ruido y poder despedirse de él cuando saliese, no pudo menos de decirle:

—Ahora has dormido un poco más que de costumbre.

—Exactamente lo que me propuse, repuso Zen-dejas; ni más ni menos.

—Celebro hayas descansado de tus fatigas.

—¿Quién te ha dicho que me fatigo? Podría trabajar las veinticuatro horas del día sin sentir el menor cansancio.

—Sí, eres muy fuerte.

—Me río de los sietemesinos de mi época; tan encenques, desmirriados y dejados de la mano de Dios. No, aquí hay fibra....

Y doblando el brazo derecho hasta formar ángulo agudo, señaló con la mano izquierda, la sinuosa montaña de su bien desarrollado bíceps. Después de eso, se pellizó los muslos, que le parecieron de bronce y acabó por darse fuertes puñadas en los pectorales tan abultados como los de una nodriza. Aquella investigación táctil de su propia persona, llenole de engreimiento y calmó su mal humor, hasta el punto de que, cuando él y la joven llegaron

caminando despacio, al portal de la casa, había olvidado ya el retardo en que había incurrido por causa del dios Morfeo.

—Con que hasta luego, Otilia, dijo a su esposa estrechándole cariñosamente la mano.

—Hasta luego, Félix, repuso ella afablemente.... No vuelvas tarde.... Ya ves que vivimos lejos y que los tiempos son malos.

—No tengas cuidado por mí, repuso el juez con suficiencia.

—Procura andar acompañado.

El juez contestó la recomendación con una especie de bufido, porque le lastimaba que su esposa no le creyese suficientemente valeroso para habérselas por sí solo hasta con los cueros de vino tinto, y se limitó a decir en voz alta:

—Te recomiendo a los chicos.

Tomó en seguida su camino, mientras Otilia permanecía en la puerta viéndole con ojos afectuosos, hasta que dobló la esquina. Entró entonces la joven, y prosiguió las diarias y acostumbradas faenas del hogar, que absorbían todo su tiempo, pues era por todo extremo hacendosa. La única preocupación que sentía, era la de la hora en que volvería Zendejas, pues la soledad de aquella apartada calle donde vivían, y la frecuencia de los asaltos de los malhechores, no la dejaban vivir tranquila.

Don Félix, entretanto, llevado del espíritu de contradicción que de continuo le animaba, y del orgullo combativo de que estaba repleta su esponjada persona, iba diciendo para sí:

—¡Buenas recomendaciones las de Otilia! Que no vuelva tarde y que me acompañe con otros.... ¡Como si fuera un muchacho tímido y apocado! Parece que no me conoce.... No tengo miedo a bultos ni fantasmas, y por lo que hace a los hombres, soy tan hombre como el que más ... Y ahora, para que mi esposa no torne a ofenderme de esa manera, voy a darle una lección, volviendo tarde a casa, solo y por las calles menos frecuentadas.... Y si alguien se atreve a atajarme el paso, por vida mía que le estrangulo, o le abofeteo, o le pateo, o le mato....

Tan asimismado iba con la visión figurada de una posible agresión, y de los diferentes grados y rigores de sus propias y variadas defensas, que, sin darse cuenta de ello, dibujaba en el espacio con ademanes enérgicos e inconscientes, las hazañas que pensaba iba a realizar; así que ora extendía la diestra en forma de semicírculo y la sacudía con vigor, como si estuviese cogiendo un cogote o una nuca culpables, o bien repartía puñadas por el aire, como si por él anduviesen vagando rostros provocativos, o alzando en alto uno u otro pie, enviaba coces furibundas a partes (que no pueden ni deben nombrarse) de formas humanas, que desfilaban por los limbos de su enardecida fantasía.

Cualquiera que le hubiese visto accionar de tan viva manera, sin que toque alguno de clarín hubiese anunciado enemigo al frente, habríale tenido por loco rematado, siendo así que, por el contrario, era un juez bastante cuerdo, sólo que con mu-

cha cuerda. Por fortuna estaba desierta la calle y nadie pudo darse cuenta de su mímica desenfundada; de suerte que pudo llegar al juzgado con la acostumbrada gravedad, y recibir de los empleados la misma respetuosa acogida que siempre le dispensaban.

Instalado ante el bufete, púsose a la obra con resolución, y se dió al estudio de varias causas que se hallaban en estado de sentencia, con el propósito de concluir las y rematarlas por medio de fallos luminosos, donde brillasen a la vez que su acierto incomparable, su nunca bien ponderada *energía*. Y se absorbió de tal modo en aquella labor, que pasó el tiempo sin sentir, declinó el sol y se hizo de noche. Y ni aun entonces siquiera dió muestras de cansancio o aburrimiento, sino que siguió trabajando con el mismo empeño, a pesar de ser escasa y rojiza la luz eléctrica que el supremo gobierno había puesto a su disposición; pues solamente dos focos incandescentes había en la gran sala de despacho, los cuales, por ser viejos, habían perdido su claridad, y parecían moribundas colillas de cigarro metidas dentro de bombas de vidrio y pendientes del techo. Por fortuna tenía el juez ojos de lince.

Otro funcionario tan empeñoso como él, que se había quedado asimismo leyendo fastidiosos expedientes y borroneando papel, vino a distraerle de sus tareas muy cerca de las ocho de la noche:

—¡Cuán trabajador, compañero! le dijo.

—Así es necesario para ir al día, contestó Zendejas.

—Lo mismo hago yo, compañero.

—Necesitamos cerrar la boca a los maldicientes. Nos acusan de perezosos, y debemos probar con hechos, que no lo somos.

—Es mi modo de pensar. . . . Pero ¿no le parece, compañero, que hemos trabajado ya demasiado, y que bien merecemos proporcionarnos alguna distracción como premio a nuestras fatigas?

—Tiene usted razón, compañero, repuso don Félix esperezándose y bostezando; es ya tiempo de dejar esto de la mano.

—Y de ir al Principal a ver la primera tanda.

—Excelente idea, asintió Zendejas.

La invitación le vino como de molde. Resuelto a volver tarde a casa, solo y por las calles menos frecuentadas (para demostrar a su cara mitad que no tenía miedo, ni sabía lo que era *eso*, y apenas conocía *aquella cosa* por referencias), aprovechó la oportunidad para *hacer tiempo* y presentarse en el hogar después de la media noche. Por tanto, pasados algunos minutos, que invirtió en poner las causas y los Códigos en sus lugares respectivos y en refrescarse la vista, tomó el sombrero y salió a la calle en unión del colega, con dirección al viejo coliseo.

Ambos jueces disputaron en la taquilla sobre quien debía ser el *pagano*; pero Zendejas, que no entendía de discusiones ni de obstáculos, se salió con la suya de ser quien hiciese el gasto, y los dos

graves magistrados, orondos y campanudos, entraron en el templo de la alegría, donde ocuparon asientos delanteros para ver bien a las artistas. Proveyéronse, además, de buenos gemelos, que no soltaron de la mano durante la representación; de suerte que disfrutaron el placer de mirar tan de cerca a divetas y coristas, que hasta llegaron a figurarse que podrían pellizcarlas.

Y aquello fué diálogo, risa y retozo, jácara y donaire, chistecillos de subido color, música jaca-randosa y baile, y jaleo, y olé, y el fin del mundo. Aquellos buenos señores, que no eran tan buenos como lo parecían, gozaron hasta no poder más con las picardihuelas del escenario, rieron en los pasos más escabrosos de las zarzuelas a carcajada fuerte y suelta, haciendo el estrépito de un par de frescas y sonoras cascadas; se comunicaron con desco-co sus regocijadas impresiones, palmotearon de lo lindo, golpearon el entarimado con los pies, y pidieron la repetición de las canciones más saladas y de los bailes más garbosos, como colegiales en día de asueto, a quienes todo coge de nuevo, alegría y entusiasmo.

Pasadas las nueve y media, salieron del teatro y fuéronse en derechura al salón Bach, donde cenaron despacio y opíparamente, hasta que, bien pasadas las once, dejaron el restaurant para irse a sus domicilios respectivos. Y después de haber andado juntos algunas calles, despidiéronse cordialmente.

—¡Hasta mañana, compañero, que duerma usted bien!

—¡Buenas noches, compañero, que no le haga daño la cena!

Zendejas se apostó en una esquina de la calle del 16 de Septiembre para aguardar el tranvía que debía llevarle a su rumbo, que era el de la colonia Roma; pero anduvo de tan mala suerte, que ante sus ojos se sucedían unos tras otros todos los carros eléctricos que parten de la plaza de la Constitución, menos el que necesitaba. Dijimos que tuvo esa mala suerte, pero debemos corregirnos, porque él la estimó excelente y a pedir de boca, por cuanto retardaba su regreso al hogar, que era lo que se tenía propuesto, por motivos de amor propio de hombre y de negra honrilla de valiente.

Pocos minutos faltaban para la media noche, cuando ocupó un carro de Tacubaya, determinándose al fin a volver a su domicilio por ser ya tiempo acomodado para ello, según sus planes y propósitos. Cuando bajó en la Parada de los Insurgentes, habían sonado ya las doce; atravesó la Calzada de Chapultepec y entró por una de las anchas calles de la nueva barriada; y muy de propósito fué escogiendo las más solitarias e incipientes de todas, aquellas donde había pocas casas y falta absoluta de transeuntes. Sentía vehemente deseo de topar con algún ladrón nocturno para escarmentarle; pero alma viviente no parecía por aquellas soledades. No obstante, fiel a sus hábitos y a fin de no dejarse sorprender por quienquiera que fuese, continuó

poniendo por obra todas las medidas precautorias que la prudencia aconseja; y, aparte de no soltar ni un instante de la mano la pistola, bajaba de la acera antes de llegar a las esquinas, miraba por todas partes y prestaba oído atento a todos los ruidos.

Buen trecho llevaba andado, cuando al cruzar por una de las más apartadas avenidas, percibió el rumor de fuertes y descompasados pasos que de la opuesta dirección venían, y, muy a poco, vió aparecer por la próxima bocacalle, la oscura silueta de un hombre sospechoso. Cuando el transeunte entró en el círculo luminoso que el foco de arco proyectaba, observó Zendejas que era persona elegante, y, además, que traía una borrachera de padre y muy señor mío. . . . Tan bebido parecía aquel sujeto, que no sólo *equis* hacía, sino todas las letras del alfabeto; pero al verle avanzar, dijo don Félix para su colete:

—A mí no me la hace buena este ebrio ostentoso. ¿Quién sabe si venga fingiendo para sorprenderme mejor? ¡Mucho ojo con él, Zendejas!

Y no le perdió pisada, como suele decirse, a pesar de que, con ser tan ancha la calle, reducida y estrecha resultaba para las amplísimas evoluciones de aquel cuerpo desnivelado. Item más, en su alegría como de loco, con voz gemebunda y desentonada venía cantando:

¡Baltasara, Baltasara!
¡Ay! ¡Ay! ¡Qué cara tan cara!

O bien:

¡Ay Juanita! ¡Ay Juanita!
¡Ay qué cara tan carita!

O bien:

¡Ay Carlota! ¡Ay Carlota!
¡Ay qué cara tan carota!

Es de creer que aquel sacerdote de Baco hubiese acabado de celebrar algunos misterios en compañía de una o varias sacerdotisas, y que por esa y otras razones, viniese recordando al par de sus nombres, la carestía de sus caritas bonitas, (*charitas bonitas*). ¡Seguramente por eso también, daba ahora tantos pasos en falso; aparte de otros muchos que ya llevaría dados!

Don Félix tomó sus medidas desde el momento en que se hizo cargo de la marcha irregular del sujeto. . . . ¡Ni tan irregular! . . . ¡Tanto para la geometría como para la moral y para el orden público! Era preciso evitar una colisión; si era borracho, por desprecio, y si no lo era, para no ser sorprendido. Y se decía mentalmente, observando las desviaciones de la recta en que aquel hombre incurría:

—¿Ahora viene por la derecha? ¡Pues hay que tomar por la izquierda! . . . ¿Ahora se carga a la izquierda? ¡Pues hay que tomar por la derecha! . . . ¿Ahora camina en línea recta? ¡Pues hay que coger para cualquier lado! . . . ¡Demonio, demonio, cuán aprisa cambia de dirección! . . . ¡No, lo que

es conmigo no topa! ¡Si topa! ¡No topa! . . .
¡Voto al chápíro!

Cuando lanzó esta última exclamación, el ebrio o lo que fuese, había chocado ya contra él, como un astro errático con un planeta decente y de órbita fija. ¿Cómo se realizó el accidente, a pesar de las precauciones de Zendejas? Ni el juez ni el ebrio llegaron a saberlo nunca.

El hecho fué que a la hora menos pensada se encontró don Félix de manos a boca, o, mejor dicho, de estómago a estómago con aquel péndulo viviente, que parecía ubicuo a fuerza de huir porfiadamente de la línea perpendicular.

—¡Imbécil! gritó Zendejas lleno de ira.

—¿Cómo? ¿cómo? articuló el sujeto con lengua estropajosa. ¿Por qué no se hacen a un lado? ¡También se atraviesan! ¡También no dejan pasar!

—¡Vaya con todos los diablos! clamó de nuevo don Félix, procurando desembarazarse del estorbo de aquel cuerpo inerte.

Con algún trabajo, echando pie atrás y apuntando con el codo la masa que le oprimía, pudo verse al fin libre de la presura, y dejar al borracho a alguna distancia, entre caigo y no caigo. Entonces le cogió por las solapas del jaquet, y por vía de castigo, le sacudió con furia varias veces, soltándole luego para que siguiese las leyes de su peligrosa inestabilidad. El pobrete giró sobre el tacón de un zapato, alzó un pie por el aire, estuvo a punto de caer, levantó luego el otro, hizo algunas ex-

trañas contorsiones como de muñeco que se dobla y desdobla, y logrando al fin recobrar cierta forma de equilibrio, continuó la interrumpida marcha lenta, laboriosa y en línea quebrada.

Y no bien se vió libre de las garras de Zendejas, recobró el buen humor y siguió canturreando con voz discordante e interrumpida por el hipo:

¡No me mates, no me mates,
Con pistola ni puñal!

Don Félix prosiguió también su camino, hecho un energúmeno, tanto por la testarada, como por la mofa que aquel miserable iba haciendo de su desencadenado y terrible enojo. Mas de repente se le ocurrió una idea singular. ¿Y si aquel aparente borracho fuese un ladrón? ¿Y si aquel tumbo hubiese sido estudiado, y nada más que una estratagemata de que se hubiese valido para robarle sin que él lo echase de ver? Pensar esto y echar mano al bolsillo del reloj, fué todo uno. . . . Y en efecto, halló. . . . que no halló su muestra de plata, ni la leontina chapeada de oro, que era su apéndice.

Hecho el descubrimiento, volvió atrás como un rayo, y no digamos corrió sino voló en pos del enigmático personaje, quien iba alejándose como le era posible, a fuerza de traspies y de sonoras patadas con que castigaba el asfalto de la vía pública.

Tan pronto como le tuvo al alcance de la mano, apercollóle férreamente por la nuca con la siniestra, en la misma forma concertada consigo mismo

al salir de su casa, en tanto que con la diestra sacaba y echaba a relucir el pavoneado y pavoroso revólver.

—¡Alto, bellaco! gritó.

—¿Otra vez? . . . ¡No *jalen* tan recio! tartamudeó el sujeto.

—¡Eres un borracho fingido! gritó Zendejas.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Policía, policía! roncó el hombre.

—Ojalá viniera, vociferó don Félix, para que cargara contigo a la comisaría, y luego te consignaran a un juez y te abrieran proceso.

—¿Me abrieran qué?

—Proceso.

—Por eso, pues, amigo, *por eso*. ¿Qué se le ofrece?

—Que me entregues el reloj.

—¿Qué reloj le debo?

—El que me quitaste, bandido.

—Este reloj es mío y muy mío. . . Remontoir. . .

Repetición.

—¡Qué repetición ni qué calabazas! Eres uno de los de la banda.

—No soy músico. . . soy propietario.

—De lo ajeno.

Mientras pasaba este diálogo, procuraba el borracho defenderse, pero le faltaban las fuerzas, y don Félix no podía con él, porque a cada paso se le iba encima, o bien se le deslizaba de entre las manos hacia un lado o hacia otro, amenazando desplomarse. Violento y exasperado, dejóle caer sin

misericordia, y cuando le tuvo en el suelo, asestóle al pecho el arma, y tornó a decirle:

—¡El reloj y la leontina, o te rompo la chapa del alma!

El ebrio se limitaba a exclamar:

—¡Ah, Chihuahua! . . . ¡Ah, Chihuahua! . . . ¡Ah, qué Chihuahua! . . .

No quería o no podía mover pie ni mano. Zendejas adoptó el único partido que le quedaba, y fué el de trasladar por propia mano al bolsillo de su chaleco, el reloj y la leontina que halló en poder del ebrio. Después de lo cual, se alzó, dió algunos puntapiés al caído, e iba ya a emprender de nuevo la marcha, cuando oyó que éste mascullaba entre dientes:

—¡Ah, Chihuahua! . . . ¡Este sí que es de los de la banda!

—¿Todavía no tienes bastante? Pues ¡toma! . . . ¡toma! . . . ¡Ladrón! . . . ¡bellaco! . . . ¡canalla! . . .

Cada una de estas exclamaciones fué ilustrada por coces furiosas que el juez disparaba sobre el desconocido, el cual no hacía más que repetir a cada nuevo golpe:

—¡Ay, Chihuahua! . . . ¡Ay, Chihuahua! . . . ¡Ay, qué Chihuahua! . . .

Cansado al fin de aquel aporreo sin gloria, dejó Zendejas al ebrio, falso o verdadero, que esto no podía saberse, y emprendió resueltamente la marcha a su domicilio, entretanto que el desconocido se levantaba trabajosamente, después de varios

frustrados ensayos, y se alejaba a pasos largos y cortos, mezclados de avances y retrocesos, y con inclinaciones alarmantes de torre de Pisa, tanto a la derecha como a la izquierda.

III

Otilia no sabía cómo interpretar la tardanza de su esposo, y estaba seriamente acongojada. Pocas veces daban las diez a Zendejas fuera de casa; de suerte que, al observar la joven que pasaba de la media noche y que no llegaba su marido, figurase lo peor, como pasa siempre en casos análogos.

—De seguro algo le ha sucedido, se decía; no puede explicarse de otra manera que no se halle aquí a hora tan avanzada.... ¿Habrán sido los bandidos?.... Y si le han conocido y él se ha defendido, como de fijo lo habrá hecho, pueden haberle herido, o matado tal vez.... No lo permita Dios.... La Santísima Virgen le acompañe!

Pensando así, no dejaba de tejer una malla interminable, que destinaba a sobrecama del lecho conyugal, y sólo interrumpía de tiempo en tiempo el movimiento de sus ágiles y febriles dedos, bien para enjugar alguna lágrima que resbalaba de sus pestañas, o bien para santiguar el espacio en dirección de la calle por donde debía venir el ausente.... ¿Qué haría si enviudaba? No había en todo el mundo otro hombre como Félix.... ¿Y sus pobres hijos? Eran tres, y estaban muy pequeños. ¿Capital?

No lo tenían; el sueldo era corto, y se gastaba todo en medio vivir. Sufrían muchas privaciones, y carecían de muchas cosas necesarias. Nada, que iban a quedar en la calle; se vería precisada a dejar aquella casa que, aunque lejana, era independiente y cómoda; ocuparía una vivienda en alguna vecindad. ¡Qué oscuras y malsanas son las viviendas baratas! Ahí enfermarían los niños.

Su imaginación continuaba trabajando sin cesar. Tendría que coser *ajeno* para ganar su miserable sustento; los niños andarían astrosos y descalzos; no concurrirían a colegios de paga, sino a las escuelas del gobierno, donde hay *mucha revoltura*; aprenderían malas mañas; se juntarían con malas compañías; se perderían....

Llegó tan lejos en aquel camino de suposiciones aciagas, que se vió en la miseria, viuda y sola en este mundo. Negro ropaje cubría su garbosa persona, y el crespón del duelo marital colgaba por sus espaldas; pero, ¡qué bien que le sentaba el luto! Hacía la aparecer por todo extremo interesante. ¿Volvería a tener pretendientes?.... Si algo valían su gracia y edad, tal vez sí; pero fijando la atención en su pobreza, era posible que no.... Aficionados no le faltarían, pero con malas intenciones.... ¿Y caería? ¿O no caería?.... ¡La naturaleza humana es tan frágil! ¡Es tan sentimental la mujer! ¡Y son tan malos los hombres! Nadie diga *de esta agua no beberé*. ¡Oh, Dios mío!

Y Otilia se echó a llorar a lágrima viva sin saber bien si despertaban su ternura la aciaga y prema-

tura muerte de don Félix, o la viudez de ella, o la orfandad de los hijos y su mala indumentaria, o el verlos en escuelas oficiales y perdidos, o mirarse a sí misma con tocas de viuda (joven y agraciada), o el no tener adoradores, o el ser seducida por hombres perversos, que abusasen de su inexperiencia, de su sensibilidad y de su desamparo. . . . ¡Y sobre todo de su sensibilidad! . . . Porque bien se conocía a sí misma; era muy sensible, de aquel pie precisamente era de donde cojeaba. Era aquella la coyuntura donde sentía rajada la coraza de hierro de su virtud. . . . Y si alguno era bastante avisado para echarlo de ver, por ahí le asestaría la puñalada, y sería mujer perdida. . . . ¡Oh, qué horror! ¡Cuán desdichada es la suerte de la mujer joven, hermosa, desamparada y de corazón! . . . ¿Por qué no tendría en vez de corazón un pedazo de piedra? Aquella entraña era su perdición; lo sabía, pero no podía remediarlo.

Por fortuna sonó repetidas veces el timbre de la puerta, en los momentos mismos en que ya la desbocada imaginación de la joven empujábala al fondo del precipicio, y se engolfaba en un mundo inextricable de desgracias, pasiones y aventuras, de donde no era posible, no, salir con los ojos secos. . . . El retintín de la campanilla eléctrica la salvó, por fortuna, sacándola muy a tiempo de aquel bátrato de sombras y de sucesos trágicos en que se había despeñado. El sensible y peligroso corazón de la joven dió varios vuelcos de júbilo al verse libre de todos esos riesgos; viudez, tocas ne-

gras, muerte de los niños, asechanzas, tropiezos y caídas. Por otra parte, el timbre sonaba alegre y triunfal; con la especial entonación que tomaba cuando Zendejas volvía a casa victorioso y alegre, por haber dicho cuántas son cinco al lucero del alba, o por haber dado un revés a un malcriado, o por haber regalado un puntapié a cualquier zascandil. Así lo presintió Otilia, quien corrió a abrir la puerta llena de gozo, para verse libre de tantos dolores, lazos y celadas como le iba tendiendo el pavoroso porvenir.

Y en efecto, venía don Félix radiante por el resultado de la batalla acabada de librar con el astuto ladrón que le había asaltado en la vía pública, y por el recobro del reloj y la leontina.

—¡Félix! clamó Otilia con voz desmayada, echándose en sus brazos. ¿Qué hacías? ¿Por qué has tardado tanto? Me has tenido con un cuidado horrible.

—No te preocupes, esposa, repuso Zendejas; a mí no me sucede nada, ni puede sucederme. Sería capaz de pasearme solo por toda la República a puras bofetadas.

—¿Dónde has estado?

—En el trabajo, en el teatro, en el restaurant. . . .

—¡Cómo te lo he de creer! . . . Y yo, entretanto, sola, desvelada, y figurándome cosas horribles. . . . He sufrido mucho pensando en ti. . . .

Bien se guardó la joven de referir a don Félix lo de las tocas, la sensibilidad de su corazón y la seducción que había visto en perspectiva.

Cogidos de la mano llegaron a la sala.

—Pero ¡tate! si has llorado, exclamó don Félix secando con el pañuelo las lágrimas que corrían por el rostro de ella.

—¡Cómo no, si te quiero tanto, y temo tanto por ti! repuso ésta reclinando la cabeza sobre el hombro del juez.

—Eres una chiquilla, continuó Zendejas cariñosamente; te alarmas sin razón.

—Félix, voy a pedirte un favor.

—El que gustes.

—No vuelvas a venir tarde.

—Te lo ofrezco, esposa. No tengo ya inconveniente, porque acabo de realizar mi propósito.

—¿Cuál, Félix?

—El de dar una buena entrada de patadas a un bandido... de esos de que habla la prensa.

—¿Con que sí? ¿Cómo ha pasado eso?... Cuéntamelo, Félix, rogó la joven vivamente interesada.

Zendejas, deferente a la indicación de su esposa, relató la aventura acabada de pasar, no digamos al pie de la letra, sino exornada con incidentes y detalles que, aunque no históricos, contribuían en alto grado a realzar la ferocidad de la lucha, la pujanza del paladín y la brillantez de la victoria. La joven oyó embelesada la narración y se sintió orgullosa de tener por marido a hombre tan fuerte y tan valeroso como Zendejas; pero, a fuer de esposa cariñosa y de afectos exquisitos, no dejó de preocuparse por el desgaste que el robusto organismo de su esposo hubiese podido sufrir en

aquel terrible choque; así que preguntó al juez con voz dulcísima:

—A ver la mano: ¿no se te ha hinchado?... ¿No se te ha dislocado el pie?

—Fuertes y firmes conservo la una y el otro, repuso don Félix con visible satisfacción, levantando en alto el cerrado puño y sacudiendo por el aire el pie derecho.

—¡Bendito sea Dios! repuso la joven soltando un suspiro de alivio y satisfacción.

—Aquí tienes la prueba, prosiguió don Félix, de lo que siempre te he dicho: si los barbones a quienes asaltan los cacos, se condujeran como yo, si aporreasen a los malhechores y los despojasen de los objetos robados, se acabaría la plaga de los bandidos...

—Tal vez tengas razón... ¿Con que el salteador te había quitado el reloj y la leontina?

—Sí, fingiéndose borracho. Se dejó caer sobre mí como cuerpo muerto, y, entretanto que yo me le quitaba de encima, me escamoteó esos objetos sin que yo lo sintiese.

—Son muy hábiles esos pillos...

—Sí lo son; por fortuna reflexioné pronto lo que podía haber pasado... A no haber sido por eso, pierdo estas prendas que tanto quiero.

Al hablar así, sacolas Zendejas del bolsillo para solazarse con su contemplación. Otilia clavó en ellas también los ojos con curiosidad e interés, como pasa siempre con las cosas que se recobran después de haberse perdido; mas a su vista, en vez de

alégrarse, quedaron confusos los esposos. ¿Por qué?

—Pero, Félix, ¿qué has hecho? interrogó Otilia asustada.

—¿Por qué, mujer? preguntó el juez sin saber lo que decía.

—Porque ese reloj y esa leontina no son los tuyos.

—¿Es posible? volvió a preguntar Zendejas con voz desmayada, al comprender que la joven tenía razón.

—Tú mismo lo estás mirando, continuó ella tomando ambas cosas en sus manos para examinarlas despacio. Este reloj es de oro, y el tuyo es de plata. . . . Parece una repetición.

La joven oprimió un resorte lateral, y la muestra dió la hora con cuartos y hasta minutos, con campanilla sonora y argentina.

—Y mira, en la tapa tiene iniciales: A. B. C.; seguramente las del nombre del dueño. . . . Es muy bueno y valioso.

Zendejas quedó estupefacto y sintió la frente cubierta de gotitas de sudor.

—Y la leontina, continuó la joven siguiendo el análisis, es ancha y rica, hecha de tejido de oro bueno, y rematada por este dije precioso, que es un elefantito del mismo metal, con ojos de rubíes, y patas y orejas de fino esmalte.

Ante aquella dolorosa evidencia, perdió Zendejas la sangre fría y hasta la caliente, que por sus

venas corría, púsose color de cera, y murmuró con acento de suprema angustia:

—¡De suerte que soy un ladrón, y uno de los de la banda!

—¡Qué cosa tan extraña! . . . No digas eso.

—Sí, soy un cernícalo, un hipopótamo, repitió don Félix poseído de desesperación.

Y llevado de su carácter impetuoso, se dió a administrarse sonoros coscorriones con los puños cerrados, hasta que su esposa detuvo la fiera ejecución cogiéndole por las muñecas.

—Déjame, decía él con despecho; esto y más merezco. Que me pongan en la cárcel. Soy un malhechor. . . un juez bribón.

—No, Félix; no ha sido más que una equivocación la tuya. Es de noche, el hombre estaba ebrio y se te echó encima. Cualquiera hubiese creído lo que tú.

—Y luego, que he perdido el reloj, agregó Zendejas.

—¡Es verdad! dijo la joven. ¿Cómo se explica?

El juez percibió un rayo de luz. A fuerza de dictar autos y sentencias habíase acostumbrado a deducir, inferir y sutilizar.

—¡Ya caigo en la cuenta! exclamó jubiloso y reconfortado. Ese pretendido borracho había robado antes este reloj y esta leontina a alguna otra persona. . . . Después me robó a mí, y, al querer recobrar lo que me pertenecía, di con el bolsillo en que había puesto las prendas ajenas; pero se llevó las mías.

La explicación parecía inverosímil; Otilia quedó un rato pensativa.

—Puede ser, murmuró al fin. ¿Estás cierto de haberte llevado tu reloj?

—Nunca lo olvido, repuso el juez con firmeza.

—Por sí o por no, vamos a tu cuarto.

—Es inútil.

—Nada se pierde....

—Como quieras.

Y los esposos se trasladaron a la alcoba de Zendejas, donde hallaron, sobre la mesa de noche, el reloj de plata del juez con su pobre leontina chapada, reposando tranquilamente en el mismo lugar donde su propietario le había dejado al acostarse a dormir la siesta.

Don Félix se sintió aterrado, como si hubiese visto la cabeza de Medusa.

—Aquí está, murmuró con agonía.... De suerte que ese caballero (no le llamó ya borracho ni bandido) ha sido despojado por mi mano; no cabe la menor duda.

Otilia, afligida, no replicó nada, y el marido continuó:

—El acontecimiento se explica; ese señor, que debe ser algún alegre ricachón, andaba de juerga por esta colonia.... Se le pasó la mano en las copas, iba de veras borracho, le confundí con un ladrón, y le quité estas prendas.... Robo de noche, en la vía pública y a mano armada.... Estoy perdido.... Mañana mismo me entrego a la justicia: el buen juez por su casa empieza.

—De ninguna manera, objetó Otilia horrorizada; sería una quijotada que te pondría en ridículo.

—¿Por qué en ridículo? preguntó Zendejas con exaltación.

—Porque no dejaría de decir la gente, que te las habías habido con un hombre aletargado, incapaz de defenderse, y que ¡buenas hazañas son las tuyas!

—Eso sí que no, porque sobran las ocasiones en que he demostrado son iguales para mí los fuertes que los débiles, y que no le tengo miedo ni al mismo Lucifer.

—Pero la gente es maligna, y más los envidiosos.

—En eso tienes razón: ¡los envidiosos, los envidiosos! repitió Zendejas. Todos los valientes me tienen envidia, siguió pensando para sí, y ¡con qué placer aprovecharían el *quid pro quo* para ponerme en berlina! Y prosiguió en voz alta: Pero ¿qué hacer entonces? ¡Porque no puedo quedarme con propiedad ajena!

—Voy a pensar un poco, repuso Otilia preocupada.... Déjame ver otra vez las iniciales.... A. B. C. ¿Cómo era el señor? Descríbemelo, Félix.

—Voy a procurar acordarme.... Más viejo que joven; grueso, casi tanto como yo, todo rasurado.

—¿Con lentes?

—Creo que sí, pero los perdió en la refriega.

—Oyeme, prosiguió la joven pensativa. ¿No se

rá don Antonio Bravo Caicedo? A. B. C.: coinciden las iniciales.

—¿El caballero rico y famoso, cuyo nombre llena toda la ciudad?

—El mismo.

—No puede ser, mujer.

—¿Por qué no?

—Porque es persona grave, de irreprochable conducta; anda siempre en compañía de sus hijas, que son muy guapas; y, aguarda, si no me equivoco es. . . .

—¿Qué cosa, Félix?

—Miembro conspicuo de la Sociedad de Temperancia.

—Eso no importa, contestó la joven; son los hombres tan contradictorios y tan malos. . . . (Pensaba en aquellos momentos en los peligros de su viudez.)

—En eso tienes razón; son muy malos.

El juez se abstuvo por instinto de decir *somos muy malos*, sin duda porque recordó los excesos de pensamiento y de vista que acababa de cometer en el Principal.

Siguió a continuación una larga plática entre los esposos, en la cual se analizaron y desmenuzaron los acontecimientos, las suposiciones, todas las cosas posibles en fin; y mientras más ahondaron el asunto, más y más sospecharon que reloj y leontina perteneciesen al provento, riquísimo e hipócrita don Antonio Bravo Caicedo; mil indicios lo comprobaban, mil pequeños detalles lo ponían en

evidencia. . . . ¡Quién lo hubiera pensado! ¡Que aquel señor tan respetable, fuese tan poco respetable! Bien se dice, que la carne es flaca. . . . Pero Bravo Caicedo era gordo. . . . ¡Qué cosa tan embrollada. . . . En fin, que por lo visto, la carne gorda es la más flaca. . . .

Despejada la incógnita, o más bien dicho, despejado el incógnito, faltaba hallar el medio de hacer la devolución. ¿Mandar los objetos a la casa del propietario? No, eso sería comprometerle, descubrirle, abochornarle. . . . Y luego que, aunque lo más verosímil era que aquel grave personaje fuera el pesado borracho de la aventura, cabía no obstante, en lo posible, que otro sujeto fuese el dueño verdadero de las alhajas. Don Antonio Bravo Caicedo (A. B. C.) había hecho el monopolio del pulque, es verdad; pero no el de las tres primeras letras del abecedario.

IV

En fin que, después de mirarlo, pensarlo y meditarlo bien, resolvió la honrada pareja, que las prendas en cuestión quedasen depositadas en el juzgado de Zendejas, y que éste publicase un aviso en los periódicos, mañosamente escrito para no delatarse a sí mismo, ni sacar a plaza las miserias del ricachón.

Elegido ese camino, don Félix, a fuer de hombre honrado, se negó a poner la cabeza en la almohada antes de haberse quitado aquel peso de la conciencia.

cia, dejando redactado y listo el documento para llevarle a dos o tres redacciones vespertinas al siguiente día, a la hora del despacho. Trabajó febrilmente, hizo varios borradores, consultó con Otilia, tachó, cambió, agregó, raspó y garrapateó de lo lindo algunas hojas de papel, hasta que al fin, cerca ya de la madrugada, terminó la ardua labor de dar forma al parrafejo, el cual quedó definitivamente concebido en los siguientes términos:

«AVISO»

«Esta mañana, al comenzar el despacho, ha sido depositado en este juzgado un reloj de oro, remontoir, con una leontina del mismo metal, rematada por un pequeño elefante, cuyos ojos son de rubí, y las orejas y las patas de negro esmalte. El reloj lleva las iniciales A. B. C. en la tapa superior, tiene el número 40.180 y es de la marca "Longines." Lo que se pone en conocimiento del público para que puedan ser recogidos esos objetos por su propietario; bajo el concepto de que el depositante ha puesto en manos del juez suscrito, un pliego que contiene señas exactas e individuales de la persona a quien por equivocación le fueron sustraídas esas alhajas, con mención de la calle, la hora y otros datos del mayor interés.»

Pero fué inútil la publicación repetida de aquellos renglones. Hasta la fecha en que esto se escribe, nadie se ha presentado a reclamar el reloj y la

leontina; ya porque don Antonio Bravo Caicedo no sea el dueño de las alhajas, o bien porque, siéndolo, desee conservar el incógnito a toda costa y a todo costo. De suerte que si alguno de los lectores tiene en su nombre las iniciales A. B. C., si se paseó aquella noche por la colonia Roma, si empinó bien el codo, si tuvo algo que ver con Baltasara, Juanita o Carlota, y por último, si perdió esas prendas en un asalto callejero, ya sabe que puede ocurrir a recogerlas al juzgado donde se hallan en calidad de depósito.



LA COMBLEZA

I

El señor cura don Deodato de la Cruz absolvió a la penitente que hablaba por la rejilla de la derecha, y golpeó suavemente con los nudillos la de la izquierda para llamar la atención de la devota a quien tocaba decir sus culpas por aquella parte del confesonario. La interesada contestó con voz recatada, después de rezar el *Confiteor Deo*:

—Aquí estoy, señor.

—¿Cuánto tiempo hace que se confesó usted la última vez? preguntó el sacerdote.

—Cinco años, repuso la voz.

—¿Cumplió usted la penitencia que le fué impuesta?

—Sí, señor.

—Diga usted sus pecados.

La devota fué diciendo sus culpas una por una, observando el orden de los Mandamientos de la Ley de Dios, las cuales eran faltas comunes y corrientes, de las que se cometen por todos, y cuyo

relato no causa gran bochorno; pero al llegar al sexto mandamiento, se detuvo, vaciló unos momentos, y con acento inseguro y entrecortado, siguió luego diciendo:

—Padre, me acuso de que he estado en relaciones ilícitas con un hombre desde hace cinco años.

—¿Viviendo con él?

—Sí, padre.

—¿Es usted casada?

—No, señor.

—¿Quiere usted a ese hombre?

—Sí, señor.

—¿Por qué no se casa usted con él?

—Porque él sí es casado, repuso la voz con temblor perceptible.

—¿Y la mujer de ese hombre?

—Está abandonada.

—¿Tiene hijos?

—Sí, padre.

El cura se removió en el asiento con inquietud, aguardó un rato, y, en vista de que la penitente no continuaba, prosiguió el cuestionario:

—Dígame usted todas las particularidades del hecho, porque necesito conocerlas para poder apreciar el grado de la culpa.

—Sí, señor, voy a decir a usted todo. Rosendo era amigo de mi padre. . . .

—¿Quién es Rosendo?

—El hombre con quien he vivido.

—Siga usted.

—Tenía yo catorce años; mi madre había muer-

to, y era la única hija. . . . Rosendo, que contaría entonces cerca de treinta, visitaba todos los días a mi padre, era muy bueno con él y le ayudaba a salir de apuros. Los dos eran carpinteros. . . .

—No me diga usted sino lo que sea pecado; todo eso no viene al caso.

—Padre, como me ordenó usted le pusiese al tanto de los antecedentes, por eso le voy haciendo esta historia. . . . Creo es indispensable que usted la conozca para que pueda darse cuenta de todo, bien a bien.

—Continúe usted.

—Cuando mi padre, que estaba viejo y achacoso, no conseguía contratos, o no podía vender las obras que hacía, Rosendo le participaba de lo que tenía, unas veces dándole quehacer, y otras prestándole dinero. Su comportamiento ganó por completo la voluntad de mi padre, quien solía decir que Rosendo era su único amigo, que nunca había tenido otro mejor, y que no sabía cómo pagarle lo mucho que le debía. . . . Yo también me sentía muy obligada a él, tanto por lo que mi padre decía, como porque consideraba que, si él nos faltaba, Dios sabe qué sería de nosotros. . . . En esto se agravaron las enfermedades de mi padre; carecíamos de recursos; cesó el trabajo, y no tenía yo manera de hacer los gastos indispensables para la curación. En aquellas circunstancias tan tristes, no llegó a faltarme el auxilio de Rosendo; él nos facilitó cuanto fué necesario: médico, medicinas, alimentos y hasta dinero para cubrir la renta de la casa y hacer otros

gastos. Pero la enfermedad de mi padre no cedió, antes fué agravándose todos los días, hasta que Dios se acordó de él y se lo llevó a su santo reino, dejándome a mí sola en el mundo. . . . Como carecíamos de parientes inmediatos, mi padre, antes de morir, me dejó recomendada con Rosendo, a quien rogó me tomara por su hija. Rosendo aceptó sin dificultad el encargo, y el mismo día en que mi padre fué sepultado, me llevó a su casa con su mujer y sus hijos para hacer vida de familia con ellos. Me recibieron muy bien, y me trataron con mucha consideración, sin duda por lástima y condolidos de mi desgracia; pero él era mejor que todos, me cuidaba como a sus mismas criaturitas, y me tenía abastecida de todo. . . . Y hasta pasaba que siempre que se emborrachaba, lo que solía suceder frecuentemente por desgracia, sólo a mí me respetaba y atendía, a pesar de que, cuando se le sube el vino, se vuelve loco y es sumamente peligroso: capaz de herir, de matar y hasta de prender fuego a la casa. . . . En esas ocasiones era yo quien andaba intercediendo por todos los suyos para que no los maltratara, segura de que, cuando me interponía entre él y ellos, a ninguno le ponía encima la mano. En vista de aquella predilección que por mí mostraba, la familia entera se acogía a mi protección en casos apurados, y fuí adquiriendo cierto ascendiente en la casa. Rosendo, por su parte, me fué queriendo más y más todos los días, y yo también a él, padre, porque era huérfana y de pocos años, y le agradecía con todo el corazón que fuera

tan bueno conmigo. Me acariciaba como a sus mismas criaturitas y yo lo toleraba, porque no veía que lo hiciera con malicia, tanto más, cuanto que no se excusaba de hacerlo ni delante de su esposa. Y de ese modo, sin que hubiera nadie que me advirtiese el peligro que corría, ni pudiera yo reflexionarlo, fué aumentando la confianza entre los dos, hasta que caí, padre, no lo puedo negar.

El sacerdote pensó para sí que, aunque la falta era grave y evidente, aquella joven, que por la cuenta, andaba frisando apenas con los veinte años, tenía a su favor muchas circunstancias atenuantes: su orfandad y pobreza, el haber sido seducida por su protector y el haberse visto sometida a tan dura prueba a una edad en que era casi una niña y no podía defenderse contra las artimañas de un hombre maduro. Pocas serían las muchachas que, en tales condiciones, hubiesen podido salvarse de la perdición. A pesar de todo, el viejo párroco, cumpliendo con su deber, mostrose aparentemente severo.

—¿Y así fué, dijo, como pagó usted a aquella pobre mujer el favor que la dispensó al darla acogida en su hogar?

—Sí, padre, repuso la penitente con voz afligida; así fué como le pagué tan grande caridad como me hizo. Pero desde entonces no estoy a gusto, no vivo contenta y me remuerde mucho la conciencia.

—Pero ¿no dice usted que ese hombre ha abandonado a su mujer y a sus hijos? preguntó el confesor.

—Sí, padre, así es.

—No comprendo cómo puede usted lamentar lo sucedido, y estar arrepentida de ello, habiendo desunido ese matrimonio.

—No, padre, yo no lo desuní.

—No entiendo eso, cuando acaba usted de confesarme que ese hombre ha abandonado a su familia y ha estado viviendo con usted.

—Padre, ¿quiere usted que se lo explique?

—Eso es precisamente lo que exijo.

—Pues vea usted; por más bochorno que me cause, voy a decirle la verdad. La mujer de Rosendo comenzó por sospechar algo y por tener celos de mí. Yo, aunque muchacha, tenía conocimiento de que me conducía mal, y me recataba de ella todo cuanto podía, conteniendo las imprudencias de Rosendo, que a cada rato se exaltaba y quería hacer poco aprecio de todo. . . . Pero por más precauciones que tomé, acabó la esposa por descubrir la verdad, sorprendiéndonos a Rosendo y a mí en una de nuestras entrevistas. . . . La pobre señora se enojó mucho conmigo, y llamándome huérfana infeliz, pordiosera y malagradecida, me echó fuera de su casa; en todo lo cual tuvo mucha razón. Yo se la concedí acá para mis adentros, y pensé que cualquiera otra mujer en su lugar, hubiera hecho lo mismo, o tal vez algo peor, como pegarme o haberme entregado al gendarme para que me hubiese llevado a la cárcel. . . . No, la pobre, lo único que hizo fué sacarme a la cara los favores que me había hecho, y abrirme la puerta para echarme a la

calle. No me resistí para nada, como era natural, a pesar del grandísimo escándalo que armó Rosendo, y salí de ahí sin saber a dónde ir ni qué hacer. Me fuí caminando hacia adelante sin dirección fija, llorando y muy despacio; pero apenas había andado dos o tres calles, cuando me alcanzó Rosendo, quien me dijo que le había pegado una buena paliza a su mujer, que la había dejado llorando en castigo de lo que había hecho conmigo, y que iba por mí para que volviera a su casa. Le contesté que de ninguna manera lo haría, y que preferiría pedir limosna de puerta en puerta, a continuar haciendo sufrir a aquella señora; que él había hecho muy mal en maltratarla, porque ella tenía toda la razón; y que lo que debía él hacer, era volverse con su familia, ser bueno con ella y dejarme a mí correr mi suerte, porque yo había nacido para la desgracia. Pero él me contestó que por nada me había de abandonar; que era yo una criatura, que él me había echado al mundo, y que era hombre suficiente para cumplir sus obligaciones. Insistió mucho en hacerme volver, pero yo me resistí con resolución, porque la situación se había hecho insoportable para mí, y porque me repugnaban aquella mezcolanza y aquella traición. Entonces él, después de pensarlo un rato, contestó que estaba bien, que ya que era esa mi determinación, no se empeñaba en su idea, a pesar de que era el amo de la casa, y no se había de hacer en ella más que lo que él quisiera; que la dificultad estaba en mí solamente, y que por mí quedaba y no por él; pero que in-

sistía en no dejarme de la mano, porque sería indigno abandonarme, no sólo por lo que había hecho conmigo, sino también porque mi padre habíame recomendado con él. Acabó por decirme que, en tal caso, me iba a sostener aparte, porque no quería que anduviera pasando trabajos y como pluma en el aire. . . . Yo, padre, no me opuse a eso, porque estaba muy muchacha, no conocía a nadie, y tenía miedo de quedarme sola; pero le puse por condición que no había de abandonar a su mujer ni a sus hijos, y había de ver por ellos antes que por mí. Todo me lo prometió, y me llevó con una parienta suya, donde me dejó mientras me ponía casa. Después me la puso, y desde entonces hemos vivido mal, y ha estado más en mi casa que en la suya. . . . Sin embargo, no he cesado yo, en todo este tiempo, de hablarle de su familia, de la obligación que tenía de sostenerla y de la promesa que sobre ello me había hecho. . . . Y me engañaba, padre, porque me aseguraba siempre y a todas horas, que a su mujer y a sus hijos no les faltaba nada, y que no debía tener cuidado ninguno por ellos. . . . Con eso me dejaba casi contenta, aunque no del todo, porque nunca he podido con este peso que llevo en el alma; tenía miedo de morirme en ese estado y creía que Dios iba a castigarme mucho, como lo merecía. . . . Durante estos cinco años de pecado y de angustia, no he salido más que a la tienda o al mercado, y a la iglesia todos los días, porque nunca he dejado de oír misa; y siempre he pedido mucho a Nuestro Señor que me haga buena, porque

no he nacido para estas cosas tan feas. Pero ya, padre, será mi mala suerte, porque todo se ha venido presentando y enredando de tal suerte, que a la hora menos pensada, me hallé comprometida y sin puerta de escape para volver a la buena vida.

—Según lo que usted me refiere, objetó el párroco, ha vivido cinco años en ese pecado. ¿Por qué razón ahora, y no antes, ha ocurrido usted al tribunal de la penitencia?

—¿Quiere usted que se lo declare, señor cura?

—Necesito saberlo.

—En ese caso, señor, voy a contárselo también. Hace dos días, cuando iba a comprar el recado para la comida, me encontré en la calle con la esposa de Rosendo y con sus dos hijitos: uno de ellos, el mayorcito, puede tener como nueve años, y seis tendrá la niña. Iban descalzos, harapientos y sucios; me parecieron pordioseros, y seguramente lo son. . . . Luego que me vió la señora, me reconoció, y hecha una furia, me maltrató públicamente, y hasta me hubiera pegado, si no hubiera sido porque el gendarme llegó a tiempo, y nos separó. Yo no le contesté nada, y si la señora me hubiera golpeado, ni aun siquiera me hubiera defendido, porque no soy tan tonta que no considere donde está la razón. . . . Y, aun dado caso que hubiera sacado puñal y procurado herirme, ni aun siquiera hubiese procurado correr. . . . La gente que nos rodeó, engañada por las apariencias, y en vista de que sufrí callada cuantos insultos y ultrajes me dirigió la señora, estaba toda de mi parte, y hasta el mis-

mo gendarme me daba la razón y quiso llevarse a la comisaría a la señora y a los niños; pero yo no permití que lo hiciera, confesando que la señora tenía motivo para aborrecerme, y conseguí que la dejara seguir su camino, desgredada, llorosa y con los niños cogidos de la mano. . . . Avergonzada y más que nunca arrepentida, volví a mi casa, sin nada de rencor para la pobre mujer, que no hace más que defender lo que es suyo, y convencida de que Rosendo me ha engañado, pues por lo visto no es cierto haya seguido sosteniendo a su familia. . . . La señora a grandes gritos me dijo que conmigo había entrado la desgracia en su casa, y que maldita la hora en que me había recibido en ella; en todo lo cual tiene justicia. Y agregó que por culpa mía no tenían qué comer ni ella ni sus hijos y andaban implorando la caridad pública. Lloré mucho, padre, cuando me vi en mi casa, y tan pronto como llegó Rosendo, le eché en cara el engaño y el corazón despiadado que tenía; pero él, en lugar de mortificarse por lo que había acabado de pasar, se encolerizó de una manera terrible y lanzó mil amenazas contra su pobre mujer, a quien dijo iba a buscar para matarla. Espantada yo, continué llorando con más fuerza que nunca, y casi me puse de rodillas delante de él para hacerle prometer *a ley de hombre*, que se haría el desentendido, y que no tocaría a su esposa un pelo de la cabeza. . . . Luego me dijo que no podía ver a su mujer, que era muy tonta, muy imprudente y muy sucia, y que sólo a mí me quería; y yo le repliqué que si era así ¿por-

qué me había engañado diciéndome que no había abandonado a su familia? Me contestó era verdad que no la había abandonado; pero que su mujer se había puesto más necia todos los días, y que una vez que habían tenido un disgusto, y él le había pegado, ella se había salido de su casa con sus hijos, amenazándole con no volver nunca. Y que como él estaba fastidiado de ella y sólo la veía por compromiso, se había alegrado de su determinación, y se había apresurado a sacar los muebles, a cerrar la casa y a entregar la llave al dueño de ella. Después de eso, no había querido volver a ver a la señora, para quien no tenía ninguna voluntad; pero que sí le dolía que sus hijos anduvieran pasando trabajos, y que si los pasaban, era por culpa de ella, que no había querido entregárselos para llevarlos consigo a alguna otra parte donde estuviesen bien. . . . Volví a exigirle que recogiera a su familia, y le amenacé con dejarle si no me cumplía aquella promesa. . . . Dice que su mujer no es buena, que ahora que ha andado por la calle, se ha echado a perder y que él tiene la prueba de ello. . . . Yo, padre, creo que no es cierto y que Rosendo ha inventado esa calumnia para desentenderse de sus obligaciones. . . . Como quiera que sea, ahora estoy menos a gusto que nunca, y he venido con usted para descargar mi conciencia. Creo que me moriría si continuara con esta vida; por eso he querido confesarme, para pedir perdón a Dios y meterme a buen vivir. ¿No es verdad, padre, que su Divina Majestad ha de perdonarme?

—La misericordia de Dios es infinita, hija mía, repuso el señor de la Cruz; lo único que nos pide Jesús para abrirnos los brazos, es que nos arrepiñamos de nuestras culpas y le amemos con todo nuestro corazón. Si los judíos que le crucificaron y Judas que le entregó a sus verdugos, hubiesen tenido fe en él y le hubiesen pedido perdón, lo hubieran obtenido y habrían entrado en el reino de los cielos. Así es, hija mía, que si es usted sincera, si no calla ningún pecado y se arrepiente de verdad, nuestro Padre Celestial la admitirá nuevamente en su santa gracia, como fué admitido el Hijo Pródigo por su padre terrestre, el día en que triste, pobre y cubierto de harapos, fué a buscarle con lágrimas de dolor en los ojos por sus pasados errores.

—Padre, yo me arrepiento desde el fondo de mi alma por todo el mal que he hecho, murmuró la joven.

—Los pecados que ha cometido usted, hija mía, continuó el cura don Deodato, son de gravísimo carácter: primeramente, la inmoralidad, después el adulterio, y luego la ingratitud y el escándalo. Ese matrimonio estaba en armonía, y por culpa de usted se ha desorganizado; esos pobres hijos vivían en paz y nada les faltaba, y ahora vagan por las calles necesitados de cuanto han menester, como si fuesen huérfanos.... Y de todo eso tiene usted la culpa.... Y todavía más: si es cierto que la esposa de ese hombre se ha corrompido, es usted también responsable de su perdición, porque los celos, el

despecho y el hambre la habrán empujado por el camino del mal. Si esas causas no hubiesen intervenido, se habría conservado honrada.... Los mismos niños, entregados a la vagancia y a la miseria, son víctimas de usted, porque están recibiendo mal ejemplo de sus propios padres, que por usted se han perdido.

Una vez lanzado por aquel camino el señor cura de la Cruz, no pudo ya contenerse. Impulsado por el celo religioso, indignado contra aquella cadena de pecados, y deseoso de remover profundamente la conciencia de la joven, para provocar en ella un verdadero arrepentimiento y obtener su reforma definitiva, insistió porfiadamente en los cargos que le hacía, deduciendo unos de otros con una lógica deliberadamente exagerada y hasta cruel, y aumentando a cada instante su número, hasta que acabó por persuadir a la penitente, de ser una de las más grandes criminales que habían visto la luz y alentado sobre el haz de la tierra. Los efectos de aquellas reiteradas observaciones fueron atroces, porque la devota, que parecía ser mujer de sentimientos delicados, echose a llorar a lágrima viva, diciendo entre sollozo y sollozo:

—Sí, padre, tiene usted mucha razón.... Lo reconozco.... Soy una gran pecadora.

Don Deodato, conmovido al fin por tantos extremos de dolor, cambió de tono y repuso:

—Sí, hija mía, todo eso es cierto; pero no hay que olvidar que Dios Nuestro Señor es padre amoroso y que su clemencia resplandece más, a medida que

mayor es la culpa, con tal que se aborrezca el pecado y se forme sincero propósito de enmienda. . . . La venida de Jesús al mundo tuvo por objeto la salud de los pecadores, y está escrito en los Santos Evangelios, que no hay día tan alegre para el Buen Pastor, como aquel en que vuelve al redil alguna oveja descarriada. . . .

Después de estas y otras pláticas consoladoras, tomó el señor de la Cruz el camino de los consejos, que fué largo y dulce, porque un interés piadoso y humanitario se había apoderado de su alma naturalmente compasiva; y porque muy sinceramente quería llevar a cabo la obra de la regeneración de aquella pobre mujer buena todavía, a pesar de las terribles pruebas y caídas de su corta existencia. Sus palabras persuasivas y blandas fueron bálsamo de consuelo para aquel corazón lacerado; cesó el llanto, y la voz que de vez en cuando cruzaba la rejilla, llegaba a oídos del sacerdote impregnada de entonaciones suaves y armoniosas. Por fin, cuando el señor de la Cruz juzgó llegado el momento oportuno, advirtió a la joven que iba a absolverla, para que se preparase.

—Bien está, hija mía, díjola, pida usted perdón a Dios por todas las ofensas que le ha hecho y rece el *Señor mío Jesucristo*, porque voy a darle la absolución.

El párroco se recogió, comenzó a recitar en latín las oraciones acostumbradas y levantó la diestra para absolver, en tanto que, del otro lado de la rejilla, escuchábase el rumor compungido de un

acto de contrición fervoroso; pero el señor de la Cruz se detuvo a la mitad de la recitación, y bajando la mano que mantenía en alto, dijo a la confesante:

—Hija mía, antes de absolver a usted, tengo que hacerla una pregunta:

—Sí, padre, repuso la voz; lo que usted guste.

—¿Dónde vive usted ahora?

—En mi casa, padre.

—¿En la misma de siempre?

—Sí, padre.

—¿En compañía de don Rosendo?

—Sí, padre.

—En tal caso, continuó don Deodato, no puedo absolver a usted todavía.

—Pero ¿por qué?, inquirió la voz con entonación consternadísima.

—Porque ese solo hecho constituye pecado, contestó el párroco; esto es, la continuación del mismo pecado o de la misma cadena de pecados de que acaba usted de confesarse. Habitar la misma casa del adulterio, continuar la vida de siempre, no poner coto al escándalo. . . . Esto es, hija mía, añadir delito a delito. Porque confesar la culpa, arrepentirse, recibir la absolución y tornar al foco mismo del mal donde se ha vivido, es como querer engañar a Dios, como burlar su misericordia; y cuenta que ese delito es mayor que todos los otros, por ser directo contra la divinidad. No, a Dios no se engaña, ni se le puede engañar. . . .

—Señor cura, hablo con el corazón; Dios bien

sabe que digo la verdad y que no pretendo engañarle.

—Aun siendo así, no es posible que usted reciba la absolución en el estado en que se halla, porque si no quiere engañar a Dios, se engaña a sí misma. ¿Cree usted que, viviendo en esa casa, no ha de volver a caer en la culpa?

—Sí, señor, no vuelvo a caer.

—Se equivoca usted, sí caerá; y aun suponiendo que no cayese, basta la comunidad de vida de usted con un hombre fuera de matrimonio, y, además, casado, para que el pecado continúe, para que el escándalo no concluya.

La penitente se echó a llorar de nuevo, y con afecto entrecortado por los sollozos, decía:

—Por favor, padre, no me niegue usted este consuelo.

—No me es posible, contestaba el sacerdote.

—Padre, esta vida no es vida para mí. Si no recibo la absolución, creeré que estoy condenada.

—Si la absolución fuese cosa humana, repuso el señor de la Cruz, o consistiese en algún servicio o en alguna dádiva personales, míos, con suma complacencia accedería a los deseos de usted; pero como la absolución es cosa divina, como es de Dios y no mía, no me es dable otorgársela. Nosotros los sacerdotes tenemos facultad para ligar y desligar las conciencias, porque el Divino Maestro la otorgó así a sus apóstoles, de quienes somos herederos; pero nuestra potestad está sujeta a la Ley, y no podemos ejercerla sino conforme a ella. La abso-

lución dada después de la confesión, del arrepentimiento y del propósito de la enmienda, produce todos sus efectos; pero no de otra manera.

—Por amor de Dios, padre, hágame usted esta caridad.

—Por amor de Dios niego a usted, no la caridad, sino el engaño.... Supongamos por un momento que yo, por un acto de debilidad y de falsa compasión, concediese a usted lo que me pide. ¿Qué sucedería entonces? Pues sucedería que mi absolución sería nula, que quedaría usted tan manchada como siempre, porque Dios no sancionaría mi perdón, y que yo mismo me convertiría en un criminal, porque habría empleado torcidamente y corrompido, además, la potestad de desligar que me compete como sacerdote que soy del Altísimo.... Engañaría a usted, porque la haría creer que estaba perdonada, cuando no lo estaría. Continuaría usted su misma vida, y yo me perdería.

—Entonces, señor, ¿qué remedio? preguntó la joven con angustia; porque no puedo con este peso que me oprime el alma.... No puedo; siento que me voy a morir si no me reconcilio con Dios....

—El remedio es claro, hija mía, repuso don Deodato: abandonar a ese hombre y su casa para siempre.

—Señor ¿y si me muero de aquí a entonces?

—Ánimo, hija mía, aunque tenemos prestada la vida y el Señor puede llamarnos a cuentas en cualquier momento, no es probable para usted, que tiene tan pocos años, un desenlace tan repentino.

Pero es urgente no dejar para después lo que debe hacerse desde luego. Ya que Dios ha llamado a su corazón, es preciso que usted le dé entrada, y para ello, que antes le purifique con la penitencia. Así, que no hay que perder un solo instante de tiempo. Hoy mismo realice usted su buen propósito.

—Padre, insistió la voz tímidamente, le tengo miedo a Rosendo; temo que me mate. Si bebe por despecho, va a ponerse furioso. No se puede usted imaginar cómo es cuando está borracho. . . . Es capaz de todo.

El cura se sintió hondamente impresionado por aquella advertencia; detúvose para contestar; pero al fin dijo con voz alterada:

—Ni aun siquiera por esa consideración puede usted continuar en su compañía. El deber antes que todo; si se pierde la vida por cumplirlo, se alcanza una muerte dichosa.

—¿Y si me mata de golpe y no me da tiempo para confesarme otra vez y recibir la absolución?

—Dios Nuestro Señor tendrá misericordia de usted; será usted mártir del deber y alcanzará gracia a los ojos del Juez Supremo. Hay que confiar en su justicia.

—Está bien, padre; en siendo así, ya no le tengo miedo a Rosendo. Aunque me mate; más vale morir que seguir esta vida tan mala. . . . Usted recomendará mi alma.

—De todo corazón; repuso el sacerdote conmovido. ¿Cómo se llama usted?

—Anselma Rodríguez, su servidora.

—No lo olvidaré, afirmó el señor de la Cruz.

—Usted lo sabrá por los periódicos, porque va a ser cosa muy sonada. . . . Voy a seguir el consejo de usted. Y si vivo, ¿puedo volver con usted, padre? ¿Y me absuelve?

—A la hora que usted guste, hija mía; y será mi obligación el absolverla.

Daba ya el sacerdote por terminado el diálogo, y se disponía a levantarse, por ser pasado el medio día, cuando la confesante llamó tímidamente a la rejilla.

—¿Se le ofrece a usted algo? preguntó don Deodato volviendo a sentarse e inclinando la cabeza hacia aquel lado.

—Sí, padre, dispense usted tanta molestia.

—Soy ministro de Dios y estoy a la disposición de los fieles; diga usted lo que desee.

—En caso de salir con vida de la casa de Rosendo, ¿qué hago, padre?

—Busca usted otra honrada y decente donde guarecerse.

—No conozco a nadie en toda la ciudad; no tengo adonde dirigirme. . . . Y si Rosendo me encuentra, me vuelve a llevar con él, aun contra mi voluntad, porque le tengo miedo.

Guardó silencio el confesor largo rato, y se quedó reflexionando cómo podría resolverse el problema. Habíale interesado aquel caso de conciencia, y sentía profunda compasión hacia Anselma, cuyo fondo de rectitud apreciaba en todo lo que

valía, a pesar de los errores cometidos por ella; y, después de largo discurrir, pensó le era lícito tender mano protectora a aquella criatura desgraciada, aunque no fuese sino por el tiempo absolutamente preciso para que pudiese absolverla.

—Hija mía, repuso con acento reposado, puede usted buscar abrigo en mi pobre casa, mientras halla o le hallo una colocación mejor en la de una familia respetable y piadosa. Avisaré a mi hermana Aniceta que, tan pronto como usted se presente, la reciba y acoja. . . . De suerte que, llegado el caso, pregunte usted por ella, y no hallará dificultad para ampararse.

—Dios Nuestro Señor pagará a usted la caridad, padre. Pídale me saque con bien del peligro que voy a correr.

—Así lo haré, hija mía.

—No molesto ya más a usted, padre, y hasta pronto, si Dios lo quiere.

—Hasta pronto, pues, hija mía, si Dios lo quiere.

La confesión había durado largo tiempo, era ya muy tarde, y el señor de la Cruz se sentía fatigadísimo después de varias horas de confesonario; así que, dando por terminada en aquel acto su labor matutina, púsose en pie, fué después a arrodillarse y a rezar un rato en el presbiterio, y, por último, salió de la iglesia.

II

El señor cura don Deodato de la Cruz era muy anciano; pero tenía buena naturaleza y estaba fuerte y vigoroso todavía. De estatura mediana, tirando a alta, de facciones regulares y simpáticas, de mirada serena y bondadosa, de piel clara y sonrosada y de cabellera tupida y enteramente blanca, sin un solo cabello negro, presentaba un conjunto sumamente venerable y atractivo. La gente celebraba de una manera especial el contraste que ofrecía su rostro fresco, terso y ligeramente sanguíneo con el albo color de sus cabellos, que eran como un penacho de nieve puesto sobre un puñado de rosas. Conocidas y famosas eran, además, sus eminentes virtudes. No era sacerdote ostentoso ni brillante; sino modesto y humilde. No quería ni pretendía tener reputación de sabio ni de elocuente; jamás pronunciaba sermones de aparato en las solemnes funciones religiosas; sus pláticas eran sencillas y doctrinales, y tendían más a remover las conciencias aletargadas, que a producir admiración y aplauso en el auditorio; no quería ser canónigo; no aspiraba a encumbramientos ni deseaba acumular riquezas. Llevábale su celo tan sólo al cumplimiento estricto de sus deberes, y a procurar la salvación de las almas; y no entendía de otra cosa. De suerte que las ocupaciones de su vida se reducían, aparte de bautizar y casar, a decir misa diariamente.

te, a confesar todo el tiempo que disponible tenía, ora en la iglesia o bien en las casas de los enfermos, y a predicar los domingos en forma breve y sencilla, poniendo su lenguaje al nivel del auditorio, para enseñar a los fieles la doctrina cristiana y la práctica de la virtud.

Era por todo extremo fervoroso; pasaba de rodillas y en oración el tiempo que le sobraba, después de cumplidos sus deberes de párraco, unas veces en el templo y otras en su cuarto, que tenía poblado de imágenes benditas; pero entre todas las devociones que practicaba, era la principal la del Santísimo Sacramento. Siempre que había Exposición en su iglesia, veíasele pasar la mayor parte del día en el presbiterio, orando, meditando y con una efusión tal de amor en el semblante, que parecía estar gozando ya la visión beatífica. Salva la edad, hubiera podido servir de modelo a Fra Angélico para pintar los arcángeles que, de hinojos y con las manos juntas, aparecen en sus cuadros celestiales, custodiando el tabernáculo de la Sagrada Eucaristía, o a los prerrafaelitas, que supieron dar a los ojos de sus figuras rígidas y casi hieráticas, conmovedora expresión de éxtasis y arrobamiento.

La vida del cura de la Cruz era purísima, como corriente mansa que se desliza por límpida urna, en cuyo fondo se miran arenillas de oro al través de linfas cristalinas. Había llegado a la ancianidad sin que la malicia misma hubiese hallado cosa que murmurar en el más pequeño de sus actos, pues

fué viejo desde joven, por su madurez, moderación y compostura; de suerte que no había quien no le respetase. Y hasta los mismos espíritus fuertes y librepensadores le tributaban elogios. «¡Oh, decían, si así fuesen todos los sacerdotes, nada tendríamos que murmurar! Pero ¡qué diferencia entre él y la mayor parte de los clérigos que conocemos, los cuales son soberbios, mundanos y se dan la gran vida! El espíritu de esos falsos apóstoles de Cristo está saturado de suficiencia y de orgullo, y tiende a la dominación de la sociedad; en tanto que este santo varón procura ocultarse a las miradas del mundo, y, haciendo todo el bien que puede, parece que no hace cosa que valga la pena. No es elegante, visitador de familias, ni afecto a banquetes en las casas de los ricos. Sacerdotes como él son dignos de nuestro respeto y se imponen a la consideración universal.»

Al señor de la Cruz no le interesaban poco ni mucho los elogios de los unos ni la indiferencia de los otros; sacaba la regla de su vida de sus propias convicciones; seguía un norte interior, tan brillante y puro, que no alcanzaban a nublarle los vapores mefíticos de la tierra; tomaba del suelo nada más que lo necesario para sostener su vida mortal, pero su pensamiento se cernía sobre las miserias del mundo, como recamado celaje que forma cortinas al sol y va siempre en seguimiento del día.

De poesía era su vida, porque la religión la ocupaba toda entera, y porque no hay belleza comparable con la hermosura de la Ciudad de Dios, cuyos

cimientos son de suspiros y de lágrimas, y a cuyas almenas, coronadas de fulgor, se enlazan, como espiras sonrosadas, todos los ensueños del espíritu. Don Deodato no apartaba de ella los ojos, procurando adivinar sus esfumados contornos entre las brumas de la humana existencia, y era como un desterrado que no deja de pensar en la patria ausente.... Sus pensamientos, como las arpas de Israel, que sonaban colgadas de los sauces de Babilonia, sollozaban dulcemente, murmurando el nombre de la Sión lejana, a la cual tendían con las alas desplegadas en el espacio, como brazos de triunfales cruces.

La virtud de la castidad habíale seducido desde sus mocedades; y había mantenido a pan y agua su cuerpo y de hinojos siempre su espíritu, para dominar las rebeldías de la carne, férvida y encabritada siempre, a pesar de su fragilidad y de su corrupción; por lo que veneraba muy especialmente a la Purísima Virgen, más blanca que la nieve no hollada de las altas montañas, donde resplandecen los iris de la paz eterna, y al Discípulo Amado del Señor, de conciencia de armiño, y a San Luis Gonzaga, tipo de pureza y santidad en medio del hervor de la sangre y de la fiebre de la juventud. De esa abstención absoluta de todo placer egoísta, habían nacido en su corazón una caridad sublime, un amor ardiente a la humanidad, una compasión suprema hacia todas las flaquezas y desgracias que afligen a los mortales. Era el pecador a sus ojos como un enfermo próximo a morir, al

que es fuerza socorrer para que no desfallezca y sucumba; así que, mientras mayores eran las culpas de los prójimos, mayores y más nimios cuidados le merecían los pecadores, y más grande interés se tomaba por restituirlos a la vida del perdón y de la gracia. Inexorable para sí mismo, mostrábase manso y suave para los otros, y no se escandalizaba de ningún pecado, por más que él mismo no los cometiese; de suerte que no había consejero ni guía mejor que él en toda la metrópoli. Porque su acento, vibrante a ratos para hacer aborrecible el delito, tornábase blando y amoroso para inspirar el arrepentimiento de la culpa, como canto de ave tierna, que llama a la casita frágil, que cuelga de la rama del árbol sacudido por el viento, a los dispersos y débiles polluelos, que pían desconcertados en la oscuridad de las frondas. Así habíase convertido en verdadero pastor de almas, a las cuales encaminaba con el cayado y la zampoña a las ricas praderas donde crece pasto eterno y regalado.

Desgarraban su corazón las desdichas humanas: consolaba a los afligidos, visitaba a los enfermos y socorría liberalmente a los pobres. No había huérfano o viuda que llamaran inútilmente a su puerta; no había mendigo que se apartara de su lado con las manos vacías; no había corazón llagado por el sufrimiento, que no fuese curado o aliviado con el bálsamo infalible de su amor. Todos los males de la vida tenían remedio en su concepto; todos los dolores conclusión; todas las desgracias consuelo. El sufrimiento humano, con ser tan agudo, es lle-

vadero, porque carece de los rasgos máximos de la pena, que son los de la duración sin término ni medida. Todo martirio, todo tormento, todo infortunio son crisis fugaces, transitorias, perecederas, como la vida, como el hombre, como el mundo; la única desdicha que merece esa denominación es la que nunca acaba, la que se pega al alma inmortal como un sello de fuego, y la sigue y acompaña más allá del tiempo, más allá de los siglos, por toda la incomprensible y agobiadora eternidad. Esa es la única que debe temerse, no las otras que son como sombras fugitivas, proyectadas sobre este triste planeta poblado de débiles insectillos y de microscópicas orugas. La vida es un tejido de vislumbres de luz y fugaces tinieblas; pero la suerte de ultratumba es para el pecador la caída en la noche perpetua y profunda, sin una sola ráfaga de claridad ni uno solo rayo de esperanza, que la alegren e iluminen.

No obstante, aquel santo varón estaba lejos de ser indiferente a las humanas miserias, porque sabía bien que a esta deleznable existencia nuestra corresponden pruebas terribles según su naturaleza, y que la vida es augusta y solemne precisamente por ser un doloroso crisol del espíritu. Por eso tenía abiertas de par en par las puertas de la compasión para todos lo que sufrían; el bolsillo para los pobres, y su modesto hogar para los desamparados. Era estrechísima la vida que él y su vieja hermana Aniceta (quien compartía sus mismos altos ideales y caritativos afectos), llevaban en su mo-

destísima morada, que, más que habitación particular, parecía hospicio de pobres u orfanatorio de niños desamparados, conforme se miraba siempre llena de gente desvalida, a quien aquella amable pareja ofrecía techo, pan e infinito cariño. Por causa de lo cual el mobiliario de sala, comedor y alcobas era escaso y tosco; la mesa, conventual, con poca carne y muchas hierbas; y la indumentaria vieja, descolorida y pasada de moda. Sólo que aquellas pequeñeces no preocupaban a los viejos hermanos en lo más mínimo, porque ambos se tenían por viandantes y no por ciudadanos del mundo, y, además, consideraban haber llegado al fin del camino y estar muy próximos a rendir la jornada. «Nos vamos, decían sonrientes; dentro de poco emprenderemos el viaje que no tiene retorno; estamos ya con el pie en el estribo.» Y con alegría sincera se despedían de todo cuanto les rodeaba, sin apegarse a cosa alguna; y su desprendimiento iba haciéndose mayor y más serio con cada aurora que sonreía en el horizonte.

El día de la confesión de Anselma, llegó el señor de la Cruz sumamente preocupado a su casa. Buscó luego a su hermana y llamándola aparte la dijo:

—Aniceta, es posible que de un momento a otro tengamos nueva huésped en casa.

—¿Sí? preguntó la hermana con sencillez. ¿Quién va a ser?

—Una joven llamada Anselma Rodríguez; apunta el nombre para que no se te olvide.

—Será lo mejor, repuso la anciana, porque tengo la memoria ya perdida.

—Resultado de los abriles que cuentas, añadió el sacerdote sonriendo; a mí me pasa lo mismo. No me puedo acordar ni de lo más preciso, si no hago de ello una nota en toda forma.... Y a veces ni aun eso mismo me saca del apuro. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué, hermano?

—Porque se me olvida consultar el cuadernillo de los apuntes.

—¡Anda, Deodato, eso es pasarse ya de la raya!... A mí todavía no me sucede eso, porque del cuadernillo siempre me acuerdo.

—Es porque eres una criatura comparada conmigo, que cuento ya la edad de Matusalén.

—¡Gran diferencia son dos años! Setenta y uno acabas de cumplir, y yo por estos días acabalo mis sesenta y nueve.

—Ninguno de los dos tiene ya la leche en los labios.

—Ambos vamos ya de salida.

—Bendito sea Dios.

—Que Dios sea bendito, repitió la hermana.... Pero oye, antes de que se me olvide lo del cuadernillo, vuelve a decirme el nombre de la huésped, porque me lo acabas de dar a saber y ya no lo recuerdo.

—Anselma Rodríguez, hermana, Anselma Rodríguez.

—Bien, ya está, dijo doña Aniceta después de

haber escrito con lápiz el nombre, en un pequeño libro en blanco que en el bolsillo llevaba.... Ahora dame las señas de la persona para no confundirme.

El señor de la Cruz se quedó perplejo.

—No puedo, hermana, repuso.

—¡Cómo! interrogó asombrada doña Aniceta. ¿No conoces a la persona a quien vamos a dar alojamiento en la casa?

—No la conozco; jamás la he visto.

—Es cosa de llamar la atención.

—Acabo de oirla por el confesonario; le conozco el alma nada más.

—¡Ah! ¡vamos!

—Lo único que puedo decirte de ella, es que no pasa de los veinte años.

—Débil dato; pero en fin, de algo puede servirme.

—Además, si viene, ha de preguntar por ti, y debe decirte su nombre.

—Eso es más explícito.... En fin, no tengas cuidado; ya veremos como salgo del paso.... ¿Qué debo hacer con ella?

—Llevarla a dormir a tu mismo cuarto, y hablarla de cosas santas, y al corazón.... Encontrarás buena acogida.

—No tengas cuidado, hermano; todo lo haré como me lo indicas.

Oportunamente había recibido doña Aniceta aquellas instrucciones, porque al día siguiente por la mañana, bastante temprano, se le presentó Anselma llorosa, llena de cardenales en rostro y brazos y con una descalabrada en la cabeza, que con el rebozo encubría. A favor del *santo y seña* de los nombres de la anciana y de ella misma, pronunciados por la interesada, recibió ésta cordial acogida en aquella casa.

Era Anselma de rostro agraciado, y corta, tímida y respetuosa por naturaleza. La mala vida que había llevado durante un lustro, no había dejado marca repugnante en su abierta fisonomía ni en la expresión de sus límpidos ojos, que parecían de tierno adolescente. No obstante llevar gruesos y rojos los párpados por el reciente y copioso llanto, y a pesar de las hinchazones y equimosis que mostraba en las mejillas, era sumamente agradable a la vista y prevenía a su favor desde luego, tanto por sus gracias físicas como por la dulzura de su carácter y por una como atmósfera de blanda simpatía que la rodeaba.

Doña Aniceta sintió aquella misma inclinación en pro de Anselma desde el momento en que la vió.

—Sí, la dijo; ya sabía por mi hermano, que ha-

bía usted de venir. Pase, hija, pase, que está en su casa.

—Ustedes dispensarán la molestia, articuló la joven llena de confusión.

—¡Cómo molestia! repuso la anciana; si es mucho gusto para nosotros.

—Dios ha de pagarles la caridad.

—Vamos, vamos, que no es para tanto. Más adentro hija, más adentro; la cama de usted está junto a la mía.

—¡Ay, señora! ¿Cómo ha de ser posible?

La buena viejecita condujo a Anselma a su cuarto de dormir, donde se habían hecho los preparativos necesarios para acomodar a la joven, lo que dejó a ésta sobrecogida de asombro y reconocimiento, porque se veía afectuosamente tratada, a pesar de merecerlo tan poco. Así que, sin poderlo remediar, cogió la mano a doña Aniceta y se la llevó a los labios. La anciana, por toda respuesta, le acarició las mejillas cariñosamente, y despojándola del rebozo en que iba envuelta, puso al descubierto las huellas de los golpes recibidos por la infeliz, y la sangre fresca aún, que empapaba sus cabellos, unidos y endurecidos en parte por coágulos a medio secar.

—¡Pobrecita! murmuró. Viene usted muy estropeada; pero ahora la vamos a curar. Va a ver como pronto se alivia.

Y sin preguntarle nada acerca del origen de aquellas lesiones o de alguna otra cosa, lavole con agua de malvas la descalabrada, sobre la cual

puso luego un pedacito de tafetán y aplicó compresas de tintura de árnica a las contusiones; después de lo cual, púsole vendajes con lienzos albeantes, cogiéndolos después con alfileres de seguridad para que no se aflojasen y cayesen.

—Vaya, vaya, decía al desempeñar todos aquellos trabajos; ya está arreglado esto, y, con la voluntad de Dios, pronto quedará usted completamente sana.

—Es usted muy buena, señora, contestó la joven. No merezco tanta atención y bondad de parte de ustedes.

—¡Cómo no, hija! Lo mismo que si fuera usted una princesa.

En esto, entró en la casa el señor de la Cruz, que acababa de decir misa, y pasó al comedor. Durante el desayuno, fué informado por su hermana de la llegada de la huéspedada.

—Mucho me alegro de que haya venido pronto, dijo don Deodato; tan luego como acabemos de tomar el desayuno, haces venir a esa joven, si es que puede moverse.

—Si puede, repuso doña Aniceta; no tiene cosa de cuidado. La herida de la cabeza, aunque bastante larga, no es profunda; y, por lo que hace a las contusiones, será asunto de unos cuantos días para que no dejen huella.... Lo que noté con extrañeza al lavarle la sangre, fué que tiene pelo arrancado. Mechones enteros se le salían al pasarle la esponja.

La anciana, a pesar de sus observaciones, no pi-

dió explicación tampoco de aquel suceso, ni don Deodato pretendió siquiera aclararlo de alguna manera.

—Es muy simpática, continuó la hermana del párroco; no tanto por bonita, que no lo es de llamar la atención, sino por su aspecto sencillo y dulce. Dices que tiene como veinte años, y así debe de ser; pero te aseguro que no representa más de diez y seis, o diez y siete a todo tirar.

—¡Pobre criatura! murmuró el párroco lleno de compasión.

Y pasados unos momentos agregó:

—Puedes ya traer a esa joven, porque hemos concluído de charlar y de alimentarnos. A la hora que gustes.

—Voy por ella, contestó la anciana levantándose con suma diligencia.

Y a poco volvió acompañada por Anselma, a quien dejó con su hermano, saliendo luego del comedor discretamente.

—¿Cómo está usted, hija mía? preguntó el cura a la joven.

—En la buena casa de usted, padre, estoy lo mismo que en la gloria. No soy digna ni merecedora de tantas bondades.

—Eso no vale la pena, objetó el señor cura con displicencia; lo que deseo es saber como le fué a usted en su casa.

—Mal, padre, como era de esperar; pero no tanto como lo temía.... Va usted a ver: tan pronto como llegué, después de haber estado en la iglesia,

hablé con la persona que usted sabe, comunicándole mi resolución. En el acto se encendió en cólera, y me declaró que de ninguna manera estaba conforme con aquello.... Le dije que, aun cuando no lo estuviera, yo lo había de hacer; que era cristiana y no podía ya con el peso de mi conciencia; que me había confesado con usted, y que no había podido obtener la absolución; y que, sucediera lo que sucediera, había de dar aquel paso para que Dios me perdonara.... Entonces, sin decir palabra, se levantó, cerró la puerta con llave y se marchó, dejándome prisionera.... Se fué a beber, como me lo había presumido. Volvió a la vivienda al oscurecer, completamente trastornado, convertido en una fiera... ¡Y esto fué batallar con él toda la noche!... Pero como no logró lo que quería, que era que yo le ofreciese cambiar de propósito, se desató en horribles blasfemias e improperios, lanzó contra usted mil amenazas, sacó el puñal varias veces diciendo que me iba a matar, y acabó por pegarme cuanto quiso, hasta que me arrojó contra un mueble, donde me hice al caer la herida que tengo en la cabeza. Después, frenético y como demente, me cogió por el cabello y me arrastró por la casa, dándome coces y puñadas. No grité ni hice escándalo, porque me daba vergüenza se enterasen de todo los vecinos; pero lloré mucho, mucho, aunque por lo bajo y sin hacer ruido.... Dios me protegió, padre, porque, a pesar de haber tenido tantas veces el cuchillo en las manos, no se resolvió a matarme. Fué milagro patente que me hizo la

Virgen Santísima; pero eso sí, me aseguró que, si le dejaba, me mataría a mí, y....

—¿Y qué más, hija mía? interrogó el sacerdote.

—Y que usted mismo, agregó la joven con voz trémula, no se le había de escapar.... Hice mal en decirle que me había confesado con usted; después lo he reflexionado....

—No, hija mía, hizo usted muy bien; mi ministerio es público.

—Pero corre usted un peligro muy serio.

—¿El de morir? Ese lo corremos todos, y nadie nos libra, ni puede librarnos de él. Que sea de un modo o de otro, es la única diferencia.

—No es lo mismo una enfermedad que una herida....

—Tanto da, hija mía. Todos los caminos conducen al mismo término, que es el sepulcro. Tisis, pulmonía, disentería.... todo se va para allá.... La única diferencia que hay entre una muerte y otra, es la del estado de la conciencia. La del pecado significa muerte cierta; pero la del que lleva limpia el alma, es sólo aparente, es más bien una resurrección.

—Como quiera que sea, señor, es bueno tome usted algunas precauciones.

—Eso sí haré, hija, porque es obligación del cristiano el obrar con prudencia.... No hay para qué desafiar el peligro: sería orgullo y temeridad.. Sí, tomaré mis medidas, pero sin faltar a mis obligaciones.... ¿Y qué más aconteció?

—Después de haber pasado una noche espantosa

de gritos, insolencias, amenazas y golpes, volvió a salir de la vivienda esta mañana para beber más, porque, cuando comienza a emborracharse, continúa haciéndolo muchos días, hasta que cae enfermo. . . . Por supuesto que, al marcharse, me dejó encerrada otra vez, y se llevó la llave consigo para impedir que me saliera. . . . Pero tan pronto como oí, por sus pasos, que iba de salida, comencé a golpear la puerta para llamar a los vecinos, porque no hallé otro medio de escapar; y, como hay algunos de ellos que son buenos y me tienen lástima, se prestaron a ayudarme a abrir la puerta, aunque con disimulo para que él no lo supiera, pues medio doblado por debajo de la puerta, y con ese gancho pude descorrer el pasador después de muchos trabajos. . . . Y, tan pronto como me ví libre, corrí para acá a guarecerme a esta buena casa.

—Muy bien hecho, hija mía, continuó don Deodato. Ya ve usted que la cosa no era tan difícil como se creía. . . . Se conoce que Dios se apiada de usted y quiere salvarla.

—Sí, padre; no sé cómo pagar a Nuestro Señor . . .

—Llevando una vida pura.

—Estoy resuelta a eso. . . . Ahora lo que necesito es volver al confesonario.

—Dentro de un momento voy a la iglesia.

—Iré a buscar a usted.

—A la hora que usted guste.

Y en efecto, no tardó el sacerdote en tornar al

templo y en ocupar el confesonario. Anselma, vendada y con el rostro cubierto con el rebozo, ocupó el sitio que mejor pudo entre las devotas que iban a decir sus culpas, y, al cabo de no muy larga espera, que empleó en rezar y hacer actos fervorosos de contrición, logró llegar a la rejilla. Algo nuevo, aunque no de importancia, tuvo que comunicar al párroco, el cual, después de haberla oído y aconsejado con dulzura, le impartió la absolución que ella tan ardientemente deseaba. Con esto quedó la joven satisfecha y tranquila, deseando vivamente morir en aquel estado de paz interior, que no disfrutaba desde hacía muchos años.

—Y ahora, padre, dijo ¿puedo acercarme ya a la Sagrada Mesa?

—Por supuesto que sí, repuso el interrogado; pero es bueno que usted se prepare debidamente a recibir el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Aconsejo a usted invertir este día en la meditación y en la oración. . . . Diré a Aniceta ayude a usted a apercibirse dignamente para un acto tan grande y sublime como es ese. . . . Mañana, Dios mediante, podrá usted recibir la comunión.

—Está bien, padre. Voy a rezar la penitencia.

—Vaya usted, hija mía, repuso el señor de la Cruz, y que Dios la ayude y acompañe.

El párroco siguió confesando hasta pasado el medio día, como lo tenía por hábito, y se levantó de su tribunal, sudoroso, con el semblante enrojecido y sumamente fatigado.

Anselma, entretanto, no se había separado de la

iglesia ni había llegado a sentarse. Permaneció de rodillas toda la mañana rezando, llorando y dando gracias a Dios por haberle concedido la inmensa merced de volver al buen camino y de lavar el alma pecadora con el agua mística del perdón.

—¡Oh, Dios mío! clamaba con el corazón henchido de fervor, Tú que lees en el fondo de mi alma, sabes que te amo, y que todo el tiempo que he pasado lejos de tí, no he cesado de suspirar por volver a tu gracia. Ahora que me ha sido concedida la remisión de mis pecados, robustece mi conciencia para que siempre los aborrezca y no vuelva nunca a caer en ellos. . . . Antes morir, Señor, que manchar de nuevo mi alma con los crímenes que he cometido durante tantos años. . . . Señor, tenme de tu mano, apiádate de mí y no permitas que vuelva a caer. . . . Tú, Señor, que todo lo ves, pasado, presente y porvenir, mándame la muerte pronto, ahora mismo si fuere necesario, para libertarme de toda recaída. . . . Quiero ser tuya, Dios mío, y sólo tuya; acójeme en tu seno piadoso y abrígame en él para siempre.

Copioso llanto bañaba sus mejillas y con él empapaba los blancos vendajes que le cubrían el rostro; y, pareciéndole poco todavía rogar, suspirar y llorar, inclinábase y besaba el suelo con humildad.

—Soy tu sierva, Dios mío, soy tu pobrecita esclava. Beso el polvo de tu santuario, porque no soy digna de elevar los ojos hasta tí; pero mi corazón te llama, y mi conciencia llora. No me arrojes de

tí, Dios mío, mira que vengo con el pecho llagado a pedirte alivies mis dolores, porque bien sé que eres el Médico celestial y la fuente de todo consuelo. No levantaré la frente del polvo, hasta que escuche tu voz en mi corazón; tu voz paternal que me diga: «Hija mía, has encontrado gracia a mis ojos; no llores, consuélate; no sufras, alégrate; no temas, tén confianza en mí. Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.»

Entretanto que Anselma se entregaba así a las efusiones de su arrepentimiento y de su piedad, el señor cura don Deodato de la Cruz, antes de volver a su casa, que estaba contigua al templo, oraba de hinojos en el presbiterio, y decía:

—Dios y Señor mío, gracias te sean dadas por haber operado la conversión de esa pobre alma (la de Anselma), que andaba fuera de los caminos del deber, y por haber permitido que yo, indigno ministro tuyo, haya contribuído, aunque sea en una parte pequeña, a la purificación de su conciencia. Tú, Señor, sabes que los errores de esa mujer, aun cuando sean enormes, fueron cometidos en condiciones tales, que atenúan su gravedad, y que, por lo mismo, merecen tu piedad y tu misericordia. De corazón te pido, ¡oh Dios mío! que fortalezcas a esa pecadora arrepentida en sus buenos propósitos de enmienda, y le tiendas tu diestra omnipotente para que no desfallezca ni caiga de nuevo en el pecado. . . . Y si para obtener esa gracia ¡oh mi Dios! se necesita algún sacrificio, dignate aceptar el de mi vida, que gozoso te ofrezco en holocausto por la

salud de esa pobre mujer, para quien todo ha sido martirio en el mundo, y para la cual humildemente te ruego reserves la eterna bienaventuranza.

Así fué como aquellas dos almas, en los sublimes momentos en que se purificaba la una y era impulsada la otra por el camino del supremo bien, postradas de hinojos ante el Crucificado, hablaban de muerte y de sacrificio, como empujadas por un mismo soplo de abnegación y renunciamiento.

Tan pronto como hubo concluído sus preces el párroco, entró en sus habitaciones, y a poco se sentó a la mesa acompañado por doña Aniceta para tomar la colación del medio día. El señor de la Cruz mostrose más jovial y alegre que de costumbre, y no cesó de bromear con su hermana, hablando de la vejez de los dos y de la inminencia de su último fin. También la buena viejecita estaba de humor excelente, y contestó con su acostumbrada viveza todas las frases que le dirigió el señor cura.

—¿Sabes lo que estoy pensando? dijo en esto don Deodato.

—¿Qué piensas, hermano? preguntóle doña Aniceta.

—Que si me muero, no debes separarte de esa pobre joven que llegó esta mañana.

—Se entiende, que *si te sobrevivo*, hermano.

—Por supuesto, pues, de no ser así, seré yo quien siga haciéndote compañía.

—No debes contar con eso, Deodato, porque soy yo quien va a desaparecer primero.

—No puede ser así, supuesto que soy el más viejo.

—¡Bonita vejez, que sólo me aventaja veintiséis meses!

—Como quiera que sea, te recomiendo mucho a esa pobre criatura.

—¿Es buena?

—Mucho hemos de pedir por ella... Sí lo es, hermana.

—Muy buena impresión me ha hecho desde que la conocí, dijo doña Aniceta; es muy dócil y modesta. Parece tener corazón de paloma.

—Lo parece, lo parece. ¿Con que quedamos en que no la abandonas?

—Puedes estar seguro de ello.

—Y Dios te lo pagará, porque harás una muy buena obra.

—Pero Deodato, por Dios, parece que estás haciendo tu testamento.

—¿No recuerdas que ambos lo hacemos todos los días?

—Sí, hermano, porque la vejez es una enfermedad muy grave.

—Enteramente mortal, Aniceta; tanto que debemos considerarnos como desahuciados.

Los dos viejos se rieron de sus fúnebres ocurrencias, y continuaron departiendo largo rato sobre el mismo tema. Llegada la sobremesa, y cuando el buen párroco había encendido un pitillo, vino el sacristán a llamarle, y le dijo:

—Un hombre, artesano al parecer, busca a usted en la notaría.

—Ha de ser cosa de casamiento o bautismo, dijo el cura levantándose.

IV

Cuando don Deodato entró en la notaría, se encontró en presencia de un hombre como de treinta y tantos años, moreno, de bigote negro, ligeramente cicatrizado de viruelas, de nariz remangada y de fuertes y salientes labios. Vestía blusa y pantalones azules de género ordinario y zapatos bastos y cubiertos de polvo, y llevaba en la mano un sombrero muy usado y de color negro.

—¿Es usted la persona que desea hablar conmigo? preguntó el párroco.

—Sí, señor, contestó el interlocutor....Tengo un negocio reservado que tratar....

El sacerdote notó luego el mirar extraviado y la lengua estropajosa del hombre, y comprendió que los humos del alcohol divagaban por su cerebro; así que, aunque no sintió miedo, comprendió que, por razones de prudencia, no debía quedar a solas con él. Por consiguiente, se limitó a llevarle a un rincón de la misma notaría, donde no faltaba el concurso ordinario de la gente que asiste a tratar de la administración de los sacramentos a tales sitios.

—Aquí estamos bien, le dijo, para lo que usted disponga.

—Bueno.... aquí trataré mi negocio, dijo el artesano; peor para usted si la gente se entera de lo que voy a decirle.

El señor de la Cruz aparentó no fijar la atención en aquella grosería, y se limitó a responder:

—Diga usted.

—Para no andar con rodeos ni gastar palabras inútiles, voy derecho al asunto.... Vengo a que me entregue usted a mi mujer.

—¿Cuál? interrogó el sacerdote con serenidad.

—La que tiene usted escondida en su casa, valiéndose de las artimañas que conocen tan bien todos los curas.

—Señor, usted se equivoca; no acostumbro valerme de artimañas.

—¡Y luego dirán que no mienten!, exclamó el ébrio soltando una carcajada insultante.

Don Deodato guardó silencio.

—Por fin, gritó el hombre ¿me la da usted o no?... Eso es lo que quiero saber.

—Repito, señor, repuso el párroco con voz recatada, que no sé ni quién es usted ni a quién se refiere.

—Yo me llamo Rosendo Ponce, vociferó el hombre, poniendo la mano poco limpia sobre el mugriento pecho con ademán de perdonavidas, para lo que usted guste mandar.... Y mi mujer se llama Anselma Rodríguez, la cual está aquí presa, porque usted la ha engatuzado con latines y palabras... de esas que saben decir los curas para engañar a los tontos.

—Aquí está en efecto, la persona a quien usted se refiere, dijo el párroco; pero ha venido por su voluntad.

—¡Qué había de decir usted!... Como quiera que sea, quiero que usted me la entregue, vociferó el ébrio con insolencia.

—¿Dice usted que es su marido? preguntó el eclesiástico.

—Sí, señor, es mi mujer, contestó el artesano.

—Siendo así, no tengo inconveniente en ponerla en sus manos.... Sólo que para eso hé menester un requisito.....

—¿Cuál? Vamos a ver ¿qué requisito es ese?

—Que me pruebe usted ser su esposo.

—¡Ajá! ¿Con que quiere usted ponerme condiciones? ¿Me exige usted que le traiga los libros del Juez del Registro Civil? ¿O el acta del curato?

—Lo que usted guste.

—Y ¿qué derecho tiene usted para imponerme la ley de esa manera?... Yo soy hombre a carta cabal.

—Muy bien, señor, muy bien.

—Con que, a ver ¿dónde la tiene usted guardada?... ¡Tráigamela, luego.... luego!

—Ya dije a usted, señor, que tan pronto como pruebe que es su esposa....

—¡Vaya una necedad! No necesito probar a usted nada, porque usted es un *don Nadie*.... Y en último resultado ¿quiere usted que se lo diga? Esa mujer no es mi esposa.... pero es mi querida; de

suerte que, de una manera o de otra, es mi mujer, y me pertenece.

—Siento mucho decir a usted que, en tal caso, no me es posible acceder a lo que desea.

—¿De suerte que va usted a quedarse con ella?

—No, señor; voy a dar amparo a una mujer que lo necesita.

—¡Es usted un viejo bribón, un sátiro y un hipócrita! exclamó el ébrio con insolencia. ¡Quiero que me dé luego a mi querida!

El señor de la Cruz, confuso por el escándalo, se limitaba a contestar por lo bajo:

—No puedo, señor.

—¿No puede usted devolverme a mi querida?, gritó Rosendo rojo de rabia.

—No me es posible, señor, repetía el sacerdote.

—¿Quiere usted quedarse con mi querida?, insistió el carpintero con la terquedad propia de su estado.

—Tráigame usted una orden de la autoridad, y en el acto se la entrego, parlamentó el sacerdote prudentemente.

—¡Qué orden de la autoridad ni qué calabazas!.. Mis calzones son la orden de la autoridad.... Si usted no me la entrega, la tomaré yo.

Al decir esto, levantóse Rosendo hecho una fiera, y alzando en alto los crispados puños, gritó:

—¡Me las he habido con hombres completos, y no con desgraciados con enaguas como usted! Por última vez ¿me entrega usted o no a mi querida, cura bribón?

—Sólo con la orden, repuso don Deodato ligeramente pálido.

—Yo doy la orden: basta de palabras.... Me dá usted a mi querida, o si no lo....

Y profirió una sucia insolencia, llevando la mano a la faja en ademán de sacar una arma. Por fortuna los presentes, atraídos por el diálogo, habían ido acercándose gradualmente al rincón donde se hallaban los interlocutores, y estuvieron prontos a interponerse entre el párroco y el carpintero; y el notario, que era un indiano fortachón y de mediana edad, cogiendo al agresor por los puños, logró dominarle y empujarle hacia la puerta de salida.

—¡Fuera borrachón! le dijo. No es este lugar para hacer escándalos.

—¡Mal haya el alma que...., viejo chupacirios! vociferó agitándose con impaciente cólera el ébrio.

—¡Mal haya toda la familia de usted! repuso el indio con igual vehemencia. Ahora voy a echarle a usted a patadas; pero si vuelve a poner aquí los pies, sabrá quien soy. A mí no me asusta con el petate del muerto.

—De hombre a hombre nos veremos, clamaba Rosendo mientras el indiano le hacía caminar hacia atrás mal de su grado.

—De hombre a hombre, repitió por lo bajo el notario, y cuando quiera.

—Pero primero le arreglo las cuentas a ese cura desgraciado, siguió gritando el borracho.

—No sea usted gallina, murmuró por lo bajo el

notario. El señor cura es un sacerdote respetable y está viejo; pero yo respondo por él.

—¿Usted responde?

—Sí, yo respondo por él, aquí y donde quiera.

En aquellos momentos, había llegado ya el borracho a la puerta de la calle.

—¡Pues entonces, tenga! profirió Rosendo lanzando al vientre del notario una cox tremebunda con los gruesos zapatos de claveteadas suelas; pero éste que ni estaba ébrio, ni carecía de agilidad, soltó rápidamente las muñecas al carpintero, empujándole al mismo tiempo hacia atrás, y alcanzó todavía a apoderarse del pie torpemente levantado, el cual alzó cuanto pudo con gran rapidez. Menos que aquel impulso y aquel desequilibrio necesitaba el carpintero para dar consigo en tierra, como dió en efecto, cayendo de espaldas sobre el durísimo cemento de la acera; lo que le hizo prorrumpir en insolencias tabernarias y en amenazas tremebundas a voz herida y aguardentosa.

Mas fuese como fuese, el costalazo fué tan rudo, que el borracho se levantó penosamente, derrengado y sin disposición a propósito para renovar la pendencia. Por lo que, rezongando como un condenado y cojeando de un pie, se fué alejando poco a poco, no sin anunciar que *volvería para tomar venganza y llevarse a la querida que le había quitado aquel cura tal por cual.*

Don Deodato, poco acostumbrado a las injurias y a las vías de hecho, había permanecido como embargado de estupor durante aquel tiempo; pero

pronto se repuso y recobró el continente habitual de serenidad y de dulzura.

—Mil gracias, señores, dijo a los presentes.

—¿No le pasó a usted nada, padrecito? preguntábanle solícitas numerosas voces.

—Nada, bendito sea Dios, respondía el sacerdote.

—Ese es un cualquiera, un lépero, murmuraban otras con indignación; haber venido a armar semejante escándalo... Y luego con usted que es tan bueno y con nadie se mete.

—Todos estamos expuestos a estos contratiempos, observó el señor de la Cruz con mansa filosofía.

—Como quiera que sea, dijo el notario, bien se guardará ese hombre de molestar a usted de nuevo, señor cura. Si vuelve a presentarse por aquí, llamo al gendarme para que cargue con él a la comisaría.

Aprobaron los circunstantes la medida, incluso el señor cura, el cual, después de arreglados los negocios que se ofrecieron en la notaría, entró en la iglesia y tornó a sentarse en el confesonario para no salir de él, sino a la hora del rosario y de la plática.

V

Llegada la noche, don Deodato pasó a la sacristía, donde halló al joven ministro de la parroquia, que se disponía ya a partir, concluidos los trabajos del día.

—Padre, hágame usted la caridad de confesarme, díjole humildemente.

—Con el mayor gusto, señor cura, repuso el joven. Y luego se quitó la capa, dejó el sombrero sobre una mesa, y tomó asiento en un sillón hacia un ángulo de la sacristía.

El párroco arrodillóse a su lado, despojado de su autoridad, como cualquiera de los fieles, o, como él decía, como uno de tantos pecadores; y con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho, dijo al inferior sus culpas, una por una, hasta las más menudas de que halló rastro en su escrupulosa conciencia. El ministro, que era muy piadoso también, oyole con esmerada atención, dióle consejos, levantó su ánimo, y hablóle de cosas muy santas y dulces. El espíritu del anciano hallábase particularmente inclinado a la ternura aquella noche; así que recibió las exhortaciones del ministro con gran recogimiento y devoción, presa de emoción indecible. Recibida la absolución, dirigióse a la iglesia, que estaba cerrada para el público, y sumida en esa semioscuridad que reina en la casa de Dios, cuando, extinguidas las velas de los altares, queda encendida tan sólo la lámpara del Santísimo Sacramento, que nunca se apaga, porque es símbolo de la fe inextinguible de la Iglesia. El recinto presentaba un aspecto imponente en su soledad, pues, desocupado por los hombres, parecía lleno del espíritu de Dios. Había solemnidad y grandeza en su aparente desamparo; era como un rincón oculto, reservado a lo invisible y a lo infini-

to. Aquel como crepúsculo que le envolvía, los grandes juegos de luz y sombra que el crecer y el decrecer de la vigilante llama proyectaban sobre el entarimado y sobre los muros, el oro de los altares chispeando en la penumbra, las veneradas imágenes destacándose con actitudes hieráticas sobre los altos plintos, la noche emboscada en la concavidad de las bóvedadas, y la rojez fantástica de la escasa claridad que, partiendo del santuario, se extendía por dondequiera, débil y vacilante; impresionaban profundamente el espíritu. De hinojos ante el altar mayor, don Deodato no apartaba la mirada del Tabernáculo, en cuyo seno estaba depositado el Santísimo Sacramento; de aquella Arca de la Alianza del Nuevo Testamento, que es prenda de unión eterna entre el Creador y su creatura, y suma y compendio de todos los misterios de la redención y de la gracia.

Y ahí, extático ante aquel arcano celestial que, aunque inasequible a sus sentidos, irradiaba fuego divino sobre su corazón, sumiose en profundas meditaciones, que le llevaron a las regiones purísimas donde se cernieron las almas de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz; y, humillado y reverente, abrió al Altísimo su corazón, que era vívida hornaza de amor; y mostrole toda su alma, que era océano de claridad y de blancura; y alma y corazón fueron ascendiendo blandamente por el espacio, como dos espirales de místico y perfumado incienso. Lo que pensó, lo que sintió, lo que dijo, lo que pidió, lo que adoró, lo que se humilló y se elevó a aquel

santo ignorado, en esos inefables momentos de coloquio íntimo y callado entre él y su Creador, fué tan manso y tierno, tan elocuente y sencillo, tan sincero y fervoroso, que no hay pluma capaz de describirlo, ni fantasía capaz de imaginarlo. La inteligencia humana carece de antorcha para penetrar los misterios del espíritu, y, la lengua con que se expresan los hechos comunes de la vida, es demasiado pobre para trasladar al lienzo de la frase, los grandiosos cuadros de la conciencia, poblados de nunca vistas imágenes de ténues y esfumadas líneas, y surcados por luces más arcanas y pasmosas que las que arranca la ciencia en placas sensibilizadas al seno mismo de la noche. Las efusiones de aquella alma pía, criada por Dios para la virtud, el ruego y la adoración, llegaron al cielo convertidas en oleadas y vibraciones de claridad y de armonía, y reverberaron en los nimbos de los ángeles y de los santos, y resonaron en las cuerdas de las arpas y de los salterios celestiales, que entonan la gloria del Omnipotente.

De la iglesia pasó don Deodato a su alcoba, pues no quiso tomar bocado aquella noche, para estar mejor preparado al convite de su Divino Maestro; y ya solo en su habitación, cayó nuevamente de rodillas, cantó en voz baja los salmos penitenciales (para no hacer ostentación de su piedad) y sacando del armario una dura disciplina que preparada y oculta guardaba para las ocasiones solemnes, se flageló sin piedad delante de Dios, que le miraba al través de la soledad y del silencio; y con torrentes

de lágrimas se dolió de sus pequeñas culpas, terribles y abrumadoras a sus ojos de arcángel.

Así pasó toda la noche, sin entregarse al reposo ni cerrar los ojos un instante; de suerte que la unión del santo párroco con su Dios, que tanto amaba, comenzó a realizarse desde aquel día de confesión, plegaria, abstinencia y mortificación.

Anselma, entretanto, preparábase también con nimio esmero para la comunión del siguiente día. No era del todo ignorante, pues su padre había tenido cuidado de ponerla en buenos colegios parroquiales, donde, amén de los mejores principios religiosos, había recibido las luces de una enseñanza superior a su condición social; así que podía entregarse por sí misma a elevadas consideraciones de moral y de piedad, aun sin recibir consejos ni impulsos ajenos. Su mundo interior era más espacioso de lo que hubiera podido suponerse; por aquella frente juvenil vagaban pensamientos graves; los horizontes de su inteligencia, ocultos y profundos, iban ensanchándose e iluminándose a medida que progresaba el trabajo severo de la meditación. Nadie hubiera sospechado que aquella pobre muchacha, de aspecto humilde y reservado, fuese capaz de concebir y alimentar tantas ideas, tantas series de ideas, tantos mundos y constelaciones de mundos como en los senos de su alma palpitaban, iban y venían, aleteaban y ascendían en vuelo recto y lanzado hacia las cimas, como las mansas palomas, que pasan del tierno arrullo al osado escalamiento del espacio, donde se pierden como crucecillas de

blanca y pura nieve anegadas en el azul inmenso de los cielos.

Nunca labio humano ha pronunciado con más sinceridad ni dolor, aquellas palabras, que el pecador Zaqueo dirigió al Salvador desde las ramas del histórico sicomoro: «Señor, yo no soy digno de que entres en mi pobre morada, mas dí una sola palabra, y seré perdonado.» Jesús, el Divino Maestro, las oyó al pasar por el camino y se alojó en la casa de Zaqueo, en prenda de reconciliación con aquella alma suplicante, apartándose de las casas de los ricos fariseos, tituladas palacios de virtud, donde se ufanaban los hipócritas que hacían ostentación de sus ayunos y daban limosna a los pobres a son de trompeta. Anselma no se creía digna de recibir el Pan Eucarístico, porque se conocía pecadora y sabía que el santuario de su alma había sido manchado por la impureza. Pero ¿no encontró gracia a los ojos de Dios María de Magdala, quien ungió con precioso bálsamo el cuerpo del Señor, preparándole para la muerte, y bañó después con sus lágrimas, y secó con sus cabellos los pies del Crucificado? ¿Y no fué perdonada también Santa María Egipciaca, después de su arrepentimiento, a pesar de su vida de corrupción, escándalos y desórdenes? Sí, el Mesías vino a redimir a los hombres del pecado, y el milagro de la redención es constante desde hace dos mil años, porque desde entonces se repite sin cesar, y es tanto más grande y refulgente, cuanto se realiza en los seres más débiles y miserables. Que los

buenos se sienten a la Mesa de Jesús, es natural y lógico; pero, que los malos sean admitidos: también a ella, es maravilloso y hasta parece increíble. Pero sucede que los malos se transforman en buenos al llamado del Señor, y que, cuando toman lugar entre los escogidos, son ya criaturas nuevas. ¿Qué fué lo que hizo Jesús antes de comenzar la última cena? Lavó Él mismo con sus divinas manos, que parecían candidas azucenas, los pies de sus discípulos, cubiertos con el polvo y manchados con el barro de todos los caminos; y, después de haber purificado por sí mismo a aquellos peregrinos infatigables, sentóse con ellos al banquete, y los hizo participantes del Manjar de Vida que para ellos tenía preparado, y que debía hacerlos invulnerables contra la verdadera desgracia y contra la muerte.

A esa inefable Misericordia volvía Anselma los ojos, y de ella aguardaba purificación, fortaleza y, sobre todo, la paz del alma. A esa paz bendita tendía las alas su espíritu, como el ave azorada torna las suyas al árbol protector cuando ruge la tormenta.

Pensando de esta suerte, pasó la joven todo aquel día sin distraer la imaginación en consideraciones baladíes ni en cosas de interés secundario; absorta en la contemplación de ideales luminosos, que la convidaban a seguir ascendiendo por el cielo, como el sol embriaga de luz a las águilas para que remonten el vuelo a los océanos de refulgencia donde él boga y circula.

Doña Aniceta, por su parte, ayudola con maternal empeño a mantenerse en aquella elación de su espíritu, ora por medio de exhortaciones conmovedoras, o bien leyéndola o haciéndola leer libros de piedad acendrada, tales como la «Imitación de Cristo», los «Coloquios Eucarísticos» de Boloix, y las «Meditaciones» del obispo de Carcasona. Y no hubo momento de fatiga o desmayo para aquella naturaleza ardiente y reflexiva; todo fué emoción intensa, ansia inefable y místicos y arrobadores deliquios.

Llegada la noche, recogiose temprano, después de hechas las abluciones con que preparó el cuerpo, santuario del alma, a recibir al Divino Huésped que iba a visitarle; y ya metida en el lecho, siguió leyendo y meditando, hasta que al fin cerró los ojos, y continuó soñando cosas puras y buenas, como inocente niño que ignora las maldades del mundo y de la vida.

Despertó con la primera llamada de la misa, que sonó en la torre de la iglesia contigua, y levantándose solícita, vistió un traje blanco, como de catecúmena, que la buena anciana le había preparado, y con el cual dió realce a sus gracias honestas y tímidas; y sin pérdida de instante, fué al templo en compañía de doña Aniceta para rezar las oraciones preparatorias de la comunión.

La misa del párroco fué por todo extremo edificante; tan meditada y sentida como la primera que dicen los jóvenes sacerdotes cuando reciben las órdenes sagradas, y por vez primera realizan el

invisible e inefable milagro de convertir el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Redentor, al bendecir aquellas sencillas especies, y pronunciar sobre ellas las palabras sacramentales.

VI

Pasada la consumación, abrió el Tabernáculo el señor de la Cruz para dar la comunión a los fieles, y hubo un gran movimieto con dirección al altar mayor. Una de las primeras mujeres que acudieron a arrodillarse en lo más alto de las gradas fué Anselma, quien, con el pecho anhelante y las manos trémulas y frías por la intensidad de la emoción, aguardó el supremo instante con los ojos preñados de lágrimas.

Cuando, después de haber pasado ante una larga fila de devotas, acercose a ella el ministro del Altísimo, cruzó la joven los brazos sobre el pecho, como sierva que está delante de su Señor; y, cerrando los ojos, sintió un nudo en la garganta, formado de ternura desbordante y sollozos contenidos. El monaguillo púsola debajo de la barba la dorada patena y aproximó a su rostro la vela bendita, mientras el venerable sacerdote, frente ya de ella, sacó del copón la pequeña, redonda y nítida Forma, que refulgió como estrella luminosa entre los dedos de su blanco mano. Y diciendo con gran veneración: *El Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna*, llevó el Pan de Vida a los labios de Anselma. La joven, con

gran recogimiento y manteniendo bajos los párpados en señal de humildad, recibió la Sagrada Hostia con el ansia misma con que acerca la boca el peregrino a la clara fuente que en el oasis murmura, bajo la sombra de los árboles. . . . Quedó inmóvil unos momentos, anonadada por el peso de tanto bien como recibía, y se retiró después a un rincón apartado y oscuro, donde permaneció en éxtasis y como embriagada por el íntimo encanto de una delicia sin nombre.

Pocos momentos antes, había llegado al templo el artesano Rosendo, vacilante, congestionado, la mirada turbia y respirando con el ruido y la violencia de un fuelle. Detúvose un instante para ver lo que pasaba en la iglesia y buscar a Anselma, a quien no tardó en descubrir entre el grupo de las comulgantes. Vió al párroco administrarle la comunión; pero escena tan conmovedora, en vez de tocarle el corazón, sirvió tan sólo para atizar su diabólico despecho. Así que rugió de ira al comprender todo lo que significaba aquel acto de reconciliación de la joven con su Dios, contra los perversos instintos y pasiones que rugían en su alma de protervo. Y en su mente rabiosa, enloquecida por el alcohol, elevose este violento y sacrílego soliloquio:

—Ese viejo miserable acaba de consumir la se-
ducción de Anselma. Después de haberla confesado, infundiéndole temores estúpidos, le ha dado a comer *una cosa* confeccionada para encadenar su voluntad. . . . Estos *frailes* malditos, todo lo tienen

estudiado para apoderarse de la conciencia de las mujeres.... He perdido a Anselma para siempre, y ese viejo me la ha arrebatado; nunca volverá a mi casa; será en vano que la suplique y la amenace, porque ese *frail* la tiene embrujada.... Y yo no puedo vivir sin ella; me hace tanta falta como la comida y la bebida.... Estoy de sobra en el mundo; pero más de sobra está ese viejo miserable, cuyo carcaj está pidiendo la tierra.... Me zumban los oídos.... Tengo sabor de sangre en la boca.... ¡Que no se ría de mí! ¡Que sepa a lo que se expone el que provoca a un hombre como yo! ¡Que conozca lo que hacen los hombres cuando se vengan!.... ¡Canastos! ¡Yo no me quedo así!.... ¡Vamos, Rosendo, que no te tiemble la mano!.... Después, será lo que quiera el diablo!

Dominado por tan ciega y arrebatada pasión, abrióse paso al través de los grupos, y avanzó hacia el presbiterio, dando traspies y mascullando insolencias y maldiciones. Su aspecto de fiera salvaje y colérica, infundió alarma general; y los fieles se replegaban a un lado y otro del camino que seguía, como ovejas amedrentadas por la presencia del lobo.

Don Deodato, que continuaba administrando la comunión, levantó los ojos para ver lo que pasaba en el templo, pues llegó a sus oídos el rumor del desorden; y al ver a Rosendo junto al altar, sinietro y cejijunto, se dió cuenta clara de la situación. Comprendiendo que un peligro cierto amenazaba tanto a él como al Sagrado Depósito que en las ma-

nos tenía, volvióse de espaldas para poner en cobro las Formas consagradas; pero no lo hizo con tanta premura que no le alcanzase el frenético borracho, el cual, sin detenerse ante nada, abrió de un puntapie las puertas de la ligera barandilla de hierro que defendía el altar mayor, y dando un paso adelante, sacó algo de la faja, que de pronto no se supo lo que fuera. Los circunstantes apenas se dieron cuenta de los sucesos; tan rápida y vertiginosamente así se desarrollaron. Brilló en la mano del ebrio uno como relámpago, y una llamarada cayó y se apagó luego en la espalda del cura.

Un grito de espanto resonó por dondequiera y fué repercutiendo por la cóncava techumbre: el ebrio había asestado traidora y alevosa puñalada a su indefensa víctima, dejando clavada el arma en mitad de la blanca casulla recamada de oro.

Luego pretendió huir, aprovechándose de la confusión que el atentado produjo; pero la muchedumbre, indignada, le atajó el paso. Manos robustas se apoderaron de él, y arrastrándole mai de su grado, fuera del templo, pusieronle en poder de la policía para que ésta le entregase a la justicia.

El señor cura don Deodato de la Cruz vaciló al recibir el golpe, y estuvo a punto de caer; pero hizo un esfuerzo sobrehumano y pudo quedar en pie. Uno u otro médico, que por acaso se hallaban en la iglesia, así como muchas solícitas personas, acudieron precipitadamente al presbiterio para auxiliar al herido, y llegaron a tiempo para sostenerle. La multitud, poseída de pánico, se agolpaba en la

gradería del altar, ávida, llena de curiosidad y lanzando exclamaciones de horror.

—Compañero, dijo por lo bajo uno de los doctores a otro de ellos—es preciso sacar el arma y examinar la herida.

El párroco, aunque débil y trastornado, oyó la frase, y recordando casos en que personas lesionadas como él, habían fallecido en el acto mismo en que se les sacaba de las entrañas el instrumento homicida, temió morir antes de haber puesto en salvo el Sagrado Depósito que en las manos llevaba, y objetó con acento que parecía un gemido:

—Todavía no; hasta que haya puesto el copón en el tabernáculo.

Al decir esto, intentó subir a la última plataforma, y estuvo a punto de dar consigo en tierra.

—Hacedme la caridad de ayudarme, suplicó a los doctores.

Accediendo a sus deseos, trabáronle éstos por las axilas, y casi desfalleciente y en peso, condujéronle al lugar que deseaba; y continuaron prestándole auxilio mientras terminaba de hacer lo que su piedad heroica le dictaba e imponía.

El anciano apoyó los codos sobre el ara en busca de sostén, y, notando que el monaguillo, enloquecido por el susto, olvidaba desempeñar su oficio, díjole:

—Toca la campanilla del Santísimo.

El niño obedeció, y el sonoro retintín del sagrado metal, elevó la voz en medio de la consternación y del asombro generales.

El mártir recitó en latín las oraciones rituales, y quiso hincar en el suelo la rodilla, pero no pudo; abrió luego el tabernáculo con mano débil; levantó la cortinilla que sirve de velo al rincón oscuro y misterioso; depositó ahí el píxide henchido de Sagradas Formas; y cerró la dorada puertecilla, dando vuelta al llavín de oro, que dejó sobre el altar.

Todo lo hizo con la mayor reverencia, aunque con la frente cubierta de sudor, porque se le estaba acabando la vida. Y en medio de su fatiga estertorosa, oyósele murmurar:

—Santísimo Sacramento, ten piedad de mi alma.

Luego dijo a los doctores:

—A la hora que queráis.

Entonces uno de ellos tiró del puñal que estaba hondamente clavado, y sacó la ancha, larga y afilada lámina de su vaina dolorosa; y por la puerta que quedó abierta, salió un impetuoso torrente de sangre, que bañó las manos, el pecho y hasta el rostro del facultativo. Una contracción espantosa dibujóse en el rostro de don Deodato, y la sombra del sepulcro veló sus facciones marchitas; que no pareció sino que, juntamente con la hoja de acero, salieron los espíritus vitales de aquel desfalleciente organismo. Imposible fué ya mantener en pie al sacerdote; su cuerpo adquirió la pesadez de un saco de hierro, y saliéndose de las manos que le sostenían, desplomóse de golpe al pie del altar.

Cayó el anciano sacerdote sobre la espalda, en un lago de su propia sangre. Su agonía fué muy corta; pero no tanto, que no le diese tiempo para

volver lentamente la cabeza al dorado tabernáculo, y clavar en él los vidriados ojos, en tanto que se movían sus labios lívidos murmurando una oración.

Sus exangües manos, ateridas por el frío de la muerte, juntáronse con lentitud en ademán de súplica, y después de breves y ligeras convulsiones, exhaló el último suspiro.



MI SOBRINA ALICIA

CAPÍTULO I.

ANTES DEL TEATRO

Eché mano al reloj y ví que eran las ocho y cuarto de la noche. La representación debía comenzar a las ocho y media; sólo quince minutos disponibles nos quedaban para ponernos en marcha y llegar antes que comenzase la obertura de *Marina*.

Ansiosamente me acerqué a la escalera de barnizado cedro que de la planta baja conducía a las habitaciones altas, y clamé a grandes voces:

—Niñas, basta de mirarse al espejo; es hora ya de salir. ¡Vámonos!

—Ahora mismo, repuso la fresca voz de mi sobrina Alicia desde su cuarto.

—Unos minutos, papá, rogó la de mi hijita Carmen con tono infantil, un poco más lejos.

—Bien, no hay que tardar más, continué siem-

pre en voz alta: ya sabéis que quiero oír desde la obertura.

—Ya vamos, ya vamos, contestaron los dos acentos femeniles.

No sabiendo qué hacer, y para matar el tiempo, entré en el salón, encendí la luz eléctrica y me puse a pasear a todo lo largo, llevando el gabán al brazo, puesto ya el sombrero y enguantadas las manos. Al pasar alternativamente frente a los espejos, (uno ocupaba la testera y dos descansaban sobre las consolas), echaba maquinalmente una u otra ojeada sobre mi persona, y me detenía de tiempo en tiempo, ya para arreglar la corbata, ya para dar un tirón a la parte baja del chaleco, que tendía a ahuecarse a los lados de la dura y blanca pechera. El bigote recortado y con las puntas hacia arriba, a la *Káiser*, me hacía la impresión de haber tomado la forma de una s, pues uno de sus extremos tendía a caer, mientras el otro se mantenía erecto, y los clavos me daban también en qué pensar, temeroso de que no estuviesen bien recortados en la misma línea sobre el lóbulo de las orejas. Hasta llegué a quitarme el sombrero para examinar el peinado: calvicie inicial sobre la frente, algo disimulada por un mechón castaño que caía con aparente descuido; la raya perfecta; sobre las sienes el pelo bien echado hacia atrás, brillante y unido.

El examen era algo maquinal, pues nunca he sido fátuo y siempre me han fastidiado los hombres demasadamente acicalados y cuidadosos de sí mismos; pero en aquella ocasión especial, intervenía

cierta circunstancia que me obligaba a entrar en esos pormenores: iba a presentarme en el teatro acompañado de mi preciosa sobrina y de mi no menos encantadora hija. Había tomado un pálco al efecto, para los tres solos, y, según nuestros proyectos, yo ocuparía el centro, y las dos niñas se sentarían a mis lados. Así había sido resuelto al mediodía, a la hora de la mesa. Es verdad que otras veces habíamos asistido a diferentes representaciones, pero en compañía de amigos, o a lunetas, y sin la preparación y el alborozo que ahora nos embargaban. Quería que nuestra aparición en público, fuese elegante, solemne en cierto modo, como si dijésemos la presentación oficial del grupo de nuestra familia ante la sociedad de Méjico. Por eso me fijaba más que nunca en mi aspecto e indumentaria, pues no quería que mi figura disonase demasiado en medio de las lozanas, elegantes y gozosas de mis compañeras.

Pero ¿qué harían aquellas muchachas que tardaban tanto?

—¡Por Dios! voceé de nuevo; faltan ya nada más cinco minutos para la media. No hay para qué ponerse tantos alfileres.....

Oí risas próximas, acordadas y jubilosas, como borbotones de fuente cristalina, y por toda respuesta, bajaron rápidamente la escalera y aparecieron una después de otra junto a mí, las dos adorables criaturas que estaba aguardando.

Venían envueltas en blancos, holgados y largos abrigos a la última moda, la boa de armiño en torno

del cuello, enguantadas las manos y con el abanico en la diestra.

Carmen, aunque apenas de doce años de edad, me pareció más alta que de costumbre, por efecto de la falda algo larga que llevaba, y de los enormes tacones sobre los cuales erguía su personita; llevaba el pelo corto hasta la mitad del cuello, recortado por la frente en línea recta, poco arriba de las cejas, y adornado hacia un lado por un listón azul enlazado a sus extremos en forma de mariposa.

—¡Lista, papá! me dijo presentándome la fresca mejilla para que la besase. ¿Qué te parezco así? ¿Cómo estoy?

—Como un capullito de rosa, contesté extasiado, mirándola de pies a cabeza.

—¡Igual a tía Concha! saltó Alicia. Mira tío, son sus mismos ojos alegres y llenos de vida, la misma naricilla bien perfilada y remangada, la misma boca desdeñosa, la misma barbilla partida por el medio....

—En efecto, asentí, siempre tuve la idea de ese extraordinario parecido de Carmen con mi inolvidable esposa; pero ahora, vestida con mayor esmero, esta chiquilla me recuerda más que nunca aquellas graciosas facciones.

—Bien quisiera ser en todo como mamá, dijo la niña; pero eso no es posible, soy muy inferior a ella.

—Será por lo que tengas de mí, agregué sentenciosamente, pues algo debes de tener.

—Tío, intervino Alicia, a tí sólo se parece en el carácter....

—De fiera, continué.

—Muy al contrario, objetó mi sobrina, manso y dulce hasta el extremo. Mi primita es un ángel. Tía Concha era bonísima; pero viva y arrebatada de cuando en cuando.

—Noble y generosa fué la índole de aquella santa mujer, repuse sentenciosamente; briosa en ocasiones, pero jamás injusta; siempre defensora de la razón, aun contra los seres más amados de su alma.

—Ya lo creo, prosiguió Alicia; de eso no hay que decir palabra: fué una mujer fuerte, esposa incomparable, madre amantísima y tía compasiva y cariñosa.

—Yo quiero parecerme a mi papá y a mi mamá, interrumpió Carmen con mimo infantil; quiero parecerme a los dos.

Respondila acariciándola la redonda barbilla:

—Pero vámonos, niñas, que se pierde el tiempo, insistí con impaciencia. Hémonos echado a dialogar como si fuera la víspera de la función. Andando, niñas, andando.

Disponíamos a salir del «hall», cuando sonó el timbre de la puerta.

—¡Rrrri ¡Rrrri ¡Rrrri!

—¿Qué es eso? clamé contrariado. ¿Visita a estas horas?

—Acaso no, contestó Alicia: puede ser alguno de los criados que vuelve de la calle.

—Carmen, ordené a mi hija, dí al portero que si alguien nos busca, responda que no estamos en casa.

—Pero papá; ¡isi está fuera el automóvil! ¡Seguramente el chauffeur o el lacayo habrán dicho que no hemos salido.

Carmen se disponía a obedecer; pero era ya tarde. El portero, no prevenido con anterioridad, nos había delatado; oímos el ruido de la puerta que se abría. Furioso y malhumorado, me planté con resolución frente a la antesala, sin dejar el sombrero ni el gabán, para que la persona que entrase, comprendiese que íbamos de salida.

Pronto se abrió la cancela, y aparecieron en el «hall» dos figuras respetables: la del señor doctor don Práxedes de los Ríos, Canónigo de la Colegiata de Guadalupe, y la de mi amigo Isidoro Palencia, condiscípulo de estudios y abogado como yo. No bien los hubieron visto Alicia y Carmen, sin esperar su saludo, subieron volando por la escalera, como avecillas espantadas por la presencia del cazador.

—Buenas noches, señores, articulé con acento que pugnaba por ser amable, pasen, pasen ustedes.

—Téngalas usted muy buenas, contestó don Práxedes un tanto encogido.

Isidoro vino a estrecharme la mano.

—Tememos ser importunos, continuó el canónigo sin dar paso adelante.

—Tanto como eso no, repuse con viveza. Uds.

serán siempre los bienvenidos a esta casa; pero, si he de ser franco....

—Ibas a salir con la familia, interrumpió Isidoro. Acabo de ver a las niñas vestidas como de fiesta.

—Ya que ustedes lo han comprendido así, no hay para qué ocultarlo. Estábamos en momentos de salir para el teatro.

—En tal caso, articuló don Práxedes visiblemente confuso, pedimos a usted mil perdones y nos volvemos por donde hemos venido.

—Sí, continuó Isidoro, dejamos a ustedes en libertad....

—De ninguna manera, objeté arrepentido de mi brusquedad; de ninguna manera. No permito a ustedes que se marchen.

—Volveremos, señor, murmuró don Práxedes dirigiéndose a la cancela.

—Ya será otro día, agregó también Isidoro.

Su insistencia me hizo recobrar el aplomo, y reflexionar que, estando en mi casa, no era propio ni decente permitir que saliesen de ella corridos mis interlocutores. Me empeñé, por lo mismo, en detenerlos, y tanto hice y dije, e insistí y rogué tanto, que al fin obtuve que los visitantes pasasen a la sala.

—Está bien, dijo Isidoro tomando asiento en el estrado junto a don Práxedes; pero ya que hemos sido deferentes a tus deseos, nos permitirás que seamos muy breves.

—Como ustedes gusten, repuse; una media ho-

ra más o menos, no es cosa que importe. Al fin me sé la pieza de memoria; tantas veces así la he visto representar.

—El negocio que venimos a tratar con usted es cortísimo, objetó don Práxedes, y podemos terminar en unos cuantos minutos.

—Asunto de unos minutos nada más, repitió Isidoro como un eco.

—Pues ustedes dirán, repuse ya tranquilo y repuesto de la primera impresión; me tienen enteramente a sus órdenes.

Hubo un instante de silencio. Don Práxedes e Isidoro se hacían señas con la cabeza para cederse mutuamente la palabra.

—De ninguna manera, señor doctor, dijo el último en voz alta; a usted le toca llevar la voz. Bajo todos conceptos debe ser así.

—Sea como usted lo dispone, señor licenciado, repuso el sacerdote; y por vía de preámbulo acomodó las gafas azules sobre la prominente nariz, tomándolas suavemente por los extremos con las yemas de los dedos pulgar y del corazón, limpió dos veces la garganta con discretísimo carraspeo, y se inició de esta manera:

—Usted, señor don Gustavo, hace las veces de padre de la señorita doña Alicia de la Cerda....

—Es verdad, interrumpí sobresaltado; como que vino a mi casa a la edad de ocho años, por muerte de su padre, hermano de Concha, mi difunta esposa..

—Eso es, continuó el sacerdote, todo el mundo lo sabe. Por lo tanto, así por el afecto como por el

beneficio, se considera usted y es considerado por la joven, lo mismo que por todo el mundo, como el padre de la persona de quien se trata.

Me incliné en señal de asentimiento para disimular mi turbación, y me pregunté interiormente lo que tan rara introducción podía significar; era la primera vez que un extraño me hablaba de aquella manera respecto de Alicia.

—En tal virtud, señor, siguió diciendo el sacerdote, nos dirigimos a usted comisionados por el joven abogado don Adalberto Menéndez....

—Antiguo practicante de mi bufete, volví a interrumpir, más sobresaltado de momento a momento, por los recuerdos que aquel nombre traía a mi memoria.

—El mismo, saltó Isidoro, aquel excelente joven con quien tuviste un desagrado, y se separó de tí poco antes de terminar la carrera. Supongo no le guardarás rencor; es muy apreciable, tiene talento, ha hecho buenos estudios y no carece de bienes de fortuna....

—Lo sé, lo sé, repuse con algún enfado; pero vamos al grano. ¿Qué comisión ha dado a ustedes el compañero don Adalberto?

—Lo diremos de una vez, ya que usted nos lo pregunta, volvió a decir el canónigo. Nos ha hecho el encargo de venir en su nombre y representación a pedir la mano de la señorita doña Alicia.

—¿La mano de mi sobrina? articulé como si no hubiese entendido.

—Sí, Gustavo, afirmó Isidoro, la mano de tu sobrina.

—Eso no puede ser, objeté sin poder contenerme; ese asunto quedó absolutamente concluído. Alicia rompió con Menéndez hace más de un año, y desde entonces nada ha habido entre los dos.

—Te equivocas, amigo, repuso Isidoro. Los jóvenes han estado y continúan en relaciones amorosas desde la época a que te referes.

—Puede ser, dije; pero yo no lo sabía.

Un amargor repentino me subió a la boca, y la emoción que estrechó mi garganta, tornó ronco mi acento.

Pasé la diestra por la frente cual si tratase de disipar una sombra enojosa, miré a mis interlocutores con fiereza, como si fuesen los padrinos de un desafío, y, transcurridos breves instantes, continué:

—Tienes razón, Isidoro. Es seguro que por tus labios habla la verdad. Es la eterna historia de los padres... o de los que hacemos las veces de tales... Somos los últimos en saber lo que pasa en nuestra casa, y nuestros hijos o los que hacen el papel de hijos, toman sus determinaciones y caminos según su capricho o fantasía, en tanto que nosotros, los viejos, damos que reír a la gente. Y bien merecemos que se nos burle, y se nos moteje, y se nos ría todo el mundo en las barbas, supuesto que los jóvenes, los que viven bajo nuestro techo y duermen al calor de nuestro cariño, son los primeros en entregarnos al escarnio y al menosprecio de todos los otros. La misión de ustedes, señores, dis-

pénsenme se lo diga, es la de quitarme una venda de los ojos y gritarme muy alto, para que lo oiga, a pesar de mi insensata sordera: «¡Te han engañado! ¡Te han engañado! Has sido juguete y ludibrio de un mozalbete y de una doncellita. Todo el mundo sabía lo que sólo tú ignorabas, y tu asombro y tu indignación ante los hechos, hacen de tí un personaje cómico, un personaje ridículo!»

Pronuncié las últimas palabras en voces tan altas, que lastimaron mis propios oídos y me hicieron volver en mí. Tenía los puños cerrados, y con ellos golpeaba los brazos del sillón en que estaba sentado. Sentía que me ahogaba, que me venía estrecho el cuello de la camisa y que me oprimía el frac, como si el volumen de mi cuerpo hubiese aumentado en unos cuantos segundos. Me reporté al darme cuenta del espectáculo que estaba dando, me enjuagué la húmeda frente con el pañuelo, y poco faltó para que llevase éste a los ojos.

Al través de mi aturdimiento, noté que los rostros de los circunstantes iban cambiando de expresión, asombrados primero y mortificados después, que sus ojos me escudriñaban atentamente, y cambiaban por último miradas de interrogación entre sí. ¿Qué era aquello? ¿Qué pensaban de mí? Pero, a la vez, ¿qué era lo que me pasaba?

—Por Dios, señor don Gustavo, oí que decía el canónigo: no se exalte usted, no es para tanto; son cosas que suceden todos los días.

—Te aseguro, agregó Isidoro, que he venido a tu casa sin sospechar siquiera que te iba a dar un

mal rato. A haberlo sabido, por nada hubiera aceptado la comisión. Pero mira tú, la juzgué sencilla y hasta grata para tí. Durante el camino, víneme haciendo la cuenta de que este matrimonio sería un excelente desenlace para tu sobrina, porque las mujeres, en nuestra sociedad, no tienen más porvenir que el matrimonio, y Menéndez es muy buen partido.

Las palabras de Isidoro, tan afectuosas y sensatas, me hicieron comprender cuán absurda y extravagante era mi conducta; por lo que, reaccionando heroicamente, logré contraer los labios en forma de sonrisa, y decir con voz algo trémula, pero conciliadora y suave:

—Tienen ustedes razón: parece que cuento veinticinco y no cuarenta y dos años de edad. Me exalto por una pequeñez, por una nonada. ¿Que me aseguró Alicia había roto sus relaciones con Adalberto, y no lo hizo? ¿Que Adalberto me prometió no insistir más en sus pretensiones respecto de mi sobrina, y no pudo o no quiso cumplirlo? Nada de raro hay en ello. Son cuiquilladas al uso, que lo mismo se ven en México, que en Londres y en Petrograd... Ruego a ustedes excusen la rabieta. La verdad es que me ha causado sumo dolor saber que Alicia no ha sido franca conmigo, que ha tenido dobleces y reservas para mí, y, en fin, que me ha engañado, porque me figuraba que me veía con absoluta confianza, como si fuese su hermano, esto es, como si fuese su padre... Aparte de eso, nada encuentro que objetar.

—No tengas cuidado, repuso Isidoro con benevolencia; si ella y él te afirmaron lo que dices, y no cumplieron el compromiso, es natural que te enfades. Todo engaño exaspera.

—Y no es más que eso, Isidoro, no es más que eso.

—Excúselos usted, señor don Gustavo, suplicó el sacerdote; ya sabe que los amores son el gran laberinto de la vida.

—Lo son, señor, y muere en él quien no acierta a tener el hilo de Ariadna.

—Sentencioso estás, dijo Isidoro alegremente; pero, oye, Gustavo, ¿qué dices? Parece que se nos va olvidando el teatro.

—¡El teatro! ¡el teatro! murmuré con despecho. ¡Quién piensa ya en divertirse! El asunto es demasiado serio para ir a oír *Marina* después de lo ocurrido.

—No nos mortifique usted, señor, dijo el eclesiástico; no queremos llevarnos la molesta impresión de haberle contrariado de alguna manera. Proméтанos que no dará a la familia la pena de dejarla chasqueada y triste después de nuestra visita.

—Es verdad, contesté reponiéndome de nuevo; ofrezco a ustedes que luego saldremos para el teatro.

—¿Y tu resolución? interrogó Isidoro.

—¿La mía? pregunté a mi vez. ¿Mi resolución?

—Sí, señor, sírvase dárnosla como le plazca, repuso don Práxedes con tono grave.

Guardé silencio, lleno de indecisión. De pronto tuve una idea.

—Permítanme ustedes, señores, dije, que llame a la interesada para que sea ella misma quien resuelva.

—Lo tiene ya resuelto, saltó Isidoro; es inútil molestarla.

—Verdad es, objeté; pero como a mí no me lo ha dicho, menester será que hable en mi presencia.

—Que sea como usted lo dispone, asintió el canónigo.

—Como gustes, afirmó también Isidoro.

—Pues con permiso de ustedes, dije.

Me levanté para oprimir el botón de la campanilla eléctrica, y, obediente a mi llamado, vino luego la camarera.

—Diga usted a Alicia, la ordené, que baje en el acto, porque estos caballeros necesitan hablar con ella.

Volví a sentarme; pero todos guardamos silencio. A poco oyose el crugir de la escalera, y la camarera volvió a presentarse.

—Señor, me dijo, la señorita no puede bajar, porque no se siente bien, y suplica a usted la excuse con los señores.

—¿Está enferma? pregunté asombrado, pero casi con alegría.

—Es cualquier cosa; pero no puede bajar.

—No hay para qué incomodarla, dijo don Práxedes levantándose en el acto.

—Volveremos mañana a la misma hora ¿te pare-

ce? preguntó Isidoro poniéndose en pie al mismo tiempo.

—Mañana a la misma hora, o cuando ustedes gusten, repuse levantándome también.

—Sírvase usted excusar tantas molestias, dijo el sacerdote tendiéndome la mano.

Isidoro imitó su ejemplo.

—Casa de ustedes es esta, repuse estrechando sucesivamente las diestras de mis interlocutores, y no admito digan ustedes que me molestan.

Acompañelos hasta la cancela, donde cambiamos las últimas cortesías, y subí luego al piso superior para informarme de la salud de Alicia.

Un tanto preocupado me sentía; pero, ¿cuál no sería mi asombro cuando me hallé de manos a boca con Alicia y Carmen, en pie, en el pasadizo y preparadas para el teatro como si tal cosa?

—¡Cómo! exclamé dirigiéndome a mi sobrina, ¿pues no me mandaste decir que estabas indispueta?

—Es cierto, repuso, pero no tengo nada; vámonos al teatro.

—Entonces ¿por qué lo hiciste?

—Porque no quise bajar, simplemente por eso. Te oí hablar con calor; hasta acá llegó tu voz, y temí estuvieses enfadado. Y como tienes tantos deseos de oír *Marina*, me propuse ayudarte de esta manera.

La miré con extrañeza. Estaba tranquila y me vió con sangre fría. ¡Singular corazón el de las mujeres! ¿Cómo pueden a la vez ser tan indiferen-

tes y tan crueles? Algo me halagó su actitud, y, sobre todo, el que se hubiese rehusado a hablar con los comisionados de Menéndez. Si mostraba tanta frialdad para definir su situación, era tal vez porque no tenía empeño en cambiarla.

—Acabo de pasar un mal rato, dije sin explicar el por qué; de buena gana prescindiría de asistir a la representación.

—No, papá, no, papá, clamó Carmen afligida. ¿Nos vas a dejar vestidas y alborotadas? ¡No, papá, por vida tuya!

—¡Sólo eso faltaba, dijo Alicia uniendo su empeño al de mi hija, que fuésemos a quedarnos con los gastos hechos! No, tío, vámonos, vámonos.

Y uniendo la acción a la palabra, me cogió por el brazo y me hizo bajar la escalera a remolque, llevando tras sí a Carmen, que no la soltaba la mano.

—Pero ¡si no tengo ya humor para divertirme!, protesté; y, además debe estar ya muy adelantada la representación.

—Precisamente porque estás de mal humor, es bueno que te diviertas; así te pasará la murria, replicó Alicia imperativamente. Y por lo que hace a *Marina*, la tomaremos donde la hallemos.

Y dicho y hecho: salimos de casa, montamos en el automóvil y emprendimos la carrera al centro de la ciudad.

CAPÍTULO II

EN EL TEATRO

Aunque la colonia Juárez, donde tenía mi domicilio, dista bastante del teatro Arbeu, punto final de nuestro destino, fué asunto de unos cuantos minutos el atravesar la distancia que nos separaba de aquel lugar, pues volaba nuestro *Protos*, hábilmente conducido por el grave y diestrísimo *chauffeur*, que nos llevó como en volandas, sorteando los incontables vehículos que hallamos al paso, dando vuelta a las esquinas sin ponernos en congoja, y respetando la vida y la integridad física de los transeuntes. Llegamos al coliseo y saltó el lacayo del pescante para abrir la portezuela, ávido de lucir su uniforme de paño verde, adornado en el pecho por una doble hilera de botones de metal; y quitándose la gorra rusa de alto relieve frontal y diminuta visera, mantúvose con la cabeza a la intemperie mientras salíamos del vehículo.

En los momentos precisos en que cruzábamos el pórtico, salía del teatro, charlando y metiendo ruido, un público numeroso.

—¿Ven ustedes? dije a mis compañeras con tono lastimero. Ha concluído el primer acto; sólo veremos el último.

—¿De *Marina*, jefe? Me preguntó un pilluelo entrometido, que oyó mi queja.

—Has adivinado, chico, contesté.

—No se apure, jefe, todavía no empieza *Marina*; hasta ahora va a dar principio. La zarzuela que acaba de pasar, fué otra en un sólo acto. Se cambió el programa porque no llegaba la tiple.

—Gracias, muchacho, contesté jubiloso. Y le alargué una moneda en señal de gratitud por la buena noticia.

—¿Ya lo ves, papá? dijo Carmen. De buena te hubieras perdido si no vienes.

—Tienes razón, hija mía, tienes mucha razón.

Al cruzar el pasadizo que llevaba a los palcos, soltó Carmen la mano a Alicia, porque la estrechura del paso no permitía que fuésemos tres en la misma línea; y yo, aprovechando aquel instante, dije a mi sobrina con voz recatada:

—¿Sabes a lo que fueron a casa esos señores?

—Si, tío.

—¿Diste tu autorización para ello?

Como no respondía, volví el rostro, y ví que hacía con la cabeza una señal afirmativa. Sentí cólera, despecho, exasperación, y con la voz ahogada, articulé penosamente:

—¿Entonces por qué no quisiste hablar con ellos?

—Fueron demasiado pronto; no era eso lo convenido.

Ciego, y olvidando que estábamos rodeados de testigos, me desprendí del brazo de Alicia e hice ademán de volver atrás; pero ella me detuvo.

—Por Dios, tío, murmuró con acento dulcísimo, la gente nos mira.

—Pero ¿qué significa todo eso?

—Luego hablaremos, ya te explicaré.

No hubo más remedio; me dejé conducir, persuadido de que no debía ponerme en evidencia; pero cuando la acomodadora nos hubo abierto la puerta del palco y nos dejó solos, después de recoger mi sombrero y los abrigos de las damas, me negué rotundamente a sentarme en silla delantera. En dos de ellas coloqué a Carmen y a Alicia, y ocupé un asiento en el fondo, detrás de mi sobrina y dando la espalda a la concurrencia.

Pasó el entreacto en silencio, con mucho abrir y cerrar del abanico de Alicia, la cual a cada momento volvía el rostro para verme, y me dirigía diversas preguntas y observaciones, que yo contestaba con sequedad.

—Tío ¿no te impido ver el escenario?

—No; veo perfectamente.

—¿Por qué no acercas más el asiento?

—Porque quiero ver sin ser visto.

—No; así no estamos bien.

—Estamos como debemos; ustedes en la luz, porque son jóvenes, y yo en la penumbra, porque soy viejo.

—Papá, no digas eso; tú no eres viejo, protestó Carmen tendiéndome la enguantada manecita, que mantuve entre las mías un momento.

Alicia no dijo nada; pero me miró con aire de reproche, moviendo la cabeza repetidas veces de un lado para otro.

Comenzó al fin la zarzuela, y la orquesta dirigi-

da por hábil maestro, rompió a tocar la sin igual obertura.

Los sonidos musicales no sólo son maravillosos por su exquisita dulzura, sino también porque tienen timbres y modulaciones en consonancia perenne con el estado de ánimo de quien los escucha. ¿Estáis contentos? Las notas son traviesas y jubilosas. ¿Sois dichosos? Cualquiera partitura es marcha triunfal. ¿Estáis tristes? Todo canto es una queja. ¿Sois desgraciados? Cualquiera acento acordado es un de *profundis*. Y no importa que la intención del compositor o el título mismo de la obra vayan por otro camino; los *scherzos* os arrancarán lágrimas, los *maestuosos* os harán reír, los *funerales* os darán infinito contento. Las notas son aves del paraíso, que os siguen por dondequiera para corear, realzar y engrandecer vuestros propios pensamientos, como eco armonioso e ideal de vuestras ideas, ilusiones, esperanzas y memorias; propiedad vuestra, vibración de vuestro ser íntimo, orquesta infatigable de vuestra vida interior, más vuestra que de quien concibió, ordenó y produjo la partitura; porque desde el momento en que os llega al corazón por el camino del oído, se adhiere y aferra a vuestro espíritu, para no abandonarle más, ni en la alegría ni en la tristeza, ni en la dicha ni en la desdicha, como si formase parte de su esencia incorpórea. Y así como los diferentes motivos de las óperas anuncian, dan a conocer y acompañan a cada personaje, así también cada pieza, canción u obra musical que

habéis oído en ocasión determinada, os recuerda, siempre que volvéis a escucharla, un sitio, una persona, una situación especiales, y hasta una época entera de vuestra existencia. Hay piezas que huelen a rosas, porque las habéis oído tocar por alguna banda, en un jardín público, en tiempo de primavera; hay otras luminosas, porque os hacen recordar salones de baile, llenos de luces, contorneados de espejos, cruzados en rápidos giros por parejas casi aéreas, y encajes, abanicos, gargantas alabastrinas, brazos hechos a torno, diademas, collares, pulseras, vértigo, deslumbramiento, locura; hay otras que os recuerdan madreselvas colgadas a la reja de una ventana, tiestos de flores, pájaros cantando en doradas jaulas y, en medio del follaje y de los trinos, un rostro hechicero, tan radiante y alegre como la aurora cuando se asoma por los balcones del oriente a mirar los campos, los cerros, los rebaños, los arroyos parleros, el bosque rumoroso, la catarata cristalina, la creación, en fin, toda entera, que sale radiante del seno de la noche, como las esferas diamantinas de los abismos primitivos del tiempo.

La música de aquella obertura me recordaba a Concha, mi difunta esposa, y la edad primera de mi vida; mis ilusiones de joven, mis anhelos confusos, la poesía de mis años primaverales, las emociones del primer amor, las flores dadas y recibidas, los billetes perfumados, las rondas nocturnas, las citas por la ventana, el primer *sí* salido de unos labios de grana, el temblor de las emociones, el galopar

de la sangre, los latidos del corazón, los ensueños de la dicha, y horizontes llenos de luz y henchidos de vívido fuego.

Venían con precisión a mi memoria, la noche de la primera audición de la obra del inspirado Arrieta, y los dulces instantes en que por primera vez me sentí como electrizado por los sonos de tan poética partición. Esa noche, advertido de antemano por mi encantadora novia, tomé asiento de luneta al pie de la platea ocupada por la familia de Concha, y durante toda la representación, contemplé a mi sabor el rostro hechicero de la niña y tuve la gloria de recibir las casi constantes miradas de sus dulces ojos; de tal suerte que en el íntimo fondo de mis emociones, formaron desde aquel día una extraña mezcla de bellezas y melodías, el rosicler de unas mejillas y la melancolía de unos coros, la sonrisa de unos labios y el misterio de una aria, la languidez de unas miradas y la ternura de unos dúos; y frente blanca, nariz graciosa, cuello de cisne, cabellera de ébano, talle esbelto y mil perfecciones dignas del pincel de Murillo, quedaron desde aquel punto entrelazadas y confundidas en mi recuerdo y en mi corazón, con notas, arpegios, trinos, sollozos y risas, como si no fuesen cosas inconexas o inamalgables, sino partes de un mismo todo homogéneo y armónico.

Pero, no bien se hubo levantado el telón y la representación dió principio, cuando cambió por completo el curso de mis ideas, y sobreponiéndose una impresión a otra impresión, la del momento

presente a la del ayer fugitivo, cesé de pensar en mis primeros amores, y preocupaciones nuevas fueron tomando posesión de mis pensamientos; y de tal modo me sentí identificado con el argumento y la música, que oía que mis propios sentimientos hablaban con los versos de Camprodón y gemían con la música de Arrieta.

Marina y Jorge se habían creado juntos, habían vivido bajo el mismo techo y se amaban tiernamente, pero nunca se habían confesado su cariño. Luego, por una equivocación lamentable, cuando Jorge, al volver de un viaje de mar, venía resuelto a abrir su corazón a Marina y a casarse con ella, Marina, creyendo que el joven amaba a otra doncella, acepta las proposiciones de Pascual y se compromete a darle su mano. ¡Cuán patético sonó en mis oídos el canto de la joven!

Brilla el mar engalanado
con su manto de bonanza;
Dios sus olas ha pintado
del color de la esperanza.

.....
Cuando el agua reverbera
con la luna en el estío,
es la brisa mensajera
del suspiro que le envió.

Sí, pero Jorge era amado sin saberlo, y yo no lo era; él era joven y yo hombre maduro; los protagonistas se veían como hermanos, y (aquí se clavaba el nombre de mi sobrina en lo más profundo de mis entrañas) Alicia y yo éramos como hija y

padre. La trama tejida por el poeta, y espléndidamente exornada por el músico, era un idilio, era un poema; mientras que la inclinación que en mí se había arraigado, no era más que un sainete, un paso cómico, bueno a lo sumo para ser subrayado por alguna música de opereta.... Y, no obstante, acá en mi pecho, latía potente aquel grito, aquel clamor de fibra herida, y todo el horizonte de mi alma estaba lleno de la imagen de Alicia. ¡Cuán infeliz y ridículo me sentía! No, aquello no podía ser, y, sin embargo, era. ¿Qué remedio? ¿Cómo arrancar esa luz de mis ojos? ¿Cómo esa voz de mis oídos? ¿Cómo esa esperanza de mi alma? Sólo Dios, que creó el cielo, y la tierra, y sostiene los mundos, y hace nacer el día, y la noche, y puede reducir a polvo al Universo, solo EL, por ser omnipotente, alcanzaría a realizar ese milagro; yo no, creatura flaca y mísera, falta de voluntad y de energía. Mi corazón no estaba preparado para la lucha, que ni siquiera intentaba. Sentía el dardo clavado en la herida, y me dolía; pero no hacía esfuerzo alguno para arrancarle. No sabía si mi mal podía tener remedio; pero si lo tenía, no quería ser curado. Sufría por aquel afán, pero no tenía alientos para sofocarle; me ahogaba en aquella prisión, pero no deseaba quebrantarla; me consumía en aquel fuego, pero no procuraba apagarle. Con esa insensatez, con esa tenacidad se ama en la madurez de la vida. Pero ¿cómo había nacido en mí aquel cariño? Yo mismo no lo sabía; ni siquiera lo había sospechado antes de ahora. La verdad, la

triste verdad de mi afecto, se había manifestado de improviso aquella misma noche, pocos momentos antes, cuando los comisionados de Menéndez habían ido a pedir la mano de mi sobrina. No, el enojo que me causó la comisión, no tenía origen en la reserva de Alicia; así lo había dicho al canónigo y a mi amigo, pero no era la verdad. La ira suscitada en mí por aquel hecho, provenía de los celos, porque había descubierto que Alicia amaba a otro y quería abandonarme, dejando mi hogar solitario, helado mi corazón e inútil mi vida.

Aquí iba de mis reflexiones, cuando ví que mi sobrina, inclinando la cabeza, saludaba hacia abajo, a una persona que debía estar en el patio. Instintivamente miré en aquella dirección, y luego me di cuenta de la presencia de Menéndez, que ocupaba un asiento al pie de nuestro palco, y no separaba los ojos de nuestro grupo. Tan pronto como el joven observó que asomaba mi cabeza, se apresuró a saludarme con visible respeto. Contestele rápidamente y con disgusto, como hubiera contestado un guiño de la cabeza de Medusa, y echándome hacia atrás, torné a ocultarme en la penumbra. Alicia, que no me perdía de vista con el rabillo del ojo, volvió el rostro hacia mí, me miró intensamente, sin decir palabra, y desde aquel momento no vió más para el patio, sino solamente al escenario.

¡Cuán hermosa me parecía! Se me figuraba que nunca la había visto, que no la conocía bien; que apenas había reparado en ella durante los doce años que la había tenido cerca de mí. Habíase ves-

tido de gala para asistir a aquella anunciada «re-
prise», lo mismo que habían hecho todas las damas
que habían concurrido al teatro; y parecía una rei-
na con aquellos lujosos atavíos. La nuca ornada
de finos cabellos castaños, y el ligero escote de la
espalda, ponían ante mis ojos la blancura y la ter-
sura de su piel; largos guantes que le subían hasta
arriba del codo, aprisionaban sus manos atenienses
y sus mórbidos brazos; su fino talle tenía la flexi-
bilidad del bambú; sus orejas pequeñas y sonro-
sadas parecían de tierno niño; sus mejillas lucían
combinadas la blancura de la nieve y el color de
las rosas; era helénica su nariz recta y delgada; sus
cejas bien pobladas y casi unidas por el centro, dá-
banle gracioso aspecto de fiereza; y sus ojos enor-
mes, de largas pestañas y pupilas oscuras, pare-
cían tener encerrados en su impenetrable misterio,
la dulzura y el rigor, la alegría y la tristeza, toda
la sombra de la noche y toda la luz de los cielos.
Me era preciso mirarla, porque la tenía delante, y,
sobre todo, porque necesitaba analizarla despacio
para que su figura quedase más y más grabada en
mi retina; a fin de recordarla siempre, tal cual era,
hasta en sus menores detalles; para poder evocarla
después con toda precisión, como imagen querida
próxima a desvanecerse. ¡Ah! ¿por qué no la ha-
bía visto yo más, mucho más, durante nuestra vi-
da de familia? ¿Por qué había apartado de ella los
ojos alguna vez para fijarlos en objetos fútiles y
feos, indignos de toda atención? ¿Por qué no había

pasado la vida contemplándola, extático como ante
una visión celestial?

Y no era eso todo. Sobre tan extraordinario con-
junto de prendas físicas, se erguía y ostentaba otro
más hermoso, aunque invisible; el de los ideales
encantos de su alma. Parecía imposible que Dios
hubiese echado a este mundo aquella creatura, que
más que mujer, parecía un ángel desterrado del
paraíso. De ideas vivas y rápidas, de imaginación
deslumbrante como movable espejo de luz, de sen-
timientos apasionados y tiernos, olvidada de sí mis-
ma para consagrarse a los otros, caritativa, piado-
sa, era la alegría de la casa, el sostén de la familia
y el imán y el embeleso de todos los que girábamos
en su torno, como astros en derredor del sol. ¿Y
la iba a perder para siempre? ¿E iba ella a lucir y
derramar todos los tesoros de sus gracias lejos de
mí; lejos de mí, que la había llevado a la escuela
por la mano, que la había rodeado de todo linaje de
solicitudes desde que la había conocido, y que la
había visto crecer y transfigurarse al calor de mi
cariño, como planta cuidadosamente cultivada por
celosísimo jardinero?

Así pensaba mientras cantaba Jorge en la esce-
na, en situación análoga a la mía:

Alma mía que has soñado
con mentido paraíso,
que el destino despiadado
desvanece de improviso;
solitaria tu querella

en el pecho ocultarás,
pero amar cual la amo a ella
Ya nunca más

Conmovid por el canto, por la situación y por mis propios afectos, dejé escapar suspiro involuntario, que más que suspiro, pareció sollozo gemido; y Alicia, que seguía vigilándome al soslayo, tornó a verme de frente:

—¿Qué tienes, tío? díjome con voz dulcísima.

—Nada, contesté, ridiculeces de romántico.

—¿Tanto te conmueve *Marina*?

—Hoy más que nunca.

Claváronse en mí de nuevo los ojazos escrutadores de Alicia, y no se separaron de los nublados míos sino después de largo espacio.

Y así, sumido en aquellas cavilaciones, gozando y sufriendo, vi llegar el fin del primer acto, que es cuando Jorge, despechado, después de informado de las relaciones amorosas de Marina y Pascual, dispone se proceda en seguida al matrimonio; lo cual celebra gozoso el coro:

La dicha do quiera
les brinda hoy el cielo,
gozoso a su anhelo
sonríe el amor,
que sin sombra brilla el día
de su dicha precursor.

Durante el entreacto, levantáronse Alicia y Carmen, y, mientras mi hija paseaba los gemelos por todo el ámbito del coliseo, saludando unas veces, y llamando otras nuestra atención hacia las personas

conocidas que iba descubriendo, hacia la belleza de alguna de sus amigas y hacia la elegancia de algunas *toilettes*, Alicia dió la espalda a la concurrencia y entró en plática conmigo.

—Tío ¿te agrada mucho esta pieza?

—Sí, como pocas.

—¿Encuentras los versos muy hermosos y la música muy inspirada?

—Los versos de Camprodón son defectuosos, bastante descuidados, pero sencillos y tiernos, y a las veces, tocan lo más vivo del sentimiento; díganlo, si no, los de «Flor de un día» y «Espinas de una flor», que mis padres se sabían de memoria. En su tiempo, fueron muy gustados esos dramas, que hoy han caído en el olvido, tal vez con harta injusticia, porque tienen un lirismo delicioso. Por lo que respecta a la música, sin decirte que sea, en mi concepto, de lo mejor del mundo, creo, sí, que es de lo mejor que España ha producido. Tiene coros, tercetos y dúos de innegable y patética belleza: esta partitura me pone triste y alegre al mismo tiempo.

—¿Te trae muchos recuerdos a la memoria?

—Muchos.

—¿Por eso te enternece tanto el oírlo?

—También por eso.

—¿Y por algo más?

Hice señal afirmativa con la cabeza; Alicia volvió a mirarme con insistencia, y yo, para no traicionarme a mí mismo, me dirigí a mi hija en voz alta:

—Y a tí, Carmen, la dije, ¿te ha agradado la pieza?

—Sí, papá, repuso la niña con frialdad; pero me parece muy tonto el argumento.

—Dime por qué, interrogué picado de curiosidad; explícamelo, Carmen.

—Porque yo, si hubiera estado en lugar de Marina, no me hubiera sacrificado por otro. De boba se pasa al ir a casarse con Pascual, a quien no quiere. Y yo también, en lugar de Jorge, no hubiera dado a Pascual la mano de Marina con tanta facilidad.

—Pues ¿qué hubieras hecho en ambos casos?

—Claro, en lugar de Jorge, hubiera dicho a Marina que la quería; y en el de ésta, le hubiera correspondido.... Y luego, al casorio. Porque los dos se querían.... y se andaban engañando.... A mí no me gustan estos enredos.

El infantil entendimiento de mi hija, ajeno a todo recurso efectista, veía las cosas según la naturaleza, y llegaba a muy sanas y lógicas conclusiones; pero no contaba con la refinada sutileza de Alicia, quien, por razón de sus variadas lecturas o por cualquier otro motivo, salió luego a la palestra para sostener que Marina obraba como debía, porque su obligación era no servir de estorbo a Jorge, su bienhechor, y porque de nada le valía consumirse de pasión, supuesto que Jorge no se le había declarado en tantos años como habían vivido juntos.

La niña sostuvo su tesis con sencillez, replicando que así pasarían las cosas en el teatro, pero que en

la vida real, eran de otra manera; y Alicia afirmó muy formalmente, que no solamente en el teatro, sino también en la vida real solían darse acontecimientos de esa naturaleza.

Por mi parte, oí las razones de la una y de la otra sin tomar parte en la discusión, aunque admirando el despierto entendimiento de Carmen, y doliéndome, por motivos que yo me sabía, y que me guardé de externar, de que Alicia aprobase la conducta de Marina.

En estas pláticas estábamos, cuando pasó el entreacto, y dió principio el acto segundo. Veamos la escena.

Jorge ha convidado a sus compañeros a vaciar algunas copas, y el grupo está por todo extremo contento; pero el joven ha bebido del triste y canta:

¿A dónde váis huyendo
las ilusiones,
que nos dejáis sin vida
los corazones,
y en pago del tormento
de tanto amar,
se va el suspiro al viento
y el llanto al mar?

Y el coro responde:

A beber, a beber, a apurar
la copa del licor,
que el vino hará aumentar
los goces del amor.

Pero Jorge, dominado por el despecho y queriendo ahogar su dolor, continúa apurando vaso tras

vaso, hasta que acaba por embriagarse. Entonces, incapaz de sostenerse ya, da rienda suelta a su oculta pena, y entona aquellas deliciosas estrofas:

¿No sabes tú que yo tenía
el alma enferma de tanto amar,
y desde el fondo del alma mía
mi amor gritaba: ¡matar! ¡matar!?

De hoy más, beber;
de hoy más, cantar;
no tengo lágrimas
para llorar.

Marina, que está presente, trata de averiguar el nombre de la mujer a quien tanto ama Jorge, pero inútilmente, y éste sigue cantando:

En las alas del deseo
mi ilusión la ve flotar,
la dibuja el cabrileo
de la luna sobre el mar;
yo percibo dondequiera
de sus pasos el rumor,
y en mi extraña borrachera
yo la siento en derredor.

Una vez más, dominado por la emoción que la letra, el canto y el estado de mi ánimo en conjunto combinaban y producían, volví a suspirar, esto es, a sollozar de un modo perceptible; y Alicia, al oír de nuevo mi muda querella, no se limitó ya a volver el rostro para verme, sino que, dejando el asiento delantero que ocupaba, vino a tomar otro al lado mío.

—¿Sufres, tío? ¿Qué tienes? me preguntó solícita.

—No te lo puedo decir, repuse con voz entrecortada; pero lo que oigo y lo que veo se parece tanto a...

—¿A qué?

—No, no; a nada.

—Dímelo, tío.

—Imposible; vuelve a tu asiento: desde aquí no vez bien el foro... ni el patio.

—¿Qué me importan el foro ni el patio?

—¿Cómo no, si allá abajo está tu novio! ¿Qué dirá si no tornas a aparecer?

—No lo sé; que diga lo que quiera.

—Alicia, te ruego ocupes de nuevo tu lugar.

—Solamente de un modo.

—¿Cuál?

—Que me digas a qué se parece lo que estás viendo y oyendo.

Vacilé unos momentos.

—Anda, tío, no seas malo, insistió con voz trémula ¿me lo dices?

—Está bien, contesté con grande esfuerzo, ya que te empeñas...

—¿Cuándo? ¡Ahora mismo!

—No, cuando volvamos a casa.

—¿Palabra?

—Palabra.

Volvió Alicia a su puesto, y continuó desarrollándose la acción. Las cosas no siguieron tan mal en el foro. Pascual, engañado por falsas apariencias, cree que Marina le es infiel, y rompe el compromiso de casarse que con ella había contraído; y Jorge,

que se da cuenta de todo y tiene fe ciega en la angelical virtud de su amada, acude a su defensa y la ofrece su apoyo. Entonces se abre paso la verdad de los sentimientos de ambos jóvenes, y Marina da a entender que no es a Pascual, sino a otro hombre a quien quiere. Y sigue este hermoso diálogo:

JORGE.

Pues bien, nómbrame al doncel
a quien tanto amor le tienes,
y quizás dándote bienes.....

MARINA.—(Con amargura).
¡De qué me sirven sin él!

JORGE.—(Con emoción).

Yo parto, así como así,
mañana a buscar fortuna,
ya que aquí no hay alma alguna
que se interese por mí.

MARINA.—(Con expansión de llanto).

Jorge, por Dios, no te vayas,
si no quieres que yo muera.

JORGE.

Vamos, seca el llanto y dí,
si un día viniese acá
el que tú amas.

MARINA.—(Con candor y rapidez.)

No vendrá.

JORGE.—(Con naturalidad).

¿Por qué?

MARINA.—(Cortada y balbuciente).

Porque ya está aquí.

JORGE.

Ya ves cómo yo pudiera
ser estorbo a mi pesar.....
y esto me obliga a marchar.

MARINA.—(Llorando).

Entonces estará fuera.

JORGE.—(Con expansión.)

Angel puro de candor
dime, ¿quisieras?.....

MARINA.

Acaba.

JORGE

¿Ser mi esposa?

MARINA.

Ser tu esclava,
si poseyese tu amor.

JORGE.

Pues ya de aquí no me alejo.

—¡Hasta que al fin! murmuró Carmen, como aliviada de un gran peso. ¿Ves, papá, cómo yo tenía razón?

—¡Ojalá todo se arreglara en el mundo con tanta facilidad como se arreglan las cosas en la escena! repuse.

—Ya lo creo, dijo Alicia. ¡Cuán hermoso fuera! ¡Qué diálogo éste tan lindo!

—Las contestaciones de Marina a Jorge son muy delicadas. *Porque ya está aquí.... Entonces estará fuera,* murmuré.

—Tío, Camprodón conocía bien a las mujeres.

—¿Por qué lo dices?

—Porque pone en boca de Marina un lenguaje muy natural.

No supe qué decir, y guardé silencio.

De ahí a poco terminó la zarzuela. Rota la equivocación y bien avenidos ya Jorge y Marina, no quedó más por hacer, que preparar la boda y alegrarse todo el mundo. Por eso canta el coro final:

¡Dichoso aquel que tiene
su casa a flote
y a quien el mar le mece
su camarote;
y oliendo a brea
al arrullo del agua
se balancea!

CAPÍTULO III

DESPUÉS DEL TEATRO

Salimos del teatro, todos de mejor humor que como habíamos entrado en él; Alicia cogida de mi brazo y Carmen de la mano de su prima.

Al cruzar por en medio de la doble hilera de curiosos que ocupaba el pórtico, ví desde lejos a Menéndez, que nos atisbaba con empeño entre las oleadas de la muchedumbre que precipitadamente se marchaba; y al pasar cerca de él, fingí no haberle percibido para no saludarle. Alicia por su parte

no le saludó tampoco, ignoro si por no haberle distinguido entre el gentío, o con intención preconcebida. El hecho fué que en aquel momento, estrechando mi brazo y volviendo el rostro hacia mí, díjome:

--Buena entrada ¿eh, tío?

—Ya lo creo, repuse satisfecho, la compañía no puede quejarse; ha sido un éxito la representación.

Durante el trayecto que recorrimos al volver a la casa, poco hablamos los tres: Carmen, porque llevaba los ojos cargados de sueño y no tenía alientos para nada, Alicia por motivos que ella sola conocía, y yo porque iba sumido en las reflexiones propias del momento.

Al llegar a nuestro domicilio, mi hija subió corriendo a su cuarto, después de haberme pedido la bendición, porque no podía ya con su cuerpo, y permanecimos solos en el «hall», mi sobrina y yo. Ambos estábamos visiblemente turbados; pero como las mujeres suelen tener más dominio sobre sí mismas, que nosotros los hombres, fué Alicia la primera en romper el silencio.

—Tío, me dijo, ya estamos en casa; dime lo que me ofreciste en el teatro.

—¿Que te ofrecí, criatura?, repuse fingiendo haberlo olvidado.

—¿Por qué estuviste tan conmovido hace poco, y a qué se parece la escena de «Marina» que te hizo sollozar?

Atacado tan de cerca y con tanta firmeza, no me quedó más recurso que el de apelar a la ofensiva.

—Es cierto, repuse; pero si obligado estoy a darte esa explicación, tu lo estás a darme otra primero.

—No recuerdo, fingió también Alicia; pero esa es otra cosa. . . . No embrolles los asuntos, tío dé mi vida.

—No los embrollo; eres tú quien trata de obscurerlos. Dime por qué razón han venido a pedir tu mano esos caballeros, y en seguida te explico la causa del malestar que sufrí en el teatro. A tí te toca empezar. Todo ha de ir por su orden.

—¡Cómo eres, tío! Lo que tengo que decirte es muy largo.

—También lo mío.

—¿Quieres que te lo diga mañana? Ahora es ya muy tarde; pasa de la media noche.

—En ese caso, yo también cumpliré mañana lo ofrecido.

—¡Puesto que no hay más remedio! Buenas noches, hasta mañana.

—Hasta mañana, Alicia.

Al comenzar a subir la escalera, se detuvo para preguntarme:

—¿No subes a tu cuarto?

—Dentro de un momento; voy al despacho a escribir una carta urgente.

—No tardes, no te desveles; podría hacerte daño.

—Gracias: será asunto de unos minutos.

Hice girar la llave, y la luz de los focos eléctricos iluminó mi salita de trabajo. Puse sobre una silla el gabán, el sombrero y los guantes, abrí el

escritorio, eché mano de la pluma, y me puse a escribir de corrido, sin parar mientes en lo que decía, y procurando tan sólo encomendar al papel la verdad de mis sentimientos, como si hiciese confesión de mis culpas. La intensidad de las emociones que iba evocando, me obligaba a suspender el trabajo a las veces, y me hacía caer en dilatadas divagaciones que volaban al través de los años; y las cosas vistas y las escenas vividas iban desarrollándose claramente a mis ojos, como si remontase el curso proceloso del tiempo; y hondos suspiros me salían del pecho al contemplar aquellos cuadros que formaban parte de mi existencia y llevaba profundamente grabados en mi corazón. Así fue extendiéndose mi confesión bajo la forma de una carta larga, muy larga; pero apenas suficiente para contener un resumen brevísimo de mí íntima historia. Héla aquí:

«Alicia:

«No sintiéndome con fuerzas para decírtelo de palabra, voy a confiar mi secreto a este papel, que mañana pondré en tus manos.

«Excusa, antes de todo, la extravagancia de mi conducta, y no te rías de tu pobre tío; eres tan noble y buena, que todo me lo vas a dispensar: estoy seguro de ello. Animado por esa esperanza, volcaré en estas blancas hojas el vaso de mi corazón, lleno de esencias purísimas, formadas de admiración y de cariño; ojalá al difundirse por el santuario de tu alma, hallen la piadosa acogida que de tí imploro.

«Alicia, no soy lo que parezco, no soy lo que debiera, no soy tu tío respetable, atento sólo a tu

bienestar y lleno de desinterés, nó; soy . . . soy . . .
¿Cómo te lo diré? Es preciso no retroceder ante la
palabra: soy tu admirador devotísimo; no como
deudo, sino como hombre; tu rendido adorador, tu
enamorado ciego y vehementísimo. Pero yo no lo
sabía, ignoraba lo que pasaba dentro de mí mismo,
y estaba engañado respecto de mis propios afectos.
Hasta ayer, hasta hace unas cuantas horas todavía,
habría jurado que mi entusiasmo por cuanto te
atañía, que el interés vivísimo que me inspirabas,
que el placer con que te veía y el aplauso que en
todas ocasiones te tributaba, por lo que hacías, por
lo que decías y hasta por lo que callabas, por todo,
en fin, cuanto se relacionaba contigo, no eran más
que destellos y manifestaciones de mi cariño pater-
nal, desinteresado, ajeno a todo sentimiento egoís-
ta. El mar de años que nos divide (yo tengo cua-
renta y dos y tú veinte), el hallarte tú en la prima-
vera, y yo en lo más alto de la pirámide de la vida,
de donde no haré sino ir descendiendo dentro de
poco; el haberme acostumbrado a verte desde niña
casi como si fueses mi hija, creciendo, educándote,
floreciendo, por decirlo así, a mi lado, natural y
sencillamente, como pasan las cosas del hogar; todo
eso me había hecho vivir fuera de mí y había pue-
sto una venda en mis ojos; pero tan espesa que no
me permitía vislumbrar ni un átomo de la verdad
al través de sus tupidísimos hilos. Ha sido preciso
que un acontecimiento extraordinario viniese a sa-
cudir mis nervios, que un quemante rayo de sol
viniese a herir mi retina, para que saliese del pró-

fundo error en que estaba sumido, y llegase a com-
prender que mi inclinación hacia tí era de un ca-
rácter más complicado que el que le daba, y que
mi apego a tí, no nacía del cumplimiento de un
deber de familia, ni del abnegado afán de verte
dichosa, sino de la alegría que dabas a mi corazón,
de la luz que derramabas en mi camino, de la dicha
que irradiabas sobre mi existencia.

«Anoche, cuando los comisionados de Menéndez
me pidieron tu mano, y me aseguraron que amabas
a ese joven y que todo se hacía con tu aprobación,
sentí un golpe repentino en el pecho, como si una
mole enorme hubiese caído sobre mí, y me quedé
a oscuras; me faltó la respiración, se me desgarró
el alma, y poco faltó para que hubiese lanzado un
alarido. Entonces fué cuando comprendí que el
afecto que te tenía no era cariño, sino amor, y que
eras para mí, no la niña mimada, no la sobrina
predilecta, sino la mujer amada, la elegida de mi
corazón, el ídolo de mi alma. Por eso, loco de des-
pecho y de dolor, prorrumpí en aquellas altas voces
que escuchaste desde arriba, y desentoné y me des-
compuse ante el canónigo y mi amigo, presentando
el desagradable espectáculo de un hombre sin cor-
dura, razón ni cortesía. Pero ¿qué querías que hi-
ciese, sobrina de mi alma? Aquellos señores venían
a arrebatarme mi tesoro, mis ilusiones, mi vida:
venían a decirme que tú no eras mía, que no tenía
título para conservarte a mi lado, y que tú misma
no querías ya continuar en mi casa; que recobrabas
tus derechos e ibas a salir de aquí para siempre,

para formar otro hogar y dejarme sumido en la soledad más triste, en el más negro de los dolores. ¿Sabes de algún avaro que se haya dejado arrebatar sus caudales sin defenderlos, o puedes imaginarte alguna víctima que no lance una queja cuando el verdugo le arranque los ojos o las entrañas? Pues mi situación era parecida a cualquiera de esas situaciones, y hasta más dolorosa todavía, pues mejor quisiera ser pobre, o ciego, o ver llegada mi última hora, que perderte a tí, que eres mi luz, mi vida, mi todo.

«Aparte de eso, influyó mucho para mi enojo el pensar que me habías engañado, porque aparentabas haber roto definitivamente con Menéndez, y seguías manteniendo con él relaciones ocultas; y, aun suponiendo que yo no te amase, sino fuese para tí un hermano o un padre verdadero ¿no fué cruel e ingrato de tu parte el haberme burlado? No, yo no merecía aquella recompensa de mi cariño, cualquiera que fuese su naturaleza; no merecía ser juguete tuyo y de tu novio. De la reunión de todos esos afectos y motivos se formó mi indignación, que fué un grito de protesta contra mi infortunio.

«Hace un poco más de un año me dí cuenta de que Menéndez, mi discípulo y protegido, había puesto en tí los ojos, y de que tú no eras insensible a sus tiernas demostraciones. Entonces monté en cólera también, lo mismo que ahora; pero creí que era sólo por el atrevimiento del mancebo, que osaba aspirar a tanto, y tuve con él una disputa que justificó, a mi parecer, con la consideración de que el

joven había abusado de la confianza que yo en él había depositado, para meter en mi casa desconocidos trastornos, y de que su conducta demostraba que no era suficientemente caballero. A tí te increpé también por haber hecho aprecio de aquel mozalbete sin mérito, ni posición, ni nada que pudiese recomendarle; y ambos me ofrecisteis enmienda, y poner punto a vuestros amores. Y en efecto, todo pareció realizarse como me lo habíais ofrecido: cesó Menéndez de concurrir a mi bufete, no volvió a rondar la casa, no insistió en enviarte flores ni esquelas, y tú, por tu parte, no volviste a asomarte al balcón, ni manifestaste inquietud, contrariedad ni tristeza por aquel desenlace. Al menos así lo creía yo; pero las cosas, en realidad, pasaban de otra manera. ¿De qué medios os valisteis para burlar mi vigilancia? ¿dónde os mirábais? ¿quién se prestó para serviros de intermedario? Misterios son estos que no puedo penetrar, y que es inútil penetrar, ya que tan avanzadas andan las cosas. Mi objeto único al mencionarlos es el de expresar estos dos hechos: que me habéis burlado uno y otro, y que no carezco de motivo para exasperarme al tener la prueba del engaño.

«Ahora que he sondeado mi corazón y sé bien lo que en él pasa, y lo que ha pasado por mí desde hace años, logro explicar el por qué de la cólera que experimenté cuando me enteré de vuestros amores. No, no fué indignación por la falta cometida, lo que me hizo encender en ira contra Menéndez: fué la explosión inconsciente de mi amor, la fuer-

za que me llevó a tan arrebatados extremos: amor del que yo mismo no me daba cuenta, porque vivía engañado sobre la índole del cariño que me inspirabas. He pasado tan absorto estos años, que hoy mismo no podría fijar el día o la época en que mi afecto paternal torció el curso que llevaba, y llegó a convertirse es esta honda pasión que me subyuga. ¡Ve cuán miope es el espíritu para analizar sus propios estados!

«¿Qué objeto lleva esta confesión tardía? Alicia mía, el principal, y casi pudiera decir, el único que tiene, es el de desahogar mi corazón de un peso que le agobia, de dar salida a mi dolor, y de tener, al menos, el consuelo de revelarte, cuánto y cómo te quiero y te he querido, ahora que es tiempo de hacerlo todavía, y antes de que sea un crimen, no sólo hablarte de él, sino sentirlo.

«Vas a separarte de mi familia; dentro de poco no te veré a todas horas como desde hace tanto tiempo te he visto; no oiré tu voz dulcísima, que llena de armonía todo mi hogar, y de emociones mi pecho; ni serás ya para mí lo que hoy eres, porque vas a pertenecer a otro; ni te veré ya como siempre te he visto, porque te vas a trocar en un ser nuevo y distinto del que has sido hasta ahora. ¿Qué haré entonces? ¿a dónde iré? ¿dónde podré hallar alivio a mi tristeza? Me refugiaré en el cariño de mi hija; esa niña de doce años será todo mi consuelo. Pero también ella me hablará de tí, no sólo porque te echará de menos y te nombrará a todos horas, y llorará por tu ausencia, pues sabes lo mucho que te quie-

re, sino también porque su sola presencia traerá tu recuerdo a mi memoria. Como habeis sido compañeras inseparables por tantos años, no puedo concebir a la una sin la otra. Viviré sumido en profunda melancolía, y pasarán los últimos años de mi existencia en la soledad y en la amargura.

«En estos instantes supremos, me represento a lo vivo todo nuestro pasado, y tengo el alma llena de tu recuerdo. Una reunión de circunstancias misteriosas, cuyo curso determinó la mano de Dios, te trajo a mi lado y fué estrechando día a día los vínculos que nos unen. Pedro, tu padre, había enviudado joven, y no tenía más hija que tú. Con él te criaste hasta la edad de ocho años; pero habiendo él muerto al cabo de ese tiempo, te trajo Concha a la casa. Mi esposa, por aquellos días, estaba en vísperas de dar a luz a Carmen, y poco tenías de llegada entre nosotros, cuando a la hora menos pensada sobrevino el alarmante suceso. Noche de espanto fué aquella; mis recuerdos son confusos y oscuros, a fuerza de atropellarse y enmarañarse. La casa iluminada; en pie la servidumbre; carreras por todas partes; el doctor que no venía; ayes, gritos de socorro; miedo infinito; cerradas las farmacias; oraciones fervorosas; crisis, angustia; y, después de todo, la catástrofe. ¡Muerta! En tres horas se desenlazó la tragedia, y Concha dejó de vivir. Parecía una pesadilla espantosa. Negábase la razón a dar ascenso a la realidad, porque parecía absurda; el corazón la rechazaba porque era inhumana. Pero así pasó todo: Concha se nos fué como por sorpresa,

como caída en una trampa, como herida a traición; y en tanto que yo cerraba los párpados entreabiertos de aquella mártir, y depositaba el beso de la piedad y del amor sobre su frente marmórea, Carmen, mi hija recién nacida, yacía olvidada en un rincón de la alcoba en manos de una sirvienta, sin que su madre la hubiese conocido, y sin haber recibido un solo beso de aquella boca contraída por la agonía y aterida por la muerte.

«Y fuiste tú, sobrina mía, huérfana también, vestidita de luto por el reciente fallecimiento de tu padre, quien tuvo compasión de la pobre niña, y quien la tomó bajo su protección desde aquel punto y hora. Y no por eso te olvidaste de mí. Tu alma buena y compasiva, prematuramente abierta a las tristezas de la tierra por el azote del dolor, te inspiró delicadísimos cuidados y atenciones para tu pobre tío, a quien apenas conocías; y para mí tuviste delicadezas de mujer y ternuras de hija. — *Tío, no llores tanto, me decías; al cabo tía Concha está en el cielo.*»

«Y yo, por toda respuesta, te puse en mis rodillas, y estrechando contra el pecho tu cabecita de ángel, continué derramando lágrimas silenciosas, que empaparon tus cabellos; y tú permaneciste quietecita, quietecita, como si hubieses querido respetar mi pena, sin osar moverte para no negarme tu sostén. Y yo, que no tenía en el mundo más que a la pequeñita que aun no conocía, hallé dulcísimo alivio en tu compañía y en tu dulzura, y desde aquel

día se apoyaron nuestras dos debilidades la una en la otra, la de la infancia y la del infortunio.

«Es sorprendente; pero la verdad es que tus fatigas como ama de casa, comenzaron desde esa época. Dábaste tiempo para todo: para acompañarme y no dejarme solo nunca, para rezar conmigo, para distraer mi tribulación con pláticas inocentes, para vigilar a la nodriza y mecer en brazos a Carmen, y para ver, en fin, que nada faltase en las habitaciones, en la mesa y por todas partes. Dios te puso a mi lado para mi consuelo; no sé qué hubiera sido de mí sin tu cariñoso socorro. Aligeraste mi sufrimiento; distrajiste mi soledad, me hiciste tolerable la vida. A mi lado te sentabas a la mesa, aguardábasme puesta al balcón a las horas en que solía volver a casa, y procurabas por cuantos medios estaban a tu alcance, hacer menos amarga mi situación. Y fueron así pasando los días de duelo en aquel compañerismo estrecho, yo más apegado a tí todos los días, y tú más afectuosa y espontánea diariamente conmigo. En mi doloroso naufragio, fuiste la tabla de salvación a que logré asirme, y sólo por tí no me tragarón las olas.

«Y pasaron días, meses y años. Y de modo natural y sin esfuerzo, fuiste entrando en posesión de mi hogar, para protegerlo como providencia, para calentarlo como sol y para presidirlo como reina. ¿Quién de nosotros no te debe algún beneficio? Carmen la vida; yo la resignación primero y después el contento; y todos, hasta la servidumbre, cuidados infatigables, atenciones exquisitas, cons-

tante y dulce cariño. ¿Quién no te ama en esta casa? Todos te queremos, toda ella está llena de tí. El día en que la dejes, va a parecer un cementerio.

«Pero divago. ¿A qué mirar hacia atrás, cuando el presente reclama toda mi atención? Merced a tí, Alicia, he rehecho mi ser, y he vuelto a respirar el aire que conforta, y a ver la luz que regocija, en tanto que mi corazón ha tornado a latir con el ritmo de la esperanza. ¡Y ahora que el edificio está concluido, cuando parezco ser el mismo de mi juventud, y me entrego confiado a las corrientes de la vida; ahora es cuando te alejas de mí, cuando me abandonas y me niegas el sostén que tanto necesito! Y aquel palacio de hadas en que vivo y me ufano, bajo los rayos benditos de un sol nuevo, va a desplomarse de improviso y a sepultarme bajo sus escombros! Es la lógica de las cosas, y no debo oponerme a ella. Natural es lo que pasa y debí haberlo tomado en cuenta; pero no lo preví, pobre loco, y la catástrofe me sorprende en medio de la más insensata confianza. Nada tengo que oponer a tus deseos, por más que me duela; debo confesar que has hecho una buena elección, y que Menéndez es digno de tí. Anda, pues, Alicia, y sé tan feliz como lo mereces; lleva tu encanto a otros ojos, la música de tu voz a otros oídos, el calor de tu cariño a otro corazón. Resignado y ajeno a todo egoísmo, y pensando sólo en tu bien, doy mi consentimiento para que te cases y hago votos fervientes por tu felicidad. ¡De rodillas pido al Altísimo los acója!

«Esta es la primera y será la última vez que te hable de mis sentimientos ocultos. Tan pronto como hayas leído estos renglones, destruye la carta para que nadie la vea y para que tú misma no vuelvas a mirarla nunca. Mi confidencia es para la Alicia de hoy; no para la Alicia de mañana. Después de enterada de mi debilidad, olvídala para siempre y jamás la menciones. No tendrás el derecho de hablar con Menéndez de mi confesión, porque no te lo otorgo. Este secreto es mío, y si te lo trasmito es sólo confiando en tu discreción y en tu cariño de hija. Serías muy ingrata y mala, si alguna vez me traicionases exponiéndome a la befa y al escarnio de los otros. A quien tanto te quiere, algo debes conceder; y yo pongo como precio de mi ingenuidad, una reserva absoluta. La piedad del silencio es un gran beneficio para no pocas desdichas.

«Inútil me parece decirte que esta carta no envuelve ni una reclamación ni una súplica, porque al terminar, nada pido, sino la generosidad de tu perdón. No tengo derecho a otra cosa. Nada me debes, Alicia, ni te cobro nada; me ofenderías despiadadamente si dices a mis palabras esa miserable interpretación. ¡Pedirte un sacrificio! Ni ahora ni nunca; si quisieras hacerlo, no lo aceptarí'a por nada en el mundo. El amor que te profeso es mayor que el que me tengo a mí mismo, y mil vidas que tuviera, las sacrificaría en aras de tu felicidad. Quédate sólo el remordimiento de amargar tu alegría con el espectáculo de mi tristeza; pero tú misma, si supieras lo que sufro en estos instantes, no me ne-

garías el supremo consuelo de la queja. Adiós, pues, y que Dios te acompañe. Hasta hoy fuiste mi amada, mi alegría, mi dicha; de hoy en adelante, no serás tú más que mi hija, mientras yo no seré más que tu padre. Dios me dará fuerzas para desempeñar dignamente ese papel, cuando des el sí que ya asoma a tus labios, cuando te cases... y durante el resto de mi vida. Mi corazón, abierto hoy a tus ojos, volverá a cerrarse para siempre, y nunca más tornarás a escuchar sus lamentos; puesto que el deber llama a mis puertas, me pongo en pie, me yerro y le rindo acatamiento y homenaje.

«Perdona el desorden de mis ideas y estos rondes importunos que hallarás en algunas de estas páginas; dentro de ellos estarán borrosas e ilegibles mis letras. Son rastros de lágrimas que no he podido enjugar. Esas manchas incoloras hablan más que estas líneas negras; inerprétalas, óyelas; te llevan en su triste mutismo, el eco misterioso de mis dolores.

«Son las cuatro de la mañana y es tiempo ya de concluir. Adiós, Alicia... Sobrina mía, que Dios te bendiga.»

Al terminar la carta, embargóme hondo acceso de desesperación, y, echando mano al pañuelo, dejé correr el llanto que ahogaba mi garganta; y lloré mucho, mucho, como lloran los huérfanos y desamparados al quedarse solos y tristes en este vasto e ingrato mundo. Nadie me veía; silenciosa y sumida en sombras estaba la casa. ¿Por qué negarme a mí mismo este consuelo melancólico? Después de

desahogada mi pena, secaría mi llanto, cerraría con cerrojos y candados el santuario de mi pecho, y me pondría la máscara del padre abnegado y solícito que hace la felicidad de su hija; y una vez puesto el antifaz, no volvería a quitármelo nunca.

Mas ¿qué rumor me pareció oír por el lado de la escalera? Crujía el maderamen como si alguien bajase. ¿Era realidad, o era ilusión de mi fatigado e insomne cerebro? No tuve tiempo para analizarlo. Pasos precipitados sonaron en dirección de la puerta, y ésta se abrió de repente; y entró por ella... mi sobrina. Envuelta en blanco peinador y suelta por los hombros la abundosa cabellera, así se presentaba delante de mí.

—¿Qué andas haciendo por acá?, la pregunté sorprendido y procurando a toda prisa enjugarme los ojos, recoger los pliegos escritos y serenar el alterado semblante.

—Por Dios, tío, murmuró acercándose. ¿Qué haces en el escritorio a estas horas? Mira que el desvelo puede hacerte daño.

—¡Cuánto agradezco tu tierna solicitud, *sobrina mía!* continué subrayando con la voz el tratamiento. Yo también voy a reñirte por estar en pie tan a deshora. Ve que puedes enfermarte. Anda, chiquilla, vuelve luego a tu cuarto.

—Sólo que tú también te vayas al tuyo.

—Sí, te lo prometo.

—Bueno; pero antes de eso, quiero que me digas por qué estás tan triste.

—Si no lo estoy; imaginaciones tuyas.

—¡Cómo que no, si aun tienes algunas gotitas de lágrimas en las pestañas! . . . ¡A ver el pañuelo!

—No, sobrina, deja, deja.

Pero no hubo remedio; me lo arrebató de las manos, y con mucha suavidad lo fué pasando por mis párpados.

—¡Y está empapado! murmuró. Tío de mi corazón, ¿qué tienes? ¿por qué no me lo dices? Mira que soy como tu hija, y que para mí no has de tener secretos. . . .

—Escribía una carta sobre asunto conmovedor, y como soy tan impresionable, se me han sublevado los nervios.

—Pero ¡qué ocurrencia! ¡Escribir a estas horas! Y, vamos a ver ¿qué negocio es ese y para quién es la carta?

Vacilé un momento.

—La carta es para tí. El negocio ya lo sabrás.

—¿Para qué escribirme cuando puedes hablarme?

—Esa es cosa mía.

—En fin, puesto que la carta es para mí, dá-mela.

—Sí, la dije, voy a ponerla en tus manos ahora mismo; pero bajo una condición.

—¿Cuál?

—Que no habrás de leerla sino hasta mañana.

—Es mucho pedir.

—En ese caso no hay carta todavía.

—Pero yo la tomo.

Y mi sobrina, sorprendiéndome con la rapidez de la acción, se echó sobre los papeles y comenzó

a recogerlos. En vano traté de impedirlo; mi mano tropezaba con la suya a cada momento y se retiraba a su contacto.

—Estos papeles son míos, y nada más que míos, repetía. ¡Vamos, a un lado esas manos! ¡Tío, no seas porfiado!

Y se apoderó al fin de todos los pliegos.

—Ahora, dijo, hay que ponerlos por orden. ¿Dónde está el principio? ¡Ah! Ya le hallé.

Y acercándose a la luz, se echó a leer ansiosamente.

—No, eso no; exclamé lleno de confusión. Delante de mí, no; en tu cuarto, en tu cuarto.

Pero ella continuó breve espacio sin atender a mis protestas, y a medida que recorría aquellos renglones, iba poniéndose más y más serio su rostro. Palideció de pronto; después se puso roja hasta los lóbulos de las orejas. En seguida interrumpió la lectura, me miró con expresión indefinible, y murmuró con voz trémula:

—Sí, tienes razón, vale más leerla en mi cuarto.

—Bien te lo decía.

—¿Subes al tuyo?

—Al instante; voy detrás de tí.

Anduvo con paso lento, y al llegar a la puerta, volvióse a mí, y tendiéndome la diestra fría y convulsa, díjome con acento alterado:

—Hasta luego, *Gustavo*.

CAPÍTULO IV

EXPLICACIÓN

¡Hasta luego, Gustavo! Era la primera vez que me hablaba por mi nombre; siempre me había dicho tío. ¿Por qué ese cambio repentino? ¿Era porque mi carta le había hecho perderme todo respeto? ¿Quería significarme con aquel tratamiento, que me consideraba indigno de la grave investidura del parentesco con que me había visto ataviado hasta entonces? ¿Iba a considerarme y a tratarme en lo sucesivo como a un extraño? ¡Qué humillación para mí, si tal era la significación de su nueva actitud!

Sin embargo, yo no había observado gesto de desagrado en su rostro, ni tono desdeñoso en su voz, ni luz de soberbia en sus ojos; sino por el contrario, la palidez y el rubor de la emoción, mezclados a cierto temor de origen misterioso. ¿Qué sentido habría tenido su mirada última? Me había sorprendido por su inusitada expresión; nunca antes había hallado otra semejante en sus ojos. Y luego, su voz conmovida, sus manos trémulas y su salida precipitada. ¿Significaría todo aquello que...? No, no; eso era imposible.

Después de mucho pensar y discurrir, acabé por fijarme en esta idea, que era la más racional y podía explicarlo todo: al tener conocimiento de mi amor, Alicia se había sentido tocada en lo más vi-

vo de sus sentimientos, nó porque me amase, sino porque me tuviese afecto de hija. En el acto mismo debió presentarse a su espíritu el grave problema de su gratitud y su cariño filial, en combate con su inclinación de joven y su amor a Menéndez. Era casi seguro que la dificultad de su matrimonio no había llegado a presentársele bajo este aspecto; sino bajo otro mucho menos penoso. Creía, de seguro, iba a tropezar con mi oposición y mi disgusto, basados en la antipatía que yo había demostrado hacia el joven; pero ese tropiezo debió parecerle de escasa importancia. Con súplicas, mimos y unas cuantas lagrimitas, habría contado con hacerme ceder y aceptar al nuevo sobrino.

Pero hé aquí que de pronto cambiaba de forma la dificultad, y en lugar de hallarse frente a frente con la resistencia del protector, se encontraba con la pasión del hombre, y con el tío convertido en enamorado; y que, para salir del apuro, había menester, no pedir perdón por la desobediencia, sino dar una rotunda negativa a quien había sido para ella, amparo, salvaguardia y providencia durante los años dilatados de su orfandad. Si para lo primero se había sentido con fuerza bastante, no había sido lo mismo, sin duda, para lo segundo. Así, la complicación que había estimado sencilla al principio, se había agigantado de improviso, había adquirido dimensiones inesperadas y se había enmarañado como madeja de bien anudados hilos. Por eso se había impresionado y puesto tan súbitamente nerviosa; porque el descubrimiento la ponía en pe-

nosísimas circunstancias, y porque su alma buena y agradecida, debió caer en un profundísimo abismo de vacilaciones, tan pronto como la luz se hizo sobre el verdadero carácter de mi cariño. ¡Pobre niña! ¡Cómo habría sufrido en aquella lucha dolorosa entre su amor y su gratitud, entre su amado y su padre! Con amargura y remordimiento pensaba yo en el efecto que las palabras todas de mi carta habrían producido en su espíritu, no acostumbrado a las borrascas de las pasiones, y me arrepentía sinceramente de haberle hablado de lo poco que había hecho por ella, de la falta que haría para mi dicha y de la aflictiva soledad en que iba a dejarme. Sólo mi egoísmo pudo inducirme a tocar aquellos detalles y a hacer uso de tan mal aconsejado lenguaje. ¡Ojalá me hubiese sido dable borrar aquellas páginas o la impresión causada por su lectura en el pecho de Alicia! Pero la imprudencia, la falta de tacto, la crueldad, no tenían ya remedio; una vez partido el proyectil, había dado en el blanco y la herida estaba hecha.

Persuadido de que mi razonamiento era bien fundado y correspondía a la verdad, saqué de él la natural consecuencia a que se prestaba. Dada la índole de la joven, iba ésta a creerse obligada a renunciar a su proyectado enlace, sólo por reconocimiento, y estaría dispuesta a manifestarme un afecto que en realidad no sentía. Y si yo permitía su inmolación, sería capaz hasta de casarse conmigo. ¡Pero no, eso no podía ser, eso no sería de ningún modo! Porque yo rechazaría valientemente el ho-

locausto de aquella alma, cuya alegría me era más cara que la propia, y porque mi dignidad misma me impedía ser *aceptado*, no querido, y representar el papel de sacrificador de corazones.

Bulleron en mi cerebro toda la madrugada aquellas ideas con la vivacidad de hirviente y ruidoso caldero, y una a una las fuí tejiendo y destejiendo con ansiedad calenturienta, como debe analizar las suyas el condenado a muerte la noche anterior a su ejecución; así que no llegué a dormir, ni tuve un instante de descanso, y que tanto mi alma como mi cuerpo sentíanse rendidos por la fatiga a la mañana siguiente.

Levanteme, con todo, a las siete, como de ordinario; pues la cama era para mí un lecho de Procusto, y, además, porque me aguijoneaba la inquietud de la conferencia que iba a celebrar con mi sobrina. ¿Qué me diría? ¿Cómo se presentaría delante de mí? ¿Qué expresión llevaría en el semblante? Como quiera que fuese, mi resolución estaba tomada: rechazaría a todo trance su inútil sacrificio, en el caso de que, como era probable, llegase a proponérmelo.

Y, a pesar de todo, durante las crueles horas de sufrido insomnio, y aun después de haberme puesto en pie, no se había apartado de mis oídos la frase pronunciada por mi sobrina al despedirse de mí: *¡Hasta luego, Gustavo!* Fué el tema principal de todas mis conjeturas, ilusiones e incertidumbres. *¡Hasta luego, Gustavo!* He aquí el núcleo misterioso y lumínico, en derredor del cual giraba todo;

y con el eco de aquellas palabras en los oídos y en el corazón, salí de mi cuarto y me dispuse a entrar en los arcanos de aquel día inolvidable.

Pasé al baño y dejé correr por mi cuerpo los frescos y delgados chorros de la regadera, que acariciaron blandamente mi piel calenturienta y vigorizaron mis nervios flácidos y enfermos; en seguida, me afeité, peiné con esmero y vestí el terno más nuevo y bien cortado que hallé en el guardarropa; y así, lustrosa la cabellera, levantadas las guías del bigote y con la corbata artificiosamente anudada sobre la pechera, me presenté en el comedor. Mas al sentar la planta en él, me dió un vuelco el corazón; Alicia se me había anticipado.

—Alicia, articulé palideciendo, ¿tú aquí?

—Sí, *Gustavo*, ya me ves: te aguardaba para que nos desayunásemos juntos.

—Obligadísimo por la fineza; pero ¿para qué te has levantado tan temprano?

—¡Cómo para qué! Ya te he dicho que para acompañarte.

—Mas tu salud puede afectarse, hija mía, y esa es la que importa.

—Es de roble, ya lo sabes.

—No hay que abusar, con todo...

—No tengas cuidado. Ahora lo que importa es que todo esté de tu gusto.

Y, como de costumbre, se consagró a preparar y a arreglar por sí misma lo concerniente a la sencilla colación de la mañana.

—¡Nicomedes, gritó a la camarera, ya está aquí el señor!

—Pronto apareció la criada con la brillante bandeja donde venía todo el servicio.

—Ahora, continuó Alicia, trae el café y el agua hirviendo. ¿Está bien caliente la leche?

—Sí, señorita, repuso la criada, voy a traer lo que falta.

A poco volvió con los demás menesteres. Mi sobrina destapó el frasco de cristal donde acostumbraba guardar el café molido, y tomando una cuchara, puso en la cafetera la cantidad de polvo que creyó necesaria para nuestras dos tazas. Echó un chorro de agua humeante en la cafetera, y después de breve espacio, cuando consideró que el café estaba bien remojado y humedecido, vertió en la vasija toda el agua del calentador.

Y mientras se dedicaba a tan delicadas faenas, decíame con convicción.

—Vas a ver cuán bueno sale el café. Yo misma lo tosté y molí para no exponerlo a que lo echaran a perder por falta de cuidado.

—¿Cuándo? la pregunté siguiendo todos sus movimientos con ojos extasiados.

Estaba envuelta en el mismo peinador con que se me había presentado a la madrugada, blanco, sutil, adornado de encajes; y llevaba la cabellera casi chorreando agua, peinada en nudo alto sobre la cabeza, en *negligée* clásico y delicioso. Su cuello desnudo era tan blanco como la leche servida sobre la mesa en los vasos de cristal. Los colores de sus me-

jillas parecían menos vivos que de ordinario, y en torno de sus ojos de arcano, había círculos ligeramente violáceos; pero aquella aparente fatiga, en vez de amenguar su hermosura, dábale nuevo lustre y realce, porque hacíala aparecer como idealizada.

—Esta mañana, repuso con el tono más natural del mundo, al contestar mi pregunta. Tan pronto como me levanté, fui a la cocina y me ocupé en todos esos pormenores.

—Pues ¿a qué hora despertaste, criatura?

—A ninguna; no he cerrado los ojos para nada, repuso con sencillez.

—Malo, malo, objeté moviendo la cabeza en señal de reprobación.

—Hay cosas que no tienen remedio, murmuró sentenciosamente.

Y volviendo hacia mí los ojos de improviso, preguntóme a su vez:

—¿Y tú has dormido, *Gustavo*?

—Ni gota, repuse como aturdido.

—Siendo así ¿cómo querías que yo durmiese?

Sentí que una oleada de sangre me subía al rostro, quise decir algo, no se me ocurrió qué, y guardé silencio. Entretanto continuaban los preparativos de Alicia. Ella misma me sirvió el azúcar, el café y la leche; puso al alcance de mi mano las tostadas, la mantequilla y el azúcar en polvo. Así lo hacía siempre; de suerte que no hubieran debido sorprenderme sus finezas; pero en aquella especial ocasión, casi solemne, me hicieron el efecto de co-

sa nueva y desusada; halagadora por lo que significaba de cuidados para mí, y triste por ser, tal vez, el adiós y la despedida de nuestra vida cordial e íntima.

Yo también la serví todo cuanto fué menester, procurando no quedarme a la zaga de sus atenciones, y nuestras manos se cruzaban y entrecruzaban sobre el mantel, ávidas de prevenir nuestros más leves deseos. En tiempos normales, solíamos reír con motivo de nuestro afanoso apresuramiento, y del ruido que solían hacer platos y copas al chocar en nuestras manos; pero ahora no reíamos, porque los dos estábamos graves y absortos en nuestros propios pensamientos. Y así fué pasando el tiempo, sin que iniciásemos la conversación que tanto nos debía interesar, como si tuviésemos miedo de entrar en aquel terreno nuevo para los dos. Era preciso, no obstante, provocarla, y fui yo quien lo hizo.

—Alicia, dije con voz insegura; supongo habrás leído mi carta.

—Tan pronto como llegué a mi cuarto, repuso sin verme. Por cierto que me ha hecho llorar mucho.

—Siento en el alma haberte afligido.

—No he llorado por lo que te figuras, sino por otra cosa.

—Dime por cual.

—Porque todo este trastorno pudo haberse evitado.

—No entiendo cómo....

—Ya te lo diré.

—Está bien. Por mi parte cumplí lo ofrecido; ahora te toca el turno. Quedaste en explicarme lo de la comisión del canónigo y mi amigo....

—No lo olvido, y voy a hacerlo; pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no me has de ver mientras esté hablando.

—¡Vaya una rareza! Pero ¿por qué?

—Porque me va a dar vergüenza lo que te voy a decir.

—Tendré que hacerme gran violencia para complacerte.... Ahora más que nunca.

—Explicate, *Gustavo*.

—Porque voy a dejar de verte después.

—No, eso no.

—Al menos tanto como ahora.

—Ni aun así.

Me sentí sofocado por la emoción al oír la respuesta; pero no se me quitaba de la cabeza lo del sacrificio, la inmolación, y todo cuanto había estado pensando a la madrugada, y procuré recobrar el aplomo.

—Conque, vamos, la dije, dejando pasar como inadvertida su última frase. ¿Por qué no has sido franca conmigo? ¿Por qué me has engañado?....

—No tan pronto, me interrumpió con viveza; antes de llegar a eso, tengo que contarte muchas cosas.

La miré al soslayo, y observé que se había puesto tan roja como las amapolas.

—Nuestra historia es parecida, como lo verás. Te voy a hablar como si fueses mi confesor. Desde que vine a tu casa, me fuiste sumamente simpático. Niña como estaba, sentí hacia tí una atracción muy viva, y decía constantemente para mis adentros: «Cuán bueno es el marido de mi tía Concha!» Y como fuiste tan cariñoso conmigo desde el primer día que me viste, y procuraste por cuantos medios estuvieron a tu alcance, hacerme olvidar mi orfandad, me ganaste el corazón desde entonces. Vino después el fallecimiento de mi tía, y al verte tan trastornado y abatido, me inspiraste mayor interés; y procuré consolarte para corresponder tu bondad, y porque del alma me nacía cuidarte y procurar disminuir tus sufrimientos. No necesito decirte cómo se fué deslizando el tiempo en esta casa después de aquella catástrofe, porque tú lo pintas exactamente en tu carta. Fuí creciendo yo; fué paulatinamente moderándose el dolor tuyo; Carmen se desarrollaba día por día. Y yo, absorta en aquella vida de consagración y de cariño hacia tí, no me daba cuenta de que los años volaban, de que yo misma iba pasando de niña a adolescente y de adolescente a joven; y llevada de mi impulso natural, continué siendo para tí la misma que cuando pequeña, sin sospechar que en ello pudiera haber algo de malo, ni que nadie llegase a interpretarlo de un modo torcido. Pero un día....

—¡Cómo! ¿ha habido alguien que se haya atrevido?....

—Sí, *Gustavo*, y no una, sino varias, muchas personas.

—Parece increíble; pero ¡qué mundo es éste, Dios mío!

—Malo, muy malo, vas a verlo. ¿Te acuerdas del *Gran Galeoto*, aquel drama de Echegaray que leímos juntos?

—Perfectamente.

—Pues algo de ese drama ha habido en nuestra vida, sin que lo hayamos llegado a sospechar ninguno de los dos.

—No sé por qué lo dices; nada he notado.

—No tardarás en comprenderlo. Pero antes, dime ¿no ha habido amigo o pariente que te dé broma conmigo?

—Eso sí; muchos, incontables, tanto de los unos como de los otros.

—Pues esas personas forman el coro del *Gran Galeoto*.

—De mí no sacaban cosa. ¡Como que nada había, en efecto, o al menos, como que me figuraba que no la hubiese! Todas las veces que me dijeron que *eras muy guapa, que me querías mucho* o que *yo te quería mucho* (con retintín) y que *quién sabe cómo andaban nuestras cosas*, les contesté con sinceridad y sencillez, que en efecto, *eras encantadora*, y que nos profesábamos cordial afecto; pero que yo te veía como a mi hija y tú me mirabas como a tu padre, y que sería una profanación pensar en otra cosa. Y como no mentía, porque yo mismo creía decir la verdad, y como mi sinceridad saltaba a los

ojos, y en ellos no se miraba doblez ni disimulo, no insistían los bromistas en sus insinuaciones, y pronto se cerraba el capítulo de los dícere y comentarios. Ningún efecto hicieron en mí todos esos rumores, que calificué de chismografía pura y palabrería sin sustancia.

—Distinta es la condición del hombre a la de la mujer; repuso Alicia agitadísima y con precipitación. La murmuración ha llegado hasta mí diariamente, en mil formas distintas; y a fuerza de oír su voz... (se detuvo) acabé por oír otra.

—¿Cuál?

—La de aquí.

Vagamente seguí el movimiento de su mano, y noté que la ponía sobre el pecho. ¡Dios mío! ¡Qué sacudida nerviosa tan intensa agitó entonces todo mi ser! Se me cortó el aliento y sentí impulsos de coger aquella mano entre las mías y besarla mil veces.

—Sí, continuó Alicia sollozando. He tardado menos que tú en conocer mi secreto y en saber que mi afición hacia tí no era desinteresada y filial, sino... como la que tú me profesas. Tenía razón la gente: algo de muy particular había en mi trato para tí: me lo decía el corazón, regocijado, cuando te veía, triste cuando te ibas, inquieto cuando tardabas, dichoso cuando obtenías algún triunfo; me lo decían la emoción con que oía tus pasos, los latidos que me sofocaban al oír tu voz, el orgullo con que, colgada de tu brazo, me presentaba en público llevando a Carmen por la mano. Por todo

eso no tardé largo tiempo en dar a mis sentimientos el verdadero carácter que han tenido desde hace mucho, mucho; sabe Dios desde cuando. No me ha pasado lo que a tí, que no has visto claro en tu interior, sino hasta hace unas cuantas horas.

—¡Triste de mí! clamé con amargura.

—Más triste de mí, continuó Alicia, que con los ojos bien abiertos sobre mi situación, he tenido que sostener una doble lucha, larga, muy larga; una con la sociedad, para cerrarle la boca y no dar lugar a la maledicencia, y otra contigo, a quien tenía que dar mi cariño pesado y medido para que no te pareciese demasiado grande ni demasiado pequeño; no demasiado grande, para no traicionarme a mí misma, y no demasiado pequeño para no parecer a tus ojos ingrata y sin corazón. ¡Qué luchas las mías, Gustavo! ¡Obligada a hacer el papel de hija, yo que sentía otros muy diferentes impulsos; tener que presentarte el rostro plácido y tranquilo de una chicuela, cuando era una mujer que sufría; no parecer cambiada para tí, cuando era otra por dentro!... No sabes, Gustavo, lo que son estas penas, pues tú, como mi protector, representabas tu papel sin esfuerzo, ya que no tenías conciencia de ser otra cosa cerca de mí; mientras que yo era sólo una comedianta, que antes de presentarme ante tí y ante los otros, tenía que estudiar mis actitudes, mis palabras, el tono de mi voz, todo, en fin, lo que pudiera venderme, o, lo que es lo mismo, todas y cada una de mis acciones. ¡Qué tensión de espíritu la mía! Cuando llegaba la no-

che, sentíame rendida y destrozada por el esfuerzo constante, por la perenne fatiga de ocultar la verdad, por el temor de ser descubierta por tí o por los otros en cualquier momento.

—Una observación, Alicia, pero ¿y Menéndez? Aun no me dices nada de él; y, sin embargo, su nombre y su recuerdo se proyectan sobre mi espíritu como una sombra, y no alcanzo a comprender cómo puede combinarse la importancia y significación de su persona en tu vida, con el sentido de tu relato.

—Todo te lo voy a explicar menudamente; vas a ver como te dejo convencido. ¿Recuerdas que hace poco más de un año comió con nosotros mi tía Plácida?

—No precisamente. ¡Como viene con tanta frecuencia!

—Tienes razón; no hay motivo para que te hayas fijado en su venida ese día preciso... Yo sí le tengo. Pues bien, hace como un año y medio, comió en casa esa prima de mi madre. En su presencia fuimos tú y yo los mismos de siempre; atentos y cariñosos, comunicativos y cordiales. Mi parienta nos observaba con sumo interés, y sus miradas iban constantemente de tu rostro al mío, como tratando de investigar algo que le preocupaba poner en claro. Yo me sentí turbada ante sus mal disimuladas sospechas, porque instintivamente me dí cuenta de su significación, y ella lo notó; así que, al paso que mi tía me analizaba más, poníame yo más y más roja y sentíame más y más acertada...

Cuando nos levantamos de la mesa, me llevó aparte, y me dijo con tono misterioso, que, según lo que había podido observar, lo que pasaba entre tú y yo no era nada común y corriente, sino algo muy delicado y singular; que no nos profesábamos buena voluntad de simples deudos, sino que nos queríamos como dos enamorados; que éramos un par de tórtolas, y que eso lo miraban hasta los ciegos. Pretendí replicar, pero lo hice con torpeza y debilidad, mientras que ella me habló con tal firmeza y convicción, que me hizo vacilar; y acabé por confesarle que, en efecto, mis sentimientos para tí eran los que ella había adivinado, y por suplicarle muy encarecidamente, que no sólo a nadie se lo fuese a contar, sino que hasta lo desmintiese si por ventura lo oyese decir. Ofrecíomelo muy formalmente, y después agregó, que en mi inclinación hacia tí no había nada de malo; pero que debíamos hacer las cosas en regla y como la prudencia lo aconsejaba, y que, supuesto que nos queríamos ¿por qué no nos casábamos? Agregó que no teníamos impedimento verdadero para ello, supuesto que nuestro parentesco era político y no consanguíneo, y, que, si dábamos a nuestras simpatías el remate natural y honesto que era lógico, cerraríamos la boca a los maldicientes, y nos colocaríamos en el puesto y en el lugar que nos correspondía. A ello tuve que replicar con gran confusión mía, que tú no participabas de mi afecto, que el visible que me tenías, era absolutamente desinteresado y paternal, puesto que jamás me habías

hablado de amores; y que, por lo tanto, como ella misma lo comprendía, no era posible que las cosas tuvieran el desenlace que con tan buen acuerdo me aconsejaba. La aclaración dejó pensativa a mi tía, quien opinó que el caso era grave, porque circulaban por la ciudad hablillas malignas respecto de tí y de mí; que llamaba mucho la atención que tú no te hubieses casado de nuevo, a pesar de ser joven aún, y que yo ni siquiera tuviese novio; y que al puro y santo cariño que nos unía, no faltaba quien diese un carácter sospechoso y malévolo.

—¡Malas lenguas! interrumpí con voz iracunda.

—¡Muy malas! ¡Muy malas!, corroboró Alicia con triste convicción. ¿Pero qué les vamos a hacer? No podemos callarlas ni tornarlas en buenas.... El hecho fué que, alarmada por la confidencia que había acabado de recibir, quedé un rato meditabunda y perpleja, hasta que al fin acabé por preguntar a mi tía con acento transtornado, qué era lo que me aconsejaba que hiciese; a lo que ella repuso, después de meditarlo bien, que en su concepto, a lo primero que debía resolverme, era a tener novio, lo que no me sería difícil, supuesto que, gracias a Dios, no me faltaban pretendientes, y, en último resultado, a casarme, si tú no salías de tu frialdad protectora y cariñosa. Al oírla, me eché a llorar, porque no concebía cómo podría apartarme de tí ni de pensamiento, ni cómo me sería dable mostrar cariño a quien no lo tuviese, ni mucho menos cómo podría dejarte alguna vez, abandonando esta casa, y a mi hermana Carmen, y todas tus

cosas, y tu conversación, y tu compañía, y todo cuanto te rodea, que es mi atmósfera y mi universo.

Al evocar esos recuerdos y al pronunciar las últimas palabras, conmovida Alicia, derramó abundantes lágrimas, que fueron resbalando por sus mejillas sonrojadas por el rubor de la revelación.

—Sorpréndeme cuanto me refieres, murmuré; jamás me lo hubiera supuesto. ¿Por qué no me lo dijiste todo desde entonces?

Mi sobrina movió la cabeza en señal de negativa.

—Imposible, dijo enjugándose el llanto. ¿Cómo hubiera podido descubrirte mi secreto? Hubiera sido tanto como rogarte que me quisieses... ¿Comprendes?

—Es verdad: tu posición era delicada.

—Mi tía, al verme tan afligida, me consoló diciéndome que no debía tomar las cosas tan a lo desesperado, pues bien podría suceder que, precisamente con motivo del proyectado noviazgo, despertase tu alma dormida, si es que me amabas, y me confesases tu cariño. Algo consolada por esa perspectiva, no hallé más remedio que aceptar el consejo, y ofrecer a mi tía que no tardaría en ponerlo por obra. Y en efecto, de ahí a poco correspondí a los amores de Adalberto. ¿Por qué le preferí entre todos los mozos que rondaban delante de mis balcones? Porque me pareció el más serio y valioso del grupo, y porque me hice la cuenta de que si, al fin resultaba que tú no me quisieses,

podría hallar a su lado un refugio honesto y decoroso mi infortunio.

—Tu preferencia indica tal vez inclinación y simpatía.

—Simpatía sí, para qué lo he de negar; pero tibia, despegada; más bien estimación que simpatía, y eso, sólo porque conozco su mérito.... El caso fué que entré en relaciones con él y que las sorprendiste. ¡Cómo nó, si procuré hacerlas ostentosas! Y te irritaste, le reñiste y me obligaste a romperlas... ¿Lo recuerdas?... Debió haberte sorprendido mi docilidad, porque de un amor verdadero no se prescinde así como así; pero ni siquiera entonces pude entrar en términos de razón. En cuanto a mí, me llenó de contento tu enojo, porque creí ver en él una manifestación clara, aunque indirecta, de los sentimientos que anhelaba encontrar en tu pecho; pero mi alegría fué menguando de momento a momento, porque no saliste de tu modo de ser ordinario, y continuamos viviendo como siempre....

—¡Cuán necio fuí, Alicia! Ahora lo comprendo; pero, mira, soy disculpable por varios motivos. En primer lugar, porque viendo asegurado o habiendo creído tener asegurado mi bienestar con tu permanencia en la familia, ví colmada mi dicha; y luego, porque ni por las mientes me pasaba que pudieses ser otra cosa para mí, que mi hija adoptiva: y me hubiera parecido una profanación concebir idea diferente....

—Yo sí que acepté la profanación desde luego,

y bien examinada y meditada No soy tan buena como tú.

—Es que soy viejo, y tú una chiquilla; más que te doblo la edad.

—Precisamente por eso debió haber sencillez y no doblez de mi parte

—Mas para ello fuiste asesorada por tu tía.

—Plácida nada me dijo de nuevo respecto de mis verdaderos sentimientos; sólo me advirtió del peligro.

—Te concedo, si quieres, la primacía en la perspicacia para el análisis; pero de ningún modo para la intensidad del afecto.

—Si ahondáramos un poco el asunto, sería en eso, precisamente, donde te sacaría la ventaja.

Protesté enérgicamente, insistió Alicia con igual convicción, y al fin, sin darnos por vencidos el uno ni el otro, reanudó ella la historia que me iba contando, y que yo mismo, con el interés más grande de mi vida, escuchaba.

—En vista de que no dió resultado la primer estratagema, no me quedó más recurso que casarme, dijo con un suspiro.

—¿Y estabas dispuesta a ello? interrogué ansiosamente.

—Estábalo, repuso; mi honra así lo exigía, y reclamábalo también tu buen nombre. Sólo esa salida me quedaba Así que, como insistió Menéndez en sus pretensiones, haciendo llegar a mis manos cartas suplicatorias por diferentes conductos, le correspondí de nuevo, y aunque tú lo ignorabas,

la sociedad lo supo, y logré mi objeto, porque la murmuración incipiente pudo ser acallada. Y como el tiempo pasaba, y no se rompía el hielo entre nosotros, y llegué a los veinte años, y no vislumbraba ni un rayo de esperanza, admití que Adalberto me hablase de formalizar las cosas y de celebrar al fin nuestro enlace. Hasta llegamos a convenir en que viniesen a hablar contigo el señor canónigo y tu amigo Isidoro; sólo que yo quería que todavía ahora no lo hiciesen, sino hasta la entrante semana, porque me dolía dar ese paso que de tí iba a separarme para siempre, y procuraba alargar los sucesos, y pedir prórrogas y más prórrogas, a ver si se realizaba el milagro que pedía a Dios me otorgase; pero Adalberto, impaciente, hizo venir a la comisión antes de tiempo Por lo que hace a saber que había de venir, lo sabía; pero no que fuese ayer. Por eso estaba desprevenida, y hasta por eso (sin contar con los otros graves motivos que ya conoces, y son los principales), me negué a hablar con esos señores. Muy disgustada me tenía la precipitación de Menéndez

—Mas, después de todo, resultó buena . . . ¡Quién se lo hubiera dicho!

—Ya lo creo, porque logró él lo que yo no había podido conseguir, a pesar de todas mis artimañas: que hablases, que me dijese lo que me has confesado por fin.

—¿De suerte que . . . ? ¿Qué es lo que resuelves? pregunté ansioso.

—Que ponga mi suerte en tus manos; haré lo que quieras. . . . Habla, Gustavo, te obedezco.

Ebrio de contento y de entusiasmo, dije entonces con énfasis cariñoso:

—Pues yo te mando. . . . ¡que me quieras!

Alicia al escucharme, exclamó con acento conmovido:

—Está cumplida tu orden . . . desde antes que me la dieses.

—Ángel de mi vida, prorrumplí enternecido; pero ¿es posible? ¿Lo has pensado bien? Repara que soy veintidós años mayor que tú; casi un viejo para tí.

—No hay joven que valga lo que tú; tengo de tí la idea más elevada que puedes imaginar. Tu figura varonil me enamora; admiro tu superior inteligencia, que todos aplauden y respetan; y más que todo, me seduce la nobleza de tu alma sencilla y leal, recta y bondadosa. Tu amor a los pobres y a los niños me encanta; eres, por instinto, protector de los débiles, lo que pone de manifiesto la magnanimidad de tu corazón. ¡Cuántas veces te he visto enternecido ante el dolor ajeno, tender mano generosa al desvalido, y socorrerle, no sólo con dinero, que eso cualquiera lo dá, sino con dulces palabras de consuelo, nacidas de tu caridad y de tu amor al prójimo! Y jamás te jactas de lo bueno que haces ¡tan natural así te parece! Y no eres como casi todos los demás, que el día en que hacen algún beneficio, lo anuncian a son de trompeta. Cierta vez, cargaste en brazos a una anciana,

a quien dió un síncope al salir del templo, y la llevaste a una farmacia, donde la hiciste medicinar, y no la dejaste sino hasta que la hubo recogido la policía. ¿No pagas la pensión de niños desvalidos, que tienes en colegios y orfanatorios? . . . ¿Crees que pasa inadvertida para mí la más pequeña de tus acciones? Te observo, te he observado siempre, y no hallo en tí más que cualidades preciosas, de esas que cautivan a todos, y mucho más el corazón de una mujer. . . . ¡Que eres viejo! No lo eres, Gustavo; tienes una frescura tal de sentimientos, hay tal novedad en tus ideas, está tu corazón tan intacto, que eres más joven que muchos mozos de veinticinco años, pues la vejez no la hacen los años, sino la ruina física y moral del individuo; y tú estás flamante por dentro y por fuera. Y, mira, aun haciendo a un lado todo eso, aun en el caso de que estuvieses de veras caduco o decrepito, te querría como te quiero, porque hay una atracción misteriosa entre tú y yo, y siento que Dios me ha formado para tu amor. Estoy enamorada de tu alma.

—No quieras sacrificarte, Alicia. . . . Te ciega la bondad.

—¡Sacrificarme! . . . No vuelvas a decirlo, ni aun siquiera a pensarlo. ¿Crees que se sacrifica el pobre que recibe una herencia o se encuentra un tesoro? ¿Crees que se sacrifica el caminante que halla descanso, o el peregrino que llega al oasis donde murmura la fuente clara y fresca que ha de calmar su sed?

—Nada soy junto a tí.

—¡Cómo no! Lo eres todo. Ya te dije como te veo, cuán grande me pareces, y cuánto y por qué te admiro; pero aun me falta hablarte de otra cosa. Si mi juicio no bastase, apelaría al bello sexo de Méjico. ¿No es cierto que gozas de visible favor entre las damas?

—No he llegado a observarlo; exageras, Alicia, y juzgas del pecho ajeno por el propio.

—¡Que no, señor! repuso mi sobrina haciendo un mohincillo inimitable; tú mismo no crees lo que vas diciendo. Ahora sí que no eres franco.

—Sí lo soy; ahora lo mismo que siempre.

—No lo eres, la modestia sella tus labios. Pero ¿crees que no me he dado cuenta de cómo te miran tantas guapas damitas? Ni una sola de sus ojeadas, ni una sola de sus sonrisas, ni una sola de sus coquetterías ha pasado inadvertida para mí. Y por cierto que incontables ocasiones he hecho terribles rabiets al ver cómo han tratado de cogerte entre las mallas de sus redes. ¡Algunas de ellas hasta con descaro! . . . ¡Públicamente, sin preocuparse por el qué dirán, ni por la presencia de Carmen y mía!

—Calla, por Dios, no me mortifiques. ¡Bien sé que estoy dejado de la mano de Dios!

—No es verdad, eso no lo sabes, porque delante de mí, he oído a más de cuatro decir que eres un buen partido, y que el día que te pareciese, podrías casarte con quien quisieses . . . lo que es muy cierto. Pero a mí no me gustas por eso; te quería lo

mismo que ahora, aun cuando tuvieses que pedir limosna . . . Y si no, ya lo verás.

—¿Aguardas verme pordiosero?, preguntéle sonriendo.

—No, Dios me libre.

—Entonces ¿cuándo lo he de ver?

Se llenó de confusión, no supo qué responder, y yo, con el corazón palpitante de dicha, díjela:

—¿Cuando seas mi mujer?

—Si quieres que lo sea . . . ¿Quiéres? articuló con voz de niño tímido.

—Como querer la luz y la dicha, como querer la vida, como querer cuanto de bueno, dulce y santo hay sobre la tierra, Alicia mía, murmuré con el alma llena de cánticos y de hosannas.

CAPÍTULO V

LA NOCHE DEL DÍA SIGUIENTE

Imposible que hubiésemos olvidado mi sobrina y yo, aun en medio de nuestro contento, que aquel mismo día, entre siete y ocho de la noche, habrían de venir don Práxedes e Isidoro a pedir la respuesta de su demanda; por lo cual entramos en conferencia desde el oscurecer, para combinar nuestro plan defensivo y hacer las cosas bien hechas.

—Número uno, dijo Alicia con la gravedad de quien fija un programa; es menester recibas a esos señores con suma afabilidad.

—Por de contado, repuse; en primer lugar, para indemnizarles de algún modo el mal rato que ayer les hice pasar, y después de eso, porque ahora ya no les tengo ojeriza Más bien me causa pena pensar en la sorpresa que van a recibir y en la cara que van a poner cuando conozcan tu inesperada resolución.

—Procuraremos endulzarles la contrariedad cuanto nos sea dable.

—Eso sí, es absolutamente preciso Conque, quedamos en que, después de recibir a esos señores, te mando llamar.

—Sí, y en que no me haré esperar.

—¡Cuidado con sentirte otra vez indispuesta!

—Ahora no habrá jaquecas ni vahidos que valgan; mi salud será excelente, Gustavo. Mira, si no fuera porque parecería impropio, iría yo misma a buscar a esos señores para evitarles la molestia de venir tan en balde.

—Mejor será esperarlos, repuse sonriente y muy halagado; tiempo habrá para todo.

—Tienes razón. En seguidita te marchas y me dejas sola con ellos.

—Bien pensado; así verán que obras por tí misma, y no por sugerencias mías. Hay que preverlo todo; si nouviésemos cuidado en hacer bien las cosas, podríamos dar lugar a murmuraciones.

—Pondré especial esmero en dejarlas tan claras como la luz; mi diplomacia consistirá en decir la verdad; la haré sentir a don Práxedes y a don Isi-

doro. Mas, óyeme, Gustavo, quiero que presencias la escena.

—No veo cómo pueda ser, puesto que, según lo convenido, debo ausentarme de la sala.

—De un modo muy sencillo. Al salir de la estancia, entras en el comedor por la puerta lateral, y como dejaremos entrecerrada la de cristales que separa las dos piezas, todo podrás verlo y oírlo por el intersticio, sin que nadie lo sospeche. Al efecto, no habrá luz en el comedor y encenderemos todos los focos de la sala.

—No hay para qué ponerse en acecho; lo que hagas y digas estará muy bien, y desde ahora lo apruebo.

—Es asunto mío, con todo; quiero darme la satisfacción de que me oigas y me veas.

—Bien, Alicia; pero ¿qué vas a decir para retractarte?

—Ya lo verás.

—Y ¿cómo saldrás del paso?

—Airosamente; no tengas cuidado; te preparo una sorpresa.

—¿Es un secreto?

—Sí, es un secreto; pero te anticipo que vas a quedar más contento que nunca de mí. No te lo digo desde ahora, para que te devanes un poco los sesos procurando adivinarlo.

—Has picado mi curiosidad, Alicia.

—Que me place, Gustavo, porque de esta manera será mayor el efecto que produzca lo que voy a decir a los comisionados.

Una vez preparados todos los detalles de la conferencia, no tuvimos ya más qué hacer, que esperar la llegada de la noche, lo que hicimos con impaciencia, pues deseábamos que la formalidad concluyese cuanto antes.

Por fortuna eran don Práxedes e Isidoro personas exactas y cumplidas, y no nos hicieron esperar ni un minuto, pues a la misma hora en que sonó el timbre del zaguán el día anterior, volvió ahora a hacerse oír. Presumimos que el canónigo y mi amigo hubiesen llegado momentos antes a las cercanías de la casa, y que, reloj en mano, hubiesen aguardado la hora precisa para anunciarse; de otra manera no habrían podido ser tan puntuales.

Abrí yo mismo la cancela para introducirlos al *hall*, y con la mayor cordialidad del mundo les estreché las manos y los hice pasar a la sala.

—Bien se ve que hoy no estorbamos como ayer, dijo Isidoro en son de broma; tienes una cara muy diferente de la que nos pusiste hace veinticuatro horas.

—No recuerdes mis tonterías de ayer, contesté con la sonrisa en los labios. Ustedes nunca estorban, estorban, ni estorbarán.

—Has conjugado el verbo estorbar en todos sus tiempos, saltó mi amigo de excelente humor.

—Y aun me parece poco para expresar mis ideas de franca estimación hacia ustedes. . . . Quedé muy mortificado por las torpezas que cometí, y de nuevo presento a ustedes mis excusas. . . .

—No hay para qué hablar más de ello, replicó

don Práxedes con benevolencia; no tenga usted cuidado, señor don Gustavo.

—Mil gracias. Es que me sentía tan alborotado como un chicuelo para asistir a la *reprise* de *Marina*, porque me encanta esa zarzuela, que ví en mis mocedades por primera vez. . . . Por fortuna pudimos llegar antes de la obertura, a pesar de todo, pues la empresa alteró el programa a última hora.

—Crea usted que lo celebramos, repuso el sacerdote; el saberlo nos quita un peso de la conciencia.

—En realidad, era de poca monta el asunto, y sólo mi puerilidad pudo hacerme ver las cosas de otro modo. . . . Pero no hay para qué insistir más en eso. ¿Verdad?

—Tienes razón, interrumpió Isidoro. Con que, mira, Gustavo, no queremos ser pesados en demasía: a lo que vinimos, venimos.

—Por supuesto, ya lo comprendo. En tal virtud, y con permiso de ustedes, voy a llamar a mi sobrina.

—¿Está bien ya? preguntó el canónigo.

—Perfectamente. El malestar que sufrió ayer, fué meramente nervioso; pasó tan pronto, que pudimos ir al Arbeu, como acabo de decirlo.

—Mucho lo celebramos, repusieron los interlocutores cortesmente.

Me levanté después de esto, y habiendo repetido a la camarera las órdenes del día anterior, pronto apareció Alicia en escena, vestida con esmero y saludando con gracia exquisita.

—Pues con licencia de ustedes, señores, dije poniéndome en pie de nuevo tan luego como entró mi sobrina; me retiro unos momentos.

—No veo por qué ni para qué, señor licenciado, repuso don Práxedes.

—No, quédate; es mejor que estés presente, insistió mi amigo Isidoro.

—Tengo una pequeña atención en mi despacho, repuse: ruego a ustedes me excusen unos cuantos minutos.

—Siendo así, repuso don Práxedes, nada tenemos que objetar; es usted muy dueño.

Me incliné ante los comisionados, salí de la sala, y según lo convenido, me entré incontinenti en el comedor por la puerta lateral. La pieza estaba a oscuras; pero, guiándome por la luz que entraba de la sala, me acerqué a la puerta de cristales, y me dispuse a ver y a oír por el corto espacio que Alicia de propósito había dejado entreabierto.

Ocupaba mi sobrina el sofá de la testera, mientras los comisionados habían tomado asiento a sus dos lados en los sillones próximos; así que tenía el grupo a la vista como en el foro de un teatro.

—Señorita, comenzó don Práxedes, usted no ignora a lo que venimos.

—En verdad, señor, repuso Alicia, no lo ignoro.

—Cosa convenida entre usted y Adalberto, agregó Isidoro con el tono de un hombre enterado.

—Hasta cierto punto nada más, contestó mi sobrina; porque si bien no puedo negar que autoricé a Menéndez para que diese este paso, también es

verdad quedó convenido entre ambos, que ustedes no vendrían a hablar con mi tío sino la semana próxima.

—Lo ignorábamos, objetó el canónigo, y sentimos haber venido antes de tiempo.... Pero, en fin, como el paso está dado ya y hay conformidad de las partes, acaso pudiéramos evitar nuevas gestiones.

—Ya se ve, contestó Alicia: ahora mismo puede hacerse todo.

—Gustavo ha querido, dijo Isidoro, consultásemos la voluntad de usted acerca de su enlace con Menéndez, y por eso la hemos molestado; pero, en puridad, este paso es inútil, porque usted y Adalberto se entienden a maravilla, y por instancias del uno y anuencia de la otra, hemos venido a cumplir una simple formalidad. Que Adalberto la quiere a usted, lo sabemos todos; y que usted corresponde a su afecto y está dispuesta a tomarle por marido, por sabido se calla. Por consiguiente, todo está arreglado entre los dos. Lo único que faltaba y sigue faltando, es que Gustavo dé su consentimiento para la boda, ya que ha hecho cerca de usted el papel de padre, y que tanto por eso, como por todo, es dignísimo de esta consideración. Hablaremos, pues, un rato para cubrir el expediente, como suele decirse, y en seguida volveremos a llamarle para decirle que, estando usted dispuesta a casarse, sólo necesitamos la anuencia de él para salir bien despachados. ¿No lo estima usted así, señorita?

—No, señor, contestó Alicia con acento terminante, aunque comedido.

—¿No? balbuceó Isidoro desorientado.

—¡Cómo así! exclamó don Práxedes apoyando ambas manos en los brazos del sillón, echando el cuerpo hacia adelante, y mirando a Alicia con ojos de sorpresa.

—Como ustedes lo oyen, afirmó Alicia sonriente; lo que ustedes estiman una simple formalidad, ha venido a ser un requisito indispensable, porque primero es saber si estoy dispuesta a casarme, para proceder después a pedir mi mano.

—Pero ¿no ha dado usted su consentimiento al interesado? interrogó Isidoro con viveza.

—En efecto, contestó mi sobrina imperturbable; pero de eso hace ya algunos días.

—¿Y qué? preguntó el sacerdote. Si se lo dió hace algunos días, eso significa que ya está dado.

—Pero no que lo ratifique, prosiguió Alicia blandamente.

—¿Cómo? ¿cómo? exclamó Isidoro: permítame usted, señorita, le manifesté que no entiendo lo que dice.

—Pues es bastante claro, repuso Alicia; lo que quiero significar es que no me hallo dispuesta ya a sostener lo que ofrecí a Menéndez hace poco.

—¿De suerte, aclaró don Práxedes, que rehusa usted casarse con nuestro comitente?

—Usted lo ha dicho, respetable señor, repuso la joven con admirable entereza: rehuso casarme con él.

—En tal caso, objetó Isidoro con las orejas congestionadas, Adalberto nos ha enviado aquí para ponernos en ridículo.

—De ninguna manera, observó Alicia; él no es responsable de mis acciones; la culpa, si la hay, es toda mía.

—¡Ah! ya caigo, dijo el sacerdote; ha cambiado usted de modo de pensar.

—Sí, señor; así es en efecto, afirmó mi sobrina.

—¡Pobre Adalberto! murmuró Isidoro, mirando a Alicia con ojos acusadores.

—No tanto como usted se lo figura, repuso mi sobrina; ni soy tan culpable como parezco, ni resulta él tan engañado como pudiera creerse. Y como lo que digo no es capítulo de fe, y podrían ustedes dudarle, necesito hacer algunas explicaciones para sincerarme.

Los comisionados guardaron silencio, y con visible interés siguieron pendientes de los labios de Alicia, en tanto que ésta miraba alternativamente a uno y a otro con mansa y cortés determinación.

—Soy enemiga de rodeos, y no es esta la oportunidad de andarse con medias tintas, dijo. La verdad es, señores, que jamás he amado a Adalberto... El amor de mi vida ha sido Gustavo; desde niña le quise... no sé desde cuando le quiero.

—Pero en tal caso ¿cómo se explica haya usted correspondido al señor Menéndez? dijo don Práxedes escandalizado.

—¿Y que haya permitido ser pedida por él en matrimonio? agregó Isidoro estupefacto.

—Porque así debió ser, porque estaba resuelta a casarme con Adalberto...

—Cada vez le entiendo menos, murmuró Isidoro.

—Lo mismo que yo, agregó el sacerdote.

—Voy a dar a ustedes la clave del enigma, repuso Alicia, que comenzó a dar muestras de visible emoción. Mi historia es esta: soy huérfana de padre y madre. Con Gustavo he vivido desde la edad de ocho años, poco más o menos; esto es, desde la época en que murió su esposa, que era hermana de mi padre; y durante ese largo período de tiempo, he aprendido a estimarle y a quererle. No hay para mí otro hombre como él en todo el mundo.

Mi sistema nervioso entró en agitada vibración en aquellos momentos, y sin saber lo que hacía, me así a la puerta de comunicación, cuyos cristales resonaron estremecidos por la sacudida. Don Práxedes e Isidoro volvieron el rostro instintivamente hacia aquel sitio, pero nada percibieron al través de la oscura rendija. Alicia fijó intensamente los ojos en la puerta y dijo sosegadamente:

—Es un golpe de aire que ha entrado por el segundo patio.

—¡Ah! ¡vaya! dijo el sacerdote.

Y luego, ya tranquilos todos, reanudando el hilo de la conversación, continuó el canónigo:

—Bien, señorita, a eso nada tengo que objetar; muy digno de despertar esos sentimientos me parece el señor su tío. Pero permítame insista en mi

observación. ¿Por qué, en tal caso, correspondió usted al señor Menéndez?

—¡Claro! exclamó Isidoro; no se entiende la causa de proceder tan contradictorio.

—Debo decirlo a ustedes con franqueza, repuso Alicia; porque Gustavo no me quería.....

Yo protesté en silencio desde mi escondite. ¡Cómo que no le quería, si la adoraba! Alicia continuó:

—O no sabía yo que me quisiera. Los años habían pasado; llegué a ser joven casadera al lado de Gustavo, tío político mío nada más, muy simpático y apenas de edad madura. Mi posición... la de los dos, era bastante difícil, aunque él no lo echase de ver. Comenzó la gente a murmurar, una parienta me lo advirtió, y para cerrar la boca a la maledicencia, tomé el partido desesperado de tener novio, y hasta de casarme, si era preciso. Menéndez es joven recomendable, me pareció preferible a todos los otros pretendientes que tenía, y no sólo le correspondí, sino que llegué a formarme la resolución de darle mi mano. Y si tal hubiese pasado, habría sabido cumplir mis deberes... Esa fué la situación hasta ayer... Pero la intervención de ustedes me hizo cambiar de propósito en un momento, porque con motivo de ella, he llegado a descubrir que Gustavo me quiere al igual que yo le amo. Y aquí tienen ustedes la razón por la cual, dando a Dios infinitas gracias por el descubrimiento, renunció al sacrificio que iba a consumir, y entro gozosa por el camino de mi verdadera elec-

ción.... Por consiguiente, caballeros, como ustedes lo ven, mi noviazgo y mi matrimonio con Menéndez ya no tienen caso.

Me llevé la mano al corazón para contener sus latidos. ¡Cuán sincera, leal y adorable me parecía mi sobrina! La expresión de su rostro era como el espejo de su alma, y a medida que hablaba, se iba conmoviendo más y más. A intervalos faltábale la voz, y de improviso comenzó a sollozar.

—Sí, siguió diciendo, estaba resuelta a sacrificarme y a ser una buena mujer....; pero hubiera sido desgraciada.... Mi corazón se hubiera quedado en esta casa.... Mi alma y mi pensamiento hubieran andado siempre ausentes.... Ahora, por fortuna, bendito sea la Santísima Virgen...., todo eso es ya innecesario.... Serán las oraciones de mis padres.... y las mías las que han hecho el milagro.... ¡Cuánto he rezado y llorado durante este larguísimo tiempo!

Los interlocutores silenciosos y atónitos, pasaban los ojos del uno al otro como consultándose, y examinaban a Alicia con mal disimulada hostilidad. Al fin salió de su mutismo don Práxedes, y con las cejas contraídas y voz casi colérica, murmuró:

—Todo eso está muy bien, señorita....: se entiende que para usted y para el señor don Gustavo; pero no así para el señor don Adalberto.

—Más piedad merecía su amor entrañable, perdónese usted que se lo haga observar. protestó Isidoro; pero hay que hablar con claridad. En buenas

palabras voy a decirlo: usted ha jugado con el corazón de ese excelente joven.

—¡Eso sí que no! exclamó Alicia, cesando de llorar y enjugándose rápidamente las lágrimas; ¡eso sí que no! Yo no soy falsa ni engañadora: mejor que yo lo dirá él.... Pueden ustedes preguntárselo.

Guardó silencio breves momentos, y luego continuó con vehemencia:

—No una vez, sino ciento, hablé con franqueza a Menéndez diciéndole: «Profeso a usted profunda estimación y estoy pronta a darle mi mano; pero debo confesarle, para ser leal, que todavía no es amor lo que le tengo. Mi corazón está enajenado por ahora; pero ese amor es imposible. Seré fiel a usted mientras ese imposible no desaparezca, o cuando nos hayamos casado, pues desde que el sacerdote nos una, hasta la muerte de uno u otro, no habrá para mí en el mundo, más hombre que usted.» Y tanto se lo dije y repetí, que acabó por sospechar la verdad de mis sentimientos; y me dijo: «¿Es a don Gustavo a quien usted alude?» «Sí, le contesté; pero el no me quiere» «¿Y si llegase a quererla?» «Eso es muy remoto, contesté, porque mi tío me mira como a una chicuela, como si fuese su hija. Por otra parte, yo necesito salir de esta casa, y usted será mi salvación.» Menéndez objetó que era muy triste el papel que yo le designaba; pero como le repliqué que, en conciencia no podía encomendarle algún otro, y que era muy dueño de aceptar o no mi franca explicación, acabó por alla-

narse a todo, aunque con mal disimulada pena, y concluyó por decirme: «Me someto a lo que usted dispone, ya que no hay otra manera de alimentar mi esperanza; pero aprovecharé el tiempo para hacerme querer de veras. Este sacrificio que hago y que tanto me duele, es prueba patente de mi cariño ... Así debe usted recibirlo y estimarlo.»

—Acto de inaudita abnegación ha sido el suyo, objetó don Práxedes con sorna; la correspondencia que usted le otorgó *sub conditione*, como se administran ciertos bautismos y absoluciones, demuestra la enormidad de su afecto.

—Hay hombres para todo, agregó Isidoro con desdén; yo en su lugar, jamás habría consentido en pasar por tales horcas caudinas.

—Ustedes señores, dijo ella, son libres para pensar y conjeturar lo que a bien tengan. ¿Prueba lo dicho que Adalberto me ha querido mucho? Sea en buena hora. ¿Que ha pecado de humilde? Pues que Dios se lo premie ... Como quiera que sea, lo único importante del caso es que ustedes sepan lo que en verdad ha pasado, para que no me juzguen mudable y fementida.

—¡Vaya! clamó Isidoro con cierta ironía; por Dios bendito, que no contábamos con este desenlace. Pero ya que así andan las cosas, nada nos queda ya que hacer aquí, y debemos marcharnos para dar cuenta de todo a Menéndez.

—Como quiera que sea, añadió generosamente el canónigo, crea usted, señorita, que le deseamos toda suerte de prosperidades en eso, lo mismo que

en todo. . . . Y con permiso de usted, nos retiramos.

—Un momento, repuso Alicia, voy a llamar a Gustavo para que se despida de ustedes.

—Con ese objeto nomás, repuso Isidoro levantándose, supuesto que el negocio que trajimos ha concluído, y que nada tenemos ya que tratar con el tío de usted.

Levantose Alicia para llamarme, pero antes de que tocase el timbre, salí del comedor y me presenté en la sala con el semblante más bonachón del mundo.

—¿Terminó ya la conferencia? Pregunté como si no supiese nada de lo ocurrido.

—Sí, señor, todo está concluído, dijo don Práxedes con acento que me pareció un poco socarrón. La señorita doña Alicia acaba de comunicarnos su resolución (sin decirme cuál), y vamos a transmitirla al señor Menéndez.

Abstúveme, a mi vez, de preguntar cuál había sido aquella resolución, y, atrincherándome en las cimas inaccesibles de la más exquisita urbanidad, repuse:

—Pero no todo ha de ser asunto oficial, señores míos, seguiremos de conversación algunos momentos, si a ustedes les place. Tendré sumo placer. . . .

—Gustosos permaneceríamos otro rato en tu casa, contestó Isidoro; pero debemos apresurarnos a dar cuenta del encargo. Ese pobre de Menéndez

debe estar como en ascuas. ¡Ponte tú en su lugar! agregó mi amigo, mirándome con fijeza.

—Es cierto, dije sin perder la sangre fría; tienen ustedes razón, pero mucho siento se retiren tan pronto.

Y luego, deseoso de volver el mal disimulado ataque de mi amigo por algún medio, agregué:

—Pero no permito que se marchen sin tomar antes un trago de vino generoso. Es costumbre en estos casos.

Y sin aguardar la respuesta, dirigiéndome a Alicia, díjela:

—¿No te parece que obsequiemos a los señores con una copita de ese excelente Pedro Jiménez que acabo de recibir?

—Ya lo creo, repuso mi sobrina con suma amabilidad, ahora mismo, Gustavo.

Y aproximándose a una de las consolas, tomó la elegante licorera de diáfano cristal y frágiles vasitos que teníamos preparada al efecto, y se dispuso a servirnos, con la sonrisa en los labios; pero don Práxedes e Isidoro por nada quisieron aceptar la fineza, el uno por ser abstemio, y el otro por no sentirse bien de la digestión, según dijeron. El caso fué que, después de rogar bastante nosotros, y de resistirse ellos, hubimos de prescindir Alicia y yo de nuestro obsequioso intento, conformándonos con dejarlos partir con el humor agriado y las fauces secas. No hubo más remedio.

Acompañelos yo hasta la cancela, donde los colmé de atenciones, que correspondieron ceremonio-

samente y con alguna frialdad; y volví a la sala, donde me aguardaba Alicia impaciente y rebosando alegría por ojos y boca.

—¿Estás contento de mí? me preguntó cariñosa y radiante de júbilo.

—Contentísimo, Alicia mía, repuse.

—¿Te agradó la sorpresa?

—Más que cuanto pudiera decirlo. La revelación que acabas de hacer a esos señores, prueba que jamás engañas, y que eres leal y sincera con todos.

—¿Y no prueba también que te quiero mucho, mucho?

—Sí, también eso. Me parece que sueño, Alicia.

—¡Ah! tú no sabes, no puedes saber lo mucho que te he querido y que te quiero, Gustavo.

Al decir esto, me tendió ambas manos mi sobrina, y yo las estreché amorosamente entre las mías. En seguida la atraje a mí suavemente, sin hallar resistencia; antes bien, con gracia pudorosa e inefable dulzura, apoyó ella la cabeza en mi pecho, cual tierno niño que busca arrimo cariñoso; y yo, sin saber lo que hacía, me incliné poco a poco, e imprimí un beso fugitivo sobre aquella frente virginal, que parecía una azucena blanca y pura ofrecida a mis labios.

—Y ahora, articulé bajito y tiernamente, me toca la vez de dar principio a otra ceremonia.

—¿Cuál?

—La de pedirte en matrimonio.

—Pues anda, Gustavo, pídemme en matrimonio.

Me ahogaba la emoción y tuve que aguardar un instante para poder hablar. Al fin dije dulcemente:

—Hermosa sobrina mía ¿quieres darme tu mano?

—Ya la tienes, repuso, y con ella, mi alma y mi corazón.

Y estrechándonos más aún el uno contra el otro, permanecemos mudos algunos instantes.

—¡Ya verás cuán felices vamos a ser, Gustavo! murmuró ella al fin, escorzando hacia mí los negros y húmedos ojos.

—¡Bendita seas mil veces! repuse clavando mis ávidas pupilas en las radiantes suyas.

EPÍLOGO

Pocos días después, recibimos la bendición nupcial; y así vinimos a ser mi sobrina y yo, los esposos más amantes y más amados de toda la República.



¡SILENCIO, CORAZÓN!

I

La sacristía de la iglesia de San Millán es tan grande, que parece una capilla. Torrentes de luz la iluminan, entrando por amplias ventanas abiertas sobre el corrido cornisamento, debajo de las nervaduras de los arcos que sustentan la construcción. El local está perfectamente decorado y amueblado, según el uso a que se destina, sin que el menor toque o detalle desmientan la gravedad y compostura que deben reinar en el recinto. Los muros ostentan suave pintura de plumiza cantería, y todas las partes salientes, como arcos, cornisas, pilastras y marcos de puertas, se marcan y subrayan por un tinte más fuerte del mismo género y estilo. En la testera principal extiéndese un gran cuadro al óleo de la Virgen de las Mercedes, obra de autor anónimo, clasificado por los peritos como pertenecien-

te a las postrimerías del siglo XVIII, época en que florecieron los Juárez, Cabrerías y Alcibares; y representa a María Santísima flotante en la cérula atmósfera y llevando al Niño Jesús en los brazos. Ciñe la cabeza de la Virgen alta corona imperial, y de sus hombros cuelga amplio manto de armiño, que recogen y extienden a los lados ángeles sonrosados de rollizas manecitas; en tanto que la Madre de Dios ofrece su escapulario a la multitud ansiosa, que en la parte baja del cuadro se mira, formada por hombres, mujeres y niños, de todas clases y condiciones, los cuales levantan el rostro y las manos hacia ella con visible ansiedad, ávidos de alcanzar la sagrada reliquia.

Cuelgan de los muros otros cuadros de no muy grandes dimensiones, que representan diferentes escenas de la vida del santo patrono, encerrados en marcos dorados, de pesada, retorcida y extravagante hechura, al estilo de los que la moda caprichosa ha vuelto ahora a poner en uso. Debajo del retablo de Nuestra Señora hállase colocada una enorme y ventruda cómoda, con varias hileras de grandes cajones, donde se guardan los paramentos del culto y los ornamentos de la iglesia, tales como albas, sobrepellices, casullas, cíngulos, manípulos y estolas; y, además, cortinas de brocado, cordones de seda, y flámulas y gallardetes de preciadas y variadas telas. Sobre aquel vastísimo mueble, álzase, por fin, un crucifijo de madera barnizada, famoso por lo bien acabado de todas sus partes, y objeto de admiración y pasmo de los fieles. En tor-

no de la sacristía hay como docena y media de pesados y amplios sitiales, de forma arcaica, semejantes a aquel histórico que sirvió de asiento en el Escorial a Felipe II, y que han popularizado las fotografías y las ilustraciones de los periódicos.

Ocupa el medio del local una gran mesa, de factura semejante a la de los sitiales, profusamente adornada por los costados y las patas, de obras de talla exageradas y protuberantes; por la cual mesa cualquier turista yanqui daría lo que se le pidiese, atraído por su desmandado exotismo.

El sitio, aunque austero por su carácter, estructura y mobiliario, dista mucho de ser triste y melancólico, pues merced a sus grandes y multiplicadas ventanas, tiene a su favor la incomparable alegría de la luz, que es la más grande que puede concebirse en las cosas que caen bajo el dominio de los ojos.

La mañana en que da principio esta verídica historia, presentaba aquel local un aspecto más risueño que nunca, por ser tiempo de primavera, y estar el cielo azul, transparente y despejado, y soplar un fresco y regalado vientecillo, que templaba los rayos de un sol rubio y regocijado, que iba ascendiendo lentamente por la esfera. Y como frente a los muros de la sacristía extendíase un jardín público, todo lleno de rosales y violetas, llegaban sus balsámicos efluvios al seno del recinto, conducidos por ráfagas suaves y rumorosas. Así que el místico lugar olía a alegre primavera, como si sobre la mesa y sobre la cómoda, hubiesen sido

colocados incontables búcaros de flores recién abiertas, destinadas a impregnar de deleitosas esencias aquel ambiente fresco y tranquilo. Y para completar los atractivos del escenario que acabamos de bosquejar, penetraban por el mismo camino de las esencias, los gorgoros de los pajarillos que revoloteaban en derredor de los árboles y arbustos del jardín, y aun varias de aquellas mismas aveci-llas osaban hacer incursiones por la sacristía, volando rápidamente junto al techo y escapándose en seguida por donde mismo habían venido, o bien parándose en el amplio cornisamento, donde continuaban lanzando arpegios y trinos del abultado pecho, o agitaban las alas y movían de un lado a otro las inquietas cabecitas, parlotando y cuchicheando como si estuviesen en alegre charla al amparo de la suave penumbra de las frondas.

Por ser la víspera de la fiesta de San Millán, celebró aquella mañana una sesión extraordinaria la Conferencia del mismo nombre, la cual Conferencia tenía la particularidad de ser formada únicamente por señoritas que estuviesen para merecer, pues en su seno no eran admitidas mujeres casadas, aunque, a decir verdad, a merced de aquella contra-seña, *señoritas*, habíanse colado en la reunión no pocas viejas o casi viejas, pasaderas las unas, abominables las otras, y hasta con tales mostachos y barbas algunas de ellas, que hubieran podido competir con la condesa Trifaldi y con la docena de mal encaradas dueñas que la acompañaron en su nocturna visita a don Quijote. Es la palabra *seño-*

rita tan canora, jovial y rica en promesas, que su sonido produce la impresión de juventud, hermosura y alegría; de suerte que, cuando al abrigo de ese mágico vocablo, cuélanse en cualquier parte las jamonas y las estantiguas, el sentido común se rebela contra tamaño fraude, y protesta contra las complacencias y debilidades del lenguaje, que conceden tan elegante salvoconducto a esas lastimosas o espantables figuras, que debieran ser catalogadas de otro modo en los respetables archivos del diccionario.

Por fortuna, en la reunión de que tratamos, predominaba el número de las jóvenes y de las bonitas sobre el de las viejas y las feas, y aun estas últimas no cabían tan mal en el conjunto, pues sabido es que las hermosas pinturas, para alcanzar la deseada perfección, no deben de tener solamente luz, pues a ser así, faltaríales realce y carecerían de relieve; sino que han de mostrar algunas sombras entremezcladas y tejidas con la claridad, para que esta última parezca más alegre y hermosa, al lado de la tristeza y melancolía de sus aláteres. De la misma manera, en el animadísimo cuadro que presentaba aquella deliciosa asamblea, las jamonas y feas servían como de trono y montadura a las frescas y bellas; de tal surte que, cuanto aquellas se veían más seductoras, producían un efecto más desastroso las últimas, por el contraste que unas y otras mutuamente se hacían.

Sentáronse a la cabecera de la mesa, la empin-
gorotada presidenta, Dorotea Suárez, que apenas

había pasado de los veinte años, teniendo a su lado al padre Jacinto de la Roca, capellán de aquella iglesia, como de treinta y cinco. A la diestra y la izquierda mano de uno y otro, colocáronse la secretaria Engracia Torres, que aun no llegaba a los veinte, y la tesorera Salomé Corral, que bien atrás había dejado los cuarenta.

Después de rezar un paternóster y una avemaría, comenzó la sesión. Engracia, a quien todo le caía en gracia, empuñó el libro de actas, y leyó con voz aurea la de la pasada sesión, que fué aprobada; en seguida dió cuenta Salomé del estado en que se hallaban los fondos de la asociación, como lo hubiera hecho un tesorero municipal. Varias comisiones pidieron la palabra para informar acerca de enfermos y pobres visitados y socorridos, y algunas de las presentes solicitaron auxilios para otras familias necesitadas, que, a su juicio, eran acreedoras a socorro. La presidenta hizo algunas observaciones sobre lo que tuvo por conveniente; el padre sugirió ideas que fueron aceptadas con sumisión; y ya que no hubo asunto de que tratar, cerróse el acto con el broche de oro de un nuevo rezo.... Y nada más.

Entretanto, los novios de las jóvenes que formaban el devoto parlamento, aguardaban la salida de sus prendas adoradas, apostados en las esquinas, medio escondidos en los marcos de las puertas o dando paseos por las olorosas callecillas del jardín contiguo. Y por las altas ventanas, amorcillos en forma de niños regordetes y sonrosados, asomaban

las rubias y rizadas cabecitas, envueltos en los rayos de oro del sol, que parecían formarles cerco y aureola.

Algo de feminismo inicial había en aquellas reuniones, pues los trabajos desempeñados por ese simpático grupo del bello sexo, y el contingente grave y serio que pugnaba por manifestarse en tan agraciados semblantes, daba a las deliciosas damitas ahí presentes, cierto aspecto y figura de diputadas y funcionarias, que reñía en batalla campal con la viveza de sus ojos, la mal disimulada animación de su fisonomía y el repleto almacén de su risa, próximo a cada momento a estallar por la roja y encantadora hendedura de su traviesa boca. Había algo de desentonado y contrario a natura en aquella rigidez afectada y dificultosa de la mayoría; y se comprendía que, a la mejor ocasión, tornarían el júbilo y el retozo a aquellas fisonomías cómicamente compungidas, a aquellos labios tormentosamente sellados y a aquellos cuerpos sujetos a inmovilidad hierática por invisibles ataduras que crujían a cada paso próximas a romperse. Verlas calladas, quietas y seriecillas, manejando pesados librotes, leyendo documentos aburridos y consagradas a cálculos aritméticos, era presenciar un espectáculo descabellado, y más cuando se pedían y daban la palabra, y se contradecían y se enredaban en discusiones oratorias. Parecía que sobre aquel escenario se mecían las sombras pavorosas de la señora y de la señorita Pankhurst, famo-

sas y respetables en los anales del feminismo europeo.

¡Presidenta! ¡Qué palabrota! Era mucha denominación para Dorotea Suárez que, además de ser muy joven, tenía unos colores tan vivos como los de las manzanas, un cutis tan fino y terso como la seda, unos ojazos tan zarcos y dormidos como las aguas de las fuentes tranquilas, unos dientes más blancos que la porcelana y unos labios más rojos que las fresas acabadas de cortar. ¡Presidenta ella, que tenía un cuerpo formado con más regla y compás que las estatuas de Fidias, y un acento más acordado que la voz de los ruiñesores, y una gracia tan irresistible, que hasta la brújula de marrear sufría bruscas y fuertes oscilaciones al sentir su aproximación!

¡Y Engracia Torres, *secretaria*! ¡Vaya un discurso! ¡Ella, que era toda viva travesura, toda risa, atractivo y donaire, toda *ángel*, encanto y armonía: consagrada a levantar actas! No señor, era aquella mucha prosa para tan gentil primavera, para aquella criatura que semejaba un abril por el exterior, y que parecía llevar en el pecho un nido de jilgueros. ¡Tomar la pluma para escribir esas cosotas tan aburridas, con aquellas manos de nieve y rosa, hechas para coger flores, escribir dulces billetes y recibir besos de humildes y conquistados vasallos!

Solamente Salomé Corral, la tesorera, estaba bien en su puesto. ¿Por qué? Porque su edad era ya más que proveya, porque era alta, seca y ama-

rilla; porque tenía nariz larga, ojos saltones y bien poblado entrecejo; y finalmente, porque, sobre toda aquella máscara tan formalota, llevaba un par de pesados espejuelos de armadura de metal, montados bre el caballete (que por poco era caballote) de su apéndice nasal, y formados por cristales tan gruesos, que parecían fondos de vaso de tomar agua, y reducían para el espectador el tamaño de sus ojos a la medida de los de un pollito recién nacido.

Salomé Corral sí que estaba perfectamente en su papel, repetimos, porque era una mujer equivocada. Se conocía que iba para hombre, cuando a mitad del camino, alguna hada maléfica y burlona la confirmó y determinó por criatura femenina. Por eso conservaba sus lineamientos primitivos, imborrables, profundos. Jamás había despertado la codicia de nadie; y ella por su parte, veía con el mayor desdén las cosas de su sexo. Nunca había guisado, ni cocido, ni sabido de modas. Andaba metida en fundas toscas y mal hechas, que ella llamaba vestidos, próximas a deshacerse, como un paraguas dentro de su vaina de lienzo. ¡Y los sombreros que se ponía! ¡Válgame Dios, qué sombreros! La paja de forma vieja, amarilla y abollada, adornada con listones y plumas de color desentonado y colocada sobre la cabeza entrecana, a poco más o menos y como por obra de un simple manazo. Pero, en cambio, sabía matemáticas, derecho, teneduría, anatomía, fisiología y otras muchas cosas acabadas en *ía*.

Si hubiera nacido en Londres, habría tomado

parte en los desfiles de las mujeres que aspiran a ser ciudadanas, y habría llevado en la mano una bandera con esta inscripción: *Votes for women*, o hubiera procurado azotar a lord Asquith, o prendido fuego a los sacos postales, o roto a pedradas los cristales del *British Parliament*, o se hubiera entregado al *hunger strike* (la huelga del hambre) como tantas heroicas feministas inglesas; y la policía le hubiese echado el guante y la hubiese mandado a la cárcel por cualquiera de esos pecadillos.

II

Levantada la sesión, formáronse corros acá y allá, y desatose la inmovilizada lengua de las socias, con gran contentamiento de aquellos sosegados ecos, que en sus concavidades recogieron graciosas críticas y regocijadas glosas de lo que había acabado de pasar, formuladas por labios de coral y gargantas de canario. No tardó en iniciarse la desbandada, y poco a poco fué quedando la sacristía un tanto libre, aunque de ningún modo solitaria, pues permanecieron al lado del padre Jacinto las principales dignatarias de la Conferencia y algunas otras señoritas particularmente afectas a las cosas del culto.

El capellán dió orden de que se cerrase la iglesia, y, una vez hecho así, trasladose con su brillante séquito al interior del templo, con el propósito de dar la última mano al arreglo y compostura de él, a fin

de dejarle listo para la función del siguiente día, que debía de ser muy solemne. A ese mismo objeto, llamó en su auxilio al sacristán y cierto número de mozos, los cuales, armados de escobas, plumeros y una escalera de gran tamaño, acomodada en una armazón con ruedas, no dejaron rincón, cornisa, alféizar, ni pechina que no limpiasen y sacudiesen hasta poner todo tan flamante y reluciente como si la construcción fuese acabada de hacer. Las damitas, entretanto, ocupábanse en el adorno del altar mayor, dirigiendo la artística operación desde los bancos contiguos, donde tomaron asiento. Y a cada instante se cruzaban y entrecruzaban voces que decían:

—Yo creo que en ese lugar quedará bien un tiesto de porcelana con gardenias.

—Y acá otro, para hacer juego con él.

—Las camelias se verán preciosas a uno y otro lado, en la gradería del altar.

—¡Que se vean bien los candelabros de plata!

—¡Nada de esferitas de cristal! Eso es muy cursi.

—En primer término, y junto al barandal, la colección de objetos de bronce que Dorotea acaba de regalar.

—Padre Jacinto ¿no sería bueno colocar de un lado y otro del templete, los cuadros del Sagrado Corazón y de la Virgen de Guadalupe?

—Excelente idea, Conchita; había pensado poner a San Millán en alguno de esos lugares, pero no hallaba cómo se le pudiera formar simetría con cualquier otro santo. Así sale bien, y la estatua del

patrono sobre un altar provisional a la derecha del presbiterio.

—Ahora es necesario adornar todo eso.

—Aquí están las cestas de flores artificiales.

—Y aquí cien metros de listón.

—¡Que los cirios y las velas no se vean tan desairados!

—¡Ya lo creo! Hay que dejarlos muy bien comuestos.

—¿A ver cómo se ve el tabernáculo adornado con esta guía de yedras que acabé de hacer la madrugada de hoy?

—No podía ser mejor; pero hay que enlazarla con gracia por los costados, y dejarla caer por la parte de arriba en ondas no muy exageradas... Así, así está perfectamente.

Se hablaba como en cualquier salón; se pisaba fuerte; rodaban con estrépito las ruedas de la escalera sobre el entarimado; dábanse órdenes a los mozos y éstos cambiaban palabras entre sí al desempeñar sus trabajos; el sacristán se encaramaba sobre los altares, quitaba y ponía candeleros y bajaba y subía objetos ornamentales. Aquello parecía el interior de una colmena de industriosas abejas.

El padre Jacinto se movía sin cesar en medio de los grupos, solicitado por aquí, atento por allá, vigilándolo todo y dando disposiciones, sugeridas o propias, para el arreglo y aderezo del templo. Y a efecto de apreciar mejor la vista de conjunto que lo que iba disponiéndose presentaba, se alejaba un tanto del altar, le examinaba por un lado y otro,

con ojos de perito, y resolvía qué era lo que debía quitarse, ponerse o colocarse de modo diferente. Hubiérase dicho un general rodeado de su estado mayor, tomando los dispositivos necesarios para una gran batalla.

Era dicho sacerdote, alto, delgado, blanquísimo de cutis y de palidez mate, sobre la cual resaltaba, como azulada sombra, en el ovalado semblante, el rastro de la bien afeitada barba. En medio de la cabellera negra y ligeramente rizada, resaltaba el blanco círculo rasurado de la corona clerical, como disco de plata; y la melancólica dulzura de sus ojos, la finura de su nariz y la expresión bondadosa de su boca, daban a su aspecto un poderoso atractivo, mezclado de belleza de hombre y de ascetismo de santo. Era limpiísimo y cuidadoso en su persona y traje, porque de buenos padres descendía, y en su hogar había aprendido a atenderse y vigilarse hasta en los menores detalles de la higiene y del bien parecer. Vestía sotana de rico paño, bien entallada y ajustada al cuerpo; y ceñida a la cintura llevaba una banda de raso negro, terminada por dos borlas de seda, que anudaba hacia el cuadril siniestro con lazo artístico. Añadía a tan elegante traje, cuando andaba por el templo o por su casa, corta y graciosa esclavina que le bajaba hasta la mitad de la espalda, y un airosísimo bonete, formado de tres amplios gajos de tela rica, y rematados hacia arriba por otra gran borla de esponjada y brillante seda. Llevaba por calzado chinelas de charol de irreprochable factura, que aprisionaban sus pies

aristocráticos, delgados y de elevado empeine, e iban adornadas por hebillas de plata bruñida y reluciente.

Todo en San Millán era homogéneo: la iglesia bellísima, risueña y ricamente alhajada, el capellán, joven, buen mozo y elegante, y la concurrencia, lo más florido, elevado y brillante de la *haute crême*. Desuerte que podía asegurarse que aquel santo lugar era el punto de cita y reunión de la aristocracia femenina de la metrópoli. Decir esto, y afirmar en seguida, que las misas, los rosarios, las funciones y todos los ejercicios espirituales que en aquel templo se efectuaban, eran los más concurridos y celebrados de la capital, es una especie de tautología; como lo es también agregar, que el padre Jacinto estaba como de moda, que se veía asediado por un gran número de hijas de confesión, y que era solicitado para todo cuanto a la vida social se refiere: demanda de consentimiento de los jefes de familia para noviazgos o matrimonios; casamientos, presentaciones de niños al templo y hasta entierros y misas de San Gregorio.

La Conferencia de San Millán, formada únicamente por señoritas de la primera sociedad de la población, era consecuencia lógica de la hermosura del templo y del interesantísimo continente del capellán; pues iglesia, asociación y sacerdote, armonizaban entre sí a maravilla, por el lustre y atractivo que unificaba, envolvía y amalgamaba todos aquellos elementos.

La boga del padre Jacinto echábase de ver asi-

mismo en las abundantes colectas de donativos que obtenía, cuando en persona se consagraba a recogerlos él mismo, al través del apiñado gentío que poblaba la capilla al celebrarse cualquier acto religioso. La diferencia era notable. Si el sacristán (que era un viejo grueso, feo y mal vestido) era quien solicitaba las limosnas, tornaba a la sacristía con el plato de metal que alargaba a los fieles, con regular número de piezas de cobre y muy pocas de plata; pero cuando el padre Jacinto tenía vagar suficiente para dedicarse en persona a ese trabajo, él sí que volvía con el plato colmado de monedas de ambos metales y de no pocos billetes de Banco, o bien con el cepillo pesado y repleto de aquellos mismos diversos y preciados valores.

Su paseo al través de la iglesia, era silencioso, pero equivalía a una marcha triunfal. Las hermosas devotas levantaban un instante la vista del libro de Lavalle o de Mad. de Flavigny, que estaban leyendo, o bien por entre los alargados pliegues de sus mantos, lanzaban relámpagos de sus ojos semejantes a estrellas, o bien claramente le seguían con la vista buen espacio. Y se daban unas a otras al codo, diciéndose por lo bajo:

— ¡Míralo! ¡míralo! ¡ahí viene!

— ¡Qué buen mozo está!

— Le veo muy descolorido ¿habrá pasado mala noche?

— Trae chinelas nuevas.

Y mezclando lo divino con lo humano, requerían el portamonedas y soltaban todo lo que podían, sa-

ludándole con recato algunas, y otras fingiendo un recogimiento absoluto, que estaban muy lejos de sentir.

No por eso vaya a pensarse que el padre Jacinto fuese malo, pues no era sino muy bueno: virtuoso, cumplido en todas sus obligaciones, modesto y humilde. Lo que pasaba era que estaba en la edad de la juventud, y era apuesto, elegante, y de finísimas maneras; y que el bello sexo le buscaba por la atracción que todas esas cualidades ejercen sobre las mujeres, sin distinción de edades ni condiciones; y que él y ellas se aproximaban entre sí por instinto, y se hallaban gozosos en su mutua compañía sin saber por qué. Ellas creían de buena fe que admiraban al sacerdote, sin mirar que era el hombre quien asomaba y se dejaba traslucir al través de la malla del misticismo; y él juzgaba que el plácido comercio en que vivía con aquel coro de niñas y de gracias, no tenía más móvil que el bien de Dios y el aumento de su culto. Y tan equivocadas estaban ellas como él, pues el imán que a todos arrastraba, no era más que la inclinación que existe en nuestra naturaleza para acercarnos los unos a los otros, hombres y mujeres, porque todos nos tenemos menester, porque nuestro corazón lo reclama, y porque es ese nuestro común destino. Para obrar de otro modo y contrariar ese afán, necesitan muy altas virtudes, una vigilancia de todos los momentos y una voluntad incontrastable; de suerte que todo aquel que ofrece a los cielos prescindir de esas tendencias, no dejarse dominar por

esas potestades y entregarse a la soledad del alma y de la vida, es un gran santo, es un héroe, es un mártir, por más que verdugos no le azoten, ni en peroles de pez hirviendo le sumerjan, ni le mutilen el cuerpo trozo a trozo con bien estudiadas y crueles pausas.

III

Quedaron bien adelantados los trabajos de la iglesia muy cerca de la una de la tarde, que fué la hora en que se disolvió la reunión. El padre Jacinto se sentaba a la mesa invariablemente a la una, y en atención a esa circunstancia, se suspendió la labor próxima a cumplir, quedando apalabrados todos cuantos en ella tomaron parte, para continuarla durante la tarde de aquel mismo día. Y a la salida de la sacristía, oyéronse estas voces:

- Adiós, padre Jacinto.
- Adiós, Conchita.
- Adiós, señor.
- Adiós, Carmelita.
- Adiós, padre.
- Adiós, Lupita.
- Hasta la tarde, padre Jacinto.
- Hasta la tarde, Engracia.
- Hasta luego, señor.
- Hasta luego, Salomé.
- ¿Nos vamos juntas, Dorotea? Somos del mismo rumbo.

—No, Trini, gracias; me quedo otros minutos, pues tengo algo que consultar con el padre.

Y todas las socias se marcharon, con excepción de la presidenta, que se quedó con el capellán. La pareja cruzó la solitaria sacristía, y por una puerta de comunicación que se abría hacia el fondo de ella, pasó a la casa del sacerdote, que estaba conti-

gua. La habitación del capellán era pequeña, pero sumamente alegre y risueña. El patiecillo de no muy grandes dimensiones, estaba materialmente cuajado de rosas reinas y canarias, de camelias y gardenias, de variedad de claveles y de algunas bien cuidadas varas de azucenas, que elevaban al aire sus delgados y esbeltos tallos, sobre los cuales se abría la blanca y olorosa flor, símbolo de la santidad y de la pureza. Pasar por ahí, equivalía a embriagarse de suavidad y de perfume.

El pequeño corredor de dos arcos que veía al patio, era como un elegante saloncito, pues se hallaba provisto y adornado de sillas y sillones de fresco mimbre, de pequeñas mesitas para juego de ajedrez y de vistosos tapetes de color rojo, en tanto que colgadas del techo y pendientes de limpias cadenas, se veían doradas jaulas de alegres canarios, que no cesaban de brincar, picotear el alpiste y soltar alegres gorjeos.

Tapizaba la sala una alfombra flamante, sobre la cual se ostentaba rico moblaje de brocado, todo de color rojo, y, además, consolas y mesa central con cubierta de blanco mármol. Cortinas en puertas y

ventanas, coronadas con vistosos *portières*, columnas por los rincones con estatuitas de transparente y fino *tecalli*, cuadros murales, que representaban asuntos místicos (el Diluvio, la adoración de los Magos, el Niño Dios entre los Doctores, y el Calvario), piano, vitrola y una buena caja con abundante provisión de discos de fonógrafo, donde se hallaban grabados y almacenados cantos de Caruso, Constantino, la Mickalowa, la Tetrizzini y otros cantantes de primer orden, así como piezas ejecutadas por los mejores solistas de violín, flauta y clarinete, o por las más famosas bandas y orquestas del mundo: de todo había en aquel rico aposento. Y para que nada de lo bueno faltase, daba a aquel amable y risueño recinto, nota y carácter sacerdotales, una imagen de bulto de la Purísima, vestida ricamente de blanco, azul y oro, resguardada debajo de un gran capelo de fino y diáfano cristal, y colocada sobre una de las consolas; y otra más grande todavía, del Sagrado Corazón de Jesús, erigida sobre la mesa central: hermosísima escultura de rojo, azul y oro, que representaba al Salvador, llevando sobre el pecho, el propio corazón desnudo, herido, goteando sangre y ceñido por corona de agudas espinas, y señalándole al espectador con las blancas, milagrosas y afiladas manos. La fisonomía de Jesús, dulce y amorosa, parecía decir a cuantos le miraban: «¡Amadme como os amé; amadme hasta la muerte!»

Aparte de los rasgos máximos que dejamos descritos, contenía la sala muchos primores hechos

por manos femeninas: taburetes, cojines y marcos de retratos bordados o pintados al óleo, y mallas para los asientos y respaldos del confidente y los sillones, y una porción de curiosidades y chucherías, que de lejos denunciaban el trabajo delicado, fino y elegante de la mujer. Casi todas las socias de la Conferencia consagraban buena parte de su tiempo a hacer obsequios al padre Jacinto, ora consistentes en obras de ornato de diferentes usos y especies (de las cuales estaba repleta la casa), ora en primores de dulces y repostería, de los cuales se veía siempre henchida la despensa.

El capellán carecía de familia: no tenía más que criados, esto es, cocinera, camarera y mozo, y al frente de ellos, a su anciana nodriza, mujer sencilla y humilde, incapaz de dirigir la casa, pero honradísima, fiel y cariñosa.

No era la mano de ella, ciertamente, la que ponía en orden y arreglaba metódica y hermosamente todas las cosas de la casa, pues, ¡qué iba a saber ella para lo que servían tantos objetos exquisitos y finos como ahí había, ni cómo y dónde deberían ser colocados para tener su mayor lucimiento y relieve! Era demasiado tontuela y vulgar para entender ni ocuparse en esas cosas. Otra era la mano que las seleccionaba, clasificaba y exhibía de inteligente y artística manera, haciendo que resaltase la belleza de todo cuanto en la casa se encontraba, sin pesada aglomeración; ridícula cursilería ni exposición presuntuosa; mano fina, exquisita, *up to date*, como dicen los ingleses, a la altura del tiempo, a la

moda, conforme a las exigencias últimas del buen gusto. ¿Qué mano era esa? La mano de Dorotea. Era esta joven quien ahí lo hacía todo, porque había ido poco a poco e insensiblemente, tomando posesión de la morada del sacerdote. Comenzó por hablar con el padre Jacinto, de tarde en tarde y en la sacristía, para hacerle importantes consultas; pasó de ahí a visitarle una u otra vez a su casa. Tratóle con cumplimiento primero, con creciente confianza después, y acabó por visitarle diariamente, y hasta varias veces durante el mismo día. Y de igual manera, había dado principio por tomarse pequeñas libertades en aquella habitación, poniendo o quitando esto o aquello en la sala, luego había hecho lo mismo en el comedor, después en la alcoba y así sucesivamente había ido progresando, hasta llegar a la despensa y a la cocina; de suerte que acabó porque en toda la casa no hubiese secretos para ella. Y, así por este medio, y sin que lo echasen casi de ver, ni ella ni el capellán, había concluido Dorotea por ser el ama reconocida y obedecida de aquella morada; la que tenía cuidado de todo, la que disponía y arreglaba las cosas, y aquella, en fin, sin cuya voluntad nada se hacía, desde la sala hasta la carbonera. Veía lo que faltaba en la despensa y ordenaba se comprase; vigilaba los precios; analizaba la calidad de telas y comestibles; formaba la minuta de la comida, y entraba a la cocina para dar el último punto a los platos que se llevaban a la mesa. Y aun algunas veces, cuando el caso para ello se prestaba, vestía hermosos y bien

bordados delantales, y unas veces en el horno o bien en el brasero, confeccionaba sabrosísimos panecillos, pasteles, conservas y pastas de diferentes frutas.

Permitíale prestar aquellos servicios, la circunstancia de ser hija única de un hacendado viudo, que pasaba en el campo la mayor parte del tiempo, y dejaba encargada del cuidado de la casa y de Dorotea, a una anciana hermana suya, llamada Emerenciana, amante de su rincón, bondadosa y de poco gobierno. Por otra parte, el método establecido para tomar los alimentos, tanto en la casa del capellán como en la de la familia Suárez, era muy diferente. El padre se desayunaba después de haber dicho la misa de seis, y en la casa de Dorotea, nunca antes de las ocho de la mañana; en la del padre se comía a la una en punto de la tarde, y a las dos en la de la joven; el padre merendaba a las ocho de la noche, y Dorotea y su tía cenaban casi a las diez. Estando, pues, por decirlo así, a contratiempo las indicadas horas, podía la señorita Suárez con toda holgura, y sin faltar al reglamento de su propia familia, dar un vistazo oportuno a las cosas del padre, al menos por lo que al desayuno y a la comida se refería, que, por lo que ve a la merienda, no le era igualmente sencillo el realizarlo. Así que levantábase temprano, asistía a la misa del padre Jacinto, acompañábale a la mesa para verle desayunar, y en seguida partía para su casa, donde la aguardaba la excelente e ignorante Emerenciana. Salía a la calle a eso de las once del día, so pretexto de

compras o visitas, y hacia el mediodía, hallábase de nuevo en la habitación del señor de la Roca, dando disposiciones a la camarera y a la cocinera, y consagrándose ella misma a varios trabajos y menesteres de índole más elevada y exquisita. Y, en sonando la una de la tarde, sentábase a la mesa el presbítero, y ella le daba conversación, sin probar bocado, mientras se desarrollaba el servicio; y solamente a los postres, solía tomar algún panecillo, bombones, compota o algo de fruta de la estación. Sobre media hora poco más o menos duraba la comida; así que podía llegar muy a tiempo a su casa, que no estaba lejos, después de haberse despedido del capellán.

La costumbre estaba formada desde hacía más de un año, y había echado hondas raíces en la vida de los dos jóvenes; de tal manera que, cuando el capellán, por motivo de sus acupaciones, faltaba al programa, o era ella retenida en su casa por las visitas, o pasaba el día con alguna amiga o parienta, ambos se sentían inquietos, pesarosos y como si algo muy íntimo y necesario les faltase.

Conviene advertir a todo esto, que las entradas y salidas de Dorotea eran rara vez por la puerta de la casa, y casi siempre por la sacristía; de suerte que muy contadas personas habían podido darse cuenta de sus pasos. Solamente las viejas devotas y rezadoras de oficio, que no salían en todo el día de la iglesia, habían parado mientes en la asiduidad de sus visitas; y entre novena y novena, y rezo y rezo, no apartaban los ojos de la sacristía para se-

guir los movimientos de la joven. Y así mascullaban entre dientes, arrodilladas y con el rosario en las manos:

—Padre nuestro que estás en los cielos (Ya llegó Dorotea).

—Dios te salve María (Ahora vino más temprano que otros días).

—Gloria Patri (Va tardando mucho en salir).

—Per sæcula sæculorum (¿Qué estarán haciendo tanto tiempo por allá adentro?)

—Amén (¡Jum! ¡Jum! Aquí hay gato encerrado).

Puestos y relatados ya tales hechos y antecedentes, es hora de volver a nuestro interrumpido relato. Dejamos al padre Jacinto y a Dorotea en los momentos en que, habiéndose despedido de las socias de la Conferencia, entran por la puerta de la sacristía en la casa del capellán.

El primer cuidado de la joven al llegar a ella, fué el de pasar a la cocina para ver cómo andaba la comida, y dictar algunas órdenes para perfeccionar y dar prisa al servicio; en seguida, satisfecha del aspecto que presentaban las ollas y cacerolas que estaban a la lumbre, sentose a la mesa frente al sacerdote para hacerle compañía.

—Delicioso consomé, dijo el padre Jacinto al tomar las primeras cucharadas del caldo.

—¡Cuánto me alegro de que sea del agrado de usted, padre! Ahora, para que le sepa mejor, tome algunas galletas saladas, repuso Dorotea,

aproximando al sacerdote un platito que de antemano con tal objeto, tenía apercibido.

—Mucho se ha trabajado ahora, continuó el capellán después de haber dado las gracias; sin duda por eso tengo mejor apetito que de costumbre.

—En efecto, señor, asintió Dorotea, ha subido usted y bajado repetidas veces las gradas del presbiterio, y trepado por la escalera de mano y arreglado los adornos del templete No creía a usted tan ágil y fuerte.

—Parezco más débil de lo que soy, Dorotea; pero no carezco de músculos, observó el presbítero con cierta complacencia. Resultado del juego de pelota, que tanto practiqué en el seminario. Como hay que correr y saltar mucho para chazar y rechazar la bola, no dejarla escapar y hacerla botar conforme a la regla, todo el cuerpo toma parte en el ejercicio y se desarrolla de los pies a la cabeza.

—¡Vaya, padre, quién lo hubiera pensado! respondió Dorotea Con usted camina una de sorpresa en sorpresa.

—¿Por qué? preguntó el señor de la Roca sonriendo.

—Porque se tiene usted muchas buenas cualidades guardadas, que ni quien las sospeche; pero que van saliendo poco a poco y en gran número Debe dar mil gracias a Dios por haberle concedido tantos dones como le ha otorgado.

—Dorotea, por favor, no haga usted que me sonroje, objetó el capellán con voz de súplica. Bien imperfecto y bueno para nada soy.

—No es esa la opinión de cuantos conocen a usted, prosiguió Dorotea clavando en el sacerdote una mirada cariñosa.

—La sociedad es demasiado buena conmigo, replicó el padre con modestia.

—Lo contrario es lo cierto, padre; la gente es muy mala, afirmó la joven.

El capellán comía de prisa, mientras Dorotea le iba pasando los platos. Así llegó pronto la hora de los postres.

—Padre, dijo la joven, le tengo preparada una sorpresa.

—Veamos, veamos, ¿qué será eso? articuló el presbítero con rostro expansivo.

—Una conserva de higos.... Como sé que a usted tanto le agrada, me propuse hacérsela yo misma, con mis propias manos... No vaya usted a decir que no está buena, porque me siento mucho.... Ahora ha de tomar usted una buena ración de dulce, quieras que no.

Y diciendo esto la joven, sirvió al padre Jacinto en abundancia de aquel delicioso manjar, sacándole con una cuchara de plata, del interior de una conservera de cristal puro y diáfano, donde se miraban nadando en almíbar tan cristalino como el agua, verdes higos gruesos, suaves y bien penetrados de miel exquisita.

—Pero usted me acompaña, tomando aunque sea un poco, suplicó el sacerdote.

—¿Para ser como Juan Gómez, tú lo dás y tú te lo comes? observó Dorotea riendo.

—No, sino para que dé usted misma el punto a su propia obra.

—Pues será para criticarla.

—O para alabarla; debe usted ser justa hasta consigo misma.

Dorotea se sirvió un poco de conserva, tomó unos pastelillos, y, después de haber paladeado la miel, dijo:

—No está tan buena como yo hubiera deseado.

—Vaya que es usted descontentadiza; es la mejor conserva de higos que he gustado en mi vida... Se comprende: como hecha por las manos de usted. Hace poco hablaba usted de mí con elogio; ahora me toca la vez de volver la cortesía.

—Sólo que yo si tengo razón, y usted no la tiene.

—Muy al contrario.

—Y, ahora, agregó la joven levantando la cucharilla en el aire, para dar a usted una prueba más, no de mi habilidad, sino del vivo deseo que tengo de servirle, voy a traer de la sala en una carrera, otras cosillas más, que dejé allí antes de la sesión.... Un momento.

Diciendo esto, salió del comedor, taconeó por el patio y volvió a poco trayendo en la mano un bulto pequeño, cuidadosamente envuelto en un gran pañuelo de seda. Púsole sobre un extremo de la mesa, quitole los alfileres con que venía asegurado, y fué sacando una después de otra, una sobrepelliz y una alba, ambas de finísima tela y por todo extremo elegantes.

—Aquí tiene usted mis obras de aguja, dijo al

sacerdote extendiendo sucesivamente las dos prendas ante sus ojos; yo misma las corté, cosí y bordé.

El padre Jacinto las examinó con sumo interés, pasando una mano debajo de la tela para verlas al trasluz; y después de contemplarlas despacio murmuró:

—Riquísima tela y labor exquisita. ¡Qué puntadas más finas y menudas! Y luego ¡qué bordados, por Dios! Creo que no hay en toda la ciudad aguja más elegante y maravillosa que la de usted.

—Mucho me complace que el obsequio sea de su agrado, padre; dilatadísimo tiempo he dedicado a este trabajito. No quise acabarle de prisa para que saliera mejor.

—No, Dorotea; no haga usted eso. De todo corazón se lo agradezco, pero crea que me apena.

—Pues no debe usted apenarse... ¡Si supiera con cuánto gusto lo he hecho!

—Eso me obliga mucho más.

—Ahora, prosiguió la joven con tono infantil, no hay que arrumbar estas cosas... Las hice para que se usen, no para que se guarden, ¿entiende?

—Son tan finas y delicadas, que da lástima echarlas al estricote.

—No importa. Cuando se acaben, se harán otras. Las mismas manos que cosieron y bordaron éstas, podrán hacer sus semejantes... ¿Con que me lo ofrece, padre?

—Sí, Dorotea; haré lo que usted mande.

—Pues mañana mismo estrena usted ambas cosas: el alba a la hora de la misa, y la sobrepelliz,

cuando salga a dar la comunión, después de la fiesta religiosa.

—Así lo haré, se lo prometo.

—¡Cuidado con faltar al compromiso! Voy a estar pendiente de usted; no olvide que no le pierdo de vista.

—No tenga cuidado que lo pase por alto... ¡Jesús! ¡Y qué elegante voy a parecer!

—La viva imagen de San Juan Nepomuceno.

—Sólo por la sobrepelliz.

—Y por todo.

—¡Ojalá me asemejase en lo más mínimo a ese gran santo!

En esto concluyó la colación, y se levantó Dorotea. Dobló cuidadosamente las dos prendas de obsequio *por sus dobleces, para que no se maltratasen*, y tendió la mano al capellán para despedirse.

—Voy a acompañar a usted como de costumbre, dijo el joven presbítero.

—No se moleste...

—No es molestia, sino placer.

En llegando al corredor, detúvose nuevamente Dorotea, y dijo:

—Aun no he concluído, padre; vengo ahora cargada de cosas.

—Excelente, repuso el sacerdote, porque todas las de usted son inmejorables.

—¿A que no adivina lo que le traigo?

—No, Dorotea, ¿que será?

Abrió la joven la bolsita, que pendiente de una cadenilla de plata llevaba en la mano izquierda.

—Mi retrato, dijo. Hace mucho me lo había usted pedido, y yo se lo había ofrecido; pero no había hallado ninguno que me satisficiera.... Este es el mejor de todos los que me he mandado hacer durante todo el año.

Y alargó al capellán una tarjeta fotográfica. El padre Jacinto sintió un golpe de sangre en el cerebro, y quedó como a oscuras.

—Perfecto, balbuceó al examinarle. Está usted tan bien sacada en esta fotografía, que no le falta más que hablar, como vulgarmente se dice.... ¿Viene con dedicatoria?

El capellán dió vuelta a la tarjeta, y halló escritas en el reverso estas sencillas líneas:

«Al padre Jacinto de la Roca, con todo el respeto y el cariño de su hija de confesión.

DOROTEA.»

—Muy bien, repuso el capellán satisfecho; mil gracias por esos rengloncitos.

—Hubiera querido decir más; pero.... ¿para qué? murmuró la joven ruborizándose levemente.

—Sí, sí, con esto basta, contestó el joven presbítero con cierto malestar confuso.

—Ahora, prosiguió Dorotea, falta una cosa.

—¿Cuál? preguntó el eclesiástico.

—La correspondencia, contestó la joven; que me obsequie usted el suyo.

—¿Mi retrato?

—¡Pues qué otra cosa había de ser!

—No tengo ninguno.

—Pero es muy sencillo: se lo manda usted sacar prontito.

—No habrá otro remedio; así lo haré si usted lo dispone.

—Sí, señor; así lo dispongo.... Y va usted a la fotografía de Clarck.... Yo le diré cómo quiero que salga.... Ha de ser con la sobrepelliz que le hice... con el bonete puesto... con un crucifijo en la mano.... y viendo para arriba.

—Pero ¿para qué, Dorotea?

—Para que acabe de parecerse a San Juan Nepomuceno.

El padre Jacinto rió de la ocurrencia.

—Ya veremos, dijo. Al fin y al cabo, siempre se sale usted con la suya.

—No siempre, repuso la joven con gracioso mohín; ojalá así fuera.

Charlando llegaron al zaguán, donde se dijeron adiós.

—Hasta la tarde, padre, dijo ella; nos veremos en la iglesia para terminar la compostura.

—Sí, hasta luego, repuso él; duermo la siesta, y en seguida paso al templo.

Cuando la joven salió, el padre Jacinto corrió a la alcoba, que tenía ventana para la calle de la vuelta, por donde tenía que pasar Dorotea; y, al llegar a ella, levantó discretamente los visillos de los cristales para ver a la joven. No tardó ésta en aparecer, y, al cruzar por delante de la reja, levantó los ojos, vió al sacerdote, sonrió suavemente, y con la

diestra mano le hizo una señal discretísima de adiós; en tanto que él sonreía también desde adentro, inclinando la cabeza, y, después de haberla visto pasar, dejaba caer los visillos.

Todos los días se repetían aquellas o análogas escenas entre el joven presbítero y la joven devota, y, siempre, después de ellas, quedaba el padre Jacinto mitad gozoso, mitad confuso, experimentando en los oscuros senos del alma, hondísimas y variadas emociones, que él mismo no alcanzaba a explicar ni a definir. Aquel día, más que ningún otro, se sintió conmovido hasta el fondo de su ser por cuanto había pasado entre los dos, por más que pareciese sencillo, y con la mente trastornada, con el pecho anheloso y con la sangre desbocada por los elásticos tubos de las arterias, cerró las puertas de su cuarto, y se sumió en profundas cavilaciones. . . ¿Cuánto tiempo habría tardado Dorotea en coser tan finamente aquella sobrepelliz y aquella alba, y en hacer aquellos finísimos y admirables bordados, que no parecían obra de manos femeniles, sino de manos de hadas? Seguramente no habían sido días ni semanas, sino meses, porque el trabajo era muy esmerado, y debió requerir mucha dedicación e inagotable paciencia. Pero ¡qué cosa más extraña que Dorotea, en la primavera de la vida, en lugar de dedicarse a las frivolidades del mundo, ocupase todo su tiempo en ese género de empresas! Sus compañeras, al paseo, a las reuniones, al teatro, a los bailes, al *tennis*, a la agitación y a la fiebre de la brillante sociedad que las rodeaba; y ella, entre-

tanto, al rezo, a la meditación, a la iglesia, y cuando no, la confeccionar trabajos para el altar, para el culto o para aquel su humilde ministro! ¿Qué placer podría encontrar en cosas tan graves y monótonas? ¿Por qué prefería la misa, el sermón, la salve y el rosario, a las excursiones matinales por la Reforma, al automóvil, a los saraos y a los demás pasatiempos de sus compañeras?

Conocióla el padre Jacinto poco más de un año antes, en ocasión dolorosísima para ella. Había tenido novio, y estaba ya para casarse, cuando un mal repentino se le había llevado a la tumba, dejándola espantosamente triste y desolada. Desde esa dolorosa época habíase consagrado al misticismo, abandonando galas y modas, y había ido a refugiarse a la casa de Dios, en busca de alivio y de consuelo; y sus amigas, compadecidas de su acerba cuita, habían procurado dar trabajo a su imaginación, haciéndola entrar en la Conferencia de San Millán. Ella, por su parte, había tomado tan a pecho su cooperación en la santa obra, que había dado de mano a cualquier otro trabajo para ocuparse exclusivamente en la conferencia; y su padre y su tía, condolidos igualmente de su pena, habíanla dejado adelantar libremente por aquel oculto camino, pues, siendo piadosos ambos, creían, con seguridad, era el mejor y más acertado para obtener el alivio que ella buscaba.

—¡Pobre Dorotea! decía suspirando el señor Suárez. Acabó la vida para ella y sólo en Dios busca refugio.

—Así es, respondía Emerenciana; está desencantada del mundo, y la religión es su único consuelo.

—Vale más así, afirmaba el padre; se ha acogido al puerto donde mueren todas las tormentas.

—En la casa de Dios, concluía Emerenciana, hallan abrigo y medicina todos los dolores.

Dominados por tales pensamientos, el padre y la tía no ponían el menor obstáculo a los extremos de piedad por donde andaba engolfándose Dorotea, sino que más bien se los fomentaban con su tolerancia, movidos por la compasión que le tenían a causa de la intensísima pesadumbre que había acabado de sufrir. Disponía la joven, por lo tanto, de una libertad absoluta para entrar en su casa o salir de ella, como mejor le placía, así como para ir a la iglesia y para consagrar el tiempo sobrante a labores destinadas al culto. Sus guardianes naturales no veían en todo aquello más que el desarrollo de su misticismo, y la consideraban tan asegurada dentro de aquella vida y costumbres, como si la hubiesen visto detrás de las rejas de un convento.

Conociéronse ella y el padre Jacinto, con motivo de la Conferencia, y desde el primer momento se tuvieron simpatía. Lamentaba el capellán que aquella damita tan hermosa y bien dotada por la naturaleza, hubiese sufrido tan rudo golpe al principio de su vida; y ella, a su vez, se maravillaba de que aquel joven tan apuesto y de prendas tan brillantes, hubiese seguido la carrera eclesiástica, que es toda de abstinencia y renunciamento; así que ambos se preocuparon desde entonces por sus si-

tuaciones respectivas, y pensaron mucho el uno en el otro. Después, con motivo del tesón y la asiduidad con que Dorotea desempeñaba las comisiones de la Conferencia, vino a ser nombrada presidenta de ella por el voto unánime de las socias; y aquel encumbramiento fué un nuevo paso para que se aproximasen más y más el capellán y la doncella, pues no faltaban, por lo regular, asuntos de importancia que tuviesen que tratar los dos juntos; ella, por ser la cabeza de la asociación, y él, por haber sido quien la proyectó, fundó y dió forma, y, por consiguiente, su director legítimo y necesario.

Después de eso, atraída Dorotea por un imán que ella juzgaba simplemente piadoso, acudió al confesonario del padre Jacinto y eligió a éste por su director espiritual. El padre, en cumplimiento de su deber, no le negó sus consejos, y al oír las doloridas quejas que, desde detrás de la rejilla, le confiaba la triste joven, procuró consolarla lo mejor que pudo, hablándole de los altos designios de Dios, de su bondad, de su misericordia, de la brevedad de la vida, de la mística significación del dolor y de la eternidad sin principio ni fin, donde resplandece el reinado del amor y de la paz. Dorotea lloraba tiernamente al escuchar aquella palabra vibrante y conmovida, impregnada de ternura y santa compasión, y se retiraba del confesonario con el corazón todos los días más ligero y aliviado de sus penas. Y, siguiendo la tendencia natural de todo paciente que sufre hondos dolores, acercábase con frecuencia a aquel sabio y dulce médico, que sabía de-

rramar tan blandos y eficaces bálsamos en las abiertas heridas de su corazón. Así fué estableciéndose, sin premeditación ni conocimiento, la aproximación de esos dos espíritus, vagarosos hasta aquel día y como flotantes en la atmósfera, y de ahí en más, unidos por los lazos impalpables y misteriosos de una recóndita inteligencia. Si alguien les hubiese dicho entonces la verdad respecto de sus afectos, habríanse indignado, y, hubieran protestado mil y mil veces con todas las veras de su alma, que eso no era verdad, y que no había más puntos de contacto entre ellos, que los que nacían de la religión, de la caridad y de una amistad pura y desinteresada.

La toma de posesión de la casa del capellán por Dorotea, se realizó de la propia manera que el acercamiento de aquellos dos seres exquisitos: muy despacio, muy sencillamente, sin dejarse sentir por ninguna de las dos partes, pues jamás pensó ella con anticipación el hacerlo, ni él se propuso tolerarlo; y si al fin resultó hecho, fué sin que nadie se hubiese dado de ello cuenta oportuna. De tal suerte, que, a la hora menos pensada, encontrose Dorotea señora de la morada del padre Jacinto, y éste, amparado por los solícitos cuidados de la joven, que desempeñaba a su lado (al menos así él lo creía) el papel de hermana tierna y cariñosa.

Decir que aquel estado de cosas fuese absolutamente inculpable, sin que un átomo de sobresalto inquietase a la sordina aquellas dos almas, sería afirmar una cosa aventurada, pues, bien que ambos

corazones latiesen libres de todo grave remordimiento, deben haber penetrado algunas vislumbres de claridad en su recóndito seno. Así se desprende de las precauciones que los dos jóvenes tomaban para ocultar sus acciones a la mirada de ojos indiscretos, pues ni uno ni otro confió a persona alguna el secreto de su intimidad afectuosa.

La naturaleza había hecho silenciosamente su oficio entre aquel eclesiástico y aquella devota. Él vivía solo, entregado en manos de criados vulgares, que no podían hacer en su favor más que trabajos mecánicos; de suerte que se sentía tristísimo y como abandonado dentro de aquella cárcel, donde no hallaba atractivo ni para su imaginación, ni para su inteligencia, ni para su corazón; y, sin darse cuenta de ello, aspiraba a una compañía fina y dulce, que llenase aquel vacío de su pecho, donde sentía que andaba naufragando su vida. Y ella, por su parte, habiendo llegado a la edad en que la mujer toma estado, funda un hogar y se pone a la cabeza de una familia, se había dejado llevar hacia aquella sombra de todo eso, empujada por el instinto, como los pajarillos se lanzan al espacio que sus alas necesitan, cuando hallan abierta la puerta de la jaula que los aprisiona. Así habían armonizado entre sí esas huérfanas naturalezas y se habían completado esos truncos destinos; truncos, se entiende, por lo que respecta a lo terreno y humano, pues, por lo que hace a lo supraterrrestre y divino, bien sabemos que esas mutilaciones y sacrificios, cuando son sinceros y efectivos, dan origen a las virtu-

des más altas y a la más acrisolada y brillante santidad.

Decíamos, pues, que, a pesar de que Dorotea y el padre Jacinto no tuviesen claro conocimiento de su falta, no dejaban, por eso, de percibir ciertas cálidas vislumbres de ella, porque la conciencia es una balanza de precisión tan exquisita, que se conmueve y altera, no sólo por la caída de los grandes pesos, sino hasta por la acción de los soplos más leves, y por el influjo de los más fugaces, ocultos y ligeros pensamientos. Sólo así puede explicarse que, tanto el capellán como la devota, sin haberse puesto de acuerdo ni comunicado el uno al otro su intención, hubiesen guardado reserva tan estricta acerca del grado a donde había llegado la amistad que los unía.

En efecto, aparte de las *cucarachas de iglesia*, como vulgarmente son llamadas las mujeres desocupadas que abandonan los quehaceres domésticos para irse a dormir al templo (llevadas de una mal comprendida devoción), nadie se había dado cuenta de la intimidad reinante entre los jóvenes; pues Dorotea había observado absoluto silencio sobre ello, tanto en su casa como entre sus amigas, y el padre Jacinto se había guardado bien de ponerlo en conocimiento del cura de su parroquia, que era su superior inmediato, o de hablar sobre el particular con sus colegas los otros presbíteros.

La situación era peligrosa, sin duda alguna. Aun no había llegado a ser criminal; mas iba deslizándose por una pendiente tan suave y florida, tan ma-

tizada de colores y tan saturada de perfumes, que podía degenerar fácilmente en lo que ninguno de los jóvenes sospechaba y quería, pero que la naturaleza, ayudada por la casualidad, iba tramando y maquinando silenciosamente entre la sombra.

IV

No veía el padre Jacinto el abismo abierto a sus pies, porque una primavera sonriente lo velaba y encubría; de suerte que vivía alegre y confiado, e iba caminando al azar de los días, conducido y llevado por el ritmo interior de una música arrobadora.

Tan pronto como dejó caer los visillos de los cristales, después de haberse despedido recatada y dulcemente de Dorotea, cerró, como lo llevamos dicho, la puerta de su cuarto, que daba al corredor de la casa, para significar a la servidumbre que iba a dormir la siesta acostumbrada, y que debía guardar silencio para no interrumpirle el sueño; pero, en lugar de echarse en la cama, dedicose a contemplar despacio y a su sabor la sobrepelliz y el alba que Dorotea le había acabado de obsequiar, extendiéndolas cuidadosamente sobre la mesa. Y sucedió que, al desdoblarse las telas, dejaron escapar de sus pliegues las delicadas esencias de que venían impregnadas, como ténues efluvios de la bella donante; porque Dorotea era limpia como la plata, e iba dejando por donde pasaba, una como estela de

embriagantes y delicadísimos perfumes. El señor de la Roca vió por el derecho, y tornó a ver por el revés aquellas obras exquisitas de aguja, admirando lo microscópico de las puntadas, el primor de los dibujos y el maravilloso acabado de los tejidos; y, entretanto, continuaba aspirando los regalados olores que aquellas telas removidas despedían, y sentíase embelesado y trastornado por la muchedumbre de desconocidas emociones que iban surgiendo en su pecho palpitante y conmovido.

Concluída la inspección, tornó a doblar aquellos albos y sutiles ropajes *por sus dobleces*, como ella lo había hecho, y los acomodó en seguida blanda y esmeradamente en una tabla de su armario, cuidando que no tuviesen peso encima, para que no sufriesen maltrato. Después de eso, llegó su turno a la fotografía. Habíala puesto sobre la mesa de noche, donde había llegado a pensar dejarla permanentemente para tenerla siempre a la vista, como si fuese *la de una hermana querida*; pero, a poco, iluminado por una de esas vacilantes ráfagas de la conciencia que solían filtrarse en su espíritu, la concienzudo guardarla en lugar secreto, para que nadie la viese, ni supiese que la tenía en su poder, ni se permitiese hacer comentarios sobre el caso, como llevaba guardadas tantas y tantas otras cosas en el santuario impenetrable de su ser íntimo. Tomola, pues, con el objeto de darle alojamiento en el discretísimo seno de un cajón del mismo mueble donde había depositado las telas; pero, antes de sepultarla en ese recóndito lugar, la contempló buen

espacio, de frente, por los lados, de arriba para abajo, de abajo para arriba, de todas las maneras, en fin, que le fué posible; y luego leyó y releyó multiplicadas veces la dedicatoria, deteniéndose en cada palabra, en cada letra, en cada rasgo. Y su embelesado pensamiento murmuró en su interior esta romanza sin palabras:

—Dorotea es un ángel. Su belleza incomparable hállase bastante bien trasladada a esta imagen, que parece, no retrato, sino sueño o creación de algún excelso artista. ¡Qué ojos tiene ella, por Dios! ¡Tan grandes, tan rasgados, tan dormidos! Asustan cuando miran. A mi me hacen el efecto de una cosa enorme, como de arcano y de misterio, como de profundidad y de abismo. Y aquí están fielmente reproducidos: con la mirada hacia adelante, como si fuese ella misma la que estuviese viendo por ellos. . . . la que me estuviese viendo siempre, siempre. . . .

La frente del sacerdote se cubrió de vivo rubor, y las sienes le zumbaron con rumor interno y extraño, entretanto que el soliloquio continuaba:

—El óvalo de la cara, que es perfecto, está aquí bien diseñado, lo mismo que la graciosa forma de la boca, con el labio superior delgado y poco perceptible, y el inferior un poco gruesecillo por el centro. . . . Esta boca podría servir de modelo en una sala de dibujo; no las he visto más perfectas en las muestras que para ese fin usan los profesores. . . . Y hay que advertir que, inmóvil como aquí se mira, carece de su principal atractivo, que es la

gracia de sus movimientos. . . . Porque el *juego de la boca* de Dorotea es único; sólo en ella lo he visto. . . . Las cejas parecen dos arcos triunfales, trazados sobre los ojos para realzar su arrobadora expresión. . . . y también para hacer resaltar la blancura y la tersura de la frente, que es como de alba y delicada porcelana. . . . Esos mechones desprendidos del peinado, ocultan en parte la frente, pero hacen más atractivo y artístico el conjunto. . . . Recuerdo haber visto en hermosas estampas, que las mujeres griegas y romanas hacían lo mismo que ahora se usa, y se adornaban la cabeza con cintas de tela o diademas de plata u oro, que les daban aspecto de reinas coronadas. . . . ¿Y si Dorotea hubiese nacido en aquellos tiempos en que la belleza era todo, cuando poetas y artistas la celebraban a porfía, éstos con la lira, aquellos con el pincel y con el cincel los otros? . . . Homero, Hesiodo y Anacreón, hubieranla cantado en Atenas, en las islas del Mar Egeo y en las ciudades del Asia Menor; y Horacio, Ovidio y Tibulo, hubieranla celebrado en todo el orbe romano. . . . Pero esos poetas, como paganos, no hubieran visto en ella más que la belleza plástica de la forma, que fué lo único que supo distinguir y adorar el mundo antiguo, y no habrían podido apreciar y enaltecer las felices disposiciones y admirables virtudes del alma de Dorotea, criada para recreo del paraíso y gloria de Dios. . . . Porque Dorotea es un tesoro de bondad, de abnegación y de ternura, y lleva las alas tan blancas como el armi-

ño, ocultas y recogidas debajo de sus encantos visibles y terrestres.

Y, después de otro largo análisis laudatorio, suspiró y dijo, apelando al vocabulario sacerdotal:

—¡Parece una Virgen de Murillo!

Apenas había acabado de lanzar esta exclamación, cuando alguien llamó a su puerta precipitadamente, circunstancia que le sorprendió mucho, porque jamás la respetuosa servidumbre se había atrevido a interrumpir su descanso.

—¿Quién? ¿qué pasa? preguntó.

—Jacinto, no quería despertarte, contestó desde afuera la voz de la vieja nodriza, pero ahí está el señor cura.

—¿Qué cura? volvió a preguntar el sacerdote. ¿El de esta parroquia?

—Sí, el señor cura don Severo Pérez; dice que trae un negocio urgente contigo.

—Voy luego; hazle entrar en la sala.

—Ya está ahí; desde que llegó le abrí las puertas.

—Bueno, dile que no tardo.

Guardó el capellán apresurada y febrilmente el retrato que en las manos tenía, cerró el armario con llave, guardó ésta en el bolsillo, y por la comunicación interior salió a la sala. Figúrese que el párroco iba a tratar con él asuntos relativos al culto en general, y acaso también a la función de San Millán del día siguiente.

Hallábase el cura sentado en el sofá, pero al verle entrar, se puso en pie, y alargándole la mano, le dijo:

— Buenas tardes, padre Jacinto.

— Buenas las tenga usted, señor cura, repuso el capellán con respeto, estrechando la diestra que se le tendía.

— Dispense usted, siguió diciendo el párroco, haya venido a interrumpir su descanso; pero como se trata de asunto urgente, creí necesario no perder un solo instante.

— No tenga usted cuidado, señor, contestó el capellán; duermo siesta por costumbre, pero puedo prescindir de ella sin dificultad. . . . Y sobre todo, cuando el caso lo requiere, hay que hacer a un lado lo supérfluo.

— Dice usted bien, afirmó el cura. Así que, para no perder tiempo, voy a entrar en materia desde luego.

Pero antes de pasar adelante, demos a conocer al lector al nuevo personaje.

Era el señor cura don Severo Pérez, anciano que pasaba de los setenta años, bajo de estatura, seco de carnes, apergaminado de rostro y notablemente huesudo de todo su cuerpo; calvo, de nariz larga, de cejas tupidas y de barba saliente. Faltábale toda la dentadura, pues jamás había querido ponerse la postiza; de suerte que la boca, huérfana y vacía, daba a su semblante, cuando caía la quijada inferior, un extraño aspecto de longitud de alto abajo, y de hundimiento lateral; el cual aspecto de un modo chocante contrastaba con las cortas dimensiones a que quedaba el rostro reducido, cuando llegaba don Severo a poner en contacto las desden-

tadas encías, juntando ambos maxilares, pues entonces parecía su semblante no solamente corto, sino enjuto, marchito y comprimido. Y era de creer que el respetable párroco experimentase sensación agradable con aquellos cambios de tamaño y expresión de su rostro, o que hubiese contraído la manía de efectuarlos, porque a cada momento separaba las quijadas, y aparecía carilargo, o bien las reunía, y aparecía caricorto. En este último caso, además, solía llenar con su propia respiración el interior de la boca, con lo cual se le hinchaban los escuálidos mofletes, y se trocaban en dos globillos inflados y redondos a ambos lados de la boca y debajo de los pómulos; por lo que la gente bromista había dado en decir que el señor cura se divertía en hacer *buches de aire*.

Aparte de eso, no había defecto que poner a aquel grave sacerdote, si es que defecto podía constituir aquella sencilla costumbre. Brillante carrera había hecho en el Seminario de la metrópoli; era doctor en cánones y teología, doblemente borlado; y corría fama de ser varón de alta inteligencia y de insignes virtudes. Así que su nombre era pronunciado con respeto y veneración no sólo por los miembros de la clerecía, sino por todas las personas que le conocían y frecuentaban su trato.

Diremos para concluir esta especie de presentación del señor doctor Pérez, que tan pronto como entró en la casa del capellán, dejó caer la sotana que recogida hacia la cintura traía por la calle, para no contrariar las Leyes de Reforma, y que, además de eso, había sacado del bolsillo la montera de

seda de gran borla central que siempre llevaba doblada y prevenida consigo, para resguardar la calva mollera así del aire frío, generador de catarros, como de la molesta picadura de los zancudos y de las moscas.

Volvamos ahora a la entrevista del cura y del capellán.

Después de haber anunciado el párroco que iba a tratar desde luego el asunto que a la casa del padre Jacinto le llevaba, preguntó a éste:

—¿Cómo la ha pasado usted estos días, padre Jacinto?

—Bien, señor cura, repuso el interpelado; no ha habido novedad por acá, bendito Dios.

—¿Y la fiesta de mañana?

—Tengo concluidos casi todos los preparativos... Falta poco; pero lo haré esta tarde, ayudado por el sacristán, por algunos mozos y por las señoritas de la Conferencia.

—¡Ah! ¡vamos! ¿Son para usted de grande ayuda esas señoritas?

—Sí, señor cura, de grandísima ayuda. Se multiplican para servirme y para realzar el culto: coleccionan limosnas y donativos, hacen incontables labores para hermosear el templo, y, en ocasiones como esta, prestan tiestos, floreros, jarrones, cortinas, jaulas de pájaros y todo cuanto se ha menester. Y no sólo eso, sino que dirigen ellas mismas la mejor y más elegante colocación de todos los adornos... Hay una, sobre todo, cuyo contingente es precioso, porque aparte de ser inteligentísima y activa,

es rica y generosa, y no se cansa de hacer obsequios a San Millán... muchos de ellos bastante costosos.

—¿Quién es ella? preguntó el párroco.

—La presidenta, señor cura, repuso el joven.

—¿Cómo se llama? volvió a interrogar el señor Pérez.

—Se llama Dorotea Suárez, contestó el padre Jacinto.

—Dorotea Suárez... Dorotea Suárez, repitió varias veces el anciano como hablando consigo mismo.

Sacó en seguida del bolsillo del pantalón un periódico que bien doblado llevaba, extendióle pacientemente, y luego, con ojos indagadores, se dió a buscar cierto párrafo que le interesaba; y, habiéndole encontrado, leyóle para sí, y luego dijo pausadamente y sacudiendo con moderación el papel:

—Eso es, D. S., Dorotea Suárez.

El padre Jacinto no entendió lo que aquello pudiera significar, pero se sintió grandemente intrincado por aquel soliloquio. No obstante, guardó silencio en espera de alguna explicación.

Pasaron unos momentos, durante los cuales estuvo el señor Pérez bajando y subiendo la quijada inferior y haciendo sus acostumbrados *buches de aire*, y luego lanzó este exabrupto:

—¿Ha leído usted el *Diablo Cojuelo*?

—¿Qué cosa es eso? interrogó el capellán sorprendido.

—Un periódico que lleva ese nombre.

—¿Se publica aquí?

—Si, es semanario; pero tiene muy poca circulación.

—Debe tenerla, porque jamás le había oído mentar.

—Si, es un periódico de escándalo, de los de segunda o tercera fila... Su objeto principal es el de hablar contra la religión y contra el clero... Cada uno de sus editoriales es un tejido de blasfemias, y cada una de sus gacetillas, una denuncia de pretendidos abusos cometidos por los *frailes*... Pues según su vocabulario, somos *frailes* todos cuantos hemos recibido las sagradas órdenes, aunque no pertenezcamos a ninguna comunidad monacal... La palabra *fraile* es despectiva.

—Si, se entiende... ¿Por qué me preguntaba usted, señor cura, si había leído ese *Diablo*?

—Porque trae un párrafo que se refiere a usted.

El padre Jacinto se puso pálido. Jamás había sido atacado por la prensa, y tenía la convicción de que sería respetado siempre por ella, porque no creía dar motivo para otra cosa.

—¿Con que sí?, preguntó con voz alterada. ¿Y qué dice de mí?

—Algo muy serio, contestó el señor Pérez.

—¿Algo muy serio? preguntó de nuevo el capellán sin saber lo que decía.

—Si, padre, algo que estimo de la mayor gravedad. Por supuesto que yo tampoco leo esta publicación, ni la compro nunca; pero como hoy me lle-

gó el número que tengo en la mano, bajo sobre, a la hora de comer, comprendí que algo muy especialmente maligno debería de contener. Por eso le desdoblé y pasé por él los ojos. No hallé nada de particular en las tres primeras planas; pero al llegar a la última, tropecé con el párrafo venenoso... Mírelo usted, aquí está.

Y diciendo esto, alargó el señor Pérez el *Diablo Cojuelo* al padre Jacinto, señalándole con el índice de la mano derecha, el lugar donde debía leer. El capellán, todo confuso, tomó el periódico, y leyó para sí lo siguiente:

—«*Tiene un serrallo*.—El capellán de la iglesia de S. M., joven guapo, alegre y coquetón, ha inventado un ingenioso pretexto para rodearse de las pollas más brillantes de la metrópoli; y ha sido la fundación de una llamada Conferencia, la cual tiene la particularidad de ser formada, según sus estatutos, por *puras muchachas casaderas*. Cada semana se reúne la elegante asociación en la sacristía de la iglesia, y el capellán la preside, como si fuera un sultán, atrayéndose las miradas y las sonrisas de aquellas princesitas de cuentos de hadas, que, creyendo hacer obras piadosas y de caridad, sirven sólo para recrear las miradas del insaciable y voraz clérigo. Tenemos informes muy interesantes en cartera, relativos a la intimidad, *sospechosa* por lo menos, que reina entre el astuto eclesiástico y una bellísima señorita D. S., quien, según parece, desempeña un papel muy importante en la cofradía. Resueltos como estamos a denunciar los

abusos de los *frailes*, damos este grito de alarma a las familias honradas, a fin de que tomen las necesarias medidas contra ese tenorio de sotana, que tiene la osadía de establecer su campo de operaciones en el seno de nuestra llamada aristocracia, y entre las doncellas más lindas de nuestra sociedad. Seguiremos hablando sobre esto, si es necesario, y hasta daremos nombres completos, llegado el caso, pues no hemos de desmayar en nuestra obra patriótica de limpiar la metrópoli de esos *frailes* pillastrines, que todo lo invaden y corrompen, so pretexto de hacer bien a la religión.»

Atónito e indignado quedó el padre Jacinto al terminar la lectura de aquel inmundo párrafo.

—¡Esto es horrible y asqueroso! exclamó. ¿Es posible que se escriban y publiquen tales indecencias en esta ciudad?

—¡Pues ya lo vé usted, padre! repuso el señor Pérez.... Lo que está aquí consignado es sumamente grave; pero mayor gravedad reviste todavía lo que está indicado, lo que se dá a entender, lo que, como vulgarmente se dice, puede leerse entre líneas.

—¡Preciso es atajar la insolencia de esos escritoruelos! exclamó el capellán rojo de ira. Para eso hay leyes, para eso hay jueces, para eso hay justicia.

—Pero ¿cómo quiere usted poner freno a esos deslenguados? preguntó el párroco.

—Por medio de los recursos jurídicos.... ¡No faltaba más! No vivimos en país de cafres.... Ma-

ñana mismo, o esta tarde, si es posible, presento mi querrela por difamación ante un juz de lo criminal.... Y ¡ya verá, ya verá el calumniador como le va con la condena! Purgará su delito con años de cárcel.

—No podría usted hacer cosa más desacertada, objetó friamente don Severo.

—¿Por qué, señor cura? interrogó el padre Jacinto con vehemencia. ¿Por qué ha de ser desacertado acudir a los medios legales para defender la honra ultrajada?... Tanto más cuanto que no se trata solamente de mí, sino de tantas señoritas distinguidas como forman la Conferencia, las cuales son dignas del mayor respeto.

—Todo eso es muy verdad, prosiguió el señor Pérez; sin embargo, hay algunas otras consideraciones que tomar en cuenta, y que son de la mayor trascendencia.

—No caigo, no entiendo, repuso el capellán.

—Voy a presentarlas a los ojos de usted para que las analice y las juzgue, y para que resuelva después lo que le parezca mejor.... En primer lugar, note usted que el párrafo está redactado con mucha astucia....

—No la veo; me parece bastante burdo y grosero.

—Es verdad, pero se desliza cautelosamente para no presentar cuerpo a denuncias y querellas, y esquivar toda responsabilidad. Desde luego no se menciona la capilla de San Millán.

—Pero se le designa con las iniciales S. M.; eso es bastante.

—A usted le parece que lo es, porque está en el secreto de lo que se trata; pero como hay varias capillas, que tienen las mismas iniciales que ésta, como San Marcos, San Martín, San Mauro, y tal vez alguna otra que no recuerde, el caso no es tan sencillo.

—Está bien; pero ¿la Conferencia de señoritas sin casar?

—No sé si habrá alguna otra asociación del mismo carácter. Es posible que la haya.

—¿Y las iniciales D. S., que están diciendo Dorotea Suárez con toda claridad?

—Eso lo ve usted con la evidencia de la luz, por la misma razón, porque tiene los antecedentes del caso, porque soy yo quien ha recibido el periódico, y porque, dentro de mi feligresía, no hay, en efecto, capilla ni persona que correspondan a esos dos pares de iniciales, sino San Millán y Dorotea Suárez; pero no sucede ni sucederá lo mismo para otros lectores. Las letras D. S. pueden corresponder perfectamente a Dolores Solórzano, a Damiana Solís y a Dominga Sanromán, por ejemplo.

—Usted puede dar testimonio de haber recibido el periódico bajo sobre, lo que demuestra que el hecho le fué denunciado como párroco, y que, por lo mismo, el libelo se refiere a cosas de este curato.

—Los culpables negarían ese hecho, y yo no podría demostrarlo. . . . Y, sobre todo, bien me guardaría de entrar en esos enredos y averiguaciones.

—¿Cómo así, señor cura? preguntó el padre Jacinto entre atónito y contrariado. ¿Se negaría us-

ted a contribuir con su testimonio al esclarecimiento de los hechos para poner a raya la calumnia y la impiedad?

—Me negaría rotundamente, pero no por cobardía o por egoísmo, sino porque abrigo la convicción de que el medio a que quiere usted apelar, daría un resultado contrario al que usted supone, repuso el cura Pérez.

—Confieso, continuó el capellán, que no entiendo cómo pudiera ser así, porque de la impunidad del delito, nacen su continuación y su incremento, pero no su castigo.

—La causa de nuestra discrepancia, articuló don Severo, es más aparente que efectiva. Los dos queremos poner punto al escándalo, en ello estamos conformes; pero usted cree que puede y debe intentarse por medios directos, y yo no. . . . Creo que en este caso es más prudente apelar a los indirectos; y, estoy cierto, además, de que serán los únicos que puedan corresponder a nuestro mutuo propósito.

Y viendo que el padre Jacinto daba muestras de duda y desconcierto, por la expresión de su fisonomía, continuó diciendo el doctor:

—Voy a explicar a usted todo lo siguiente: mi modo de ver las cosas, el por qué de mi reprobación para toda acción pública, y el medio que, en mi concepto, debe emplearse para atajar el mal que se inicia. . . . Desde luego, opino que, a pesar de la malevolencia y dolosa intención con que ha sido redactado el párrafo del *Diablo Cojuelo*, no causará

efecto ninguno en el público: en primer lugar, porque este semanario no es leído sino por gente de baja estofa, que ignora lo que pasa más arriba de ella, y en segundo, porque las alusiones que en él se hacen y que a usted parecen claras, van a ser vistas como verdaderos logogrifos y rompecabezas por la masa de los lectores. . . . Ahora bien, si usted, haciendo uso de los derechos que la ley le da, ocurre a los tribunales con acusaciones y aclaraciones, entonces sí no habrá ya confusión posible, sino quedará puntualizado a los ojos de todos, que la iglesia de S. M. es la de San Millán, que el capellán coquetón es usted, que la Conferencia de que se trata es la que aquí se reúne, y que la devota D. S., a quien se hacen imputaciones ofensivas, es Dorotea Suárez. . . . Y el asunto se hará público, y llegará a oídos de todo el mundo, y abundarán los comentarios, y usted, la Conferencia y la señorita Suárez estarán completamente perdidos ..

El padre Jacinto se removió en el asiento con inquietud.

—En efecto, dijo, tiene usted razón. . . . No había caído en la cuenta. . . . El escándalo sería formidable.

—Ya lo creo, afirmó el párroco, y así, por ese camino, se agravaría el daño en vez de corregirle.

—Pero entonces ¿qué hacer? interrogó el joven sacerdote lleno de perplejidad. ¿Dejar las cosas como van y permitir que continúen desarrollándose la maledicencia y la calumnia?

—No, eso de ninguna manera, ya se ve que no;

debe ponerse un hasta aquí a ese rumor malévol. . . . Precisamente me proponía exponer a usted ahora mi modo de ver sobre el particular, agregó el señor Pérez.

—Si, señor cura, rogó el padre Jacinto, hágame usted el favor de decírmelo. Me encomiendo en todo a la prudencia de usted. Haré cuanto usted me diga; es usted mi brújula, mi piloto, mi áncora salvadora.

—Bien, bien, repuso el doctor; pero antes de exponer a usted mis ideas, necesito hacerle algunas preguntas.

—Las que usted guste. . . .

—Y que usted las responda con absoluta sinceridad.

—Con toda la sinceridad de mi alma.

—En tal caso, voy a dar principio al interrogatorio. . . . ¿Interviene en la vida de la Conferencia de San Millán algún sentimiento profano?

—No entiendo a usted.

—Me explicaré mejor. ¿Encuentra usted agrado personal, gusto de hombre, vamos claros, no de sacerdote, en llamar a sí y verse rodeado por tantas hermosas y bellas señoritas?

El padre Jacinto se sintió atacado de frente y a la improvisa; no esperaba que el señor Pérez fuese a salir por ahí. Su buena fe y su rectitud luchaban en su interior contra la vergüenza de su debilidad. Al fin contestó penosamente:

—Puede ser, señor cura, que se mezclen en mi ánimo los dos sentimientos, el divino y el huma-

no. . . . Y, en fin, para qué he de ocultar a usted la verdad, confieso humildemente que sí se mezclan.

—Mucho me agrada la franqueza de usted, porque me dá a entender que el fondo de su honradez está intacto todavía. . . . Vamos ahora a lo principal. ¿Qué me dice usted de la señorita doña Dorotea Suárez?

—Ya expresé a usted, repuso el capellán poseído de súbita alarma, que es muy buena, muy empeñosa y muy liberal para el culto.

—No se trata de eso, objetó el párroco, sino de lo que se refiere a las relaciones que median entre usted y ella.

—No adivino lo que quiere usted dar a entender con eso, balbuceó visiblemente perturbado el padre Jacinto.

—Quiero decir, prosigió el cura fijando los ojos escrutadores en los de su interlocutor, que si ¿es cierto o nó, que exista intimidad entre esa joven y usted, como aquí se insinúa?

El capellán quedó confuso, no halló como contestar: repugnábale mentir y le era muy duro decir la verdad. El párroco, viejo, penetrante y de experiencia, contemplábale atentamente entre tanto, y estaba leyendo la verdad como en un libro abierto, en aquella fisonomía trastornada, en aquellos ojos cobardes y en aquella boca árida y contraída. Al fin, después de numerosas vacilaciones, resolvióse el interpelado a murmurar tímidamente:

—Hay alguna confianza entre esa joven y yo, señor cura, eso no lo puedo ni lo quiero negar.

—Veamos qué género de confianza es esa, observó don Severo.

—Voy a decirlo a usted, repuso el joven capellán.

—Sí, no omita usted ninguna circunstancia insistió el párroco.

El padre Jacinto sudando y trasudando, rojo algunas veces y pálido otras, comenzó el relato de sus confidencias, con lengua tarda y estropajosa; y el viejo cura, como hombre sagaz y veterano que era en asuntos de conciencia, fué sonsacándole lentamente toda la verdad, trozo a trozo, esto es, toda la historia de Dorotea, hasta en sus más pequeños detalles, matices y tornasoles. El capellán, por su parte, no opuso a aquella investigación resistencia seria, pues, aparte del rubor natural que le causaba el poner al descubierto sus propias flaquezas, ningún designio abrigaba de mentir o engañar, pues ni tenía el alma corrompida, ni era tan poco digno que quisiese degradarse a sus propios ojos.

El párroco, al irse enterando del relato, no se lanzó al terreno de la declamación y de los reproches; sino que todo lo escuchó sencillamente y con aparente frialdad, lo que contribuyó mucho para levantar el abatido ánimo del joven sacerdote.

—Supongo no me habrá usted ocultado nada, observó después de concluído el interrogatorio.

—Ni lo más mínimo, señor cura, contestó el padre Jacinto con acento sincero; Dios bien lo sabe.

El señor Pérez se persuadió de que el capellán no le engañaba, y, al fin de breve pausa, díjole:

—Después de haber escuchado la narración que acaba de salir de los labios de usted, opino que tiene razón el *Diablo Cojuelo*.

—¿Cómo así? preguntó el padre Jacinto sobresaltado.

—Sí, repuso el párroco; las libertades que esa señorita (aludiendo a Dorotea) se ha tomado con usted y en esta casa, y que usted ha tolerado, son de carácter muy serio. . . . Permítame usted que se lo diga con mi triple carácter de viejo, de sacerdote y de superior de usted. . . . Iba usted por muy mal camino, padre Jacinto. . . . Dé usted gracias a Dios de que haya hablado este pasquín (aludiendo al periódico); no cabe duda que la infinita sabiduría de Dios, se vale de todos los medios para realizar sus fines. . . . y para salvar a las criaturas que quiere no perezcan. . . .

El capellán, anonadado, escuchábale con la cabeza caída sobre el pecho.

—Imagínese usted, continuó el párroco, lo que hubiera podido suceder si este pasquín no hubiese dado tan a tiempo el grito de alarma. . . . El Salvador mismo lo dijo: es necesario el escándalo, pero ¡pobre de aquel por quien el escándalo sea hecho! . . . Padre Jacinto, iba usted por muy mal camino, repito, y de día en día hubiera continuado engolfándose en lo más tortuoso de la senda, a no haber sido por la advertencia que acaba usted de recibir. . . . Y cuando hubiera vuelto usted de aquel embeleso, el mal hubiera sido irremediable ya. . . . Así se insinúan los grandes peligros, de una mane-

ra oculta, solapada, como se desliza la serpiente entre la hierba. . . . Creo de todo corazón lo que usted acaba de confiarme, y que jamás las cosas han pasado a mayores, ni ha tenido usted conciencia plena del peligro que corría, aunque es posible que, de cuando en cuando, le hayan asaltado algunos escrúpulos y sobresaltos. . . . No me dirá usted que no. . . . Es un hecho averiguado que la proximidad de los dos sexos es peligrosa, y que nosotros, los que hemos hecho voto de consagrarnos a Dios por entero, debemos huir de toda ocasión de faltar a ellos, ni de pensamiento, ni de palabra, ni de obra. Libres fuimos para tomar este camino, o cualquier otro de los que la moral autoriza. El del matrimonio es igualmente santo, y puédesse dentro de él, servir a Dios y ganar el cielo, tan bien como en el estado eclesiástico; y grandes santos ha habido, que han sido casados y han tenido hijos. Pero ya que escogimos esta carrera y ofrecimos a Nuestro Señor en sus altares, que le habríamos de dedicar a Él solo toda nuestra vida, y ya que nuestros votos fueron bien acogidos y recibimos de manos de un Pastor de la Iglesia, las sagradas órdenes que tenemos, las cuales imprimen carácter y ponen sello indeleble sobre el alma inmortal; no podemos dejar de cumplir nuestras promesas sin cometer un espantoso delito, porque nuestro compromiso ha sido ajustado directamente con la Divinidad, y si faltamos a él, es a esa misma Divinidad a quien somos infieles y perjuros. . . . No me escandalizo de nada, padre Jacinto; comprendo muy

bien lo que por usted pasa, y me doy de ello cuenta tan perfecta, que podría explicárselo punto por punto, como si hubiese pasado ante mis propios ojos. . . . Yo también me ordené joven y tuve mi tiempo de prueba: fui confesor de moda, y me ví rodeado de devotas de todas edades y aspectos. . . . La devoción mal entendida de las mujeres, suele ser responsable de la caída de muchos sacerdotes; porque ellas, sin darse cuenta de lo que hacen, sirven de instrumento al demonio para tentarnos. Confundiendo la piedad divina con la simpatía humana, y, haciendo una sola cosa del ministro del altar y de la criatura débil e imperfecta, suelen tener con nosotros más confianza y abandono que para los demás hombres, como si nosotros no fuésemos de carne y hueso, y tan susceptibles de caer como cualquier otro de nuestros semejantes. . . . Y hasta puede suceder que algunas devotas, ignorantes y ciegas, se imaginen que tenemos nosotros algo de sobrenatural, y que nuestro contacto, en vez de mancharlas, las levante y purifique. Hay almas paganas por instinto, que conservan el atavismo de las edades gentílicas, en que las mujeres iban a sacrificar su virtud en los templos de los falsos dioses, teniéndolo por acto religioso y benemérito. . . . Necesitamos estar siempre vigilantes sobre nosotros mismos, y no dejarnos adormecer por ningún hechizo, por más sutil que sea. Recuerde usted, padre Jacinto, lo que dijo el Salvador a sus discípulos en el huerto de Jatzemaní, cuando los encontró dormidos: «Velad y orad para que no

entreis en tentación.» Eso es lo que debemos hacer nosotros de continuo: nuestra tabla de salvación es esa; debemos velar y orar constantemente para no caer en tentación. . . . Y ¿qué es lo que aconseja hacer la prudencia, para obtener ese resultado? Antes que todo, huir de las ocasiones. Y ocasión próxima de caer es la que ofrecen el trato, y, más aun, la intimidad de los dos sexos. . . . No quiero decir con esto, que las mujeres sean malas, y nosotros buenos, ni mucho menos que sean peores que nosotros; tengo la idea, por el contrario, de que son mejores que los hombres. . . . Pero son nuestra mitad, al fin de todo, tienen nuestra misma naturaleza, y son también criaturas frágiles, lo mismo que nosotros. Por eso digo y sostengo, que es conveniente poner el muro de la distancia y del apartamiento entre las dos fragilidades. Tal fué el método que desde joven me impuse, y que sigo hasta ahora todavía, a pesar de mi ancianidad, y por más ridículo que parezca. . . . ¿Que es cruel y doloroso vivir en la soledad, como si el desierto nos rodeara, y que habemos menester emplear toda nuestra energía para no arrimarnos a una sombra amiga o no acogernos a la frescura y a los encantos de un oasis? ¡Ya lo creo! Pero en eso mismo estriba nuestro mérito, porque el estado natural y común del hombre y de la mujer, es el del matrimonio; de suerte que el celibato, voluntariamente abrazado y seguido, es un estado violento y doloroso. Por eso mismo, padre Jacinto, gana las palmas eternas aquel que logra vivir conforme a la regla

estrecha que libre y deliberadamente se impuso.... Ya sabe usted, para nosotros los ministros del altar, todo ha de ser hambre y sed, y suspirar en este mundo perecedero; mas, si logramos vencer nuestras pasiones y no nos desviamos del camino del deber, el Señor que está en los cielos, sabrá recompensar nuestros sacrificios haciéndonos participantes de sus magníficos dones, y tendremos, por su infinita misericordia, al acabar nuestra vida mortal, alimento exquisito para saciar nuestra hambre, fuentes cristalinas y frescas que tiempnen nuestra sed y posesión eterna de aquellos ideales que ahora nos inquietan, que buscamos inútilmente por la tierra y que se tornarán brillantes e indeficientes realidades más allá del sepulcro.... Dispense usted el sermoncito, que ha sido demasiado largo, pero era indispensable para llegar adonde quiero concluir, después de tan dilatado exordio... El mal denunciado por este inmundo periódico no es ilusorio, sino real; sólo que está en germen todavía, loado sea Dios. Por lo mismo, nada aventuráramos, en cuanto al fondo mismo de las cosas, con hacer callar a este papelucho, o con poner en la cárcel a sus redactores; sería lo mismo que si diésemos de palos a quien publicase que tuviésemos una llaga escondida, en lugar de combatir la podredumbre. La llaga, a pesar de los palos, seguiría corroyéndonos las carnes.... ¿Cuál es, pues, el remedio apropiado para extirpar la dolencia tan brutalmente denunciada? Claro, padre Jacinto, acudir a ella sin tardanza, curarla, apelar a todas

las medicinas imaginables para destruirla, hasta aplicarle, si fuere necesario, el hierro rojo del cauterio.... Y quien tiene que hacer todas esas cosas, no son los jueces, ni las leyes, ni las cárceles, sino usted mismo por un acto de su voluntad consciente y deliberada.... Si usted no lo hace, nadie más podrá realizarlo.... Y aquí concluyo, porque a persona tan inteligente e ilustrada como usted, una simple indicación es suficiente.... El cómo y el cuándo de lo que ha de hacerse, usted mismo sabrá buscarlos.... Eso pertenece al fuero de su conciencia.

El cura Pérez había hablado sencilla y gravemente, sin pensar lo que decía, sin buscar los efectos oratorios, pero con el tono de una persona convencida y poniendo en los labios su corazón. Su lenguaje había sido el que convenía en un diálogo entre dos sacerdotes, mezclado de citas de carácter religioso, con cierto sabor doctrinal, propio de la clase a que ambos pertenecían, y en consonancia, además, con la superioridad que el párroco guardaba respecto del padre Jacinto, así por los años, como por las funciones curales que ejercía. El discurso, pues, mitad amonestación y mitad homilía, produjo hondísimo efecto en el ánimo del padre Jacinto, quien le oyó atenta y ávidamente en medio de la exaltación en que había entrado; y mientras había estado sonando aquella voz en sus oídos, habíale obligado a hacer diversos e inconscientes ademanes, como menear la cabeza de un lado a otro, alargar el cuello para escuchar mejor, golpearse las ro-

dillas con la mano como si estuviese desesperado, y otros por el estilo, que daban claro indicio de que aquellos acentos le llegaban a lo más vivo y tocaban los ocultos resortes de su conciencia.

Cuando el señor Pérez dejó de hablar, pretendió el capellán contestar, decir algo, asentir, disculparse, prometer, dar salida, en fin, por medio de sinceras y calientes frases, a los tumultuosos sentimientos que se habían apoderado de su alma; y, a ese fin, levantó la agobiada frente, fijó los ojos en su interlocutor y alargó la mano para anunciar su discurso. Mas era tan espantosa la sacudida que había sufrido su organismo, y vibraban tan confusa y desordenadamente sus nervios, que tenía contraída la garganta, y su laringe no permitía la salida de la voz; de suerte que sólo pudo producir una especie de gemido gutural, de timbre desgarrador y sordo. Dos o tres veces volvió a esforzarse por decir algo, pero otras tantas le hicieron falta lengua y garganta, aire y acento; por lo cual, y en vista de su impotencia para hablar, sacudió la cabeza con amargura, llevose al cuello la diestra para significar que estaba mudo, y, en seguida, ocultando la cara en las trémulas manos, echose a llorar y a sollozar como si hubiese sido un niño.

Tienen los sacerdotes las lágrimas fáciles, y no les está mal el derramarlas, porque su ministerio no es de rigor sino de dulzura, y su carácter no es de fanfarria ni desafío, sino de concordia y de paz. Por otra parte, como han renunciado a todos los medios de coacción y a todo acto de dominio por medio

de la fuerza, hállese encerrados dentro del círculo de las ideas puras y de la sensibilidad comunicativa para ejercer su ministerio; y tienen que moverse dentro de él solamente, sacando de ésta y aquellas, toda su retórica, toda su potencia y todos sus medios de persuasión. ¿Y quién duda que las lágrimas sean un gran recurso de atracción y simpatía? Así, cuando por propia impotencia o por la dureza del auditorio, no pueden conmover por medio del discurso, lícito les es dar desahogo a sus emociones y procurar excitar las de sus oyentes por medio de esa patética explosión de sensibilidad, que suele ablandar los corazones más empedernidos. Y, de llanto en llanto, laxos y flojos los resortes que contienen las lágrimas, van adquiriendo la costumbre de dejarlas salir y rodar por sus mejillas, sin que eso les afrente, ni a mal lo lleve quien derramarlas los mira.

Por otra parte, su vida de apartamiento y de reclusión, y su alejamiento de todas las manifestaciones de la actividad social, que sirven para dar salida a tantos anhelos y a tantas fantasías incoercibles, ejercen sobre su espíritu un efecto debilitante y depresivo; de suerte que, agobiados por el combate diario e incesante en que viven, sufre su organismo hiperestesia agudísima, que llega a modificar su naturaleza, dándole una idiosincracia especial. Así puede asegurarse que cada sacerdote es más o menos un dulce y tierno neurópata.

Los sacerdotes, por otra parte, siempre orando, inflamados por la caridad y con el pensamiento fijo

en Dios y en la vida futura; desprendidos de las vanidades terrestres, dispuestos al sacrificio, cifrada su esperanza en el puerto que se abre más allá de la tumba; discípulos de Jesús, cuya vida fué la predicación, la misericordia y el holocausto; sabedores de que el Divino Maestro lloró sobre la tumba de Lázaro y en el huerto de Getzemaní, de que San Pedro lavó con lágrimas su cobardía, y la Magdalena y San Agustín con ellas también sus impurezas; profesando una religión de amor y de ternura; entregados a prácticas humildes de oblación y de ruego, y rodeados y saturados de una atmósfera dulce y triste de músicas litúrgicas, cantos penitenciales y voces plañideras del órgano: es natural y lógico que tengan una ternura exaltada y vivísima, que lata su pecho al menor soplo de la emoción, y que sus ojos, como ventanas del alma, sean veneros inagotables por donde fluyan y salgan al exterior todas las esperanzas, todas las ilusiones, todas las ansias de que está lleno su corazón.

Por eso vemos que los sacerdotes lloran en el púlpito, que los obispos sollozan cuando dirigen al pueblo sus homilías, y que los mismos pontífices se conmueven hasta el llanto, al hablar de las grandes calamidades que afligen a la humanidad. El alma eclesiástica es un delicado instrumento templado siempre en tono menor; de suerte que, cuando son heridas sus cuerdas, aun cuando sea por el aire de un suspiro, vibran melancólicamente y producen sonidos angustiosos y plañideros.

Así lloró el padre Jacinto después de haber es-

cuchado las sabias exhortaciones del cura Pérez, dominado por su dolor, por el conocimiento de su debilidad y por el sentimiento de un deber ineludible: el de una renunciación absoluta. Sollozó, pronunció palabras entrecortadas y dió todas las muestras de sufrimiento y de congoja, que es posible dé un hombre en ocasiones supremas. El anciano párroco dejole desahogarse con toda libertad, y no hizo más que contemplarle con ojos de simpatía y de conmiseración. Mas al fin de largo espacio, cuando le pareció que la tempestad de aquella pobre alma atormentada se había desahogado por medio de copiosa lluvia de llanto, volvió a hablar, y dijo con tono paternal:

—Vamos, padre Jacinto; basta ya de afligirse. Enjугue usted sus lágrimas, repóngase, no se desespere.... Reflexione que sus errores han sido puramente mentales, y que, por favor de Dios, todavía es tiempo de enmendarlos.... Y piense también, que la misericordia del Todopoderoso no tiene límites, y que, así como perdonará las faltas de usted, sabrá darle fuerzas para que domine la tentación.

—Si, señor cura, dice usted bien, repuso el capellán un tanto aliviado de su espasmo nervioso; la misericordia de Dios es muy grande.

—Confíe usted en ella, padre Jacinto; póngase en las manos de Dios, como se echa un niño en brazos de su padre. El confortará a usted, y le dará inefables consuelos.

—Así lo espero, señor cura; de rodillas voy a pedirselo. . . .

El diálogo fué interrumpido por la llegada del sacristán.

—Padre Jacinto, dijo, han llegado ya las socias de la Conferencia, y esperan a usted en la iglesia para terminar la compostura del templo.

—Pues ¿qué hora es? interrogó el capellán.

—Pasa de las cinco.

—Verdaderamente, articuló el padre Jacinto consultando el reloj y sin volver el rostro al sacristán para que no echase de ver que había llorado; dígalos usted que voy para allá dentro de unos instantes.

En seguida se enjugó bien las lágrimas, y, dirigiéndose al párroco, díjole:

—Señor cura, voy a pedir a usted un favor.

—El que usted guste, repuso don Severo afablemente; me será gratísimo servir a usted de cualquier modo.

—Que me haga el obsequio de desempeñarme en la iglesia, prosiguió el padre Jacinto.

—¿Para la compostura de ella?

—Precisamente.

—No tengo inconveniente. . . . Tanto más cuanto que esta tarde no hay negocio urgente en el curato.

El señor Pérez se puso en pie para entrar en la sacristía, pero el padre Jacinto, después de breve vacilación, le detuvo, diciéndole:

—Un momento más, señor, si usted me lo permite. . . . Deseo pedir a usted otra gracia todavía.

—Con toda franqueza, padre Jacinto; ya sabe, tengo la mejor voluntad para atenderle.

—Deseo se digne usted ocupar mi lugar en la función de mañana.

—¿Como oficiante en la misa?

—Precisamente.

—Oiga usted; es algo difícil, porque hay distribuciones precisas en mi iglesia. . . .

Permaneció un rato dudoso y pensativo; pero luego reflexionó interiormente:

—Este joven desea comenzar su reforma desde hoy mismo, y apelar a mí para que le preste auxilio. No sería cuerdo ni debido abandonarle en estos momentos. . . . Ya veremos cómo me las compongo para no hacer falta en el curato.

Y luego en voz alta añadió:

—En fin, padre Jacinto, son tan grandes y sinceros los deseos que me animan de serle útil, que tomo también a mi cargo la función de San Millán. . . . En cuanto llegue a la parroquia, dictaré las necesarias medidas para no hacer falta.

—Dios pagará a usted la buena obra, repuso el señor de la Roca.

Con esto levantose el doctor y, acompañado por el capellán, se dirigió a la sacristía, en cuya puerta ambos se despidieron, siguiendo para adelante el primero, y volviendo a sus habitaciones el segundo.

Impacientes aguardaban en la iglesia las señoritas que formaban la plana mayor de la Conferencia, o sean, la presidenta, la vicepresidenta, la secretaria, la prosecretaria, la tesorera, la subtesorera y algunas otras de las más prominentes y entusiastas del piadoso grupo. En espera de la llegada del padre Jacinto, habían echado algunas trazas sobre lo que debía de hacerse para dar los últimos toques y pinceladas a la brillante compostura; y, con poco respeto al lugar en que se hallaban, hablaban en voz alta, cuchicheaban, refán e iban de un lado para otro, haciendo resonar con el repiqueteo de sus tacones la madera del pavimento y los ecos de las altas bóvedas.

Tan pronto como oyeron pasos por la sacristía, acudieron precipitadas y gozosas a la puerta que con el templo comunicaba, aguardando ver aparecer por su esculpido y dorado marco, la gallarda figura del padre Jacinto, que todo lo alegraba y animaba con su juvenil, interesante y distinguida presencia; pero quedaron chasquedas, heladas y mudas, cuando en lugar de ella, se presentó la vetusta, esmirriada y ascética del señor Pérez, quien saludolas con extremada seriedad.

—¿Qué pasará, tú? decía una de las devotas por lo bajo a su compañera.

—¿Qué no vendrá el padre Jacinto? preguntaba otra.

—¿Estará enfermo? conjeturaba aquella.

—¿Vendrá después? agregaba la de más allá.

Pocos instantes duró la incertidumbre, porque el señor cura, dirigiéndose a todas, declaró:

—El padre Jacinto tiene una grave preocupación (no quiso decir *ocupación* por no mentir), que le impide salir de su casa; pero he venido en lugar suyo a dirigir los trabajos que faltan.

—Está bien, señor, repusieron las socias con entonación de ¡qué se ha de hacer!

Efectivamente, el doctor Pérez, a pesar de su ciencia y virtudes, no servía, como hombre, ni aun para descalzar al señor de la Roca. ¡Qué diferencia entre el uno y el otro! El capellán, joven, hermoso y alegre; y el párroco, viejo, feo, desaliñado y con cara de pocos amigos. No valía la pena de haber salido de su casa las socias a hora tan temprana, para encontrarse con aquella desagradable sustitución. A haberlo sabido a tiempo, más de una se hubiera quedado por allá, que al fin y al cabo, eso de adornar la iglesia no era obra muy meritoria, y se hubiesen consagrado a algo más alegre y divertido, como el paseo, alguna visita o bien la lectura de alguna novela. Mas ahora, el caso no tenía remedio; precisaba apechugar con los acontecimientos y hacer como los marineros, poner a mal tiempo buena cara.

Los trabajos, con todo, no revistieron los caracteres de alegría y buen humor que los particulari-

zaba cuando eran animados por la presencia del capellán, sino que fueron ejecutándose lentos, de mala gana y como por compromiso..... No hubo con el cura aquello de:

—Padre, sería bueno quitar eso.

—Padre, sería mejor poner esto otro.

—Padre, no está bueno ese *pendant*.

—Padre, voy a mandar de mi casa esto o aquello para colocarlo en ese lugar, que está muy desairado.

No, nada de eso, porque ni las señoritas se sentían con humor para proponer cambios y mutaciones, o para ofrecer objetos valiosos que contribuyesen al adorno de San Millán, ni el párroco parecía quererlo ni consentirlo; de modo que todo fué disponiéndose y haciéndose de manera seriosa, maquina y desganada, hasta que, ya casi de noche, quedaron concluída la tarea y listo el templo para la función del siguiente día. Una vez finalizada la obra, no había más que tomar el portante, y las socias, malhumoradas y hablando poco, fuéronse despidiendo del párroco con una misma fórmula breve y seca, como si todas ellas se hubiesen puesto de acuerdo para adoptarla, que era ésta:

—Adios, señor.

Y nada más.

Y así sucesivamente hasta que dió fin el desfile. El cura no se daba tampoco a partido, pues con helada cortesía y sin tender la mano a ninguna, fué contestándoles, a pesar de saber que todas eran señoritas, con esta frase desentonada:

—Adios, señora, procurando acentuar muy bien la palabra *señora*.

Con esto, salieron las socias por todo extremo descontentas, y más que nunca lamentando la ausencia del padre Jacinto *tan bueno, tan fino y tan bien educado*; pero como la aparición de aquella especie de *espantapájaros* de don Severo, era sólo ocasional y pasajera, según ellas lo creían, consolábanse pensando en la indemnización que había de proporcionarles muy pronto, el retorno a su círculo, de la simpática y atrayente figura del señor de la Roca.

Solamente Dorotea se quedó rezagada en la iglesia, después del desfile general, fingiendo que rezaba, pero aguardando, en realidad, llegase el momento oportuno para entrar en la casa del capellán; pero como el cura observó su retardo, y comprendió quién era, se entretuvo en la sacristía lo más que pudo, y dió orden después al sacristán para que cerrara la entreabierta puerta del templo, y no dejase prendida dentro de él, más lámpara que la del Santísimo Sacramento. Salió, pues, el sacristán con el manajo de llaves en la mano, haciéndolas tintinear de propósito para anunciar iba a proceder a la clausura de la entrada, y Dorotea, que le vió y oyó, aprovechó la oportunidad para acercársele.

—Dispense usted, le dijo. ¿Por qué no vino a la iglesia el padre Jacinto esta tarde?

—La verdad, señorita, contestó el buen hombre, que la conocía perfectamente, no lo sé.

—¿No está enfermo?

—No, señorita.

—Pues es muy extraño.

La joven quedó un rato pensativa y dijo luego:

—¿No podría entrar yo por la sacristía para verle?

—Yo creo que sí; sólo que está con el señor cura.

—En ese caso me reservo para mañana.

—Como usted guste.

—Hágame usted el favor de saludarle de mi parte, y decirle que me tiene cuidadosa por su ausencia.

—Así lo haré, señorita.

Salió la joven de la iglesia, cerró la puerta el sacristán y todo quedó en silencio.

Dorotea pasó la noche llena de inquietud, durmiendo poco y deseando amaneciese cuanto antes para levantarse e ir a San Millán a ver qué era lo que pasaba. So pretexto de hacer ejercicio a pie para no ponerse anémica, acostumbraba salir temprano de casa, y aprovechaba el tiempo en oír la misa de seis del padre Jacinto y en acompañarle después a la mesa a la hora del desayuno. Entre las siete y las ocho llegaba a su casa, y la tía Emericiana hallaba muy natural su retardo, y nada que reprender.

Aquel día no dijo la misa de seis el padre Jacinto; pero no por eso se alarmó la joven, porque comprendió que, teniendo que officiar en la función, debía reservarse para esa hora; pero sí le chocó no

hubiese salido a pedir limosna, como solía hacerlo en tales ocasiones. Por lo cual, tan pronto como terminó el santo sacrificio, entró por la sacristía y pretendió seguir por allí, como todos los días, a la casa del capellán; pero el viejo sacristán le salió al paso.

—Dispense usted, señorita, la dijo; pero no se puede entrar.

—Pero ¿por qué? interrogó Dorotea.

—Es la orden que tengo.

—¿De quién?

—¿Del padre Jacinto.

—¡Del padre Jacinto! repitió la joven asombrada... Es muy singular. ¿Reza conmigo la orden?

—Sí, señorita.

—Estará enfermo tal vez.

—No, señorita.

Perpleja y contrariada sintiose Dorotea con aquella repulsa, y no hallando cosa mejor que hacer, volvió a su casa, donde se desayunó con poco apetito, habló lo menos que pudo y entró luego en su cuarto para vestirse con elegancia a fin de asistir a la función, donde contaba ver al capellán. Temprano concluyó sus arreglos, y se trasladó al templo; allí se reunió con las demás socias, que andaban agitadísimas con la colocación del personal de la Conferencia en bancos especiales o en reclinatorios con ciriales y velas. Las socias, para diferenciarse de las demás devotas, a quienes sólo indirectamente tocaba la fiesta, llevaban enormes escapolarios de seda con anchas cintas y bordados de

oro, sobre el pecho y la espalda, por encima del manto, para que se viesan mejor, y se agitaban ostentosa y orgullosamente en medio del apiñado gentío, llenas de visible contento por ser el día en que resplandecía y llegaba a su mayor victoria la aristocrática Conferencia.

Ocupó Dorotea lugar privilegiado en el grupo, por ser la cabeza visible de la asociación, y fué a cada instante consultada por las demás socias. Ella desempeñaba con gravedad sus funciones, disponía lo que estimaba mejor, y, entre consulta y consultorio que abierto y en la mano ante sus ojos tenía. Su pensamiento en realidad, hallábase muy lejos de aquel sitio, y, aunque volvía y revolvía las hojas del libro, no se daba cuenta de lo que sus páginas decían.

Resplandecía la iglesia como una ascua de oro. Profusión de luces ardían en el altar mayor, en los laterales y en las numerosas lámparas de plata que de las bóvedas pendían. Flámulas y gallardetes ondeaban al viento alternando con las lámparas, y pendiente de la cúpula central mirábase un pabellón de pesado terciopelo rojo y fleco de oro, cuyas cuatro bandas se apartaban en dirección de las pechinas, y, recogidas en la parte baja de las pilastras, servían de imponente ornamento. En el altar mayor había abundancia de objetos preciosos, de severo gusto, entremezclados con vasos de porcelana y ricos floreros, mientras por la escalinata que conducía al presbiterio, se alineaban tiestos de

artística forma, cubiertos de variadas, hermosas y balsámicas flores. Dentro del alto templete de oro macizo y de elegantísima construcción, resplandecía la enorme custodia de los días magnos, rodeada de cegadores y brillantes rayos, como de meridiano sol, y cuajada de opulenta pedrería; y a los lados del templete, sobre la parte alta de los muros últimos del presbiterio, extendíanse a un lado y otro, enormes cuadros de roja seda, sobre los cuales se miraban reproducidos en gigantesco y alto relieve de seda, plata y oro, los atributos de San Millán y el escudo de su Conferencia.

Sobre la plataforma del altar mayor, destacábanse por una parte, los tres pesados sillones de los sacerdotes que iban a cantar la misa, y por la otra, el preciado baldaquín bajo el cual se había colocado el alto sitial del arzobispo, que debía honrar con su presencia aquella magnífica solemnidad.

Pronto llenose el templo de gente, hasta no caber más, y poco a poco fué aproximándose la hora de la ceremonia. Preludió el órgano sus místicas partituras, y, después del acto de bendecir e incensar el altar, salió el arzobispo, rezó algunas oraciones de rodillas sobre rojo almohadón de seda, y ocupó luego su asiento al abrigo y amparo del baldaquín. No tardaron en salir de la sacristía los tres oficiantes, precedidos por la cruz y acompañados por los ciriales, que empuñaban tres monaguillos vestidos de negro, con transparentes y finas sobrepellices y calzados con chinelas de charol. Rompió luego la música del coro, acompañada de

buenas voces de cantores, y dió principio la misa con todo el ceremonial de las ocasiones más solemnes: sermón al medio, nubes de constante incienso en el altar y bendición arquiépiscopal para fin y remate de todo.

Cuando los sacerdotes que dijeron la misa salieron de la sacristía luciendo lujosas albas, blancas casullas recamadas de oro y cíngulos y manípulos por todo extremo lujosos, notaron con desagrado las socias de la Conferencia, que no venía entre ellos el padre Jacinto, sino que el cura de la parroquia, el anciano flaco y desdentado, jefe de aquella feligresía, era quien ocupaba su puesto. Aquella suplantación echó a perder la función en concepto de las más de ellas, pues la ausencia de la donosa figura del capellán, dejaba en aquel sitio y hora un vacío intolerable; por lo que sintiéronse displiscentes y mal humoradas, aun cuando procuraron ocultar su contrariedad a fuerza de ver el libro, cuyos caracteres nada les decían, y de masculillar padrenuestros y avemarías que recitaban sin conciencia y como por hábito. Algunas de ellas, sin embargo, a quienes animaba un positivo celo religioso, se desentendieron de aquel penoso incidente y concentraron toda su atención en las ceremonias del culto que se desarrollaba ante sus ojos.

Pero Dorotea no vió, ni oyó, ni supo nada de lo que pasaba en el altar mayor, ni en parte alguna de la iglesia, desde que vió al cura ocupar el lugar del capellán, hasta que el arzobispo, con la mitra en la cabeza y el báculo de oro en la mano, dió

la bendición a los fieles, esto es, durante las tres horas corridas que tardó en desarrollarse aquella magnífica función. Cantos, músicas, recitaciones gregorianas, ir y venir de figuras revestidas de ropajes espléndidos, repique de campanillas agitadas por mano de monaguillos, espirales de incienso volando hacia arriba, perfumes místicos: todo aquello pasó ante sus ojos, llegó a sus oídos y se insinuó en su olfato sin penetrar en su conciencia, sin que de ello se diese cuenta, como si hubiese estado sumida en profundo sopor o en oscuro semidesmayo. Era que su pensamiento andaba enajenado y ausente con la preocupación de lo que pasaría con el padre Jacinto. ¿Qué estaría haciendo en aquellos momentos? ¿Por qué no habría venido a la iglesia? ¿Dónde se hallaría? ¿Cuál sería la causa de su eclipse? Hé aquí en resumen las ideas que la embargaban, cegaban y ensordecían, y a las cuales daba vueltas y más vueltas en su calenturienta imaginación. ¿Estaría enfermo? No, ya sabía que no, porque el sacristán se lo había dicho. En ese caso ¿por qué habría faltado a aquella función, que era la suya, para la cual había manifestado tan grande entusiasmo y en la que le correspondía por derecho representar el papel principal? Misterios eran aquellos que no podía penetrar y que la traían discursiva y absorta, pero de manera tan imperiosa, que no le era dable impedirlo, por más grande que fuera la violencia que se hiciese. Así, todo cuanto pasó ante su vista, a pesar de ser tan pintoresco y hermoso, todas aquellas graves solemnidades, todo

aquel revolotear de cosas, todo aquel mar de colores, armonías y perfumes, deslizóse sobre la superficie de su ser, con la tenuidad de cuanto es irreal e imaginado; y, sin poderlo remediar, encontróse asistiendo a un cuadro como fingido o soñado, al cual permaneció absolutamente extraña. La realidad viviente se hallaba en su interior, dentro de su ser mismo: ahí era donde andaban agitándose otras sombras, otras imágenes, otras escenas; y, aunque materialmente en aquel sitio, encontrábase su espíritu fuera de sus muros, en otro que era el verdadero teatro de su vida.

Cuando acabó la función y fué entonada la acción de gracias, comenzó a disolverse el concurso. Los fieles en apretados grupos primero, y después uno por uno, dejaron la iglesia, que fué quedando solitaria; y las mismas socias de la Conferencia, aunque permanecieron más largo tiempo que las otras devotas, acabaron también por marcharse, después de haberse despojado de sus vistosos escapularios que guardaron bien doblados en sus bolsitas de mano.

—¿Nos vamos, Doro?

Preguntaban a la joven al pasar.

—No, mil gracias, contestaba Dorotea. Voy a permanecer unos momentos más en el templo.

Y acabó por ser la única persona que quedó en el sagrado, silencioso y solitario recinto.

Eso era precisamente lo que deseaba la joven para obrar con libertad. Por tanto, cuando se persuadió de que nadie podría observarla, entró en la

sacristía, donde el guardián de la iglesia, los monaguillos y otros empleados ocupábanse en volver a la cómoda y a los armarios, algunas cosas de las que habían servido para la función; y dirigiéndose al sacristán, le preguntó:

—¿Cómo sigue el padre Jacinto?

—Bien, señorita, repuso el anciano; lo mismo que siempre.

—¿Por qué no asistió a la función?

—No lo sé; pero supongo que estaría muy ocupado.

—¿Puedo pasar a saludarle?

—No, señorita, no se puede pasar por aquí.

—¿Por qué no, si siempre lo he hecho?

—Es una disposición nueva que de él hemos recibido.

Confusa Dorotea ante aquella segunda negativa, no insistió más, y se retiró luego. Su primer sentimiento fué el de la indignación por verse tratada de modo tan poco atento; lo que le dolía profundamente, porque estaba acostumbrada a otro mucho más considerado. Pero como el que quiere bien, halla siempre ingeniosa manera de disculpar al ser amado, de las faltas que comete, pensó Dorotea que tal cambio de conducta de parte del padre Jacinto, era sólo pasajero, y obedecía a la presencia casi continua del cura Pérez en su casa con motivo de la función; pero que, pasada ésta, volverían las cosas a su modo de ser ordinario, y que las cordiales relaciones que al sacerdote y a ella ligaban, recobrarían desde luego su curso habitual. Consolose,

pues, con esta idea, y tornó a su casa un poco más tranquila, proponiéndose buscar por la tarde al capellán, a tiempo en que estuviese libre ya de la presencia del párroco.

—Al oscurecer, se dijo, a la hora del rosario, después del ejercicio, podré verle. Es seguro que el mismo padre Jacinto lo guíe, como lo tiene de costumbre.

Y esperó con paciencia el caer de la tarde para dirigirse a San Millán. Llegada la hora oportuna, se encaminó al templo; pero ¡cuáles no fueron su contrariedad y su sorpresa, cuando vió en el púlpito, no al capellán, sino a otro padre desconocido, a un pobre indio muy trigueño y muy feo, presidiendo las devociones vespertinas! Su espíritu, que había comenzado a sosegar se merced a un cúmulo de consideraciones optimistas, volvió a encapotarse y a oscurecerse, tornando a hundirse en penosas cavilaciones y conjeturas; y, perdida la brújula, no supo ya lo que oía, ni lo que hacía, ni lo que pensaba, porque todas sus facultades se reconcentraron en un solo punto: el padre Jacinto. De suerte que, cuando los devotos que se hallaban presentes, decían en coro *Dios te salve, María*, murmuraba ella maquinalmente *Santa María, madre de Dios*, y cuando el sacerdote al iniciar un misterio, rezaba *Padre Nuestro que estás en los cielos*, ella repetía el paternóster, en lugar de responder *El pan nuestro de cada día*. Llegada la letanía sentose mientras se arrodillaban los fieles, y cuando concluyó el ejercicio, se asombró de que hubiese acabado, pues para ella no había comenzado todavía.

Era ya de noche y estaban encendidas todas las luces. ¿Qué hacer? ¿Volver a su casa y no emprender nuevos esfuerzos para descubrir lo que pasaba? Algo anormal acontecía al padre Jacinto, era evidente, supuesto que desde la tarde del día anterior no había dado a verse de nadie y que había faltado a sus habituales distribuciones. Bien podría suceder que, a pesar de las constantes negativas del sacristán, se hallase indispuerto, y que para gozar de alguna libertad, hubiese ordenado se dijese lo contrario. Esta idea la preocupaba, pues se hacía la cuenta de que el pobre sacerdote vivía solo, y rodeado de una servidumbre fiel, pero torpe e incapaz de serle útil; y se le figuraba que buena falta estaba haciendo su presencia en aquella casa, pues ella (Dorotea) conocía buena cantidad de remedios caseros, infalibles para una multitud de dolencias. Y aun dado caso que el sacerdote fuese víctima de un mal de cuidado, podría ella hacerse cargo de la situación, y llamar a un médico sin tardanza.

Empujada, pues, por estas consideraciones, y más que por ellas, por el vivísimo deseo que sentía de ver al capellán, resolvió intentar una vez más llegar hasta la casa del padre Jacinto; así que penetró de nuevo en la sacristía, e iba ya a ganar la puerta de comunicación que le era tan conocida, cuando el sacristán le atajó el paso de nuevo, aunque con muy buenas maneras.

—Dispense usted, señorita, la dijo; le repito que no se puede pasar por aquí.

—Me figuré que, después de la función, no tendría lugar ya esa disposición nueva.

—No, señorita; no hemos recibido contraorden.

—¿De suerte que la de esta mañana es permanente?

—Sí, señorita, por esta puerta sólo podrán pasar a la casa del capellán, los sacerdotes y los empleados de la iglesia.

—Está bien, usted perdone.

La joven volvió al templo y rezó maquinalmente algunas oraciones, mientras reflexionaba acerca de los últimos acontecimientos, y pensaba lo que debería hacer; y, después de mucho devanarse los sesos, cayó en la cuenta de que, en realidad, lo único que sucedía era que, por razones de buen orden, o tal vez, por indicaciones del cura, habíase dispuesto que aquella comunicación interior quedase clausurada, lo que tal vez había sido bien acordado, pues no era conveniente ni debido que la iglesia y la sacristía quedasen convertidas en pasadizos para una habitación privada. Una vez convencida de que tales habían sido la razón y el espíritu de la medida, se resolvió a entrar en la casa del padre Jacinto por donde lo hacía todo el mundo, o sea, por la puerta que daba a la vía pública. Satisfecha y contenta con aquella explicación, santiguose de carrera, salió a la calle y se trasladó a la puerta inmediata, que era la que correspondía a la casa del capellán. Pocas veces había ido por ahí, pues, por secreto instinto de reserva, había procurado, como lo llevamos dicho, que nadie se diese cuenta de su

directa y personal amistad con el sacerdote; pero, llegadas las cosas al punto en que se hallaban, no podía vacilar ni detenerse ante aquel obstáculo. Alzó, pues, y dejó caer el aldabón varias veces, y agurdó con el corazón palpitante. A poco presentose un criado.

—¿Está el padre Jacinto? preguntole ansiosamente.

—Sí, niña, repuso.

—Pues quiero entrar a verle, continuó Dorotea.

Vaciló el sirviente, y, sin abrir las hojas de madera que mantenía asidas con ambas manos, contestó:

—Espere usted, voy a hablar con la nodriza.

Y dejando la puerta entrecerrada, volvió a entrar, en tanto que la joven, emocionada e incierta, quedaba afuera esperando. A poco volvió a presentarse el mozo acompañado por la anciana nodriza. Dorotea se alegró al verla, pues creyó que no hallaría dificultades con ella, y después de saludarla, repitió la frase:

—Quiero, la dijo, ver al padre; hace dos días que no sé de él, y temo que algo malo le haya pasado.

—Lo que es enfermo, no lo está, repuso la anciana; pero sí muy triste y muy cambiado. . . . No sé lo que le pasa. . . . Algo de particular debe de tener, pero a nosotros no nos ha dicho nada.

—¿Por qué cree usted que algo le pasa?

—Porque le veo muy ojeroso y suspirador; y algunas veces hasta se me figura que ha llorado.

—¡Habrá recibido alguna mala noticia!

—¡Quién sabe! Nosotros no sabemos nada.

—¿No será que haya muerto alguna persona de su familia, o alguno de sus amigos más queridos?

—Sépallo Dios; pero a mi se me figura que nó, porque si fuera eso, no tendría por qué callarlo.

—Como quiera que sea, continuó la joven, el hecho es que está sufriendo... Ahora es cuando debemos consolarle cuantos nos interesamos por él... Deseo hablar con él, a ver si logro distraerle un poco.

—No se puede, niña.

—¿Por qué nó? preguntó Dorotea.

—Porque nos ha dado la orden de que no dejemos pasar a verle a ninguna señora.

—Bueno, eso habla con todas; pero yo no soy una de tantas... Pregúnteselo usted.

—No es necesario, porque bien claro nos dijo que a ninguna.

—Pero yo debo de ser una excepción.

—La verdad, niña ¿quiere usted que se lo diga?

—Eso es precisamente lo que deseo, contestó Dorotea muy agitada.

La nodriza ordenó al criado que se apartase de ahí, y tan pronto como quedó sola con Dorotea, le dijo con tono reservado:

—La mera verdad, niña, es que Jacinto no quiere ver a usted.

—¿A mí? interrogó la joven con extrañeza. ¿Sólo a mí?

—En general no quiere ya que entren mujeres

en su casa; pero de usted también me ha dicho que, si viene, no la deje pasar de la puerta.

—Pero ¿por qué? volvió a interrogar Dorotea más y más trastornada.

—Eso sí que no me lo dijo, porque ni él me lo explicó, ni yo quise preguntárselo... Aunque le dí de mamar, le tengo mucho respeto.

La joven sintió un extraño choque nervioso al escuchar aquellas palabras, y por decoro y dignidad, parecióle que no debía de insistir.

—En ese caso, repuso, me voy. Hágame usted el favor de decirle que le mando saludar, que mucho siento su indisposición, y que no volveré a molestarle con mis visitas.

—Dispense usted, niña, pero no tengo para qué engañarla, dijo la nodriza; tampoco eso puedo hacer, porque nos ha prohibido transmitirle recados de las socias de la Conferencia.

—¿Ni aun eso siquiera?

—Si, niña, ni aun siquiera eso.

En vista de contestación tan categórica, no quedó ya nada que objetar, decir o suplicar a Dorotea; así que no hizo más que despedirse de la anciana, que entró, después de haber clausurado la puerta.

Dorotea quedó como enajenada ante las cerradas hojas que le impedían penetrar en aquella mansión que había frecuentado durante más de un año, y donde sus pensamientos y afectos se habían acostumbrado a morar; ante aquellas cerradas hojas destinadas a servir de barrera infranqueable entre ella y el padre Jacinto; ante aquellas cerradas ho-

jas que se levantaban como un muro de granito, frente a ella, para separarla por siempre del objeto inconfeso de su joven y ardiente vida. Sintiose desairada y humillada, fuera del misterioso y querido lugar donde había pasado tantas horas de alegría dulce e inefable, de expansión íntima y discreta, de poesía y de misterio. Nunca más volvería a traspasar aquel umbral antes amigo, ni a ver la risueña casita llena de perfume de flores y de canto de pájaros, ni a departir en aquel estrado simpático y modesto, ni a sentarse a aquella mesa sencilla, en cuyo torno vagaban los ecos de tantas finezas dadas y recibidas. ¡Ya nunca más! Despedida vergonzosamente como una mujer mala, como una criatura indigna, no podría hallar ahí, ni siquiera la acogida que se dispensa a los más infelices y menesterosos; todo había concluído para siempre. Pertenece ya al pasado, lo que había sido realidad unos días, unas horas antes. . . . Sin poderlo remediar, comenzó a sollozar y a derramar lágrimas; y sin saber lo que hacía, sentose en aquel umbral inhospitalario, y echando mano al pañuelo, entregose por entero al triste consuelo del llanto. E interpretando erróneamente la conducta del capellán, se decía:

—¿Qué habré hecho para que el padre Jacinto cambie conmigo de un día a otro? ¿En qué habré podido ofenderle? No he tenido para él más que afecto y simpatía, y me he desvivido por servirle. . . . Falta grave debe ser la mía para que así

me rechace y acongoje. . . . ¿Qué será, Dios mío? ¿Qué será?

Y se devanaba los sesos examinando minuciosamente toda su conducta, hasta en los pormenores más nimios, todas sus frases, hasta en sus palabras más fútiles, y no hallaba nada que pudiese justificar tan extraña metamorfosis. Tenía tan grabados en el corazón y en la memoria todos los hechos que con el capellán se relacionaban, que ninguno de ellos escapó a su análisis, y desfilaron ante sus ojos en conjunto, desde que comenzó su amistad con el sacerdote a hacerse íntima, hasta la víspera de aquel mismo día por la mañana, en que él todavía manifestose con ella tan complaciente y amable. . . . Y concluyó por persuadirse de que aquel cambio no se basaba en justificadas razones, sino sólo en la ingratitud y en la crueldad del padre Jacinto. Era víctima de una dureza inmotivada, de un desvío extravagante e inicuo. . . . De esta manera la joven, doblemente afectada en su ternura y en su amor propio, convirtiose en una desconsolada Magdalena, cuyos ojos fueron dos fuentes inagotables de llanto que inundaron sus mejillas y llegaban hasta sus labios, impregnándolos de sabor acre y amargo. Así pasó largo tiempo, sentada en el quicio de aquella puerta que no se abriría más para ella, como si fuese una apestada, como si fuese una leprosa. . . . Y a tal punto se olvidó de dónde se hallaba, de sí misma y de la actitud que debía guardar para los otros, que los transeuntes fi-

jaban la atención en ella cuando pasaban, y se decían:

—¡Pobre señora! ¿Por qué llorará tanto?

—Alguna cosa muy grave debe haberle pasado.

Hasta que al fin, una dama compasiva se le acercó y la preguntó con suaves palabras:

—¿Qué tiene usted, señora? ¿Por qué llora tanto? ¿Puedo servirla de alguna manera?

Dorotea, que había tenido el rostro oculto en el pañuelo, alzóle en aquel instante, y dirigió una mirada de gratitud a la atenta señora, que por fortuna era desconocida. Su voz fué para ella saludable advertencia, pues luego comprendió estaba comprometiendo su buen nombre al dar muestras de dolor en aquel sitio y de tan patente manera; por lo que, volviendo en sí y haciendo un esfuerzo heroico, dió las gracias a la buena dama, enjugose las lágrimas, y poniéndose en pie, dirigióse a su casa con paso tardo y vacilante.

VI

Volvamos ahora al padre Jacinto.

Cuando concluyó su conferencia con el cura don Severo Pérez, la víspera de San Millán, refugiose en su habitación, como lo llevamos referido, porque se sentía necesitado de reflexión y de descanso; y, encerrado dentro de aquellas cuatro paredes, solo y sin testigos, entregose en cuerpo y alma a la tempestuosa expansión de su amargura.

—Veamos, se dijo, lo que pasa por mí; necesito darme cuenta exacta de mi situación interior. Lo que me ha dicho el señor cura es terrible; la explicación que da a mi conducta, no puede ser más severa. . . . ¿Soy culpable? ¿Ha habido malicia en mí? ¿O bien exagera mi responsabilidad el señor Pérez, por exceso de escrúpulo y de celo? Analicemos mis hechos. . . . No conocí a mi padre; mi santa madre cuidó de mí desde que vine al mundo, y no recuerdo haber tenido más protector que ella. . . . Era muy dulce y cariñosa; jamás he conocido criatura mas buena, creyente y mística. . . . Desde mi más tierna infancia me enseñó el amor de Dios y la práctica de las virtudes; más con el ejemplo que con la palabra. . . . Recuerdo que, cuando me acariciaba, me decía. «¿Ya ves cuánto te quiero? Eres lo único que tengo en el mundo; mi consuelo, mi ilusión y mi esperanza. No hay sacrificio alguno que no fuese capaz de hacer por tí; todos, hasta el de la misma vida. Pero más quiero tu alma que tu cuerpo. Hijo mío, te crío para que seas bueno, te educo para que te salves, te dejo en la vida para que volvamos a reunirnos en la eternidad. Si tuviera que elegir entre tu dicha terrestre y tu virtud, preferiría mil veces verte bueno, aun cuando anduvieses cubierto de harapos y pidiendo limosna; porque, si fueses feliz sin ser bueno, tu dicha sería engañosa y efímera, mientras que, si eres bueno y sufres, tu desdicha será tan aparente como fugaz, y, después de la prueba que Dios te mande, por terrible que

sea, ascenderás a la mansión de la bienaventuranza, donde será para siempre dichosa tu alma inmortal. Hijo mío, yo no olvido nunca, cuando te contemplo y te acaricio, aquellas sublimes palabras que la reina Blanca de Castilla, dirigía a su hijo Luis, que fué después Rey de Francia y grande y admirable santo: *«hijo mío, más quisiera verte muerto que cometiendo un pecado mortal»* . . . Así me decía mi inolvidable madre con los ojos preñados de tiernas lágrimas, siempre que se entregaba a los trasportes de su amor sublime; y aquellas palabras suyas, tan dulces y tan graves, mezcladas de amor de Dios y de cariño hacia mí, exaltadas por un afecto tan grande que traspasaba los linderos de la tumba y se elevaba a la inmortalidad, dejaron en mi corazón profundísimo rastro, imprimieron en él un sello indeleble, y aun ahora, después de tantos años como han trascurrido, resuenan con acento poderoso en los senos misteriosos de mi alma . . . Adorada madre mía, tú me quisiste en Dios y para Dios, y así también yo te amo y te venero. Desde que tuve la desdicha de perderte, no ha pasado un solo día sin acordarme de tí, y en el santo sacrificio de la misa, a la hora del Memento, hago preces constantes al Infinito por el eterno descanso de tu alma.

Se abismó el sacerdote largo rato en aquellas consideraciones y recuerdos, enterneciose, lloró largamente y siguió pensando:

—Guiado por aquella voz y por aquellos consejos, inclinose mi espíritu a la religión desde mis

más tiernos años. Fuí devoto desde entonces, oraba mucho y mi mayor placer era el de asistir al templo. A las horas en que mis compañeros jugaban, rezaba yo; y los días festivos, cuando iban ellos a las diversiones y a los pasatiempos, me dirigía yo a la iglesia en compañía de mi madre, quien puso en mis labios las primeras palabras de ruego y adoración al Altísimo, y encendió en mi corazón esta llama inextinguible de amor a mi Criador y a su Madre Santísima, que siento viva en mi dolorido pecho. No conozco los teatros, jamás he asistido a bailes, nunca tuve amores profanos. Salido de la escuela, entré en el Seminario, apenas cumplidos los doce años, y ahí permanecí hasta que recibí las sagradas órdenes . . . Tuvo mi madre el placer inefable de asistir a mi primera misa, y yo el de saber que presenciaba mi consagración a la Iglesia. Aunque separados a la hora de los santos misterios, estaban unidas nuestras almas en el mismo pensamiento: Dios, la eternidad, otra vida mejor donde volveríamos a encontrarnos . . . Recuerdo con cuánta efusión me abrió los brazos y me estrechó contra el pecho cuando nos vimos al salir de la iglesia. Tenía el rostro cubierto de lágrimas y la boca llena de sonrisas, y cada palabra que decía, era un himno de adoración a Dios, y un testimonio de inefable cariño hacia mí. Recuerdo que, en medio de sus trasportes apasionados, me besó varias veces la coronilla recién abierta en lo alto de mi cabeza, y me dijo: «Bendigo y venero mil veces este signo de tu consagración al Señor,

ungido con el óleo santo de sus altares. Llévale siempre dignamente, porque es imborrable, porque es la marca con que Dios te ha sellado para que no te confundas con los otros hombres, y porque no la perderás nunca, cualquiera que sea tu destino. Si te salvas, como lo pido de rodillas a mi Criador, será un nimbo de gloria que te distinguirá entre los santos; pero si te pierdes (lo que no ha de permitir su infinita misericordia) fulgurará sobre tí en las tinieblas como tison siniestro y encendido. Ahora tienes más que nunca la obligación de ser bueno; ha de ser inmaculada tu vida, no sólo por tu propio bien, sino por amor a los otros hombres, porque has sido puesto en medio de ellos para servirles de ejemplo. . . . » Me estremecí al escucharla, y me sentí penetrado por el sentimiento de una responsabilidad inmensa; y pedí al cielo de rodillas, me diese fuerzas para cumplir mis deberes y no servir de piedra de escándalo en el seno del pueblo. . . . No tardó en morir la autora de mis días; asistí a su agonía; presencié su tránsito; recomendé su alma; y cerré con mis labios sollozantes aquellos ojos de mirada angélica, que no hicieron más que mirarme con amor y escorzarse dulce y tiernamente hacia los cielos. . . . Y quedé solo en el mundo, desamparado, huérfano, sin abrigo. . . . sin más apoyo que el de mi religión y el recuerdo de mi madre inolvidable . . . Después de varios años de ministerio como adscrito a curatos foráneos, fuí llamado a la metrópoli, donde se me encomendó el cuidado de esta iglesia, bajo la depen-

dencia inmediata del señor cura Pérez. . . . Mi celo por el culto ha sido siempre muy vivo. Hallé el templo descuidado, casi ruinoso, y supe, además, que eran grandes las necesidades y la miseria de la población que se agrupa en esta barriada. Y, deseoso de mejorar las condiciones del uno y de la otra, impulsé cuanto pude la devoción de los fieles para que me ayudasen al cumplimiento de mis bien intencionados propósitos . . . ¿Por qué me propuse que la Conferencia de San Millán, que me ha prestado tan buenos servicios, fuese formada por señoritas y no por mujeres casadas? Sencillamente por la consideración de que las vírgenes han ocupado siempre un lugar prominente en la iglesia, y, además, porque las mujeres sin casar disponen de más tiempo que las esposas y madres para consagrarse a la piedad y a las obras de misericordia. Si fué error mío, lo fué de simple raciocinio; sobre esto sí no halló nada de que me acuse la conciencia. . . . Desgraciadamente, vinieron a mi lado, juntamente con la benéfica institución, numerosas jóvenes de las más hermosas de la ciudad, y entre ellas. . . .

Aquí interrumpió el padre Jacinto su soliloquio, y quedose absorto en un mar de imágenes y cálidas memorias. Recordó el día en que conoció a Dorotea, y el favorable juicio que de ella se formó por su talento, gracia y dulzura. En negro ropaje se envolvía con motivo del fallecimiento de su prometido; fué a él llorosa y desconsolada. . . . Inspírole confianza, y poco después, le eligió para su director espiritual; y al través de las rejillas del

confesonario, le confió todas las penas que atribuían su corazón, en tanto que él la consoló cuanto pudo, hablándole de los inexcrutables designios de Dios y de las esperanzas de ultratumba. Todo se lo fué representando a lo vivo. La vió llegar a su casa por primera vez y hacerle una visita de cumplido; renovarla después, y seguir a continuación visitándola con frecuencia; mirola en seguida tomando ingerencia en los asuntos domésticos e ir criando mayor confianza después, hasta convertirse en la verdadera señora de su hogar. Y ¡qué cambio tan profundo se había realizado en él desde aquel punto y hora! Todo andaba trastornado y en desorden, y ella lo arregló con la mayor sencillez; parecía la casa un cementerio, y ella la trocó en un paraíso; reinaba ahí la tristeza, y con ella entró la alegría. Desde los risueños tiempos en que vivía su madre, no había vuelto a disfrutar una época tan grata como aquella, en que nada le faltaba, en que nada de lo que le rodeaba era feo ni repulsivo, en que todo cantaba y sonreía en torno suyo, como si el mundo entero estuviese de fiesta. . . .

Y poco a poco había ido acostumbrándose a esa nueva existencia, como entregado a mansa corriente, cuyo curso hubiese seguido entre vegas risueñas, cubiertas de alegres jardines y pobladas de pájaros cantores. Cumplido en la iglesia su diario ministerio, retirábase a su casa, donde hallaba todas las dulzuras de una vigilancia protectora y exquisita, que iba delante de su voluntad, y parecía adivinar hasta sus más pequeños deseos. Adormecido

por aquel encanto, jamás se había dado cuenta cabal de que hubiese en él algo de malo y reproachable; pero, después de las graves observaciones hechas por el párroco, vacilaba ya su confianza, y la sombra de la duda se proyectaba sobre su conciencia.

No tenía que avergonzarse de obra mala *de hecho*; de eso sí estaba seguro. Pero ¿de pensamiento y de deseo? Su imaginación, brioso corcel más veloz que el relámpago, ¿no había tascado varias veces el freno y volado indómitamente hacia el mundo de los sueños? En aquel momento se le representaron al vivo las manos de Dorotea, blancas, largas, afiladas, semejantes a las de las antiguas vestales, que atizaban con punzones de oro el fuego sagrado de su diosa; y se acusó de que varias veces había deseado sentirlas en torno de sus sienes febriles, o sobre su agitado corazón, o al alcance de sus sedientos labios. Y vinieron a su memoria otros mil detalles de la belleza de aquella criatura incomparable, mezclados a ciertas ansias vagas e inconcesas de su mente soñadora y de su exaltado alborío. Y quedó consternado al hallar manchado de mil maneras el blanco armiño de su conciencia.

Su examen psicológico fué más adelante: quiso saber cuáles eran los verdaderos sentimientos que la joven le inspiraba. ¿Eran de admiración desinteresada? ¿De obligada gratitud? ¿De simpatía espiritual y santa? De los pies a la cabeza se estremeció cuando, frente a frente consigo mismo, vio se obligado a contestar negativamente todas esas

preguntas. . . . El afecto que a la joven profesaba, fuera de toda falsa conciencia, no tenía rasgo alguno de semejanza con ninguno de aquellos impalpables y etéreos; era de naturaleza especial, singular y única. . . . Sus ideas se confundían y anegaban en un mar interior de sombras y gemidos. Pero una vez comenzado el descenso al través de la obscuridad, era preciso seguir bajando más, mucho más, hasta llegar al lóbrego fondo del abismo.

Y continuó su doloroso trabajo de exploración por los senos misteriosos de su alma, hasta que acabó por darse cuenta de la existencia de aquel secreto, que tenía tan bien guardado, que ni sus propios ojos se habían atrevido a descubrirle. . . . Y comprendió al fin, que era un gran culpable, porque su afición a Dorotea no era santa y pura; y vio también que la religión y el misticismo habían servido tan sólo de manto hipócrita para disfrazar la pecadora verdad. Se confesó a sí mismo que quería a Dorotea con amor terreno, con amor de poeta, de artista, de hombre, por decirlo de una vez; con ese amor que brilla con los rayos del día, que palpita en los átomos del aire y canta y gorgoja al borde de los nidos. Y se aterró al ver brillar ante sus ojos aquel fulgor siniestro, porque vislumbró con espanto, al través de celajes recamados de oro, el descarnado esqueleto del delito. . . . Había caído en aquella precisa debilidad que tanto le había espantado toda su vida, y contra la cual había declamado tanto desde el púlpito; su desdicha así lo había querido para su mayor humillación y congoja.

Huérfanos él y Dorotea, habíanse encontrado en los desiertos del mundo, y sus almas, atraídas por un imán misterioso, habían ido aproximándose más y más, día por día; la tristeza había guiado sus pasos y un dolor común los había empujado para unirlos. Así enlazan las manos y buscan su mutuo apoyo, los que caminan en medio de la noche.

La palabra *sacrilegio* se le vino a los labios como una sangrienta y desgarradora expectoración de la conciencia. . . . ¡Sí, sacrílego! ¡Eso era! Porque siendo ministro de Dios, había oficiado en los altares de los ídolos; porque su pensamiento, que iba al cielo, había plegado las alas para arrastrarse por la tierra; y porque su corazón, que sólo debió inflamarse con llamas divinas, estaba medio consumido por el fuego del amor humano.

—¡Sacrílego! ¡Sacrílego! se dijo a sí mismo con horror mezclado de cólera.

Y nervioso, arrepentido y casi fuera de sí, abrió de golpe el armario donde había acabado de depositar el retrato de Dorotea, y le estrujó con manos crispadas, y le destrozó con prisa de loco hasta dejarle reducido a menudas partículas; y no contento con eso, encendió la bujía y fué quemando en ella todos aquellos míseros fragmentos, hasta verlos convertidos en humo y ceniza.

Después, abatido por aquel esfuerzo heroico, se desplomó de rodillas sobre el reclinatorio ante el Crucifijo, y se entregó a un nuevo acceso de llanto prolongado e histérico, interrumpido tan sólo, de cuando en cuando, por sollozos profundos y por

estremecimientos espasmódicos. Y entre oraciones y congojas, pidió a Dios perdón por su apostasía, y fuerzas para el combate futuro; y sintió que sus candentes lágrimas iban borrando una a una todas las manchas de su pecado.

En aquel momento supremo, renunció a todas las vanidades del mundo, y renovó sus juramentos de sacerdote; y sobre su atribulado corazón, que amaba y sufría, echó la pesada loza de su arrepentimiento, para que no saliese al tercero día de su sepulcro, ni dejase filtrar al exterior, ni una oleada siquiera de la pestilencia que le había estado devorando.

VII

El padre Jacinto dijo la misa de seis, el día siguiente de la fiesta de San Millán. A ella asistió Dorotea arrastrada por el poderoso e invencible deseo de ver al sacerdote, y se colocó en el lugar convenido, en espera de la mirada breve y rápida, que por costumbre solía él dirigirla en su camino hacia el altar.

Pero esta vez no pasaron las cosas como de ordinario.

Salió el capellán revestido con los ornamentos rituales, llevando el cáliz en la mano izquierda, y apoyando la derecha sobre él para impedir la caída de los corporales. Caminó con paso lento y silencioso, con los ojos bajos, y así llegó hasta el presbiterio; de suerte que la joven, burlada en su esperanza, cayó en nueva tristeza y desconsuelo.

Mas aquellos sentimientos dieron lugar a otros de índole muy diversa, y fueron los de alarma y compasión, al ver los estragos que un mal ignorado había hecho súbitamente en la naturaleza del padre Jacinto. Parecía que acababa de levantarse de una cama muy larga, y que, apenas convaleciente, se empeñaba en llegar hasta el altar. Su tez, pálida de suyo, estaba lívida ahora, hasta llegar a la transparencia y la diafanidad; de tal suerte que, al través de ella, se miraba como disecada o de relieve, la red sinuosa y azulada de las venas. Solamente los atacados por la peste, se extenúan tanto así en unas cuantas horas. Tenía hundidas las mejillas y las sienes, protuberantes los maxilares y los pómulos, y apenas revestidos por la piel los largos tendones del cuello. Rodeaban sus ojos, apagados y marchitos, dos círculos oscuros y violáceos, y en la expresión de su agonizante fisonomía, notábanse fatiga y cansancio, en tanto que sobre su frente nublada por la tristeza, parecían advertirse los rastros de invisibles espinas.

El espectáculo de aquel martirio dulce y resignado, causó emoción profundísima en el alma de Dorotea; así que, sin saber por qué y llena de respeto, echó mano al devocionario y se puso a leer con fervor inusitado.

En el ánimo de los fieles hízose sentir asimismo aquella grave impresión; así lo demostraron el recogimiento y el silencio que se extendieron por el sagrado recinto, y la extraordinaria devoción con que fué oída la misa. Hubiérase dicho que salían

del oficiante efluvios de edificación y de pureza. Flotaba en la atmósfera un soplo de ardiente misticismo que llenaba todos los pechos. Ni el ruido más leve turbaba la escena conmovedora; solamente la voz del sacerdote, que modulaba despacio y con fervor las oraciones del Santo Sacrificio, era el único rumor que interrumpía el silencio imponente; y cuando el oficiante se volvía hacia el concurso, con las manos juntas contra el pecho, y decía al separarlas: *Orad, hermanos o el Señor sea con vosotros*, conmoviase el espíritu de los circunstantes, como si a él llegase el eco de una palabra nueva.

El Ofertorio fué patético; pero cuando llegó la hora de la Elevación, pareció el padre Jacinto como transfigurado. Meditó largo tiempo, con los ojos cerrados y con los codos apoyados sobre el altar; y desplegando las alas del espíritu para que volase hacia la altura, allá arriba, muy arriba, dijo a su Creador quién sabe qué cosas tiernas, misteriosas y sublimes. Pronunció lentamente las palabras de la Consagración, bendijo el Pan y el Vino con ademán amplio y solemne, y cuando sonó la campanilla en el instante supremo, no hubo pecho que no palpitase, poseído de emoción profundísima.

Levantó primero la Blanca Hostia, después el Cáliz Resplandeciente, y juntamente con Hostia y Cáliz, los grandes y bellos ojos, tan suplicantes y expresivos, que parecía que toda el alma se le iba por ellos. Sobre sus diáfanas manos, más blancas y puras que los lirios de los campos, resplandeció

el Pan Bendito, alimento de los buenos, y deslumbró el Cáliz Sagrado, lleno de la sangre del Cordero, que redimió a los pecadores y sigue manteniendo el equilibrio del mundo.

¡Cuán solemne y hermoso pareció aquel sacrificio! ¡Y cuán poético e idealizado el sacerdote que le ofreció en el ara santa!

Dorothea se sintió como anegada en el océano de devoción que llenaba la iglesia, y poco a poco, iluminada por la intensidad de su emoción, fué descubriendo el velo que ocultaba su ser íntimo; y, penetrando los arcanos de su dormida conciencia, halló en el fondo de ellos, acurrucado en la sombra, el monstruo negro y feo que nunca había querido conocer. Y trémula y aterrada, arrojóle de la invisible manida con el duro azote de la contrición y de la plegaria.

Sólo entonces pudo adivinar las causas que habían motivado el desvío del padre Jacinto, y, estimulada por su grandeza, no quiso ser inferior a él ni en el vencimiento ni en el sacrificio. Y ahí mismo, sin levantar los ojos que el llanto nublaba, del humilde suelo donde estaba de rodillas, renunció para siempre a aquella inclinación culpable, e hizo voto de no volver a poner los pies en la capilla de San Millán.

Así, dos ovejas prófugas tornaron al mismo tiempo al redil del Buen Pastor, atraídas por su voz amorosa; y dos corazones culpables sofocaron un amor recién nacido, como las madres deshonradas extrangulan a sus hijos espurios.

VII

Dorotea renunció la presidencia de la Asociación de San Millán, y el padre Jacinto delegó sus facultades para dirigirla, en el sacerdote indígena y humilde que solía prestarle ayuda en los trabajos del culto. Con esto fué languideciendo la Conferencia, hasta que acabó por disolverse, para volver, acaso, a reunirse en otro lugar, bajo los auspicios de otro padre buen mozo.

El padre Jacinto, exagerando su compunción, dejó de usar sotanas acinturadas, prescindió de la banda de seda que había ceñido su talle, suprimió la esclavina de sus vestidos talaes, no llevó más chinelas de charol y no volvió a ostentar sobre el calzado las antiguas hebillas de plata. Fué serio y grave en lo de adelante; procuró y logró dejar de ser el confesor de moda del bello sexo; no admitió en la sacristía, ni menos en su casa, consultas ni visitas femeniles. Una vez concluídas sus obligaciones de capellán, rezaba el breviario y oraba y meditaba muy largamente. Así, por medio de esa nueva vida, logró ir recobrando poco a poco el equilibrio del espíritu, hasta que la paz de Dios tornó a sonreír a su corazón.

La sacristía de San Millán no volvió a resonar con el *fru fru* de las faldas de seda, ni con el golpear de los tacones de las damas. Sus ecos no repitieron ya la lectura de las actas, ni la algarabía

de las proposiciones y discusiones, ni los cuchicheos y las risas mal contenidas de las socias. Su amplio recinto fresco y sosegado, recobró la vida puramente religiosa de que había carecido. Los perfumes del jardín, mezclados al olor del incienso, embalsamaban su santa atmósfera, y las alegres ráfagas de la luz penetraban por las altas y grandes ventanas; pero los amorcitos color de rosa no asomaron ya por ellas las rizadas cabecitas, entre los ardientes rayos del sol.



EVOCACIÓN

I

¡Cuán veloces pasan los años! Díjolo ya Horacio, y Espronceda lo tradujo en estilo baironiano; sólo que ellos hablaron de los años en general, y yo me refiero especialmente a los primeros de la vida. ¿Cuánto tiempo hace que fui niño? Mucho en verdad; pero a mí me parece cosa de ayer. Aun recuerdo la escuela donde aprendí las primeras letras, y a mi querido maestro, que a su lado me tenía en la plataforma, como si hubiese sido su hijo; y a mis inquietos condiscípulos, tardos para los estudios, y prestos para la gresca y la travesura. Y en estos preciosos momentos en que voy emborroneando blancas cuartillas, me vienen a la memoria las primeras lecciones de escritura que recibí de mi profesor (discípulo de Meyer, el famoso calígrafo Meyer, de quien nadie se acuerda ya, ni sabe siquiera si

alguna vez existió, pero que fué una gran figura de su tiempo), y veo su mano sobre la mía, indicándome la posición que debía dar a los dedos, y oigo el rechinar de la pluma sobre el papel al hacer mis primeros palotes. Aun recuerdo las deliciosas impresiones de mi mocedad, cuando comencé a darme cuenta de la vida, y abrí los ojos al espectáculo del universo, y los oídos a las voces de la naturaleza, y el alma a los cánticos del destino; y miro la inmensidad del cielo, el firmamento azul, las nubes blancas, los grandiosos ortos y puestas del sol, los caprichosos celajes que rayaban el horizonte con fimbrias de oro, gualda y escarlata, y siento descender a los limbos de mi ser íntimo, el éxtasis inicial de mis días más floridos, y agitarse mi corazón al impulso de dulces e imprecisos anhelos. Las melodías y los coros de las cosas que entonces escuché, resuenan todavía en las cámaras auditivas de mi espíritu, como si el universo hubiese estado de fiesta, y tenido el propósito de celebrar mi entrada en la existencia. Aun bullen en mi pecho las emociones de mi juventud, cuando comenzó a hervir mi sangre como caldero sobre brasas, y cuando pensé en las mujeres y hallé que todas eran hermosas, así las rubias por angelicales, como las morenas por apasionadas, y las de pelo castaño por ser el punto de intersección entre las unas y las otras; y las apenas núbiles por su candor, y las ya formadas por sus artes sutiles; y las buenas por su aureola de santas, y las perversas por su canto de sirenas; y las que tenía cerca por su proximidad, y las lejanas por su ausencia.

Y todas por su encanto irresistible, imán de la vida, luz de la esperanza y estrella polar de la peregrinación humana sobre la tierra.

¡Y lo que soñé entonces con el porvenir! Creí que había nacido para algo grande, que llenaba mi pecho aliento poderoso, que un astro brillante iluminaba mi cerebro, y que mi carrera por el mundo iba a ser como subida al Capitolio, en carro de áureas ruedas tirado por impacientes Pegasos, en medio de humanas vallas clamorosas, entre vítores y alegres músicas, precedida por trompeteros de resonantes clarines, y seguida por cortejo innumerable de cortesanos y sirvientes, cuyas manos tremolaban palmas, laureles y coronas de mirto.

Todo eso lo rememoro, pero está muerto ya; pertenece al mundo que fué, al de las sombras, al que encontró Eneas, guiado por Virgilio, en los descoloridos y apenas esfumados Campos Elíseos. Cierro que las imágenes han quedado claras y vivas en mi interior; pero el marco en que andan y bullen, está roto y apolillado por la parte de afuera. Cuando me miro al espejo para afeitarme, que es la única ocasión en que me atrevo a asomarme a su implacable y verídica superficie, se me figura que soy otro, que alguien ha mudado mi fisonomía, y que sobre las facciones de mi antiguo rostro, ha colocado una máscara dolorosa algún encantador, mi enemigo.

Y es nada mi decadencia física, comparada con la de mi espíritu. La *fata Morgana* extendió ante mis ojos espléndido miraje, y pensé que aquellos

luminosos horizontes, que aquel bello panorama, aquellos campos cubiertos de bosques, y aquellos vergeles tapizados de flores donde volaban pintadas mariposas e inquietos chupamirtos, y aquellas cúpulas, aquellos palacios, aquellos arcos de triunfo que ante mis ojos tenía, eran el mundo real donde iban a realizarse el idilio y la epopeya de mi vida. Pero chocó el frágil prisma de la ilusión con el duro granito de la verdad, y volviöse polvo el cristal prestigioso; el iris de la esperanza, que parecía la puerta radiosa de la gloria, convirtiose entre mis manos en atmósfera sin cuerpo ni matices; y los triunfos, la dicha y la alegría que creí próximos, fueron para mí derrotas, desdichas y tristezas, al doblar el recodo del camino, que conduce a las desoladas estepas de la edad madura.

II

Los vaivenes de la fortuna lleváronme muy alto alguna vez, y llegué a ser Gobernador de mi Estado natal. Largos años había pasado en la Capital de la República, donde fuí juguete del destino, pues ora me ví honrado más de lo que mi escaso valer merecía, o bien postrado y escarnecido por obra de enemigos despiadados. Mas pasó al fin la ola mugidora que amenazó hundirme en el abismo, y me hallé de nuevo en la orilla del proceloso mar, contemplando desde la playa los restos de otros bajeles despedazados, que todo lo perdieron en la tormenta.

Una mañana de primavera, hallábame en el Salón de Acuerdos del Palacio, en conferencia con el Alcalde Mayor, que me daba cuenta de los sucesos que habían caído la víspera bajo los dominios de la policía. Había colocado un legajo sobre la mesa, y, sentado frente a mí, hojeábale inclinando la cabeza para tornar a levantarla de vez en cuando y continuar la relación. Era vulgar ésta, monótona y aburrida: historias de ebrios escandalosos, de riñas callejeras, de pequeños latrocinios, de garitos sorprendidos ¡que sé yo!: la eterna crónica de las gacetillas periodísticas. Era sofocante la temperatura en mi querida ciudad. Lucía el sol no sólo radioso, sino colérico, en aquel cielo de un azul profundo, e iba ascendiendo al meridiano, envuelto en llamas como de incendio; y la atmósfera, caldeada por aquella hoguera inexorable, manteníase inmóvil y pesada sobre todas las cosas, sin mover las alas, ni agitar siquiera las briznas de polvo que dibujaban sus leves cuerpecillos en los ardientes rayos de la luz que penetraban por la estancia.

Entretanto que mi interlocutor proseguía la fatigosa información, y que yo, con leves movimientos de cabeza o con frases lacónicas iba aprobando o modificando sus disposiciones, divagaba mi imaginación por épocas y escenarios de tiempos viejos; y, por una extraña alucinación de mi espíritu, presentábase a mis ojos el pasado redivivo, como si hubiesen retrocedido los años, y me hallase remontando el curso rápido y encrepado del tiempo. Al través de la ancha puerta del balcón, vagaban mis

por el jardín de la plaza, como buscando en el exterior sombras y figuras que sentía grabadas en el fondo de mis ojos y esculpidas para siempre en las profundidades de mi retina. El piso de mosaico despedía vivos reflejos, como de cristal pulido, y el kiosko central, construido sobre un tambor acústico de paredes de mampostería, elevaba sus delgadas columnas y su ligera techumbre de hierro fundido en forma de sombrero chino, exornado por arabescos caprichosos, leves hojas y tallos flexibles y trepadores. Los naranjos en flor dejaban ver entre la espesura de sus verdes frondas, la límpida blancura de los azahares, y asomaban aquí y allá rojas y redondas naranjas medio ocultas entre el follaje. Praditos bien cuidados lucían profusión de flores, ya humildes y medio ocultas entre la hierba, ya soberbias y erguidas sobre arbustos de complicado y espinoso ramaje, como rojas luces prendidas por el sol en los cálices recién abiertos. Lucían todos los colores del iris por donde quiera: el escarlata, el azul, el naranjado, el amarillo, el verde, el blanco, y todas las derivaciones y matices que nacen de ellos, pues cada capullo, cada botón entreabierto, cada flor en la plenitud de su desarrollo, o cada corola decadente y marchita, tenían una entonación aparte, un tinte propio, que formaban con su conjunto, la impresión óptica de ricos tapices de la Persia echados sobre el candente suelo. Y dominando aquella fiesta de colores, aquella prodigiosa paleta de variados matices, destacábanse las desnudas e inmutables estatuas de bronce, que, desde

su plinto de granito, recibían el homenaje de una flora magnífica y en efervescencia.

Mariposas blancas, amarillas, negras, multicolores, de grandes y abiertas alas, revoloteaban por todas partes, y parecían flores enormes y volantes desprendidas de sus tallos.

Cuando movía las alas algún ligero cefirillo, y cabeceaban los naranjos, bocanadas de perfumes penetraban en la oficina: olores de jazmines, violetas, azahares, nardos, rosas, mezclados y confundidos como en la retorta de algún poderoso alquimista; y de aquel conjunto embriagador, resultaba una sola esencia indeciblemente balsámica y voluptosa. La contemplación de aquel panorama, y la percepción de tan conocidos aromas, lleváronme como de la mano a recordar sucesos de mi lejana juventud.

Fué en aquel lugar, y a la luz de ensueño de un crepúsculo vespertino, cuando y donde conocí a Rebecca Tamborrell, doncella distinguidísima, perteneciente a la más alta crema social; y fué entonces también cuando caí rendido de amores a los pies de aquella incomparable criatura. ¿Cómo era?

Paréceme que en estos momentos la miro. Blanca, pero no mucho, sino de esa blancura ardiente que dan el sol del desierto y el vivísimo reflejo de los arenales, como cuadraba a su nombre bíblico; de tersa frente, ni grande ni pequeña, coronada por cabellera negra y profusa, ondulante y rizada; ligeramente aquilina la naricilla color de rosa, de finas ventanillas husmeantes y movibles; rojas como la flor del ababol las redondas mejillas; obscu-

ros y rasgados los ojos como los de las huríes del Profeta; y fresca, pequeña y sonriente la boca de labios de escarlata, al través de los cuales solía vislumbrarse la doble hilera de sus blancos y menudos dientes, y brotaba la cadencia de su voz, o el arpegio sonoro de su risa. Alta de cuerpo, airosa de busto, de finos pies y manos, y de andar gallardo y ligero.

Amé a Rebeca Tamborrell tanto, por lo menos, como el patriarca Isaac a aquella otra, hija de Babel, que fué madre de Esaú y de Jacob; y admitiéndola adornada con blanco turbante, transparente y misterioso velo, grandes argollas de oro en las orejas, sargas de perlas en torno del rostro, aureas pulseras en las muñecas, y ricas ajorcas en los tobillos, tengo para mí, que hubiese vencido a la de la Biblia, en buena lid de gracia y gentileza.

Tenía yo por aquel entonces, la belleza corporal de la mujer por la única prenda digna de ser admirada y puesta sobre el pavés del amor, porque mis ojos, ávidos de armonía, fiesta y explosión de líneas y colores, sólo en ese encanto se recreaban, y su deslumbramiento ofuscaba las consideraciones y las psicologías de mi juicio. Así que, no bien hube distinguido a Rebeca al atardecer de cierto día, entre el conjunto de beldades que circulaban por la calle principal de la Plaza, sentí que tras ella se iban mis ojos, que se apresuraba el latir de mis pulsos, y que henchía mi pecho un afán irrefrenable de obtener su cariño.

Pronto cayó ella en la cuenta de que sus ojos me

habían fulminado, y, deseosa de mantenerme en estado de ignición, me enviaba miradas alentadoras, ojeadas rápidas, y hasta el fuego sostenido de sus deslumbradoras pupilas, más incendiarias y destructoras que los espejos ustorios inventados por Arquímedes.

Alentome su conducta para hacerle demostraciones más claras de mi simpatía, y emprender en toda regla la conquista de su corazón, lo que procuré hacer por medio de la táctica consagrada por las mejores autoridades de mi tiempo: paseos constantes por su calle, cuartos de centinela en el marco de las puertas, y envío de flores y madrigales por el estimable conducto de criados y pilluelos a quienes daba buenas propinas. En cuanto a ella, recibía de buen grado mis homenajes y salía al balcón para verme desfilar o montar la guardia junto al guardacantón de la esquina; de suerte que mi espíritu, con todo esto, andaba elevado al séptimo cielo.

Iba el negocio viento en popa, cuando se presentó un formidable obstáculo a mi paso: la aparición de un rival, pero ¡qué rival, Dios mío! Ni Guy de Borgoña, ni el valiente Oliveros, ni el mismísimo Rolando furioso, me hubiesen parecido más osados ni más fieros que aquel espantable antagonista. Llamábase Arturo del Casal. El nombre, desde luego, me infundió serios temores. ¿No se llamaba así el rey que presidía a los caballeros de la Tabla Redonda? Recuerdo que por aquellos mismos días, miré en la sala de una casa aristocrática, un graba-

do pendiente del muro, encerrado en rico marco, y cubierto por cristal inglés, que representaba a un exquisito dandy sentado en un sofá junto a una joven hermosa, la cual posaba la diestra en la cabeza del doncel. La leyenda del grabado decía así: «Pásame la mano por el cabello y llámame Arturo». ¡Arturo, Arturo! ¡Qué nombre tan arrogante y simbólico! He tenido la idea desde entonces, de que en el terreno amoroso, equivale al de Alejandro en el de la guerra. El corazón de las mujeres es para los Arturos lo que fué el corazón del Asia para el hijo de Filipo.

Arturo del Casal había sido mi condiscípulo de escuela, y objeto de mi constante admiración. Y no ciertamente, porque su inteligencia fuese de primer orden, ni porque su amor al estudio fuese infatigable, pues no poseía ninguna de esas dos recomendaciones; sino por la gentil apostura de su persona, la elegancia de sus prendas de vestir, y el garbo y desenfado de sus maneras. No era más que el hijo de un notario; pero tan amado por su padre, que no había cosa que éste le negase; de suerte que del Casal gastaba reloj y cadena de oro con dijes y relicarios, lucidos trajes a la última moda, y sombreros de los más caros que se usaban.

Tenía, además, un caballito de gallarda estampa, con silla, freno y bridas adornadas con chapetones de luciente plata, y falsas riendas de cordones de lana y seda de colores vivos. Y para cabalgar tan hermosa bestia, lucía el mancebito, trajes de lo más vistoso que puede concebirse. Merced a tan inau-

dito despliegue de lujo y de riqueza, los chicos de la escuela nos sentíamos más chicos todavía al lado de Arturo, a quien mirábamos como si hubiese sido un gigante.

Joven ya, no desmintió la opulencia de sus brillantes orígenes, pues continuó siendo el rey de la moda, el pródigo, el ostentoso, y, a mayor abundamiento, el preferido de las damas. Porque Arturo tenía cierto modo de tratar al bello sexo, un no sé qué, que le confería superioridad y señorío sobre aquel rebaño de tímidas ovejas; pues era decididor y atrevido, y no tímido y apocado como lo éramos sus amigos. Había algo de don Juan en aquel mozo; gustábanle todas las mujeres, las galanteaba sin escrúpulo, cortejaba a las casadas (cosa inaudita en la ciudad), y se contaban de él no pocas aventuras de deslices, seducciones y escándalos, que daban mucho que hablar a la gente desocupada, y hasta a la ocupada. El vino y las cartas eran también del gusto de Arturo, por lo que solía andar trastornado algunas veces del juicio y otras de los intereses, y metido en una baraúnda de enojosos líos y cuestiones, que no le daban punto de reposo. Empero los rumores y hablillas que circulaban acerca de él, no le desconceptuaron a los ojos de las bellas, sino antes bien aumentaron su prestigio, porque parecían circundarle de una aureola entre luminosa y candente, que daba a su persona los rasgos y perfiles de un ángel caído. Sabido es que las mujeres son afectísimas a las morbideces de lo desconocido y misterioso, y que suelen no arredrarse por los

peligros que en sí lleva el andarse asomando a la negrura de los abismos; y hasta las hay que experimentan particular inclinación a las emociones y a la tragedia, y vuelan y se agitan en torno de la fatalidad, como las mariposas revolotean en derredor de la llama.

Sea lo que fuere de estas filosofías, la presentación en escena de aquel personaje, vino a trastornar mis planes y ensueños, como furioso terremoto, que echa por tierra las casas y pone en fuga a sus moradores. Desde que le ví aparecer en los sitios y reuniones que Rebeca y yo frecuentábamos, sentí congoja, pánico y funestos presentimientos. Mirele y remirele, y le hallé irresistible. Alto, musculoso, rubicundo, de melena crespa, de labios carnosos y sensuales, un poco pomuloso y con ruín bigotillo que llevaba engomado para asemejarse a Napoleón III, túvele por perfecto tipo y dechado de varonil hermosura, y por nata y flor de todos los tenorios del mundo. Hallaba ciertos defectos en su figura, que me parecían antipáticos, como la protuberancia de los pómulos, el abultamiento de los labios, y el desarrollo de la mandíbula inferior; pero buen cuidado tuve de sofocar esas observaciones, porque me parecieron sugeridas por la envidia, pasión baja y rastrera a la cual he procurado sustraerme toda mi vida. Y tanto más trataba de acallar mis mal fundados reparos, cuanto que por dondequiera oía resonar tan sólo elogios para mi amigo.

—Es el mejor de todos nosotros, decían mis compañeros. ¡Qué fortuna tiene!

Y las mujeres murmuraban:

—Arturo es muy buen mozo; le va bien cuanto se pone; es elegantísimo. ¡Si hasta parece un príncipe!

Y tanto oí repetir aquellos estribillos, que acabé por persuadirme de que era yo un bobalicón incapaz de acertar a conocer la masculina belleza, o un miserable despechado, que, sin elementos para combatir con aquel esforzado paladín, desahogaba mis malas pasiones, royéndole vergonzosamente los zancajos. Sea de ello lo que fuere, sucedió que, no bien hubo comenzado del Casal a tomar posiciones y a establecer cortaduras y fosos para rendir a Rebeca, me entró un desaliento profundo; pues, aun siendo tan grandes como eran mi amor y mi amor propio, dábame cuenta cabal de mi inferioridad, y hasta comprendía que toda comparación entre Arturo y yo, era claramente ridícula.

Y no me engañaron, a fe, los presentimientos, pues la conducta de Rebeca comenzó a cambiar visiblemente desde el punto y hora en que del Casal puso en ella los ojos. La presencia de Rebeca en sus balcones fué menos frecuente que antes, o no correspondió ya a las horas tácitamente convenidas en que acostumbábamos vernos; me favorecía escasamente con sus miradas, saludábame con frialdad, y hasta solía fingir no verme para escapar a mis amables sombreradas. Y entretanto, iba realizando progresos mi rival, y se hacía del dominio

público la buena acogida que la joven le dispensaba. El solo y triste consuelo que en mis desdichas me cabía, era el de desahogar mis penas por la com-
puerta de interminables soliloquios, concebidos las más de las veces en esta forma u otra parecida:

—Cierto, decía para mi coletito, que Arturo del Casal es guapísimo mozo, que viste como figurín, y tiene maneras cortesananas; pero ¿es posible que Rebeca no eche de ver que carece de seso, que son disolutas sus costumbres, y que no tiene otro porvenir, que el del vicio y la abyección? ¿Es admisible ignore que dilapida su hacienda, y juega, bebe, y vive en medio del mayor y más escandaloso desorden? ¿Cómo no piensa ella que por ese camino no puede encontrar la felicidad, y que si se deja llevar por engañadoras apariencias, acabará por tropezar con agrios obstáculos, y por caer en oscuros e insondables pozos de tristeza y humillación? Reconozco que no poseo los atractivos físicos de que él hace gala, que no tengo su garbo y donaire, que visto con modestia, y que mis padres no me dan dinero para dilapidarlo en jaranas, grescas y francachelas. Es cierto que soy tímido y un tanto huraño, y que cuando estoy en presencia de mi bien, titubeo, pierdo el color, y no acierto a decir cosa que tenga sentido. Pero en cambio, soy más estudioso que mi contrincante, estoy dotado de mejor entendimiento que el suyo, haré carrera, y, sobre todo, la quiero más que él, y no soy vicioso. Si tuviese alguna penetración, vería Rebeca todas estas cosas, y podría apreciar la diferencia que me-

dia entre un autómatas y un hombre, entre un aparato brillante y sin entrañas, y una criatura racional y de corazón.

Así hablaba dentro de mí la voz de mi conciencia, a dúo tal vez con la de mi vanidad; pero como la hermosa no podía escuchar aquellos recónditos y tímidos murmullos, y como, aun cuando los hubiese escuchado, no los hubiera entendido, fué inevitable mi derrota; y a poco andar, y casi sin lucha, me ví postrado y deshecho a los pies de mi adversario. Y Arturo desplegó a los cuatro vientos su pendón orgulloso, y proclamó su victoria por dondequiera, con las agudas y penetrantes clarinadas de su jactancia.

Me dejó medio muerto aquel fracaso; perdí el sueño y el apetito; palidecí, se me sublevaron los nervios, y todo lo ví oscuro y triste en derredor mío, tanto en el pasado tiempo, que no había sido alegrado por la visión de ella, como en el tiempo futuro, donde nunca irradiaría su imagen seductora.

III

Culminaban en este punto mis recuerdos, cuando, en medio del confuso e interminable parloteo de mi interlocutor, percibí distintamente estas palabras:

—A Arturo del Casal, por ebrio escandaloso y por haber dado golpes a su mujer, quince días de arresto.

Me estremecí de pies a cabeza.

—¡Cómo! articulé volviendo en mí de súbito. ¿Arturo del Casal ha dicho usted, señor Alcalde?

—Sí, señor; repitió éste, Arturo del Casal. Es un alcohólico incorregible, que da mucho quehacer a la policía y cae a las comisarías a cada momento. Se le califica, sufre la pena, sale, y vuelve luego a las andadas.

—¿Con quién está casado? pregunté maquinalmente y con aparente incoherencia.

—No lo sé a punto fijo. Viene frecuentemente la esposa a interceder por él, y suelo concederle lo que me pide; pero esta vez la pasó tan mal la pobre, que fueron sus gritos precisamente los que atrajeron la atención de la policía, y por ella fué detenido el esposo.

—¿No recuerda usted si se llama Rebeca?

—Aguarde usted, señor Gobernador, repuso el Alcalde.

Reflexionó un instante, y después de corto silencio, continuó:

—Rebeca... Rebeca... Sí, señor; así la llama el marido en afecto, cuando habla con ella en la oficina; ahora lo recuerdo.

—¿Y es a esa señora a quien ha inferido golpes el detenido?

—Sí, señor; a ella.

Una oleada de indignación invadió mi cerebro y otra de sangre me subió al rostro. ¡Cómo! ¡Haber puesto mano osada en el cuerpo de aquella mujer encantadora! ¡Haber maltratado a mi amada de

otros días! ¿Podía imaginarse cosa más abominable? El hombre que le pega a una mujer no merece pertenecer al sexo fuerte; es la deshonra de todos aquellos que peinan barbas.

—¿Qué correctivo ha impuesto usted a ese malhechor? pregunté. Sírvase repetir la nota, señor Alcalde.

—Quince días de detención, repuso éste.

—No, no, protesté acaloradamente; eso es muy poco. Castigo más severo, mucho más severo merece.

El Alcalde volvió a mí el rostro lleno de asombro; le sorprendían mis palabras, el tono de mi voz, mi mal disimulada cólera. Hecho estaba a mi indulgencia y blandura habituales, que me convertían en autoridad tolerante y siempre inclinada al perdón; así que no podía explicar el cambio repentino de mi carácter.

—Usted, señor, observó, puede agravar la pena, si así le place; yo no, porque la ley no lo consiente. He impuesto la máxima que cabe dentro de mis facultades. Usted como Gobernador, está en aptitud de duplicarla, si así lo estima justo. ¿Dispone que la detención sea por un mes?

Diciendo ésto, y dando por sentado que tal habría de ser mi resolución, mojó la pluma en el tintero, y se dispuso a escribir; pero yo le detuve.

—No, señor Alcalde, ni siquiera eso, proseguí con acento ronco. ¿Qué son treinta días de encierro para un criminal de ese linaje? No; lo hecho por Arturo del Casal no es una simple falta de po-

filca; es un verdadero delito, un delito repugnante... ¿Ha habido contusiones? Es claro que las ha habido. ¿No es verdad que las hubo?

—Ya se ve que sí, señor Gobernador, y muy serias por cierto; ¡y en la cara! La pobre mujer tiene el rostro bien estropeado.

—¡Ah, maldito! clamé en el colmo de la ira. Ya pagaré muy cara la hazaña... Consígale usted al juez para que le juzgue y castigue con arreglo al Código.

Obedeció el Alcalde aprobando mi determinación con un movimiento de cabeza, y tomó razón del acuerdo al margen de su informe, mientras andaba yo nerviosamente de un lado a otro del salón.

¿Qué era lo que me había llevado a aquel estado de violencia? ¿Era la inquina con que he visto siempre a los cobardes que levantan la mano para las mujeres? ¿Era mi amor a la justicia? ¿Era la reminiscencia de mi antigua admiración hacia Rebeca? ¿Era mi despecho por la pasada derrota? ¿Era mi rencor hacia un rival afortunado? No sabré decirlo; pero sospecho que todos esos sentimientos hayan andado revueltos y juntos en mi agitado pecho en aquellos momentos de fiebre y exaltación. Así fué como al oro puro del cumplimiento del deber, puede haberse mezclado la escoria de mis personales pasiones.

—¡Y, a la cárcel con él!, ordené con voz imperiosa.

Inclinó el alcalde la cabeza en señal de obediencia, y continuó la pesada labor de dar cuenta, hasta

que llegó al cabo de ella; pero ya no oí lo que dijo de ahí en más, ni me hice cargo del resto de su pesado información, porque mis ideas habían tocado a rebato, chisporroteaban extrañas luces en mi retina, y me sentía enfermo y desquiciado por aquel repentino y rudo choque nervioso. Cuando el Alcalde se despidió de mí, llevándose consigo la cartera y sus apuntes, contesté apenas su cortesía, tendiéndole la mano, y continué recorriendo la estancia.

IV

No pasó largo tiempo sin que se presentase el ayudante de guardia. Al sentir sus pasos, contrariado, me paré de golpe.

—¿Qué se ofrece? interrogué con tono seco.

—Señor, murmuró visiblemente desconcertado.

—¿Qué se ofrece? repetí con voz fuerte y destemplada.

—Espera en la antesala una señora...

—No recibo a nadie. ¿Entiende usted? Estoy muy ocupado; carezco de tiempo disponible.

—Como lo disponga el señor Gobernador, repuso humildemente el empleado.

Y dando vuelta sobre sus talones, se disponía a marcharse, cuando instintivamente le detuve. Reflexioné que era absurda mi conducta, que mentía, que no tenía nada que hacer, que mi tiempo era del público, y que tal vez fuese de importancia el asunto que deseaba tratar conmigo la solicitante.

—Aguarde usted, rectificué; haga usted entrar a la persona que quiere verme, pero adviértale debe ser lo más breve posible.

Salió luego el ayudante, y pocos momentos después se abrió la puerta de cristales y doble y silencioso batiente, que comunicaba el salón con la antecámara, y dió paso a una pobre mujer, que me saludó con timidez. Llevaba la mitad del rostro envuelta en un enorme pañuelo de color rojo, y caminaba con fatiga. La indiqué tomase asiento en un confidente, y me coloqué en un sillón cerca de ella.

—¿En qué puedo servir a usted, señora? la pregunté con la voz más dulce que pude hallar en el registro de mi convulsa garganta.

—Vengo, repuso con acento inseguro, a pedir gracia en favor de Arturo.

—¿Qué Arturo? repuse con presteza.

—Arturo del Casal, mi marido, prosiguió ella.

Quedé extático.

—¡Cómo! exclamé, ¿pues quién es usted?

—Rebeca Tamborrell, servidora de usted, contestó la infeliz.

—¡Rebeca! balbucée sin saber lo que decía. ¿Es usted Rebeca... No, imposible.

Hablaba maquinalmente; se me figuraba que había salido del mundo de las realidades, y que andaba vagando por espacios imaginarios.

—Soy Rebeca Tamborrell, insistió ella.

Y para probar que decía la verdad, desató con trabajo las puntas del pañuelo que había anudado debajo de la barba, y descubrió ante mí todo su

rostro. Mirela con afán, analicé sus facciones, y trabajo me dió hallar las antiguas de la beldad que había amado, al través de los estragos causados por el tiempo y por las penas en aquella triste fisonomía. Pelo gris hirsuto sobre una frente manchada a trechos por el paño; nariz fuertemente aguileña y puntiaguda; mofletes gruesos, colgantes y flojos; boca de labios lívidos, huérfana de dos o tres dientes delanteros, y gran papada sembrada aquí y allá de pelos negros y canos, gruesos y retorcidos. ¡Qué mutación, Dios santo! Y para acabar de hacer inconocible la que había sido gallardísima figura, el puño brutal del esposo había estropeado uno de aquellos párpados, y producido anchas equimosis en los carrillos. Un ojo no golpeado y sano, un solo ojo, era la única partecilla del semblante, que hacía recordar la brillantez de un ayer glorioso, perdido ahora en las brumas de las cosas para siempre idas y muertas; ojo que se abría grande, rasgado y hermoso, sombreado por pestañas todavía largas y rizosas.

Sin darme cuenta de lo que hacía, proseguí examinando el exterior de aquella persona. Mantón que fué negro y se trocó en pardo y verdoso, o, por decirlo mejor, color de ala de mosca, y blusa de seda, también oscura, arrugada y desteñida, envolvían el busto rollizo y desbordado; falda gris de lana estropeada y pasada de moda, completaba la indumentaria; y el calzado que asomaba bajo la orilla de la burda tela, era de cuero basto, polvoriento y agrietado por el uso.

Un sentimiento de profunda compasión se elevó en mí a la vista de aquella tristísima ruina.

¿Cómo caíste despeñado al suelo,
Astro de la mañana luminoso?

E instintivamente recordé aquel pagano y cruel, pero intensamente sentido verso de Quintana:

¡Muera más bien que envejecer la hermosa!

Me reporté, no obstante, y procuré representar tan sólo el papel de autoridad fría, imparcial y justiciera, ante aquella mísera criatura.

—¿Qué le ha pasado a usted en la cara, señora? la pregunté, como si no estuviese informado de todo.

—Un golpe, repuso ella con embarazo. Tropecé esta mañana con un mueble, y he sufrido una caída.

—Eso no es cierto, repliqué. ¿Viene usted a engañarme, a burlarse de la autoridad?

Atajada por mi observación y visiblemente acortada, reflexionó un momento, y tomando luego su partido, continuó:

—Tiene usted razón, señor Gobernador. Voy a decir a usted la verdad, toda la verdad: me ha golpeado mi marido.

—¿La abofeteó a usted?

—Sí, señor; me abofeteó.

—¡Miserable!

—No señor, objetó ella para calmar mi visible enojo; si es muy bueno.

Y las lágrimas le saltaron a los ojos. Prestamente las enjugó con el pañuelo que conservaba en las manos.

—¿Con que es *muy bueno*? ¡Vaya una cosa extraordinaria! ¡*Bueno* y abusa de su fuerza! ¡*Bueno* y le pega a usted de una manera tan brutal!

—Es porque no sabe lo que hace.

—¿Cómo puede ser eso, señora? ¿Está loco, por ventura?

—No señor . . . pero, se lo diré a usted, aunque me dé vergüenza, le gusta la bebida.

—En tal caso es un borracho.

No acertó Rebeca a replicarme, y se limitó a repetir:

—Pero es *muy bueno*.

A medida que me hacía cargo del estado tristísimo de aquella mujer desgraciada, y contemplaba sus contusiones, y miraba su llanto, íbase enardeciendo mi palpitante sangre, iban exasperándose mis nervios, y latían mis sienes con mayor violencia. Hasta aquel infeliz ritornello *¡es muy bueno!* me exasperaba furiosamente.

—Pues si ese hombre es tan *bueno* como usted lo dice y lo proclama, si es un ángel de bondad y tiene alas tan blancas como las de la paloma, todo eso no le servirá de nada, pues irá a la cárcel, para que le juzguen los jueces, y le decreten lo que le convenga . . . Probablemente una corona.

—Señor Gobernador, articuló Rebeca afligida, adelantando las manos hacia mí, juntas en señal de súplica; conozco cuál ha sido la resolución de usted

respecto de Arturo, y por eso he venido a molestarle, a suplicarle por lo más sagrado, que no sea tan severo con él, que no le castigue tanto, que vuelva sobre sus pasos.

—Señora, repuse con fría urbanidad inclinando el busto, me complacería por todo extremo acceder a su petición, si me fuese posible; pero no lo es: el deber me lo prohíbe.

—Por favor, hágame usted ese favor.

—De ninguna manera.

—No sea usted cruel, no cierre su corazón a la piedad. Mire que se lo ruego.... ¡Por el amor de Dios,!

Y pronunció mi nombre por primera vez. Luego prosiguió:

—¿No se acuerda usted ya de mí?

Mentí con descaro, contradiciendo la exclamación con que se había inaugurado nuestro diálogo.

—No, a fe.... Mejor dicho, me corregí, lo había olvidado. ¿Con que dice usted que es....?

—Rebeca, repuso ella.

—¿Qué Rebeca?

—Rebeca Tamborrell.

—¿Aquella Rebeca?

A tiempo me contuve. Iba a decir no sé qué sandeces que me salían del corazón.

—Sí, señor, prosiguió mi interlocutora; nada más que muy diferente de aquella que conoció usted en mejores tiempos. El señor Gobernador tiene razón en haberme desconocido. ¡Si hasta yo misma no me reconozco cuando me miro al espejo!

—No, objeté con voz mansa y compasiva, es que hemos dejado de vernos largos años, y que ambos hemos mudado de aspecto.

—Sí, por lo que hace a mí, ya sé que estoy muy vieja y muy fea; pero eso ¡qué importa! Lo que fué y no es, lo mismo que si no hubiera sido. Mas ahora que usted me recuerda y sabe ya quien soy, espero no me negará la gracia que le pido. ¿No es verdad, señor Gobernador?

Y vagó mi nombre nuevamente por sus pálidos labios.

Era patético su ademán; a cada momento se inclinaba más hacia adelante, enclavijando las manos, y hasta se me figuró que estaba a punto de caer de rodillas.

—Ande usted, señor Gobernador, repetía sollozando; no sea usted malo.

No pude resistir más.

—Está bien, repuse indicándole con la mano conservase su asiento. Voy a complacer a usted como lo desea; pero antes de poner en la calle a ese hombre *tan bueno*, que afea el rostro de usted a puñetazos, voy a hacerle venir a mi presencia, y a amonestarle con toda severidad, con verdadera dureza, a fin de que el temor le haga ser más cauto, más caballeroso y más *bueno* en adelante.

—Está bien, señor Gobernador, no me opongo, antes me alegraré de que le dé usted sanos consejos. Ríñale en buena hora, hágale ver que obra mal al vivir como vive, que no debe embriagarse, que está obligado a trabajar para ganarse la vida,

ya que hemos perdido cuanto teníamos, y que es indispensable se corrija, porque está dando mal ejemplo a nuestros hijos, que están ya crecidos. . . . ¿Y qué será de ellos si continúan viendo todos los días ese mismo espectáculo?

—Así lo haré, señora, pierda usted cuidado. Le diré muchas cosas, muchas, muchas. . . .

Me levanté para cortar la conversación, y Rebeca hizo lo mismo.

—En tal caso, señor Gobernador, me retiro, prosiguió tendiéndome la mano. Nunca olvidaré la bondad con que usted me ha recibido. Adiós. . . .

Y murmuró tercera vez mi nombre con tono bajo y tímido.

Estreché compasivo y respetuoso la trémula y helada diestra que se me ofrecía, y acompañé a la pobre mujer hasta la puerta de salida, que empujé y mantuve abierta yo mismo, después de hacer una profunda reverencia a la sombra de mi antigua amada.

No bien quedé solo, oprimí el botón del timbre, y ordené al ayudante llamase al Alcalde incontinenti, ordenándole trajese consigo al detenido Arturo del Casal.

Salió el empleado, y proseguí triste y pensativo mi interrumpido paseo a lo largo de la estancia.

No tardaron mis órdenes en ser cumplidas, pues muy a poco vi al Alcalde entrar acompañado por un hombre, que supuse sería Arturo del Casal.

Si desconocida había hallado a Rebeca, más trasformado aún me pareció su marido. Los vicios

y la edad habían encorvado sus anchas espaldas; monda su amarilla mollera, parecía cráneo de calavera sucia y terrosa; escasos restos de su cabellera, que aun se adherían tenazmente a los temporales y al cerebelo, colgaban grises y lacios sobre su nuca y orejas; la barba casi blanca, se erizaba, descuidada y revuelta, en torno de su cara, formando amarillentos mechones, semejantes a los de una cabra salvaje. Habían desaparecido de sus pupilas, el brillo y la osadía que fueron irresistibles para las mujeres, trocándose en vacilación y en cansancio; humores acuosos velaban sus córneas enrojecidas; abotagados párpados servían de pesado cortinaje a la imbecil mirada; la nariz, que fué siempre gruesa y corta, parecía más chata y aplastada que nunca, por el contraste con las enjutas y apergaminadas mejillas; la protuberancia de los pómulos y de los amoratados belfos, formaban ahora el rasgo típico de aquella repugnante fisonomía. Desaparecida la lozanía de la juventud, perdido el prestigio del mirar, y apagada la aureola tenoril de la adolescencia, que rodeó otro tiempo aquella cabeza de lascivo fauno, sólo conservaba del Casal los bestiales y antipáticos lineamientos que había mantenido ocultos y como ahogados bajo los destellos de su juventud.

Correspondía la indumentaria a la miseria y fealdad de su figura. Americana color de chocolate, raída, falta de botones y con agujeros en los codos; amarillento patalón, sobrado ancho, con rodilleras por delante y mordeduras y deshilachaduras

por la parte de los talones; holgado chaleco de paño negro, grasiento y sin cepillar; sucia camisa, de cuello blando y desabrochado, en cuyo torno se anudaba una tira de harapo larga y de subido color rojo; y, como pedestal de aquellas viejas y desapacibles prendas, unos zapatones de suela gruesa, de tacones gastados, y cubiertos de polvo. Era la estampa de Picio envuelta en viles andrajos. Arturo del Casal, el famoso Arturito de nuestras mocedades, había bajado a ser una especie de espantapájaros.

¡La vejez! ¡Qué cambios y trasformaciones realiza en el aspecto de los pobres mortales! ¡Pero sus metamorfosis no son iguales para todos. Hay fisonomías que ganan con la ancianidad, que se vuelven venerables y hasta majestuosas bajo la brillantez de la calvicie, la severidad de las arrugas, la blancura de las canas, y el peso del encorvamiento; pero hay otras que se tornan desagradables y odiosas, como máscaras deformes, de rictus contraído, de agria expresión y de innoble y monstruoso conjunto. Suele la gente moza mostrarse asombrada, cuando los jefes de la familia afirman que tal o cual vieja o viejo, feos hogaño, tuvieron gallarda juventud, en tanto que sostienen deben haber sido siempre hermosos, ancianos que tuvieron pobre y desgraciada figura en sus años floridos. Nadie hubiera creído al ver a mi ex-amigo, que hubiese sido el león de su tiempo.

Tan pronto como entró en el despacho, adelantó hacia mí, tendiéndome la poco aseada mano, de uñas largas y como de luto.

— No te puedes figurar, murmuró con lengua estropajosa, el placer que me da volver a verte.

— Gracias, repuse con sequedad; tú, en cambio, me causas pésimo efecto.

— ¿Por qué? ¿Porque me ves pobre y arruinado? ¡Qué quieres, chico! Son azares de la suerte: unos suben y otros bajan. Así va el mundo. Los hombres son como tubos de noria. . . .

— Pero no es sólo por eso.

— ¿Entonces. . . . ?

— Me duele hallarte tan degradado.

— ¿Cómo dices, hombre? replicó enfoscando el desapacible rostro.

— *Tan degradado*, repetí acentuando deliberadamente la frase. No es mala la pobreza; puede caer la ruina sobre honradísimos hogares; hasta la misma miseria es respetable cuando tiene por origen la mala fortuna y es soportada con dignidad. Pero cuando es fruto de la holganza y vergonzoso resultado del vicio, entonces no merece respeto, sino desprecio.

— ¿Por mi lo dices? interrumpió con atrevimiento.

— Precisamente; por ti lo digo.

— ¿Con qué derecho me ultrajas?

— ¿Ultrajarte?; no por cierto.

— ¿Entonces?

— Te reprendo.

— No eres mi padre.

— Pero represento la autoridad. Con este carácter, con este título, con esta investidura te hablo

ahora; te he hecho venir a mi presencia para amonestarte y prevenirte del modo más terminante y enérgico, que debes reprimirte, enmendarte y reformar tus costumbres. La ociosidad y la embriaguez te dominan, y te han hecho rodar de abismo en abismo. Tu mujer y tú teníais bienes sobrados de fortuna para vivir con holgura y decoro, y todo lo has dilapidado y perdido; diariamente caes más abajo; todos los días te envileces y degradas más.

—Yo no tolero . . .

—¿Qué es lo que no toleras?

—Que me trates así.

—Pues tienes que sufrirlo mal de tu grado. No te habla tu compañero de infancia, sino tu superior. Conozco demasiado tus fechorías; eres arrestado a cada paso; te embriagas, riñes, gritas, escandalizas.

—Eso no es verdad, vociferó Arturo con voz aguantentosa; miente quien lo diga.

—Es usted quien miente, amigo, interrumpió el Alcalde montando en cólera. De mí ha recibido el señor Gobernador los informes de que acaba de hablar. Es usted quien miente. Ahí están las actas de calificación para demostrarlo; ahí los agentes de la policía para dar testimonio de ello; ahí la ciudad toda entera, que ha sido, y sigue siendo teatro de los desórdenes de usted. . . . Sea usted más comedido, mal sujeto . . . Es usted quien miente.

Inclinó Arturo la cabeza acobardado ante la actitud airada del Alcalde, cuya dureza había senti-

do tantas veces y de sobra conocía; y fuí yo entonces quien continuó hablando.

—Es inútil trates de ocultar la verdad. Todo lo sé y está claro como la luz. . . . Pero cuanto habías hecho hasta ahora parece ya sencillo y de poca monta comparado con lo que anoche hiciste. Pegar a tu mujer, abusar de tu fuerza con un ser débil e indefenso, cuya única falta ha sido la de haberte querido y haberse enlazado contigo, lastimarle el rostro con el puño. ¡Eso es cobarde, es vil, es infame!

—¡Señor Gobernador!

—Acabo de ver a tu víctima. Ha venido a pedir gracia para tí. Desfigurada por los golpes que le inferiste, ha derramado la infeliz lágrimas por tu amor, y sólo por ella escapas ahora al castigo. Estaba dado mi acuerdo. Te había mandado entregar a la justicia para que te fuese aplicada la grave pena que merece tu cobarde delito; pero los ruegos de Rebeca me han ablandado. No obstante, te prevengo que si reincides en la misma falta, no volveré a tener misericordia para tí, y te pondré en manos de los jueces para que te castiguen, y daré órdenes al Ministerio Público para que extienda contra tí los pedimentos más severos que sean permitidos por la ley.

—Entendido, entendido; pero lo que es por hoy . . . , murmuró con acento de idiota.

—Por hoy vas a quedar en libertad absoluta; pero serás estrechamente vigilado por la policía para que nada se te disimule ni se te perdone; ni borra-

cheras, ni riñas, ni escándalos. Por todo serás penado con el mayor rigor; y no valdrá en lo sucesivo la intervención de tu mujer ni de cualquiera otra persona respetable. Inexorable será la autoridad para reprimir tus extravíos. Anda, pues, y vuelve a tu casa, que ya vas advertido de todo y sabes a lo que te expones si continúas dando rienda suelta a tus perversos instintos; anda, desventurado, a arrodillarte a los pies de tu mujer, y pídele perdón por las ofensas que le has hecho, y bésale las manos porque te ha libertado de los hierros de la cárcel, y riega con tus lágrimas las crueles contusiones de que has sembrado su marchito rostro. Y no vuelvas a hacerlo más, porque estarás perdido, y tú mismo firmarás tu sentencia condenatoria; te lo aseguro por mi nombre, por la autoridad que represento. ¡Ahora, vete!

Al decir esto, extendí la mano con febril explosión de cólera, y señalé la puerta.

Y por ella salieron, Arturo cabizbajo y anonadado, y el Alcalde con paso recio y altivo.

V

Momentos después, oí rumor de voces, algo semejante a un vivo altercado, y un áureo acento de mujer que se mezclaba al rudo del ayudante, y tornó a abrirse la puerta, y entró por ella, como un torbellino, una joven temblorosa y conmovida, tras la cual venía el iracundo cancerbero, procurando atajarle el paso; pero yo, respetuoso del sexo,

de la juventud y del conmovido aspecto de la recién llegada, tomela bajo mi protección, e hice seña al ayudante para que se marchase.

Quedé solo con mi nueva interlocutora. ¿Quién era? A la primera ojeada la reconocí: era Rebeca, siempre Rebeca; pero no la vieja maltrecha, llorosa y trocada en efigie miserable de la desolación, que había acabado de ver, sino otra fresca, lozana, hermosísima: la misma de mi juventud y de mis sueños. Sentí que mi cansado corazón daba un vuelco, que se agitaba inundado por emoción súbita, y que todo mi ser palpitaba con los estremecimientos de una renovada vida. ¿De dónde surgía aquella visión? ¿Era verdad? ¿Era un delirio de mi fantasía?

La voz suavísima y bien timbrada de la joven, sacóme de la incertidumbre.

—Señor Gobernador, díjome, dispense la manera poco correcta de introducirme. No me dejaba entrar el ayudante; pero me empeñé y llegué hasta aquí como pude, casi por medio de la violencia.

No hallé que decirla, porque la emoción me tenía contraída la garganta; estaban secas mis fauces; me faltaba el aliento. Me limité a hacer una inclinación de cabeza en señal de excusa.

—Tan pronto como supe, continuó ella, que había usted tenido la bondad, la caridad mejor dicho, de poner en libertad a mi pobre padre, me dije a mí misma: «voy a echarme a los pies del señor Gobernador para darle las gracias por su buen corazón, por el bien que nos ha hecho, por la alegría

que ha dado a una desolada familia. Dios se lo pague, señor Gobernador; que Dios le bendiga.

—De suerte, señorita, repuse, que usted es....

No pude concluir la frase.

—Rebeca del Casal, para servir a usted, señor Gobernador, repuso ella con sonrisa en la boca y lágrimas en los ojos.

Parecía un día de sol en que caen gotitas de lluvia.

—¡Ah!, balbuceé, con razón....

Y me interrumpí de nuevo.

—Me parezco tanto a mi madre, concluyó ella. ¿No es eso lo que iba usted a decir? ¿No es verdad, señor Gobernador?

—Sí, murmuré conmovido, se parece usted mucho, mucho, a Rebeca, a la otra Rebeca.

Quedé como enajenado. Agolpose a mi memoria en aquel momento, un mundo de recuerdos, de impresiones, de admiraciones, de alegrías, de celos, de tristezas; y al través de aquella niebla brillante y confusa que envolvía mi pensamiento, se destacaba la figura de la joven que fijamente me miraba, pura, noble, radiante de gracia y de belleza, como la de un ángel que iluminase el hosco seno de un universo derruido.

— ¡La otra Rebeca! repetí sin saber lo que decía.

—Comprendo, señor Gobernador: la que quiso usted tanto en su juventud y no supo comprenderle; aquella cuya imagen lleva usted, quizá, grabada todavía en el fondo de su alma.

—¡Cómo! ¿Usted sabe?

—Sí, señor; mamá me lo ha contado todo.

Me miró intensamente, hasta el fondo de los ojos, con expresión indefinible. Luego agregó bajito y con acento conmovido:

—Por cierto, que si hubiera estado yo en lugar de ella, otra hubiera sido mi elección.

Y antes de que pudiese yo medir el alcance de sus palabras, ni adivinar su intención, ni reflexionar siquiera sobre lo que decía, se acercó a mí rápidamente, me cogió la diestra, la llevó a sus labios, y salió del salón con tanta prisa como había entrado.

Permanecí extático, fuera de mí, absorto ante el resplandor de los limpios cristales de la puerta, que habían quedado vibrando tras ella, como las alas luminosas de una visión fugitiva.



ÍNDICE

	Págs.
Dedicatoria.....	5
Prólogo.....	7
Puro chocolate.....	11
Por un cabello.....	45
Ramo de olivo.....	79
Reloj sin dueño.....	109
La Combleza.....	147
Mi sobrina Alicia.....	209
Capítulo I.—Antes del teatro.....	209
Capítulo II.—En el teatro.....	225
Capítulo III.—Después del teatro.....	244
Capítulo IV.—Explicación.....	262
Capítulo V.—La noche del día siguiente.....	285
¡Silencio, corazón!.....	303
Evocación.....	490



FE DE ERRATAS

Página	Línea	DICE	DEBE DECIR
12	2ª	mal-trecha	maltrecha
17	13ª	hubieran	hubiera
20	6ª	zalama	zalema
27	13ª	bubiera	hubiera
30	1ª	a fin	al fin
35	17ª	fue	fué
36	25ª	fue	fué
41	22ª	de momento a mo- mento	de momento en mo- mento
72	3ª	explicarne	explicarme
72	10ª	na	no
82	5ª	Tobaida	Tebaida
83	20ª	era	eran
83	24ª	temas y canciñes	temas musicales y canciones
84	31ª	pervención	perversión
97	10ª	anadaba	andaba
101	4ª	escogidas	elegidas
107	10ª	llevan	lleven
196	28ª	el el espacio	el espacio
217	13ª	de momento a	de momento en
220	22ª	cuiquilladas	chiquilladas
237	3ª	laconcurrència	la concurrència
239	23ª	vient	viento

Página	Línea	DICE	DEBE DECIR
267	3ª	-Pronto	Pronto
273	3ª	diceres	decires
276	26ª	cerrariamos	cerrariamos
304	3ª	cérula	cerúlea
304	10ª	ansiosa	afanosa
309	6ª	contingente	continente
319	12ª	cumplir	concluir
332	3ª	satisfaciese	satisficiese
335	20ª	a pecho	a pechos
340	4ª	conocimitnto	conocimiento
357	1ª	malévoo	malévolo
358	17ª	prosigió	prosiguió
358	19ª	exista	existe
371	12ª	apelar	apela
409	12ª	enborroneando	enborronando
412	15ª	des-oladas	de-soladas
412	16ª	des-oladas	de-soladas
414	1ª	por el	miradas por el
414	20ª	donde quiera	dondequiera



PQ7297
 .L769
 H5V

CAP.

16484

AUTOR

LOPEZ PORTILLO Y ROJAS, Jose

TITULO

DE VENTA EN LA MISMA LIBRERÍA:

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

Los Senderos Ocultos. (Tercera edición.)

1 vol. \$ 1.50

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN

Vetusteces. 1 vol. 2.00

SALVADOR CORDERO

Memorias de un juez de paz. 1 vol. 1.50

Semblanzas lugareñas. 1 vol. 2.00

MANUEL HORTA

Vitrales de capilla. 1 vol. 1.50

EFRÉN REBOLLEDO

El libro de loco amor. 1 vol. 2.00

ENRIQUE JUAN PALACIOS

Paisajes de México. 1 vol. 1.50

JOSÉ JUAN TABLADA

Al Sol y bajo la Luna. 1 vol. 2.00

JULIO JIMÉNEZ RUEDA

Cuentos y Diálogos. 1 vol. 2.25

EUSEBIO DE LA CUEVA

Vientos de juventud. 1 vol. 2.00